

BARRY GIFFORD

*Gente
nocturna*



Lectulandia

De este libro David Lynch ha dicho: «Tan absurdamente lógico como un accidente automovilístico». Y ha emprendido su adaptación cinematográfica con guión del propio Gifford, un autor de culto cuyo territorio exclusivo es la desconcertante locura social e individual que asola nuestra época.

En este volumen Gifford bucea en el Sur profundo, escenario propicio para violaciones, fanatismos, actos violentos y un largo etcétera de atrocidades que conforman un perfecto reflejo de la impredecible pesadilla americana.

Una estimulante radiografía literaria que consta de dos títulos indisolublemente unidos. Por una parte, la galardonada *Gente nocturna*, una explosiva galería de excéntricos y perdedores, desde lesbianas exconvictas empeñadas en reeducar al macho, hasta predicadores enfrentados a muerte a causa del aborto. Por la otra. *Levántate y anda*, historia de la definitiva venganza feminista encabezada por una heroína dispuesta a acabar con todo aquel que abuse de una mujer.

Barry Gifford

Gente nocturna

ePub r1.0

Titivillus 20.02.2020

Título original: *Night People - Arise and Walk*
Barry Gifford, 1992
Traducción: Luis Murillo Fort, 1995

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



*Este libro es para
mi hermana Randi,
con amor*

La vida tiene algo salvaje que sólo la gente de la noche conoce...

TENNESSEE WILLIAMS
Orpheus Descending

1

GENTE NOCTURNA

La mujer es impermeable a la maldad.

WILLIAM FAULKNER

APACHES

Big Betty Stalcup besó a *Miss* Cutie Early en el lóbulo de la oreja derecha mientras Cutie conducía. El cosquilleo hizo que Cutie desviara bruscamente el Dodge Monaco negro hacia la derecha al rascarse ese lado de la cabeza.

—Mierda, no me hagas eso cuando conduzco, Bet.

Big Betty rió y dijo:

—Somos como primas, ¿no? Hay veces en que no puedo ni quiero contenerme. Eso de «seguridad ante todo» nunca ha sido mi lema.

Cutie enderezó el coche y sonrió irónicamente.

—Hace tiempo que lo sé —dijo.

—¿El qué? ¿Que somos como primas?

—No, lo otro. Eso de la seguridad. Siempre has sido una persona imprevisible, Bet, incluso de niña.

Big Betty y *Miss* Cutie habían pasado unos días en Nueva Orleans y luego el fin de semana en Gulf Shores, Alabama, y ahora regresaban a Perdido Key, en el estado de Florida. El golfo de México estaba liso como el cristal en aquella mañana de febrero soleada y sin brisa.

—¡Cristo Bendito, Cutie! ¡Si mañana es San Valentín!

—Bueno, ¿y qué?

—Habría que pensar en algo especial.

—El año pasado por estas fechas estábamos encerradas en Fort Sumatra, todo el día fregoteando sábanas manchadas de sangre y de meados.

—No puedo creer que aguantáramos tres años y pico en aquel infierno.

—Afortunadamente te tuve a ti, Bet. De no haber estado tú para protegerme, aquellas tiarronas me habrían utilizado como papel higiénico.

Big Betty maniobró su corpachón de metro setenta y noventa kilos de peso para ponerse de cara a Cutie Early. Cutie, con veinticuatro cumplidos, era doce años más joven que Betty, y sus ciento cincuenta y tres centímetros de esbelta figura engendraban en Big Betty un sentimiento genuinamente maternal. Eran amantes desde el día en que *Miss* Cutie entró de puntillas en la celda que Big Betty ocupaba en el Centro de Rehabilitación para Mujeres Fort Sumatra, a mitad de camino entre México Beach y Wewahitchka

(Florida), dentro ya del huso horario central^[1]. Los pelirrojos rizos de Cutie, su cara pecosa, sus ojazos negros y sus finas facciones eran justamente lo que Betty Stalcup había estado esperando encontrar. Fue como si el sistema penitenciario del estado de Florida le hubiera servido su pedido en bandeja. Big Betty echó hacia atrás con la mano izquierda su melena castaña, larga hasta los hombros, y acarició suavemente con la otra el pecho derecho de Cutie.

—Tú siempre serás mi guisantito pecoso —dijo Betty—. Mientras pueda evitarlo, jamás nos separaremos.

—Por mí, encantada.

—Verás, Cutie, tú y yo somos un par de apaches que cabalgan como locas por aquel camino olvidado que cantaba Hank Williams.

—No sé de qué canción me hablas...

—Viajando vamos sin hogar, razón de ser o sitio donde dormir; eso es lo que significa estar en el camino olvidado. En general, la gente no sabe lo que quiere, pero es que la mayoría ni siquiera sabe eso. A veces les parece que sí lo saben pero es porque se les está quejando el estómago, el coño o la polla. Entonces comen, o folian, y vuelta a empezar. Ya sabemos que el dinero los vuelve más despreciables que la mierda. No hay mejor excusa que el dinero para hacer una putada. Pero yo creo que nosotras lograremos que esos hijoputas muerdan el polvo.

—Y ¿cómo?

—Pues atando cabos, guisantito, y después deshaciendo los nudos de uno en uno...

—No sé si te entiendo, Bet, pero estoy dispuesta a aprender.

Big Betty echó la cabeza atrás, cerró sus rasgados ojos de lobo y lanzó una risotada.

—No hay como ser joven y tener ganas de aprender —dijo— Tú procura seguir así mientras el cuerpo aguante.

—Ya, pero después ¿qué? —preguntó Cutie.

Big Betty sonrió forzosamente, apoyó su grueso brazo izquierdo sobre los estrechos hombros de Cutie y se arrimó a su compañera.

—Poner tierra de por medio —dijo— No podemos hacer otra cosa.

—Querrás decir aparte de hacer besar la tierra a unos cuantos.

—Caramba, *Miss Cutie*, eres un hacha.

ESTADOS

Rollo Lamar se retrepó en su silla giratoria de roble, se llevó a los labios su taza Hoppalong Cassidy esmaltada en rojo y bebió un poco de Bustelo. Se enjuagó la boca con el café antes de tragarlo y luego miró a Bobbie Dean. De haber sido más joven, se dijo Rollo, habría echado una canita al aire. Pero sus sesenta y cuatro años cumplidos y un bypass quíntuple hacía seis le hicieron renunciar. Ni siquiera le estaba permitido tomar café, y mucho menos fatigarse pensando en Bobbie Dean Baker, aquella preciosidad de futura divorciada.

Rollo calculaba que Bobbie Dean tenía no menos de treinta años. Antes de los veinticinco había enterrado ya a dos maridos, y hela aquí ahora, en su despacho, anunciando que se divorciaba del tercero y pidiéndole que se ocupara de todo. Rollo hubo de admitir que Bobbie Dean estaba despampanante con su melena rubio platino que le envolvía la cabeza cual toalla de hotel, sus chispeantes ojos opalinos pintados encima y debajo con sombra azul, y aquellos largos labios finos que se extendían de punta a punta de su cara, como si el Hacedor hubiera querido abrirla como un pomelo y se lo hubiera pensado mejor. Como decía Lightnin' Hopkins, estaba tan bien hecha como una botella de Coca-Cola. Rollo Lamar dejó la taza de café sobre el escritorio.

—Bien, Bobbie Dean, no creo que haya ningún problema —dijo—. Los ingresos de tu marido se han más que doblado en los dos últimos años. Habrá que pensar en Paisley Marie, claro. ¿Cuánto tiene ya?

—Cumplirá tres años la semana que viene.

—No creo que la hagan ir al juicio. Déjalo de mi cuenta.

Bobbie Dean se puso en pie, sonrió dulcemente y permitió que Rollo la mirase un momento con detenimiento.

—Bobbie Dean, tú harías milagros hasta con un muerto.

Bobbie Dean rió:

—Con un cadáver no sé, *Mr.* Lamar, pero me gustaría pensar que puedo influir en el concepto que un hombre tiene de la vida, aunque sea temporalmente.

Cuando ella se hubo ido, Rollo encendió el aparato Admiral de AM que tenía desde que era un muchacho.

«Noticias de Alice Springs, Australia —dijo el locutor— Unos aborígenes atacaron a varios policías con colas de canguro congeladas en una remota localidad del Territorio Septentrional y se comieron después la prueba, según se supo ayer en una audiencia.

»El jefe de policía Mark Coffey testificó en el juzgado de Alice Springs que los quince aborígenes compraron las colas congeladas en un comercio local y atacaron después a tres agentes. Según la declaración de Coffey, la policía cree que el motivo de la agresión fue el intento previo por parte de la policía de mover a un hombre que estaba sentado en mitad de una autopista en un aparente intento de suicidio. Coffey dijo que la pelea empezó cuando el hombre rehusó desalojar la calzada.

»Posteriormente se practicaron seis detenciones, y seis individuos fueron acusados de diversas agresiones. Pero un portavoz de la policía ha declarado que las colas de canguro no podrán ser presentadas como prueba, pues se cree que los aborígenes se las comieron también».

Pero qué gilipollas, pensó Rollo. Ese aborígen debió de plantar el culo en la carretera porque le acababan de asfaltar un lugar sagrado. Los polis, sean de donde sean, prefieren eliminar a la población indígena que hacer un intento por comprenderlos y solucionar las cosas. Podrían haber puesto una curva en ese tramo, por ejemplo. Pasan los años pero ellos no se dan cuenta de que hay maneras y maneras de hacer las cosas.

Rollo Lamar levantó su taza Hoppalong y apuró el Bustelo. Luego cerró los ojos, apenas consciente del zumbido de la radio. Antes de pasar por el quirófano, había redactado su testamento, dejado prácticamente todas sus posesiones a la Asociación Cardiológica Americana y estipulado lo referente a su entierro: dispuso que en su lápida fueran grabadas las últimas palabras de Studs Lonigan: «Madre, esto está cada vez más negro». Tras decidir que aquél era un epitafio muy adecuado para el actual estado del mundo, Rollo se quedó dormido.

UNA GENERACIÓN EXTIRPADA

Ernesto y Dagoberto Reyes, hermanos y marinos peruanos de Callao, fueron directamente del *Madrugada*, un buque contenedor de treinta mil toneladas matriculado en Liberia y que hacía escala de dieciocho horas en el muelle de Esplanade, al Saturn Bar en la esquina de St. Claude y Clouet, distrito Nueve. Desde que su tugurio preferido, el Encanta's Tijuana, había cerrado alrededor de dos años atrás, los Reyes frecuentaban el Saturn (los lugareños pronunciaban el nombre acentuando la segunda sílaba) siempre que paraban en la ciudad. Era un local animado, aunque a veces terriblemente pequeño, donde los hermanos bebían, bailaban con un surtido de rameras del vecindario y colegialas ansiosas de conocer los barrios bajos, jugaban un poco al billar y se entretenían antes de volver a alta mar. En aquella ocasión, la próxima escala del *Madrugada* era Puerto España, en Trinidad, un lugar que ni a Ernesto ni a Dagoberto les gustaba mucho, razón por la cual probablemente bebieron demasiadas Abitas con lingotazo de Jim Beam en el Saturn.

Las dos mujeres con las que se fueron, según dijo después a la policía el barman Bosco Brouillard, no eran clientes habituales. Una era corpulenta, dijo Bosco, como de metro setenta y fornida, por no decir musculosa, rolliza y cerca de la cuarentena. La otra era menuda, poco más de metro cincuenta, con cara de niño, apenas sin pechos y mucho más joven.

—Esas dos se lanzaron sobre los dos hermanos como Hipnos y Tanatos —dijo Bosco.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó el policía, que había encontrado los cuerpos destrozados de los hermanos Reyes detrás de la herrería Swindle en Burgundy, distrito Ocho.

—El Sueño y la Muerte —le dijo Bosco—, hijos mellizos de Nyx, ya sabe, la Noche.

—Pues no, no sé —dijo el poli, que no dormía desde que había descubierto las cabezas de los dos marinos peruanos vaciadas como hacen los cajún con los melones en sus meriendas campestres.

—Las chicas se los llevaron a punta de pistola.

—¿Se fue alguien más con ellos?

El barman negó con su calva cabeza.

—Claro que a lo mejor estaba fuera Morfeo, esperando —dijo Bosco—. No suele andar muy lejos.

—¿Quién es ese Morfeo?

—El dios del sueño, compinche de Nyx. Oiga, veo que los agentes de la ley no están muy fuertes en mitología.

—La verdad, no.

—Pues me huelo que pocas cosas importantes deben de saber.

El poli miró al barman, quien ahora le sonreía. Los cuatro televisores que había encima de la barra, cada cual sintonizado en un canal distinto y sin volumen, parpadeaban sobre su pelada cabeza.

—¿Y eso qué es? —preguntó el poli.

—El Sueño, el dios del sueño y la Muerte; una mera generación extirpada del Caos.

El policía, que se llamaba Vernon Duke Douglas y era descendiente directo de H. Kyd Douglas, el autor del libro *I Rodé with Stonewall*, cerró su libretita y se la guardó.

—Muy agradecido, *Mr. Brouillard*. Volveremos a vernos, estoy seguro.

Bosco guiñó el ojo izquierdo, el del tic en el párpado, al tatara sobrino nieto del plumífero confederado y dijo:

—A mí, eso de viajar no me va nada, caballero.

FIERAS EN LA SELVA

Big Betty y Cutie estaban tendidas en la cama de su habitación del motel El Nacimiento de una Nación de Jim y Jess, en Alligator Point. En la tele estaban pasando *Jaguar*, una película de Sabú de 1956.

—La verdad es que no tiene mucho sentido, que digamos —observó Cutie, que estaba boca abajo con la cabeza en los pies de la cama. Tenía las piernas dobladas por las rodillas y los pies entrelazados.

—¿Por qué lo dices, cariño? —preguntó Big Betty. Estaba cansada de conducir todo el día. Había cerrado los ojos y tenía la cabeza y la espalda apoyadas en dos almohadones, junto a la cabecera.

—Verás, hay una tribu de hombres-jaguar acechando y aterrorizando a los obreros de un yacimiento petrolífero en Sudamérica, ¿vale?

—Sí. Y qué.

—Y luego está Sabú, el chico que deja la tribu siendo un bebé, y entonces el capataz del yacimiento trata de hacerle creer a él (me refiero a Sabú) que está volviendo a su estado primitivo porque le da una especie de trance y empieza a cargarse a todos esos tipos, pero en realidad el que lo hace es el capataz disfrazado de jaguar.

—¿Y por qué lo hace?

—Porque el capataz cumple órdenes del gran jefe, o algo así. Además, me parece que el capataz se ha contagiado del tifus estando con Chiquita, una indígena monísima que es amiga del alma de Sabú.

—Creo que la he visto, Cutie. Al final, al malo se lo comen las pirañas.

—¡Qué guay! Ahora le ponen a Sabú una piel ritual para que sacrifique un animalito al dios jaguar, sólo que Sabú no consigue hincarle el cuchillo. Mira, ahora parece que le da un ataque. Chiquita se ocupa de él.

Betty abrió los ojos y miró durante unos segundos.

—Me recuerda a esa chica mulata que estaba en el bloque C, Pearline Nail. ¿Te acuerdas de ella?

—Desde luego. Es la que afeitó de pies a cabeza a Ruppe Moreno cuando Ruppe dijo que un baptista es simplemente alguien a quien no le gusta linchar en domingo.

Cutie se levantó y apagó el televisor. Luego cogió el *Tallahassee Democrat* que Betty había arrojado al suelo y le echó un vistazo.

—Fíjate, Bet, esto es cojonudo. Escucha, sale en la columna de recordatorios: «En recuerdo de Blackie Lala. Nacido el 15 de noviembre de 1925 y muerto el 10 de febrero de 1991. Papá, no te olvidamos. Oh, aquella noche cruel en que yacías inmóvil y le preguntamos a Dios por qué. Y Él nos dijo: “Ahora vive conmigo, no está muerto. Sé que le queríais, yo también. Me lo he llevado a casa, no tenéis por qué llorar. El mal acecha en cada esquina y puede destruir a cualquiera. Pero cuando el amor sobrevive, como sin duda sucede a veces, los afligidos se ven libres de todo dolor”. Toda su familia le echa de menos. Firmado: DeLeon, Felda, Birdie Dawn, Tequesta y Waldo Lala».

—Debe de ser curioso —dijo Betty— tener parientes consanguíneos que piensen en ti. A mí no me ha pasado nunca.

Cutie dejó el periódico en el suelo y se acurrucó junto a las piernas de Big Betty.

—Entre nosotras hay lazos de sangre, sabes, Bet. Al menos yo lo siento así.

La mano derecha de Betty buscó la cabeza de Cutie y se la acarició.

—Lo sé, guisante mío. Eres como la ovejita que se acuesta con la vieja leona que aún conserva casi todos sus dientes.

—No necesito más, amiga mía —dijo Cutie, y cerró los ojos.

JUICIO

Aparte de sus cuatro años de estudiante en la Universidad de Chicago y los cuatro que había pasado en Nueva York como camarero del Hartley's Luncheonette en la 116 con Amsterdam Avenue cuando no estaba en la Facultad de Derecho en Columbia, institución en la que obtuvo su licenciatura, Rollo Lamar había vivido siempre en Egypt City, Florida.

Su madre, Purity Mayfield, había trabajado de criada durante diez años en casa de Arthur y Delia Lamar, desde los quince hasta los veinticinco, edad en la cual murió al dar a luz a su único hijo. Dado que su padre, Almost Johnson, pianista de un pequeño restaurante, se había casado por segunda vez y resultó muerto en un misterioso incidente a raíz del notorio embarazo de Purity, y dado que Purity Mayfield no tenía parientes en las cercanías, los Lamar, que no tenían hijos, adoptaron al muchacho y lo criaron como si fuera hijo suyo, aun teniendo en cuenta que ellos eran blancos y el chico negro. Le pusieron de nombre Rollo Mayfield Lamar, por el padre de Arthur y la madre de Rollo.

Desde siempre, la familia Lamar había defendido la igualdad de derechos para todas las personas, independientemente de su raza o su religión. El padre de Arthur, Rollo Leander Lamar, había sido el primer juez federal del distrito al que pertenecía Egypt City, cargo que Arthur ocuparía una generación después. Los dos Arthur, padre e hijo, habían estudiado leyes en la Universidad de Columbia y no es de extrañar, pues, que el pequeño Rollo siguiera su ejemplo.

El Joven Rollo, como se le conocía en Egypt City incluso de adulto, fue educado en casa por el juez Lamar y su esposa hasta que ingresó en la universidad. En aquella época, los negros no eran admitidos en las facultades sureñas, como no fuera en instituciones exclusivamente pensadas para gente de color, de modo que el Joven Rollo fue enviado a Chicago, ciudad que llegó a aborrecer. Los años que pasó allí estuvo casi secuestrado en su habitación, estudiando y sin apenas aventurarse más allá de la zona adyacente al campus. No mucho más le gustó Nueva York; encontraba ambas ciudades excesivamente frías, corrompidas e inhóspitas, y a los negros demasiado agresivos. Para Rollo fue un alivio terminar sus estudios y poder regresar para siempre a Egypt City.

De vuelta a casa, empezó a trabajar para la firma Lamar, Forthright & Lamar. Abe Forthright, el mejor amigo de Arthur Lamar y compañero de profesión durante veintisiete años, había muerto de pleuresía poco después del regreso del Joven Rollo, exactamente cuatro años después del mortífero ataque al corazón sufrido por el juez durante el concurso de belleza *Miss Egypt City*, de cuyo jurado era miembro, como es natural, el mayor de los Lamar. No bien Breezy Pemberton hubo subido al escenario del centro de ganadería Gasparilla, vestida únicamente con un bikini de piel de cebra y unos zapatos de tacón color rojo rubí, el juez Lamar cayó fulminado de su silla. Según el médico, había muerto antes de tocar el suelo de una trombosis coronaria.

Breezy Pemberton, que al día siguiente fue unánimemente designada por los cuatro miembros restantes del jurado como *Miss Egypt City* de aquel año, pronunció el siguiente discurso: «Me siento pero que muy honrada de haber ganado pero a la vez muy horrorizada de que mi belleza pueda haber ocasionado la muerte de un ciudadano tan insigne como el juez Lamar. Quiero que la familia Lamar sepa que en ningún momento fue mi intención perturbar al juez llevando un bikini de cebra y tampoco, por supuesto, ser la instigadora de tan terrible tragedia. Pero supongo que estas cosas ocurren a veces; si por designio de Dios o no, yo, naturalmente, no estoy en situación de saberlo, y no se debe culpar a nadie. Tengo dieciséis años y medio, y el juez Lamar era mucho mayor que yo, lo sé, y el ver a una señorita de mis características provocó en su fatigado organismo un *shock* que no fue capaz de soportar, y es una pena. Lo siento por los Lamar, pero también estoy emocionada por haber obtenido el título de *Miss Egypt City* al primer intento, y sólo quiero decir que dedico mi reinado a la memoria del juez fallecido. Gracias a todos, sois encantadores».

Rollo fue aceptado por la comunidad como un Lamar más y tratado, al menos que él supiera, como cualquier otro hombre pese al hecho de ser negro. En *Egypt City* había muy pocos ciudadanos de color, y la población se mantenía constante en unos quince mil habitantes. Rollo, que no estaba casado, vivía sólo en la casa de los Lamar desde la muerte de Delia. Ella conservaba sobre el piano del salón una fotografía autografiada de Breezy Pemberton que Breezy le había regalado con su marco dorado, pero tan pronto se supo en *Egypt City* que Breezy había muerto de una grave intoxicación etílica en una habitación del motel Las Sombras de Hermosa Beach, California, Delia cogió la fotografía y la tiró a la papelera con marco y todo.

—¿Por qué lo has hecho? —le había preguntado Rollo.

—Por muchas y buenas razones, hijo —le dijo Delia.

CONFLUENCIA

Rollo Leander Lamar había fundado en 1934 el Hogar para Expósitos de Color de Trocadero Island. Treinta años después, a tenor de la promulgación de la ley sobre derechos civiles, la institución cambió su nombre por el de Orfelinato R. L. Lamar para Niños Abandonados de Florida. El Joven Rollo efectuaba visitas periódicas a lo que fue llamado el NAF, generalmente el tercer sábado de cada mes.

Aquel sábado en concreto, Rollo enfiló la autopista 98 en su Chrysler New Yorker azul cielo; eran las diez y veinte de la mañana y esperaba llegar a Trocadero Island antes del mediodía. El cielo estaba encapotado pero Rollo, como era su costumbre, llevaba puestas las gafas de sol. Encendió la radio.

«Y de Miami nos llega la noticia de que Piero Turino ha muerto a la edad de sesenta y dos años. El señor Turino, que conquistó los Andes y sobrevivió a la metralla y al ataque de unos peces carnívoros, sucumbió a un ataque cardíaco.

»Turino, que había heredado pero no utilizado el título de conde, había nacido en Istria, hoy parte de Yugoslavia. Su última aventura, relacionada con la medicina, consistió en investigar ciertas sustancias traídas por él desde la Amazonia, que creía dotadas de propiedades anticancerígenas.

»En 1940, el entonces jovencísimo soldado del ejército italiano fue ametrallado cerca de la frontera con Grecia durante la campaña de los Balcanes. Herido en el pecho, Turino fue llevado a Albania y puesto en un barco hospital con destino a Italia. Durante la travesía del Adriático, el buque fue hundido por un submarino. Turino sobrevivió de nuevo al ser rescatado por un barco.

»A finales de los años cuarenta emigró a Canadá, donde se convirtió en guionista y periodista radiofónico. Posteriormente inventó el paracaídas que lleva su nombre y que fue utilizado por el gobierno de Estados Unidos, y en una ocasión salió con vida de una prueba de lanzamiento que lo arrojó en mitad de una autovía cerca de Boston.

»Piero Turino y su mujer se trasladaron a Miami mediada la década de los sesenta, y poco después él inició sus expediciones a Sudamérica. Mientras buceaba en un pozo tenebroso de la selva venezolana, fue atacado por unos

peces que le arrancaron la mano izquierda hasta la muñeca. El intrépido Turino se desangró profusamente y sufrió incluso de delirium, pero sobrevivió. Su viuda, Isabella Lanapoppi Turino, dejó constancia de sus últimas palabras: “Mi consejo es sobrevivir mientras sea posible, porque cuando mueres, te desvaneces. Jamás se recordará a un hombre como realmente fue”».

—Vaya, hombre. Como si hiciera alguna falta —dijo Rollo en voz alta.

Siguieron unos anuncios, y Rollo sintonizó otra emisora. Los Temptations cantaban *My girl talkin' 'bout my girl*. Retiró la mano del dial.

Aquella mañana, Big Betty y Cutie se habían despertado, hecho el amor, duchado juntas, vestido, recogido sus cosas y pagado la factura del motel.

—Tomaremos café de camino, ¿de acuerdo, Cutie? —dijo Big Betty mientras subían al Monaco negro— En la trasera quedan magdalenas, si quieres.

—No es que tenga mucho apetito, Bet, gracias. Oye, y ¿adónde vamos?

—A Trocadero Island. Es un lugar que siempre he querido conocer. Tienen un santuario para pájaros, sabes. Y también creo que va siendo hora de volver al trabajo, guisantito, ¿no te parece?

—A limpiar para Jesús.

Betty rió con ganas:

—Eso. A Ella le gusta que todo esté bien aseado.

LOS PRIMEROS AÑOS DE *MISS CUTIE*

Cutie Early nació en Daytime, Arkansas, población de 1.150 habitantes, hija de Naureen (de soltera Harder) y Arlen *Left* Early. Poco después de nacer, Cutie se mudó con sus padres a Plant City, Florida, donde Arlen encontró trabajo como vigilante de puentes de la Seaboard Rail Line. Otros dos hijos llegarían en los cuatro años siguientes: un chico, Ewell, al que llamaban You; y otra niña, Licorice. Al ser la mayor, le correspondió a Cutie hacerse cargo de sus hermanos tan pronto le fue posible, y en especial a raíz de la progresiva y desventurada afición de Naureen por el Southern Comfort.

Casi al mismo tiempo que su mujer encontraba un amigo en la botella, Arlen encontró una amiga en la otra punta del pueblo, una divorciada de nombre Vanna Munck con la que enseguida empezó a verse más que a menudo. Cuando Cutie tenía diez años, su padre abandonó la familia y se fue a vivir con la Munck. Un año después, a la hora de cenar, Naureen se fue en su Volare amarillo a casa de Vanna Munck y dejó el coche en marcha frente al edificio mientras entraba y mataba a Left Early y a su querida con una pistola del calibre 38 que su delincuente marido le había dado como protección para cuando estuviera sola en casa. Tras asesinar a Arlen y a Vanna, Naureen, quien al parecer estaba completamente sobria en aquel momento, subió de nuevo al coche y no quitó el pie del acelerador hasta estrellarse contra una pared de ladrillo que había detrás de la iglesia baptista. La policía dedujo que Naureen había muerto prácticamente en el acto.

El hermano de Arlen, Tooker, y su esposa Fairlee, que vivían en Tampa, se hicieron cargo de los niños. You y Licorice encajaron el cambio aparentemente sin traumas, pero Cutie tuvo dificultades para adaptarse. Su primer desliz serio ocurrió cuando tenía doce años y medio. Cutie había estado saliendo con un muchacho cubano de diecisiete años llamado Malo Suerte. Una noche entraron por la salida en el drive-in Seminóla. El guardia de seguridad, Turp Puhl, excarcelero del penal de Starke, sentía un odio especial hacia los chavales que intentaban colarse sin pagar. Al divisar el Mercury rojo de Malo entrando subrepticamente con las luces apagadas en

busca de un sitio libre, Turp Puhl cogió su revólver y se fue recto hacia el intruso.

No bien hubo aparcado el ilegal concurrente, el guardia de seguridad ordenó a Malo y a Cutie que salieran del coche a punta de pistola. Malo abrió bruscamente la puerta del conductor contra Turp, a quien se le cayó el arma. Mientras el muchacho y el guardia forcejeaban, Cutie se acercó por detrás del Mercury, recogió el revólver y disparó a la rodilla izquierda de Turp Puhl, haciéndole blasfemar y soltar a Malo. Malo le arrebató el revólver a Cutie, saltó al coche y se alejó dejando allí a Cutie junto al guardia herido, quien agarró a la chica y ya no la soltó hasta que llegó la policía.

Cutie fue enviada al Reformatorio Femenino Nabokov, donde estuvo dieciocho meses. Poco tiempo después, Malo Suerte se despeñó por el Gandy Bridge y se ahogó en su Mercury tras reventarse un neumático delantero mientras huía de una patrulla de caminos.

A sus dieciséis años, Cutie era ya un problema constante tanto para su familia como para la policía. You y Licorice la adoraban, pero mantenían las distancias porque tenían sus propias vidas que organizar. Un día, Tooker descubrió bajo la cama de Cutie un escondrijo de armas blancas, entre ellas un puñal Hibben modelo Double Shadow, un Mamba de treinta y ocho centímetros, un Gurkha MK3 de seis milímetros de grosor y varias navajas de resorte italianas. Tooker confiscó el armamento y lo entregó junto con Cutie a la policía. Los cuchillos habían sido robados por un amigo de ella, Harley Reel, que trabajaba por horas despachando gambas y vivía con su esposa y cuatro hijos en una caravana en Oldsmar. Le había pedido a Cutie que le guardara los cuchillos mientras buscaba un comprador. A Harley Reel le cayeron cuatro años en Raiford, y Cutie, a quien Tooker y Fairlee no querían volver a ver jamás, como le dijeron al juez, fue enviada a Thanatossa hasta que cumplió los dieciocho.

A partir de entonces, Cutie vivió trabajando de camarera y practicando el puterío *light* de vez en cuando. Según su definición, una puta *light* era una chica que trabajaba sin proxeneta y que concertaba citas en privado, sin hacer esquinas ni publicidad. Normalmente, Cutie salía con hombres mayores que no tenían problemas para pagar. De todos modos, a la mayoría no se les levantaba, según pudo ella constatar, lo cual hacía el trabajo mucho más fácil aunque de vez en cuando algún cliente frustrado por su incapacidad abusara físicamente de ella. Cutie aprendió enseguida a cobrar su cuota al principio de la velada —que generalmente empezaba con una invitación a cenar— en lugar de esperar a después, cuando la situación podía ser violenta. Trabajar sin

proxeneta que te protegiera tenía sus inconvenientes, pero a ella le gustaba no ser responsable de nadie más que de sí misma.

Cutie había acabado en Fort Sumatra después de una mala cita; un cliente la había obligado a golpearle en las costillas con un puñal indio. El putero le había pagado a Cutie cien dólares para que se dejase mear sobre su pelo. Por regla general, ella no se prestaba a perversiones, pero aquel tipo tendría más de setenta años, era muy simpático y le prometió no mearle en la cara, pero se descontroló y la remojó toda. Cutie dio un salto antes de que él terminara, cosa que molestó al cliente. El viejales empezó a pegarle y entonces Cutie le pinchó. Casualmente había un policía haciendo guardia junto al motel cuando el cliente apuñalado empezó a gritar, y Cutie, empapada aún de la dorada ducha, echó a correr.

Ahora Big Betty velaba por ella. Cutie sabía que podía confiar en Betty, que podían confiar la una en la otra, y eso, le parecía a Cutie, era lo máximo que una mujer podía esperar de otra. Se figuraba que los hombres no habían llegado ni siquiera a eso, y ahora ya era demasiado tarde. Cutie y Bet estaban al cabo de la calle por lo que hacía referencia a los hombres.

DE CÓMO FUE LO DE BIG BETTY

Dubuque *Big Boy* Stalcup, el padre de Betty, era ya un hombre adulto de metro noventa y cinco y ciento seis kilos a los dieciséis años. Se había criado en una pequeña granja al sur de Georgia junto al Suwanoochee Creek, cerca del punto en que el río Suwannee sale reptando del pantano de Okefenokee. En realidad, lo de los Stalcup era menos una casa de campo que un verdadero escondite de delincuentes. Los padres de Big Boy, Mayo y Hilda Sapp, habían convertido su casa en guarida de ladrones, contrabandistas y asesinos en fuga. Cuando la justicia necesitaba arrestos como para invadir el santuario de los Stalcup, lo que sucedía con poca frecuencia, los distintos fugitivos residentes escapaban a los pantanos por un sendero secreto, y permanecían allí hasta que uno de los chicos Stalcup les avisaba que ya podían volver sin peligro. La familia Stalcup no hizo ningún intento serio de trabajar sus tierras, protegidas por ley desde 1850. La guerra civil les pasó de largo; los Stalcup vivían muy apartados, y sus varones eran considerados demasiado locos y peligrosos por aquellos pocos que les conocían como para obligarles a prestar servicio a la Confederación.

Big Boy y su esposa, Ella Dukes, tuvieron cuatro hijos, de los cuales Betty era la menor y la única niña. Sus tres hermanos, Sphinx, Chimera y Gryphon—cuyos nombres escogió Big Boy de la *Mitología* de Bulfinch, el único libro que poseía aparte de la Biblia—, jamás salieron de la casa de campo. Betty, a quien llamaron Ella en honor a su abuela, Elizabeth Hispaniola, sobrina del jefe seminóla Osceola, había escapado a los catorce años en compañía de los hermanos Duval y Sórdida Head, de Cross City, Florida, que habían robado un banco en Valdosta y pagado a los Stalcup para que los escondieran. Betty se sintió intrigada por la descripción que ellos hacían de la vida en la ciudad, y accedió a acompañarlos cuando creyeran llegado el momento de irse. Betty se fue sin decir adiós a sus padres ni a sus hermanos y no volvió nunca a la casa de campo.

Después de haberse aliviado con ella varias veces, Duval se cansó de Betty y se la pasó a su hermana Sórdida, cuyas inclinaciones sexuales incluían principalmente la participación de perros y mujeres. Betty, que a los catorce

años era ya una persona corpulenta, fue introducida por Sórdida en las delicias del amor entre mujeres, que a Betty le parecieron preferibles a las bruscas maneras de los hombres que había tratado, a saber, sus hermanos, quienes habían desvirgado a su hermana cuando ésta tenía nueve años y se desahogaban con ella siempre que alguno de ellos sentía ganas, y Duval Head. Betty le contó a Sórdida que en realidad tanto Sphinx como Chimera y Gryphon preferían encularse el uno al otro y que no creía que la echaran de menos.

Big Betty estuvo con los Head varios meses, período durante el cual desvalijaron docenas de comercios y gasolineras aparte de robar en casas particulares por todo Florida. Un buen día, Duval y Sórdida fueron a asaltar un banco de Fort Walton Beach y dejaron a Betty esperando en una parada de autobuses Greyhound, pero ya no volvieron. Un matrimonio que viajaba a Miami le dio a Betty dinero suficiente para pagarse el billete a Nueva Orleans, ciudad que —sin saber por qué— dijo ella a la pareja que era su destino. Betty nunca llegó a saber que Duval y Sórdida habían resultado muertos en una colisión frontal con un Peterbilt de dieciocho ruedas que transportaba muebles cuando Duval enfiló el Dodge Coronet de 1972 por una salida de la interestatal 10 en un intento de eludir a un coche de policía en plena persecución.

En Nueva Orleans, Betty encontró trabajo como bailarina exótica en el club Spasm de Opelousas Avenue, en la zona de Algiers. Era lo bastante grande como para aparentar veintiún años y nadie le hizo pregunta alguna. Entre el baile y algún que otro cliente que ligaba, a Betty le iba muy bien. No probaba drogas ni alcohol, ninguna de las dos cosas le sentaba bien, e inició una serie de relaciones lésbicas con otras bailarinas y prostitutas. Muchas de sus consortes eran mujeres casadas o con novio, una situación que agradaba a Betty por cuanto no tenía interés en comprometerse con nadie y había descubierto que le encantaba vivir sola. La intimidad, algo que nunca había experimentado ni en su casa ni en la carretera con los Head, era su mayor placer.

Finalmente Betty se mudó a Houston y después a Dallas, donde recibió una bala de pequeño calibre en el tobillo izquierdo que Feo Lengua, un parroquiano borracho, emigrante ilegal de Nueva Rosita, le disparó mientras ella bailaba en el escenario del Rough Harvey's Llave Faith Sho-Bar. Esa bala fue el final de su carrera como bailarina exótica, y a partir de entonces trabajó como camarera, echadora de cartas, costurera, cajera de un tren de lavado,

buscona... de todo un poco mientras viajaba de Texas a Alabama y Florida pasando por Louisiana y Misisipí.

Fue en Orlando, lugar en que trabajaba de conserje limpiando un centro médico fuera de horas, donde Betty fue brutalmente violada y apaleada por dos compañeros una noche mientras trabajaba. Betty lo denunció a la policía, la cual a los pocos días le informó que no había pruebas suficientes para poner una demanda. Betty compró una Beretta automática del calibre 25 en Emmett's, frente al Orange Blossom Trail próximo a la sede central de Tupperware International. Luego se dirigió al apartamento de uno de sus asaltantes, un entusiasta de la cola esnifada llamado Drifton Fark; le encontró en pleno sopor olfatorio y le pegó un tiro justo debajo del corazón. Acto seguido fue en busca del compañero de Drifton Fark, Willie *Cali Me Israel* Slocumb, un negro que aseguraba ser un indio de la tribu miccosukee y que se había pasado de los Discípulos de Cristo al judaísmo tras leer el relato que de su propia conversión hacía Sammy Davis Jr. en su autobiografía *¡Sí, puedo!*, y le disparó primero a la rodilla derecha y luego a la ingle estando él sentado en la barra de The Blind Shall Lead, un salón-bar situado frente al Museo de Aviación de los Flying Tigers.

Después de disparar sobre Willie *Cali Me Israel* Slocumb y verle desplomarse retorciéndose de dolor y agarrándose las partes afectadas, Betty dejó la Beretta encima del mostrador y le dijo al barman que llamase a la policía. Luego subió al taburete contiguo al que había ocupado su más reciente víctima, cogió el vaso que él se disponía a beber momentos antes de ser interrumpido y lo apuró de un trago, un Johnny Walker doble, con hielo. Justo antes de que llegara la policía, Betty le dijo al barman: «Sabe una cosa, es la primera vez que el alcohol no me parece malo del todo».

Betty fue enviada al Centro de Rehabilitación de Mujeres Fort Sumatra, donde, hasta que apareció Cutie Early, apenas mantuvo contacto con nadie. *Miss Cutie* era exactamente lo que necesitaba, se dijo Betty, la única persona en quien confiar ahora y siempre, su amiga ideal. Betty tenía una agenda, como es natural, pero Cutie, se juró Big Betty, siempre ocuparía los primeros puestos del hit-parade de la vida. Tan arriba como pudiera llegar ella misma.

CADA UNO TIENE SU PROPIA IDEA DE LO QUE ES UN HOGAR

Camino de Trocadero Island, Rollo Lamar iba pensando en B. Traven, el escritor que insistió en mantener secretos los pormenores de su vida, incluidos fecha de nacimiento, nombre verdadero y patrimonio, mientras estuviera vivo. Rollo, que siempre había sido fiel lector del género novelístico, admiraba mucho la obra de Traven, libros como *El tesoro de Sierra Madre*, *El navío muerto* y *The Cotton-Pickers*, su serie sobre la jungla, con las novelas *March to the Montería*, *The General from the Jungle*, *Government* y *La carreta*, y muchos más.

Traven había tenido buenos motivos para borrar deliberadamente sus huellas, pues en su Alemania natal, donde era un hombre buscado, había sido periodista radical y activista político. Huido a México, cambió de nombre más de una vez, trabajó como marino mercante y en los bosques de caobos, casándose finalmente para establecerse de por vida como escritor de novelas y relatos cortos en Ciudad de México. En dicha capital, Traven y su esposa criaron dos hijas, y cuando el director John Huston hizo una película a partir de *El tesoro...* con Humphrey Bogart como protagonista, Traven alcanzó cierta notoriedad, por más que él intentase hacerse pasar por un amigo de Traven, Hal Croves, mientras trabajaba como asesor técnico a la producción.

A Rollo no sólo le gustaban las novelas de Traven, sino también sus reiteradas afirmaciones de que lo menos importante era quién producía la obra, y que sólo ésta debía ser objeto de examen, que no la vida del autor. Traven, por descontado, era un paranoico al que preocupaba la posibilidad de que su vida anterior y sus presuntos crímenes pudieran salir a la luz. Que se le hubiera podido imputar todavía algún acto incendiario era cosa incierta; con todo, «el hombre a quien nadie conoce», como él se describía a sí mismo, fue desarrollando una estricta filosofía basada en la insignificancia del creador.

Todo ello tenía sentido para Rollo, y mientras conducía llegó a la conclusión de que no sería lo peor del mundo llegar a ser completamente anónimo salvo para uno mismo. De ese modo, desaparecería la verdad y no quedaría sino la brutal evidencia de una vida, la verdad por excelencia, sin el

dolor innecesario del reexamen. La vida ya es bastante complicada, pensaba Rollo. Traven sabía que la investigación retrospectiva no podía revelar nada que tuviera un valor real, de modo que hizo lo posible por ocultar sus orígenes. Era una maniobra difícil, dada la calidad y cantidad de la obra por él producida y el hecho de estar pensada para el público.

Rollo, quien a sus sesenta y cuatro años guardaba un extraordinario parecido, aunque en versión más oscura, con el actor Broderick Crawford tal como éste aparecía en el film de 1955 *La justicia al acecho*, no tenía deseo ni razón alguna para desaparecer. Nada había en su pasado que él necesitara ocultar. De hecho, se daba cuenta de que su vida había sido bastante monótona, sin acontecimientos emocionalmente fuertes que la marcaran, pese a la muerte de su madre cuando él era joven y las inusuales circunstancias de su subsiguiente educación en casa de los Lamar. No era responsable más que de sí mismo, y no tenía grandes quejas de nada. Mientras enfilaba el puente de Trocadero Island en su coche, se preguntó si sería demasiado tarde para cambiar las cosas.

Una vez cruzado el puente, Rollo se detuvo en el embarcadero y tienda de comestibles de Jasper Pasco, una parada de rutina siempre que hacía aquel trayecto. Rollo necesitaba estirar las piernas y solía disfrutar de sus visitas a Jasper Pasco, a quien conocía desde que el juez empezó a llevarle consigo en sus viajes al orfelinato cincuenta y tres años atrás. Jasper debía de tener como mínimo ochenta y ocho años, calculó, pero seguía dispuesto a entablar conversación sin que uno le animara a ello.

Rollo estiró brazos y piernas, se dobló por la cintura hasta donde pudo y luego entró en la tienda. Antes de que la mosquitera se cerrara de un portazo a su espalda, Jasper ya estaba encima de él.

—Tiene cara de venir en busca de un morral donde ir guardando ratas almizcleras —le gritó el viejo desde lo alto de un taburete de bar, tras un mostrador de madera atiborrado de un multicolor surtido de artículos tales como zapatillas moradas de tenis, un cubo con pelotas usadas de golf, redes para pescar a la rastra, hogazas de Wonder Bread, clavos de todas clases y medidas, un disco con los éxitos de Conway Twitty, gorras de béisbol verdes de la marca de tabaco de mascar Red Man, y otras cosas. Detrás de Jasper, en la pared, había una fotografía enmarcada de John F. Kennedy, firmada por el presidente asesinado y con la inscripción: «Para J. Pasco. Que el pez gato siga mordiendo el anzuelo y cuanto más fuerte mejor».

—Las ratas almizcleras dejaron de gustarme cuando era un chaval —dijo Rollo.

—Entonces seguro que viene en busca de unos cogotes de gallina —dijo Jasper—: se va de pesca.

—Gracias, Jasper, pero no. Sólo voy a echar un vistazo a los huérfanos. Comprobar que no les hayan hecho dormir en las mismas sábanas manchadas de pipí de la víspera.

Jasper gruñó:

—Yo no mojo la cama desde que la pilila se me agarrotó hará seis o siete años. Antiguamente sólo meaba vinagre, pero ahora es vinagre con orina. ¡Ja!

Rollo sonrió al tiempo que estrechaba la mano derecha de Jasper, manchada por la cirrosis hepática. Jasper estiró el otro brazo y se acarició el pie izquierdo descalzo.

—Tengo pie de atleta, sabe, Rollo. El doctor me dijo que usara calcetines, pero yo los detesto. Odio llevar calcetines casi tanto como que mis vecinos me dejaran plantado para irse al Piggly Wiggly tan pronto abrió ahí arriba en la carretera. Yo era un tipo afable, Rollo, usted me conoce desde hace tiempo. Pero ese hijoputa mentiroso de Scaramouche, cuando era senador del estado, me prometió el puesto de guarda de coto si hacía que los del pueblo le votaran a él, cosa que nunca cumplió. Así fue como empezó mi racha de mala suerte, sí señor. Él se fue a Washington, al Congreso, yo le pedí que impidiese que el Piggly Wiggly se estableciera ahí arriba y me arruinara el negocio, pero el muy cabrón ni siquiera respondió a mi carta. Tampoco aceptaba mis llamadas telefónicas. Pero ahora no soy tan calmoso como antes, no señor. Quién ríe último, ríe mejor, y si no, al tiempo.

—Oh, Jasper, cállate ya —dijo una mujer delgada de boca como pico de águila, que estaba sentada en otro taburete detrás del mostrador. Fumaba un cigarrillo sin filtro y parecía diez o quince años más joven que Jasper.

—Hola, Hermina —dijo Rollo a la esposa de cuarenta y seis años del viejo Pasco—. ¿Cómo le va?

Hermina emitió su versión de una carcajada, un chirrido prolongado que sonó como si de repente la hubieran duchado con un cubo de agua helada.

—Ya ve, protegiendo a este burro de sí mismo, qué quiere usted —dijo Hermina— No hay hombre en la tierra mejor dotado que *Mr.* Pasco para garantizarle percances a cualquiera, ya lo sabe usted.

—¿Y qué esperas, si el mundo está cada vez más podrido? —exclamó Jasper— ¡La gente ya no cumple ni una promesa! Mire ese camión que pasa por ahí —dijo, señalando la carretera—. Uno que pesca camarones con cazamariposas. ¡Los cazamariposas son la ruina de la creación humana! No consigo que aparezca el que arregla la nevera. El del tabaco se presenta con

retraso. Remar, el de las galletas, no viene desde hace dos semanas. Y a Bowlegs Linda, la que trae las magdalenas, no la vemos desde que se fue a Pensacola a enterrar a su madre.

—¡Qué coño enterrar! —dijo Hermina— Ésa se ha ido de folleteo con toda la marina en pleno, te lo digo yo.

—He viajado lo mío —dijo Jasper—: Dogpatch, Six Flags Over Texas, Rock City, Disneylandia. Me queda poco por ver. Una vez me tomé una Coca Cola con Connie Francis en Dothan, Alabama; ¿o fue una cerveza con Crystal Gale en Calhoun, Georgia? ¿Dónde fue, Hermina?

Hermina chirrió y tosió, expeliendo una nubecita de humo de cigarrillo.

—¡Sí, tú riéte, mujer! Rollo, pregunte por este sitio en cualquier punto de Gulf Coast, y si no me conocen es que en Texas nunca ha habido vacas.

—Sólo he parado para saludarle, Jasper —dijo Rollo—, y para coger un paquete de Lifesavers de menta, si tiene.

Jasper rebuscó en un bote atiborrado y sacó un paquetito.

—Sólo me quedan de hierbabuena —dijo.

—Bueno, no importa —dijo Rollo, cogiendo los caramelos y entregándole cincuenta centavos a Jasper.

—Gracias, hombre. A ver si viene más a menudo.

—La próxima vez que pase por aquí, Jasper. Cuídese. Y usted también, Hermina.

La mujer de Jasper siguió sentada, fumando. Tenía los ojos agazapados tras unas bolsas de piel arrugada.

—Cada cual tiene su propia idea de lo que es un hogar —dijo.

Rollo caminó hacia el coche mientras abría el paquete de Lifesavers, se llevó uno a la boca y se disponía a subir cuando una voz preguntó a su espalda:

—Oiga, señor, ¿usted cree que el diablo necesita testigos?

Rollo se dio la vuelta y vio a una mujer grande y mofletuda con ojillos de rata, que le apuntaba a la barriga con la pistola que sostenía en la mano derecha.

—Está bien, cariño —dijo Big Betty—, usted conduce.

Betty abrió la portezuela del conductor, entró en el coche y se deslizó hacia el asiento del acompañante.

—Vamos, arriba —ordenó, y Rollo obedeció al tiempo que tiraba al suelo el paquete de Lifesavers.

—Bueno, ¿qué me dice? —preguntó ella, mientras Rollo daba el contacto y metía la primera.

—¿Sobre qué?

—Sobre si el diablo necesita testigos...
—No sé qué decirle.
—Todo se andará —dijo Big Betty.

CHINCHES

Cutie mantuvo el Monaco negro pegado al New Yorker azul cielo mientras los vehículos avanzaban en tándem hacia la salida del Orfelinato R. L. Lamar para Niños Desamparados de Florida. Dentro del Chrysler, Big Betty llevaba el cañón de su revólver pegado a la rodilla derecha de Rollo, que conducía siguiendo sus instrucciones. Él no hizo ninguna pregunta. Pensaba en Bobbie Dean Baker, en lo guapa que estaba cuando apareció en su despacho, y se dijo que si sobrevivía a aquel lance, fuera lo que fuese, haría cuanto estuviera en su mano para convertir su relación profesional en personal. Después de todo, Bobbie Dean estaba a punto de divorciarse y, la verdad, era muy simpática. Pocas mujeres había en Egypt City, se dijo Rollo, con un tipo como el de Bobbie Dean Baker. Se preguntaba si ella se habría enterado de su bypass quíntuple, y si esa información obraría o no en su contra. Finalmente, la curiosidad pudo con Rollo.

—Confío en que no le importe si le pregunto qué significa todo esto —dijo Rollo.

—Pues de confiar se trata, ni más ni menos —respondió Big Betty—. Tuerza a la izquierda.

Rollo lo hizo y reparó en el Dodge negro que le seguía de cerca.

—Ahora continúe recto los próximos quince kilómetros, y luego le diré lo que ha de hacer.

—¿Tiene usted alguna relación con la persona que nos está siguiendo?

Betty rió y dijo:

—Por lo único que no estamos relacionados es por el ombligo. ¿Ha oído hablar de esas mellizas de Belle Fourche, en Dakota del Sur? Darlene y Delores.

—¿Qué pasa con ellas?

—Seguramente están tan unidas como Cutie y yo. A propósito, yo me llamo Betty Stalcup. ¿Y usted?

—Rollo Lamar.

—Me alegro de conocerle, Rollo. No está usted nada mal para ser un vejestorio color café. En fin, las chicas de Belle Fourche fueron acusadas de

asesinar a un hombre con el que cada hermana se había casado dos veces. Traigo el recorte aquí, si quiere saber más detalles.

—No creo que me interese.

Big Betty sacó el artículo del bolsillo de la camisa, desdobló el papel y empezó a leer:

—«El jurado ha considerado a una mujer culpable de conspiración para cometer homicidio en primer grado, pero ha absuelto a su hermana gemela de la acusación de haber colaborado para matar al hombre de ochenta y cinco años con quien ambas se habían casado en dos ocasiones.

»"Darlene Phillips fue declarada culpable de la más grave de las acusaciones pero inocente de los otros cargos. Su hermana, Delores Christenson, fue absuelta de todos los cargos. Phillips fue condenada a cadena perpetua.

»"Phillips y Christenson, de cuarenta y seis años, han estado casadas las dos en cuatro ocasiones. Ambas tuvieron roces con la justicia antes de ser procesadas por la muerte de Walter Giggs, asesinado en su casa de Lemmon el día de los Inocentes de 1990.

»"Walter fue una persona agradable hasta que se lió con ese par de gemelas imbéciles', declaró Lillian Burns de Morristown, cuyo marido, George, era muy amigo de Gibbs. 'Están más locas que un par de chinches.'

»"Jerome Phillips, ladrón de ganado de treinta y ocho años y casado con Darlene, aunque afirma estar enamorado de su hermana, confesó haber asfixiado a Gibbs con una almohada. En la vista celebrada esta semana, testificó que Darlene le había ayudado a sujetar a Gibbs. Phillips se declaró culpable el veintiuno de mayo del cargo de conspiración para asesinato. La sentencia se fallará el mes próximo.

»"Las gemelas habían sido acusadas de organizar el asesinato y de colaborar en la muerte del frágil Gibbs. Phillips dijo que él y las gemelas hablaron de las distintas maneras de matar a Gibbs, quien había nombrado a Christenson heredera de su fortuna valorada en 178.000 dólares.

»"Bob Van Norman, apoderado de Christenson, explicó al jurado que su cliente no tiene mayor capacidad intelectual que una niña de secundaria y que no es lo bastante lista para planear la muerte de Gibbs ni para saber que debería haber informado a las autoridades de la trama homicida".

«Naturalmente es aquí donde Cutie y yo diferimos de ellas —observó Big Betty antes de seguir con el artículo—: "Gibbs tenía cincuenta y ocho años cuando se casó por primera vez con Christenson, que por entonces acababa de cumplir los dieciocho. Se divorciaron unos diez años después, y él se casó con

Darlene. Nuevo divorcio, dos nuevas segundas nupcias con las gemelas y un casamiento más hacen un total de cinco matrimonios para *Mr. Gibbs*”.

»“Quienes los conocen están hechos un lío”, declaró la Burns.

»Darlene Phillips cumple actualmente condena de cincuenta años de cárcel por haber intentado incendiar la granja de Gibbs en 1989 mientras éste dormía en el diván. Un vecino vio el fuego y ayudó a Gibbs a salir de la casa. Darlene fue sentenciada por el incendio provocado en agosto de 1990, cuatro meses después de la muerte de Gibbs.

»La policía creyó en primera instancia que Gibbs había muerto por causa natural, pero empezó a recelar varios meses después al recibir el soplo de que Darlene Phillips hablaba sin recato alguno acerca de un asesinato. El cadáver de Gibbs fue exhumado trece meses después del sepelio. Se creía que había muerto en el hospital de Lemmon, una población de mil seiscientos habitantes en el nordeste de Dakota del Sur, a sólo tres manzanas de la frontera con Dakota del Norte. Aunque su cuerpo fue llevado al hospital, no se descubrió hasta más tarde que ya habría muerto cuando la ambulancia fue a recogerle.

»Jerome Phillips cumple condena de ocho años por robo de ovejas y cerdos el pasado año. Christenson cumplió sesenta días en prisión por complicidad. Darlene Phillips conoció a su actual marido en la prisión estatal para hombres y mujeres hace unos años, cuando cumplía condena por incendiar una casa en Bison y él estaba preso por falsificar talones bancarios.

«“Las gemelas siempre dicen que soy un hermano para ellas”, declaró Nick Schaefer, jefe de policía de Lemmon. “No sé a santo de qué, porque ya las he arrestado varias veces”.

—¿Y dice que usted y esa Cutie comparten cierta filosofía con esas chicas? —preguntó Rollo.

—Yo no sé mucho de filosofía —dijo Big Betty—, pero el mundo ya no es propiamente de los hombres, ¿no lo había notado?

En ese momento, ella divisó un descolorido rótulo de madera con la inscripción, «CLUB DE CAZA Y PESCA DE TROCADERO ISLAND SÓLO PARA SOCIOS».

—Pare ahí —ordenó Betty—. Final de trayecto.

LA GUARIDA

El edificio del Club de Caza y Pesca de Trocadero Island estaba abandonado desde hacía diecisiete años, cuando un autocar alquilado que transportaba a los treinta y dos miembros del club cayó a las aguas del golfo de México al despeñarse por el puente de Trocadero Island. El conductor, un ciudadano hondureño tuerto de cincuenta y tres años llamado Eusebio Refrito, se había quedado dormido al volante poco después de la medianoche del día en que los socios del club regresaban de su fin de semana anual en Nueva Orleans (que denominaban «Vivir en libertad o ¿para qué morir?»). Prácticamente todos los socios estaban en pleno estupor etílico cuando el autocar dio una vuelta de campaña sobre el pretil.

Todos los ocupantes perecieron ahogados, incluyendo a Eusebio Refrito, que se había dormido medio soñando con su prima segunda de diecisiete años, Nefaria Reina, quien todavía vivía en Tegucigalpa y con la cual Eusebio había iniciado relaciones sexuales cuando ella tenía doce años y él cuarenta y ocho. Llevaba varios meses sin ver a Nefaria, puesto que Eusebio había huido de la zona económicamente catastrófica en que se había convertido su país para entrar ilegalmente en Estados Unidos a bordo de un reactor de la campaña «Si quieres vivir, quédate en casa», oculto en un cajón de embalaje lleno de machetes. En el momento en que el morro del veterano de tres millones de kilómetros de carreteras americanas chocó contra el pretil del puente, Refrito estaba imaginado a Nefaria medio desnuda, pasando la violácea punta de su lengua por la vena amoratada de su pene largo como un bastón. «¡Mi prima!», gritó Eusebio un milisegundo después del impacto, sin saber que acababa de partirse la espina dorsal.

Big Betty y Cutie se habían mudado al Club de Caza y Pesca la noche antes de secuestrar a Rollo Lamar. Betty hizo que Rollo entrase en el edificio delante de ellas. En el salón principal no había otra cosa que colchonetas de dormir, un hornillo de *camping* y cacharros de cocina.

—¿Por qué me han traído aquí? —preguntó Rollo.

—Aaron alargó la mano con que sostenía la vara y batió el polvo de la tierra, y el polvo se convirtió en chusma —dijo Cuñe—. Todo el polvo de toda la tierra de Egipto se convirtió en chusma. Eso es del Éxodo.

—Los hombres son unos canallas —dijo Betty—. Usted es nuestro primer experimento de reeducación, *Mr. Lamar*. Veremos si somos capaces de poner a bien a un hombre con el Señor antes de que la espada cumpla su raudo cometido.

—A menos que un hombre nazca de nuevo, jamás verá el reino de Dios —dice Cutie.

Big Betty asintió.

—«Díjole Nicodemo —salmodió—: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo ya viejo? ¿Puede entrar por segunda vez en el vientre de su madre y ser dado a luz?».

Cutie, con los ojos cerrados, prosiguió:

—«Y Jesús respondió: No te maravilles de que yo te diga “Debes nacer de nuevo”». Eso es de san Juan.

—Por Dios —dijo Rollo.

Big Betty le golpeó con la pistola en el lado izquierdo de la cabeza, haciéndole caer al suelo.

—Usted no tiene ningún derecho a reclamar, *Mr. Lamar* —le explicó ella—. La cosa no funciona así. Como decía Elmer Ernest Southard en *El reino de los malos*, para conseguir el grial, antes hay que matar al dragón.

WAVELAND, MISISIPÍ

—Recuerdo que una vez vi cómo un rayo alcanzaba a una niña en la playa de Waveland, Misisipí —dijo Cutie— La niña debía de tener unos diez años, más o menos los que tenía yo entonces. La vi ayudar a sus padres a cargar las cosas en el coche cuando fue alcanzada por el rayo. Le arrancó de la mano el cubo de jugar en la playa. Aquella niña pude haber sido yo.

Eran las dos de la madrugada y Big Betty y Cutie estaban metidas en un saco de dormir de matrimonio. Tenían una radio de onda corta sintonizada en una emisora de frecuencia modulada. Clyde McPhatter estaba cantando *Warm Me Up* con su meloso falsete. Rollo dormía en el saco de repuesto a seis metros de allí.

—Debió de ser terrible para ti, guisantito, tan joven e impresionable como eras. Esta clase de incidentes suele acarrear problemas, sobre todo cuando uno es pequeño.

—Que yo sepa, no ha tenido consecuencias psicológicas, si a eso te refieres.

Betty acarició los rizos de *Miss* Cutie. En la estancia no había luz suficiente para que Betty pudiera verle el pelo.

—Sabes una cosa, guisante mío, hay veces que *siento* el rojo. Te nace en las entrañas y explota en tus cabellos.

—Me acuerdo de un tío, un tal Cleon Tone, allá en Arkansas, que tenía una congregación llamada la Iglesia de la Vida Nueva.

—Suenan bien.

—¡Bah! El hombre solía decir: «Quiero que todos empecéis de nuevo, día a día. Que deis a todo el mundo la oportunidad de una vida nueva».

—Me parece bastante justo —dijo Betty—. ¿Aguantó?

Cutie se sonrió en la penumbra:

—¡Qué más quisiera él! El bueno de Cleon cayó hecho pedazos bajo el dinámico hechizo de Aristidia Quenqui, la esposa de un diácono. Cleon Tone reclutó al marido para su campaña de recogida de mantas para los pobres, durante la cual el poderoso reverendo le dio a *Mrs.* Quenqui bastante más que

otra oportunidad. *Mr.* Alford Quenqui regresó de improviso un sábado por la tarde...

—Y no le gustó nada lo que vio.

—Los estranguló a ambos, como era de esperar. Lo último que supe de *Mr.* Quenqui es que se estaba pudriendo en el correccional federal de Seagoville, en Texas.

—Parece que nada acaba bien, guisante mío.

—¿Tú crees que podremos hacer un milagro con este hombre de color?

—El éxtasis está cerca cuando los más creyentes se transforman en cuerpos sagrados y se elevan para reunirse con el Señor en el cielo. Habrá una gran confusión después, Cutie, la gente no hará otra cosa que buscar montones de personas desaparecidas. O *Mr.* Lamar sube a las alturas o nos olvidamos de él.

—Y después qué, Bet.

—Las extasiadas novias de *Miss* Jesús, léase nosotras, se regocijarán siete años seguidos en el banquete nupcial mientras el resto del universo, incluidos esos lameculos de cristianos, se enfrentan a la Gran Congoja y la mayoría resulta masacrada.

—¿Cómo?

—Grandes tormentas, rayos y truenos, seguramente, como le pasó a aquella niña en Waveland, Misisipí. Que los justos sean redimidos, pero los impenitentes deben perecer. Nosotras estamos libres de culpa, *Miss* Cutie. Ni uno sólo de cada diez se salvará.

Cutie cerró los ojos y susurró:

—Y porque eres tibio, ni frío ni caliente, te escupiré de mi boca.

Big Betty se deslizó sacó de dormir abajo y lamió el erecto pezón izquierdo de Cutie.

LA MALETA DE DUKE

Vernon Duke Douglas no podía borrar de su cabeza la imagen de los dos marinos peruanos decapitados. Duke, como le llamaban los amigos, tenía treinta y seis años y estaba soltero. Vivía en un destartalado *bungalow* de Coffee Street en Chalmette, un apéndice de Nueva Orleans para trabajadores manuales, y solía ir a cenar a Rocky & Carlo's, en St. Bernard Highway. Para beber a solas, frecuentaba el Checkerboard Chucky's Change of Heart en la cercana Arabi, casi en Little Saigon.

Cuando estaba fuera de servicio, Duke dedicaba la mayor parte de su tiempo libre al estudio de la astronomía, concretamente de los cometas. Su ambición era llegar algún día a identificar y poner nombre a un cometa periódico, como el Chéseaux, el Biela, el Di Vico, el Encke, el Donati, el Tuttle, el Coggia, el Swift, el D'Arrest o el más famoso de todos, el Halley.

Durante una época Duke se interesó principalmente por los asteroides — Ceres, Pallas, Juno, Vesta, Iris, Flora, Hygiea, Astraea, etc—, pero quedó fascinado por el cometa Schwassmann-Wachmann I al enterarse de que tenía una órbita de tan baja excentricidad que en realidad podía tratarse de la de un asteroide. Por supuesto, a primera vista los cometas son imposibles de distinguir de los asteroides, pero entre las órbitas de Marte y Júpiter sucede un extraño fenómeno: la forma del cometa resulta menos perceptible, y luego, al aproximarse a Marte, el cometa empieza a mostrar su cola.

Fue uno de los héroes de Duke, Girolano Fracastoro, quien —junto con Tycho Brahe y su colaborador Johannes Kepler, los dos hombres a quienes se debe el establecimiento de las leyes del movimiento planetario— advirtió que cuando un cometa da la vuelta al sol su cola apunta en dirección contraria a la estrella debido a la presión de la radiación. En el perihelio, momento en que más cerca está del sol, el cometa puede perder su cola para desarrollar otra después, y, aunque es perfectamente visible en el cielo nocturno, dicha cola es casi efímera. Cuál no sería la sorpresa de Duke al descubrir que si la cola del cometa Halley pudiera ser reducida a la densidad del hierro, la misma cabría en la más pequeña de sus dos maletas Samsonite.

Para Duke, las cabezas de Ernesto y Dagoberto Reyes eran como cometas arrancados de sus órbitas, sus colas cercenadas. Cuando se enteró por el

Times-Picayune de una serie de decapitaciones, todas de varones, que estaban ocurriendo a lo largo del litoral occidental de Florida, Duke decidió coger sus vacaciones e investigar el fenómeno. De hecho, era posible que se tratara de una actividad no periódica, pero su instinto, curtido en más de una década de investigación y observación, le decía que por más estrechas o excéntricas que pudieran ser estas elipses, su conexión con los dos melones vaciados de Callao había de ser válida.

En tiempos de los antiguos romanos, como Duke sabía, la aparición de un cometa se consideraba un mal presagio, y a menudo se le imputaba la subsiguiente pérdida de una batalla. Duke sabía también que probablemente no era el primero en observar que los vencedores de la batalla seguramente no estaban de acuerdo.

LA BESTIA

—Aquí sí son bonitas las nubes.

—Siempre ha sido la principal característica de Florida, guisantito. Sobre todo, las puestas de sol.

—El cielo se ve distinto desde una isla, creo yo —dijo Cutie—. Cuando estás en una isla, quiero decir. Hasta los aviones que pasan a toda velocidad; es como si estuviéramos perdidas aquí abajo, olvidadas del resto del mundo.

Betty rió y estrechó los hombros de su amiga.

—El mundo no nos olvidará, guisante mío, siempre que le dejemos unos cuantos recuerdos, pruebas de nuestra sinceridad.

—¿Vamos a tatuarle esta mañana?

—Eso había pensado. Marcarle como es menester antes de que empiece sus lecciones.

—Y él es la causa de que todos, pequeños y grandes, ricos pobres, libres y esclavos, tengan su marca en la mano derecha en la frente.

Big Betty asintió con la cabeza y respondió:

—La sabiduría es esto. Que sea él, que tiene entendimiento, quien calcule el número de la bestia, pues el número es el del hombre y su número es el seis seis seis.

—Como *Miss* Jesús es nuestra testigo —dijo Cutie, lanzando chispas por sus ojazos negros—, si alguien adora a la bestia y a su imagen y recibe la marca en su frente o en su mano, beberá también de la orina de la ira de Dios, que va a sumarse con toda su fuerza a la copa de Su cólera; y él padecerá el fuego y el azufre en presencia de los ángeles santos (que somos nosotras) y del Cordero.

Mientras Cutie y Betty se abrazaban desnudas en el porche del Club de Caza y Pesca de Trocad ero Island, un enorme nimbo ocultó por completo el sol.

—Y el fuego de sus torturas se elevará eternamente —dijo Betty—; y no descansarán ni de día ni de noche aquellos que veneren a la bestia y a su imagen, o aquel que reciba la marca de su nombre.

Se separaron, retrocedieron sendos pasos y se miraron la una a la otra. Las lágrimas fluyeron simultáneamente de sus ojos.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —preguntó Cutie.

—A cuchilla, sin más. La misma con la que operé a esos marinos. Todavía está bien afilada.

—¿Cabeza o mano?

—Las dos. Ese *Mr.* Lamar es listo. Si pudiera, no vacilaría en usar el apéndice que le queda.

Cutie sonrió y dijo:

—Más lista eres tú. Bet.

BOLAS DE NIEVE

—¿Y qué me dice de esa mole de doscientos veinte kilos que cogieron en el aeropuerto de Miami tratando de pasar más de trescientos gramos de *crack* bajo los tremendos pliegues de su barriga? Los perros, que eran pastores, olisquearon la droga. Ese chico va a adelgazar muchísimo en la cárcel; seguramente es una de las mejores cosas que podían pasarle. Saldrá hecho otro hombre.

Vernon Duke Douglas consultó su Timex. Sólo faltaban veinte minutos para que el avión aterrizara en Tallahassee y ya no tendría que soportar la charla de la mujer que iba sentada a su lado. Debía de tener su misma edad, era una morena flacucha de ojos verdes que no estaba mal del todo, pero no había dejado de hablar desde antes de que el aparato despegase de Nueva Orleans. La mujer se llamaba Petronia Weatherby y se había presentado a Duke diciendo: «Le diré cómo me llamo, pero prométame que no va a preguntarme “¿Qué tiempo hará mañana?” o, “Mañana, ¿qué tiempo hará?”^[2]. No paro de oír siempre lo mismo». Luego le había contado a Duke el propósito de su viaje, pero él había borrado ya esa información de su banco de memoria.

—Conversando se pasa el vuelo más rápido, ¿verdad, *Mr. Douglas*? —dijo Petronia—. Oiga, no será usted pariente de los Douglas actores de cine, ¿verdad?

—Pues no.

—Lástima, con lo que me gusta a mí conocer gente famosa. Es algo que me encanta, no puedo evitarlo. Seguro que me mearía en las bragas. Yo soy así. ¿Que sucede algo extraordinario? Yo voy y me meo encima. ¿Sabe que nunca he visto nevar, por ejemplo? No me refiero al hielo, sino a ver cómo caen copos de verdad. Me mearía en las bragas, como siempre. No sabe cuánto me gustaría lanzar bolas de nieve.

—Los cometas son bolas de nieve —dijo Duke.

—¿Se refiere a esas cosas que vuelan por el aire interplanetario?

Duke asintió:

—Están compuestos de gases congelados, principalmente dióxido de carbono, metano y vapor de agua. Material muy poco sólido. Tienen el mismo comportamiento que una bola de gas helado calentada por el sol.

—*Mr. Douglas*, al momento he supuesto que era usted un científico, pero ahora veo que es una persona más profunda que la mayoría de personas que una encuentra en los aviones. ¿Le importa que le haga una pregunta básicamente científica?

—Adelante.

—¿Las mujeres piensan distinto de los hombres? Es decir, ¿su cerebro trabaja de otra manera? Quiero decir, técnicamente hablando.

Duke se echó a reír:

—No sabría decirle, *Mrs. Weatherby*, pero lo que sí sé es que el diálogo entre hombre y mujer tiene al parecer la consistencia de una bola de nieve. Aunque unas bolas contienen más hielo que otras, claro.

Petronia atravesó a Duke con la mirada, entrecerrando sus verdes ojos. A él le pareció que estaba a punto de silbar como una serpiente.

—Venga, rápido, antes de que aterricemos —dijo ella— Quiero que me diga la verdad. ¿Cree que en el infierno puede existir una bola de nieve?

CERDOS

Mano y Boca Demente estaban tan nerviosos como sus perros. Los primos se hallaban a menos de un centenar de metros del vertedero de basuras cuando *Casanova*, su catahoula, dio caza a un jabalí de considerable tamaño, casi ciento cuarenta kilos de cerdo peleón, y consiguió acorralarlo contra un montículo de basura de cuatro metros de altura. Cuando llegaron al claro, Boca soltó a *Diablo*, su bullterrier de cuarenta y cinco kilos, el cual de inmediato atacó y atrapó al jabalí por la parte superior de una pata delantera. *Diablo* hundió sus incisivos en el músculo e inmovilizó al cerdo mientras *Casanova* describía un semicírculo, sin dejar de ladrar ni perder de vista a la presa. El enfurecido jabalí no podía sacudirse el terrier ni alcanzarle con sus colmillos, y puesto que tenía encima todo el peso de *Diablo* difícilmente hubiera podido escapar al lustroso catahoula.

Desarmado, Mano Demente se acercó con cautela al chasqueado marrano, le agarró las patas traseras y las levantó a la altura de su pecho. Boca se aproximó, pasó un buen trozo de cuerda de nylon alrededor de las patas del jabalí, hizo un nudo y después desenganchó a *Diablo*. Cuando Mano soltó al cerdo, de la parte superior de la pata delantera izquierda cayó un jirón de pelo y carne. El jabalí se revolcó en el suelo, bufando y escupiendo sangre por el hocico y la boca. A unos pasos de distancia, Mano y Boca sujetaron a los perros con la mano izquierda mientras se palmeaban las respectivas derechas al estilo negro.

—*Un puerco grande, ¿eh, primo?*^[3] —dijo Boca.

—*Seguro*. La de bocadillos que se pueden hacer con él —respondió Mano.

Los primos, que contaban ambos veintidós años de edad, cazaban jabalíes sin armas, sólo con sus perros, desde los dieciocho. Medían los dos un metro ochenta y pesaban ambos alrededor de noventa kilos. La gente los tomaba por hermanos debido a su gran parecido, ya que ambos tenían el pelo negro y espeso, los ojos castaños y la tez bronceada. Durante la semana, los primos Demente atendían su propio negocio de pintores de brocha gorda en Tallahassee, y los fines de semana salían a cazar por deporte. Generalmente lo hacían en el condado de Taylor, cerca de Perry, o bien más al sur, en los

alrededores de Chiefland; no obstante, aquel día se habían adentrado en un territorio nuevo, Trocadero Island, que no les había defraudado.

Los perros estaban ilesos. Mano los llevó de vuelta a la camioneta, que estaba aparcada a ochocientos metros de allí. Boca desenvainó su cuchillo de caza, se dirigió hacia aquella cosa que no dejaba de chillar, golpeó de paso los dos colmillos con la punta del cuchillo por si traía suerte, y cortó la cuerda. El jabalí dio un brinco y salió disparado hacia el bosque. Boca miró el suelo manchado de sangre y le echó tierra encima. Luego recogió el trozo de pellejo y carne arrancado y lo tiró a unas matas. Era un buen sitio para cazar y Boca no quería que el guarda del coto descubriera ningún indicio. Envainó su cuchillo, recogió los trozos de cuerda y echó a andar hacia la camioneta. Le había entrado apetito y suponía que a su primo Mano le ocurría otro tanto.

EL LIBRO DEL DEVENIR

—Viniendo hacia aquí en coche, ¿qué clase de letrado hemos visto? —le preguntó Betty a Rollo Lamar, que estaba sentado en una silla y tenía los pies y las manos atados con una cuerda de tender la ropa. Betty y Cutie estaban de pie, una delante y otra detrás de él.

—No sé —dijo Rollo—. ¿Qué letrado?

—Uno que dice «A nadie le amarga una teta». Anuncia un bar de destape para camioneros. Un club Tanga. Hay toda una cadena de sitios así en la autopista. Yo los llamo «McSex». ¿Le parece bien que este país funcione así? ¿Usted qué cree?

—No es la única cosa que funciona mal —dijo Rollo—. Lo más obsceno es la falta de un programa de sanidad a nivel nacional y la progresiva disminución del presupuesto para educación. Sólo por el hecho de estar vivo, todo individuo tiene derecho a la mejor atención médica gratuita y a una educación adecuada. Menos que eso es ya una parodia del concepto de civilización.

—Eh, fíjate cómo habla, Bet —dijo Cutie—. Parece un abogado.

—Es que lo soy —dijo Rollo.

—Pues prepárese a ver cómo cae sobre usted el peso de la ley. Cutie, ya puedes empezar con la primera lección.

Cutie, que estaba delante de Rollo, asintió y se aclaró la garganta. Sostenía en sus manos una libreta grande de hojas manoseadas y cubierta color melocotón.

—Esto que ves es el *Libro del Devenir* —dijo Cutie—, el único que existe, y lo tenemos nosotras. Claro que eso no es de extrañar, ya que las autoras somos yo y Bet. Lo escribimos mientras estábamos en la cárcel, entre las líneas de las cartas que nos censuraban, para así poder llevárnoslas al marchar de allí.

—Seguimos escribiéndolo... —dijo Big Betty.

—Tendrá más capítulos, eso seguro.

—Empieza por el principio —ordenó Betty.

Cutie leyó en voz alta.

Lección Primera

Todos somos pecadores. Si no fuera por la eterna presencia de *Miss* Jesús nuestra Santa Madre y Única Compañera, nosotros los Comunes y mayormente fútiles fracasados jamás podríamos tener una segunda oportunidad. El Bando Femenino está a punto de Estallar y Destruir al Macho, que lo ha hecho casi todo mal desde el Principio. Fue el Macho quien ensució el Planeta y devoró el Alma Femenina. Ahora asistiremos a la Resurrección del Alma Femenina a fin de que el Planeta pueda ser Salvado. Palabra de nosotras Discípulas de *Miss* Jesús.

Nos aproximamos a los Días Finales a menos que esta Advertencia sea oída. La Bestia de las Revelaciones avanzará majestuosamente sobre sus cuartos traseros y aplastará a su paso a Creyentes y no Creyentes por igual. Los PECADORES deben devenir CREYENTES y los Malhechores deben dejar paso al Bando Femenino o NO habrá ESPERANZA.

Como profetizó Mateo, que era Gay, sobrevendrá una auténtica Congoja como nunca ha tenido lugar desde el principio del Mundo ni volverá a haber jamás. Dicha Congoja afectará al Bando Masculino, que por Naturaleza son los No Creyentes pese a sus Mentiras y los hostigará con la más indescrutable forma de Destrucción Humana que haya conocido la Historia de la Humanidad. Como consta en las Revelaciones, los No Creyentes padecerán Dolores y Sufrimientos indecibles. El sol se oscurecerá y la luna será como de sangre. A continuación se producirán guerras y grandes terremotos y plagas y el fuego y el granizo arrasarán media Tierra mezclados con la sangre. Montañas e islas serán arrancadas de cuajo y los océanos serán de sangre y el agua sabrá demasiado amarga. Los Machos No Creyentes morirán de sed y en la Tierra sólo quedará el Bando Femenino para recibir a *Miss* Jesús.

El Triunfo de las Hembras Creyentes queda patente en su supervivencia. *Miss* Jesús extenderá Su femenina Mano a aquellas que se hayan liberado para siempre del dominio del Impío nombre Macho de Satán. Únicamente un solo Macho dotado de una Actitud totalmente Reformada podrá asistir a la Formación del Nuevo Mundo Femenino con arreglo a *Miss* Jesús. Este testigo deberá reunir pruebas y Morirá Santo.

Amén.

—Amén —dijo Betty— Bien, *Mr.* Lamar, ¿va captando la película?

Rollo asintió:

—De momento, sólo el negativo.

LA COPA DE DESPEDIDA

Vernon Duke Douglas alquiló un Mercury Cougar en el aeropuerto de Tallahassee y puso rumbo a la costa del Golfo. Paró en Sopchoppy para tomar una hamburguesa y una Dr. Pepper en el Love Nest Café y luego se dirigió a Apalachicola, donde pasó la noche en el Gorrie Inn, así llamado en honor de John Gorrie, el inventor de la máquina de hacer hielo. A la mañana siguiente, Duke se levantó temprano y decidió probar suerte en Egypt City con la esperanza de encontrar alguna pista.

Mientras conducía, el paisaje le recordó la vez en que, en Irish Bayou, habían recuperado cuatro cadáveres de los pantanos.

Un refugiado camboyano había ido a pescar cerca del castillo inacabado y pescó una mano derecha con su sedal para peces de cuatro kilos. El camboyano fue con la mano pescada, a la que le faltaba el meñique, a un restaurante vietnamita cerca de Arabi y preguntó a un camarero si se la podían cocinar. El dueño del restaurante llamó a la policía, que acudió rápidamente e hizo que el camboyano les llevara al lugar donde había encontrado la mano.

Se pasó aviso a Duke, que entonces trabajaba en un caso de personas desaparecidas, y el policía se reunió con ellos en Irish Bayou. Bastaron cuarenta minutos de dragar aquel trecho de pantano para que apareciesen cuatro cadáveres hinchados. A ninguno de los cuerpos, todos de hombre, le faltaba una mano derecha, pero todos habían sido decapitados seguramente con una sierra de mano mellada, a juzgar por el irregular dibujo de las incisiones. No pudieron encontrar las cabezas, y la persona cuya búsqueda estaba llevando a cabo Duke no se encontraba entre los cuatro ahogados. Duke recordaba que el camboyano preguntó si podía quedarse con la mano.

Una vez en Egypt City, Duke se registró en Hernando Cortés Motor Court, un pequeño parador que sin duda había sido un popular retiro invernal para la tercera edad durante los años cuarenta y cincuenta, pero que ahora se había convertido en emplazamiento de unas nuevas galerías. De todos modos, era barato, y eso era a fin de cuentas lo que buscaba Duke, un sitio donde dejarse caer y dormir un poco. Eran las ocho cuando Duke recorrió los sesenta pasos que le separaban de un pequeño restaurante llamado La Polinesia,

donde según el viejo conserje del motel servían un más que aceptable estofado de marisco.

—¿También duerme solo?

Duke levantó la vista de su plato de estofado y vio que a su mesa se había sentado una mujer de unos treinta años, morena y obesa, con una bonita cara de rasgos indios y pechos enormes.

—¿Por qué «también»? —preguntó él.

—Está comiendo solo, ¿no?

—Estaba.

—Bueno, sólo era una pregunta. ¿Le importa si fumo?

Antes de que Duke pudiera contestar, la mujer encendió un Viceroy, dio una larga calada y sacó el humo hacia un lado.

—Éste es un restaurante para fumadores —dijo ella—. ¿No ha visto el rótulo en la puerta?

—No me he fijado.

—Usted no fuma, ¿verdad?

—No.

—¿Y folla?

—Mire, señora, ¿es usted la dueña de este sitio?

—¿Yo? Pobre de mí. Es la primera vez que entro. Sólo estoy de paso.

—Entonces ¿por qué no se sienta en otra parte mientras acabo de cenar?

—Por veinte pavos le hago un polvo celestial, caballero. Bueno, y por cincuenta me tiene toda la noche a su disposición para metérmela por el culo o lo que prefiera. Tenga en cuenta que a muchos que están de vacaciones mal pagadas les ha parecido muy bien mi oferta. Por si no se ha fijado, tengo unas catalinas acojonantes de las que usted podrá colgarse como si fuera un mono.

La mujer sonrió a Duke, mostrándole una dotación completa de dientes parejos y manchados de nicotina. Duke hubo de reconocer que no estaba del todo mal.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Duke.

—Wapiti Touché. Soy seminóla-irlandesa por parte de madre y danesa-quebecuiana por parte de padre. ¿Te interesa la genealogía? Estoy escribiendo un libro sobre la historia de los grandes reyes rojos de Irlanda.

Wapiti Touché dio una sonora chupada a su Viceroy.

—Acábate la sopa, encanto, que se te va a enfriar —añadió.

Duke se inclinó sobre el plato, divertido ante tan singular personaje.

—Está más bueno con tabasco, ¿no crees? —dijo ella—. Yo siempre me echo montones de sal, zumo de lima y salsa picante, y al final me chorrea la

nariz. Pero es que me gusta así. Bueno, qué, ¿vamos a pasar un buen rato tú y yo? Cuarenta pavos, toda la noche o hasta que te hartes.

Wapiti levantó el pie izquierdo sin zapato por debajo de la mesa y lo depositó suavemente sobre el paquete de Duke. Con los dedos de los pies le acarició el pene y notó cómo éste se movía.

—No hay duda de que eres muy sensible —dijo, sonriendo otra vez.

—Empecemos con veinte —dijo Duke.

Tan pronto estuvieron en la habitación del parador Hernando Cortés, Wapiti le dijo que necesitaba unos momentos de intimidad y se metió en el cuarto de baño. Duke se sentó en la única silla que había y se desató los zapatos, sorprendido de que le hiciera gracia tirarse a aquella gorda medio india. Al oír la cadena del váter se quitó los zapatos y los calcetines, se puso en pie y se desabrochó el cinturón. Wapiti Touché apareció totalmente desnuda y saltó sobre la cama. Sus enormes tetas rebotaron contra su tórax como pelotas de voleibol hinchadas al máximo, botando en una pista de madera dura. La mujer alargó la mano, le desabrochó los pantalones y se los bajó. Duke la tenía dura y ella le montó a horcajadas mientras con sus melones le batía las mejillas.

Duke estaba aturdido y antes de darse cuenta de lo que pasaba, notó que estaba a punto de correrse.

—¡Espera, Wapiti! —gritó—. ¡No tan deprisa!

Wapiti hizo callar a Duke poniéndole una almohada sobre la cara. Era extraordinariamente fuerte y pesaba doce kilos más que él. Wapiti notó que la polla de Duke daba dos sacudidas, y luego él se murió.

EL TOQUE FEMENINO

Rollo decidió fingir un colapso cardíaco. Si ellas se lo tragaban, se dijo, le dejarían allí tirado o lo llevarían a un hospital. Valía la pena intentarlo. Pensaba hacerlo durante la próxima lección, cuando Cutie empezara con aquella retahíla de «Y dijo *Miss* Jesús...». Rollo no estaba dispuesto a aguantarlo más. Se hallaba tumbado en su saco de dormir, pensando en ello, cuando oyó que se acercaban las motos y paraban frente al edificio.

—Mierda, ¿qué ha sido eso? —preguntó Cutie.

—Creo que son Harley Davidson.

Big Betty se levantó de un salto, se vistió y cogió su pistola.

—Vamos, Cutie. Les daremos una sorpresa a esos chicos.

Jump Start y Badger, miembros del Motoclub Tíos con Suerte de Bon Secour, Alabama, levantaron su respectiva segunda pierna, bajaron de las motos y se desperezaron mientras el planeta entero daba la vuelta y el alba empezaba a filtrarse. En la espalda de sus cazadoras tejanas, dentro de la herradura de letras que proclamaba su filiación geográfica y vehicular, había un dibujo serigrafiado de un mastín con una mano cortada y ensangrentada entre las fauces^[4].

—A mí me parece un buen sitio para sobar. ¿Tú qué dices, Badg?

Badger se rascó la barba de seis días con la roñosa palma de su mano derecha, se frotó el pecho a la altura del anuncio de marisquería que llevaba en la camiseta, se rascó la coronilla de su cabeza de grasiento pelo castaño y largo hasta los hombros, y bostezó. Luego miró en dirección a Jump Start, que de no ser por el ojo izquierdo de cristal color cereza y la oreja que le faltaba, podría haber pasado por su hermano gemelo. A Jump Start le habían arrancado tanto el ojo como la oreja en el transcurso de una bronca en el bar Town'n' Country, a las afueras de Tampa, varios años atrás, un sábado por la noche. Jump apenas recordaba cómo era la vida antes de perder aquellas dos cosas.

Sí, en cambio, pensaba de vez en cuando en Bevo Rubber, aquel gordo de ciento treinta kilos que falleció a raíz de haberle hecho aquella trastada. Cuando Jump salió del hospital, él y Badger efectuaron una temprana visita al

remolque de Bevo y le cercenaron las dos manos con sus machetes antes de que Bevo pudiera rozar siquiera la Mossberg de cañones recortados que conservaba bajo la almohada. A continuación, mientras Badger sujetaba al aturullado Rubber, Jump Start se valió de sus alicates de bolsillo Trim para sacarle los ojos a aquel imbécil. Dejaron a Bevo solo y chillando dentro de su casa de lata, cuya puerta atrancó Badger mientras Jump Start prendía una mecha conectada a una bombona de butano y hacía rodar ésta bajo la caravana. Cuando la Airstream saltó por los aires, los Tíos con Suerte se habían largado en sus motocicletas, mandando a Bevo y a un par de adormilados vecinos suyos al infierno de los blancos pobres.

—Me vendría bien un descanso, J. S. —dijo Badger—. Esta posada parece abandonada.

Dentro del Club de Caza y Pesca, Big Betty y *Miss* Cutie esperaban pacientemente a los intrusos. Cutie le había puesto a Rollo una ancha tira de cinta aislante en la boca; Rollo permanecía inmóvil, bien atado de pies y manos con la cuerda de tender. Cuando Jump Start abrió la puerta, Betty le disparó a quemarropa al ojo de cristal.

—¡Hostia! —gritó Badger al dar contra el suelo y ponerse fuera del alcance del tirador.

Corrió hacia su Harley Davidson, la puso en marcha de un patadón y salió rugiendo hacia la carretera, donde al instante fue alcanzado lateralmente por una camioneta Ford modelo 1956 totalmente restaurada y con dos hombres en la cabina y dos perros en la trasera. Badger cayó de la moto y la furgoneta frenó en seco, momento en el cual los perros saltaron dispuestos a atacar al motorista caído. Antes de que ninguno de los conmocionados primos Demente pudiera apartar a *Diablo*, el enfurecido bullterrier había matado a Badger a dentelladas. Mano Demente cogió a *Diablo* por el collar mientras su primo Boca salía en pos de *Casanova*, el catahoula, que, trastornado, lanzaba gañidos mientras zigzagueaba por el asfalto.

Momentos después, Big Betty y Cutie irrumpieron coleando en la carretera en su Monaco negro. Mano se apartó de un brinco sin soltar a *Diablo* y contempló impotente cómo el escorado Dodge esquivaba por muy poco a Boca pero daba de refilón a *Casanova*, dejando al chucho tendido en la calzada con la pata derecha fracturada.

En el momento en que Big Betty se lanzaba hacia el puente, se saltaba el semáforo del cruce de la interestatal y ponía rumbo a Pensacola, el coche patrulla aparcado en el arcén frente al embarcadero y tienda de comestibles de

Jasper Pasco salió echando chispas detrás de ellas con la sirena encendida y las luces girando a toda velocidad.

—¿Por qué no le has pegado un tiro, Bet? —preguntó Cutie—. Ese *Mr. Lamar* puede identificarnos.

—Parece que se estaba tomando las clases muy a pecho, sabes, guisantito.

Betty se echó a reír, miró por el retrovisor y distinguió el coche *beige* y blanco que les pisaba los talones.

—Es broma, Cutie —dijo, mirando de nuevo al frente—. Me he olvidado de él con los nervios, nada más. Pero da lo mismo. *Miss Jesús* es nuestra guía, y antes de que termine este tiro al blanco no habrá hombre que no sepa lo que es el toque femenino.

NOCHE CERRADA EN TODAS PARTES

Easy Earl iba en su Mercury Monarch por St. Claude Avenue, en Nueva Orleans. Conducía despacio, a menos de cuarenta kilómetros por hora. Eran las 23:58, casi miércoles ya, y llovía otra vez. Últimamente había una tormenta detrás de otra. Earl encendió el limpiaparabrisas. En la matrícula de su Mercury color rojo bombero modelo 1978 ponía EZY EARL y no easy, porque solamente se admitían siete cifras, no ocho, pero a Earl, cuyo apellido era Blakey, como el gran batería de *jazz*, ya le estaba bien. Earl, cuarenta y seis años y soltero de toda la vida, había salido de su casa en St. Roch para ir a la oficina de correos de Camp Street, donde trabajaba cargando las camionetas de reparto. Su turno empezaba a las doce de la noche; sabía que llegaría un poco tarde, pero podía culpar a la lluvia.

Había sintonizado la WWOZ en la radio del coche. Sam Cooke y los Soul Stirrers cantaban *That's Heaven to Me*. Fue terrible cómo liquidaron a Sam Cooke, pensó Earl, muerto a tiros por una mujerona en un motel porque, según ella, había abusado de una muchacha. El hombre tenía una voz preciosa, eso sí.

Al terminar la canción, el locutor dijo:

«Un nuevo día amanece en Crescent City. De Florida nos llega la noticia de dos mujeres detenidas como sospechosas de una serie de asesinatos, todos ellos de hombres, que se remontan al año pasado. Bettina Stalcup y Carol Early han sido detenidas hoy en Pensacola acusadas de varios homicidios cometidos en los estados de Florida, Alabama y Louisiana. Según informa la policía, las dos mujeres, ambas exconvictas, afirman ser novias de Jesús, quien según las sospechosas era también mujer. “Miss Jesús”, aseguran, les ordenó librar al mundo de hombres. “El hombre ya no está en situación de ser reeducado. La enfermedad es incurable”, dijo Mrs. Stalcup. “Para ellos es noche cerrada en todas partes”».

Easy Earl meneó la cabeza, sacó un Kool del bolsillo de su camisa, se lo puso entre los labios y pulsó el encendedor del coche.

—Vaya, vaya —murmuró—. El mundo está lleno de furcias honestas.

2

LA VIDA SECRETA DE LOS INSECTOS

De la belleza nadie puede estar enajenado
Pues belleza es infinito
Y la facultad de ser finito dejó de existir
Cuando el destino nos asimiló.

EMILY DICKINSON

BEATÍFICA

—Dios jamás dio a entender que una mujer no debe tener el control de su propio cuerpo —le dijo Beatífica Brown a Easy Earl Blakey, ambos subidos a dos taburetes contiguos en el High Heaven Bar de Burgundy Street, en el distrito Ocho de Nueva Orleans.

Beatífica Brown, nacida en La Ceiba, República de Honduras, había emigrado a Tampa, Florida, con sus padres Fábula y Germán Moreno a la edad de tres años. Beatífica había adaptado su apellido al inglés seis años atrás durante su estancia como detenida en el Centro de Rehabilitación para Mujeres Fort Sumara, el día de su trigésimo aniversario, 9 de mayo, fecha que compartía con su héroe, el abolicionista de Kansas John Brown.

Mientras la causa de John Brown era la liberación de los esclavos, la misión de Beatífica era la libertad de elección. Ella era abortista pese a no haber estudiado nunca medicina, y había estado en la cárcel por practicar operaciones ilegales en Florida. Beatífica había llegado a Nueva Orleans después que la asamblea legislativa del estado de Louisiana promulgase la más represiva ley antiaborto de todo el país. Beatífica pretendía ejercer lo que ella consideraba su vocación y divulgar el credo del derecho de la mujer a elegir.

«Voy a escupir a la cara del diablo», les dijo Beatífica Brown a sus compañeras de reclusión, Big Betty Stalcup y *Miss* Cutie Early, pocos días antes de salir de Fort Sumatra. Betty y Cutie, que habían ideado un programa en base a una filosofía independiente de su propia cosecha, se habían despedido de Beatífica diciéndole que recordara que *Miss* Jesús la acompañaría en todos los lances del camino.

No obstante *Miss* Jesús, Beatífica había desarrollado un plan basándose en su propia experiencia tras haber quedado inutilizada para ulteriores partos a resultas de serle practicado un aborto chapucero cuando tenía dieciséis años; Beatífica estaba encinta de un muchacho llamado Delbert Bork, compañero de instituto. Fue Delbert quien llevó a Beatífica a la caravana de un hombre que pretendía ser médico; le pagaron 150 dólares y él la arruinó de por vida. A partir de aquel momento, Beatífica había enarbolado la espada, decidida a que

otras mujeres con embarazos involuntarios no tuvieran que sufrir lo que ella había sufrido.

Posteriormente había conocido a una mujer llamada Basenji Jones, enfermera titulada en Tampa, que pensaba como ella y que enseñó a Beatífica el procedimiento correcto para abortar. Basenji la introdujo también en el movimiento clandestino de la libertad de elección del Deep South, entre cuyo círculo fundamentalista el aborto era considerado una práctica no menos nefanda que el mestizaje. Siendo católicos, Fábula y Germán quedaron horrorizados cuando su hija les habló de su misión, pero no pudieron hacer nada frente a su entusiasmo.

—Estoy de acuerdo en que la mujer debe hacer lo que le convenga —dijo Earl, llevándose a los labios un Crown Royal con leche y hielo—. Pero el caso es, *Miss Brown*, que yo de quien quería hablarle es de Rita, mi señora. Ella ha tenido ya cuatro hijos y no le conviene tener más.

—¿De cuánto está su mujer?

—De dos meses, o dos y medio, calcula ella. Tengo un buen empleo en la oficina de correos, *Miss Brown*. No me importa pagar lo que sea.

—Verá, Earl, yo no cobro por mí, sólo por la causa. El precio es lo que pueda usted pagar buenamente.

Easy Earl bebió el resto de su vaso. Alguien pinchó Percy Sledge haciendo proselitismo en *When a Man Loves a Woman* en la gigantesca rockola antigua que había bajo la diminuta reproducción de *Une moderne Olympia*, de Cézanne.

—Desde luego, es usted una enviada del cielo, *Miss Brown* —dijo Earl, aliviado.

Beatífica cogió su vaso de Tanqueray con una cucharadita de azúcar y lo levantó en su honor.

—Yo nunca lo he dudado, *Mr. Blakey*. No pierda usted la fe —dijo ella, y se lo bebió de un trago.

EL DESEO DE JOHN BROWN

La primera vez que Beatífica había oído la canción de John Brown era apenas una niña, pero la letra no le dijo nada hasta que descubrió su vocación. Muchas veces al día Beatífica cantaba para sí «El cuerpo de John Brown pudriéndose está en la tumba». Entre sus escasas pertenencias guardaba el libro de F. B. Sanborn *Vida y correspondencia de John Brown*, publicado en 1885, y había estado ocho años tomando notas con vistas a la redacción de una monografía titulada «John Brown y la divina noción». El tratado de Beatífica se basaba en la hipótesis de Wendell Phillips de que la «patente de corso de Dios» era el fundamento en que John Brown apoyaba su convencimiento de estar llamado a acabar con la esclavitud por medios violentos.

Descendiente de los puritanos del *Mayflower*, John Brown había nacido en Connecticut y crecido en Ohio, y a la edad de cuarenta y nueve años se trasladó al estado de Nueva York, donde tuvo a colonos negros por vecinos de cultivo. Él había dejado ya patente su odio hacia la esclavitud, y poco tiempo después fue a reunirse con cinco de sus hijos en Kansas, estado fronterizo desde el que lanzaría su enérgica campaña de oposición a la odiosa institución. A raíz de los sangrientos enfrentamientos con esclavistas en Kansas, John Brown condujo a sus discípulos desde Canadá hasta Massachusetts, y por último a Virginia. Su plan era establecer allí una plaza fuerte donde pudieran refugiarse los esclavos fugitivos.

La noche del 16 de octubre de 1859, con sólo dieciocho hombres, cinco de los cuales eran esclavos negros, John Brown encabezó un asalto a un arsenal federalista en Harpers Ferry. Consiguieron capturar el arsenal y tomar como rehenes a sesenta ciudadanos destacados de la localidad. Durante los dos días siguientes los abolitionistas soportaron el asedio por parte de una unidad de infantes de marina al mando del coronel Robert E. Lee. Finalmente los soldados sojuzgaron a los partidarios de los Free States, matando a diez de ellos, incluidos dos hijos de John Brown. Éste fue apresado, resultando gravemente herido tras su rendición. Antes de cumplirse un mes había sido procesado y declarado culpable de «traición, conspiración con otros esclavos y

rebeldes y asesinato en primer grado». El 2 de diciembre fue ahorcado. John Brown había engendrado veinte hijos de dos esposas.

Beatífica se sentía profundamente vinculada a su homónimo decimonónico y estaba convencida de tener, ella también, «patente de corso de Dios». Al igual que John Brown, habían identificado a sus enemigos inmediatos, entre los cuales se contaba un activo predicador antiabortista de Nueva Orleans llamado Dallas Salt, pastor de la no sectaria Iglesia de Esta Parte, con sede en Elysian Fields Avenue. Dilys, la hermana de Dallas Salt, era una predicadora abortista igualmente activa que había roto con Dallas precisamente por esta cuestión y había establecido un ministerio propio, la Iglesia de La Otra Parte, con sede justo enfrente a la de su hermano. Cada domingo, los hermanos Salt exhortaban a sus respectivos rebaños a luchar contra sus oponentes.

Beatífica había formado parte de ambas congregaciones: de la Iglesia de Esta Parte del hermano Dallas para conocer a su enemigo de cerca, y de la Iglesia de La Otra Parte de la hermana Dilys para prestarle su apoyo. El hermano Dallas era, naturalmente, quien contaba con mayor número de fieles y el único de los dos que tenía acceso a las ondas, a través de un programa radiofónico que emitía la WGOD los domingos a medianoche. La Iglesia de La Otra Parte sufría constantes actos de vandalismo contra su edificio, y sus miembros, en su mayoría mujeres, eran regularmente amenazados y aterrorizados. La hermana Dilys iba siempre protegida por varias robustas militantes del Club Motorista de las Hermanas de Clitemnestra.

Beatífica Brown sabía que para triunfar en su misión debía mantenerse en un segundo plano y llevar a cabo su cometido llamando el mínimo de atención. Le complacía que fueran otros, por ejemplo Dilys Salt, quienes continuaran la lucha en su vertiente pública mientras ella prestaba sus servicios a quienes los necesitaban y hacía proselitismo cuando surgía la ocasión.

En una pared de su piso de Decatur Street, en los confines del Quarter cerca de Esplanade, Beatífica había colgado una fotografía enmarcada de John Brown, cuyos ojos ardían de furia en su cara barbada. Al pie del retrato de su héroe había escrito: «Su alma no se detiene». Beatífica supo que sería ella, el Guerrero Desconocido, la que asesinaría a Dallas Salt cuando John Brown le habló en sueños la novena noche —su número común— que pasaba en Nueva Orleans. Beatífica despertó, se incorporó, sacudió su larga melena pelirroja, notó que se estremecía de pies a cabeza, asintió repetidas veces con la cabeza y dijo en alto:

—¡Oh, sí, ése es también mi deseo!

LA RECOMPENSA

Dilys Salt estaba junto a la ventana del dormitorio de su apartamento en un segundo piso de Pauger Street, contemplando la decena de personas que se paseaban por la acera portando pancartas en las que se leía: «matad al heraldo, pero no al feto; la vida es demasiado buena para la hermana Dilys», y también «Los bebés exclaman: ¡no nos mates, Dilys!».

—¿Otra vez están ahí? —preguntó Terry Pérez, una de las Hermanas de Clitemnestra y actual amante de Dilys.

—Ahora vienen cada día —dijo Dilys—. La poli dice que no puede hacer nada mientras los manifestantes no crucen la calle. Libertad de expresión. ¡Bah! Esos idiotas no aceptan el derecho de la mujer a regir su propio destino, pero en cambio permiten que se atosigue a una persona en su propio terreno.

—Si quieres, llamo a unas cuantas hermanas para que hagan un pase con las motos...

—Mejor no, Terry. Meterían a alguna chica en la cárcel y encima lo pagaría yo. Es preferible dejarlos. Cada cual a lo suyo.

Dilys encendió un cigarrillo y se sentó en una silla de mimbre. Estaba desnuda a excepción de sus braguitas rojas y las botas negras Chippewa que usaba Terry para ir en moto. Dilys cruzó las piernas y se dedicó a fumar. Vestida únicamente con su cazadora sin mangas del club, Terry estaba sentada en la cama cepillándose sus largos cabellos negros. Hacía un mes que las dos eran amantes, y Terry sabía que Dilys nunca había estado tanto tiempo en exclusiva con ninguna de las Hermanas.

—¿En qué piensas, Dilys?

—Oh, creo que en mi hija.

—¿Tienes una hija? No lo sabía.

Dilys dio una profunda calada a su Pall Mall y exhaló una serpiente de humo.

—Mañana cumple catorce, el uno de noviembre. La tuve a los veintiséis años.

—¿Cómo se llama?

—Pillara. Su padre escogió el nombre.

—¿Y dónde está?

—Tiene el síndrome de Down, lo que antes se llamaba mongolismo, por los rasgos de la cara. La tengo en una residencia de Plain Dealin, cerca de donde fue a vivir mi madre cuando papá murió.

—¿Dónde te criaste tú?

—En Queen City, Texas. Mi madre se trasladó a Plain Dealin para estar cerca de los parientes que tiene en Ida. Me pareció buena idea que Pillara esté donde mi madre pueda verla de vez en cuando y cuidar de que la traten bien.

—¿Tú no vas a visitarla?

—Hace doce años que no la veo. En realidad Pillara no ha llegado a conocerme.

—¿Y su padre? ¿Va a visitarla, él?

Dilys lanzó una carcajada breve y cruel:

—Sólo la ha visto una vez. Vio que era deforme, la bautizó y me dejó a mí el resto.

—Veo que tú y él no estáis en contacto.

—Qué va, nunca hemos dejado de estar en contacto. Me gustas mucho, Terry, ya lo sabes. Más que casi cualquiera de las chicas con que he estado en años. Si me prometes no contárselo a nadie, te diré algo que es casi un secreto.

Terry dejó de cepillarse y miró a Dilys, que la estaba perforando con sus ojos azul cobalto.

—Lo prometo —dijo Terry en voz baja.

—Dallas Salí es el padre de Pillara.

Terry dejó caer el cepillo.

—¡Pero si sois hermanos...!

Dilys asintió:

—«El amor incestuoso es lo más maravilloso», solía decir él.

—Tengo pipí —dijo Terry, y saltó de la cama y corrió al lavabo.

Dylis chupó con fuerza el cigarrillo y luego lo aplastó en el talón de la bota izquierda de Terry. Arrojó la colilla de un capirotazo y estiró las piernas en el momento en que Terry volvía a la habitación.

—Cielo... —dijo Dilys, bajándose las bragas— Arrodíllate junto a la fuente y saborea sus frutos.

—Oh, Dilys —dijo Terry, postrándose—, ¡cuánto has debido de sufrir!

Dilys cerró los ojos mientras Terry se ponía a ello, provocando en su yacente pastor un hondo gemido de placer.

—El dolor es algo temporal, Terry —dijo Dilys acariciando los lustrosos cabellos de su amante con la mano derecha—. Placeres como éstos nos recuerdan que nuestra recompensa está por venir.

A AÑOS LUZ DE CASA

A sus cuarenta y seis años, con sus ciento quince kilos y un metro noventa y cinco, Dallas Salt nunca había estado tan seguro de sí mismo y de lo que hacía como lo estaba ahora. Seguía teniendo una buena mata de pelo que se hacía teñir de negro una vez al mes, y se ejercitaba al menos una hora diaria con su equipo de gimnasia Universal en el sótano del templo. Dallas Salt mantenía, pese a ser soltero, una intensa actividad sexual, y últimamente sus gustos se decantaban por unas relaciones anales sumamente profilácticas con escuálidas furcias negras que le procuraba Sabine Yama, su edecán mitad cajún, mitad paquistaní, de los últimos quince años. Muchas de aquellas mujeres habían pasado a engrosar el rebaño de Dallas Salt, hecho que a él le complacía en extremo, aunque, como le decía a Sabine, una cosa era que aceptaran su sermón y otra que les permitiera aceptar su semen.

La Iglesia de Esta Parte estaba en pleno florecimiento desde el inicio de sus actividades antiabortistas. La asistencia a los servicios dominicales estaba en su apogeo y el mensaje pastoral se extendía rápidamente gracias a los cincuenta y seis concesionarios de televisión por cable que lo difundían actualmente por los estados del Sur. El mejor combustible para el mensaje del hermano Dallas era su propia hermana. Dallas quería muchísimo a Dilys desde siempre, y personalmente no ponía objeciones a que ella predicara. Lo que sí preocupaba a Dallas, en cambio, era el bienestar de su hermana, y Sabine Yama tenía instrucciones concretas de vigilar a sus más fervientes seguidores, aquellos que con mayor probabilidad podían eventualmente hacerle daño. Sabine era el único del círculo de íntimos de Dallas que sabía de la existencia de Pillara Salí y que Dilys era la madre de la niña.

Aparte de ser gordo, casi calvo y medir poco más de metro sesenta, Sabine tenía el pie izquierdo zopo y el brazo derecho contrahecho debido a defectos de nacimiento. Estaba algo más que ligeramente enamorado del hermano Dallas, cosa de la que el pastor era consciente y se aprovechaba con creces, teniéndole a su disposición prácticamente las veinticuatro horas del día. Sabine, que contaba ahora treinta y dos años, había caído bajo el influjo de los Salt cuando apenas era un adolescente. Sus padres estaban horrorizados de su grotesco hijo único, el cual, encima, empezó a mostrar perversas inclinaciones

a los diez años, cuando al pequeño Sabine le dio por timar turistas en Bourbon Street. Más adelante empezó a trabajar para los Salt, quienes vieron en él la virtud de la lealtad de quienes están deseosos de servir a los demás.

Al producirse la ruptura, Sabine optó por quedarse con Dallas, debido sobre todo a su preferencia por la compañía masculina y consciente de que su papel en el círculo de Dilys, pese al genuino afecto que ella le tenía, iba a ser de carácter secundario. Sabine detestaba a las Hermanas de Clitemnestra, las cuales, a su juicio, ejercían en Dilys una desdichada influencia y la empujaban más allá de lo que era su propósito en la vida, a saber, colaborar en que la gente conociera su propia realidad interior, el ser que pertenece a Dios.

Sabine opinaba que el asunto del aborto se había exagerado mucho. No podía negar el hecho de que había un montón de preceptos sueltos por ahí sin los cuales el mundo sería mucho más feliz, pero también él había sido antaño un niño no deseado, a años luz de casa, y eso era algo que nunca perdía de vista. Dallas aseguraba que sólo en Estados Unidos se practicaban anualmente cerca de dos millones de abortos, entre legales e ilegales. Aquellas almas, como sabía Sabine, eran recicladas por todo el universo y vivían seguras en otros planetas, cuando no en la propia Tierra. Sabine se preguntaba a menudo si no le habrían ido mejor las cosas de haber habitado un cuerpo de marciano, por ejemplo, y también, por supuesto, cómo habría tenido el pene en ese caso.

UNA BUENA ELECCIÓN

Nada más entrar en el Super Surplus Store de Elvis Steck, en la parte baja de Magazine, Beatífica fue abordada por un individuo de cara sonrosada y aspecto de treinta y pocos años. El hombre medía aproximadamente un metro ochenta y debía de pesar, según los cálculos de Beatífica, no menos de ciento treinta y cinco kilos. Llevaba unas gafas de aumento con cristales bifocales verdes, unos espesos bigotes y lo que parecía un chándal de goma azul marino ceñido por una cartuchera Sam Browne de nylon elástico. Beatífica no pudo evitar fijarse en la empuñadura marrón del revólver que le pendía oportunamente a la altura de la entrepierna, con su pistolera Hurricane desabrochada.

—Buenas, zeñora —dijo el gigantón—. Elvis Zteck, zeguridad y protección. ¿En qué puedo zervirla?

—Necesito algo que dispare, *Mr.* Steck; que no funcione con balas pero que pueda parar a un toro.

Elvis Steck sonrió mostrando sus dientes delanteros, uno de los cuales consistía en una funda adornada con la cabeza del águila nacional americana.

—Tengo lo que necesita. Por aquí, por favor.

Beatífica siguió a aquella montaña humana hasta un mostrador auxiliar detrás del cual Elvis Steck consiguió meterse a empujones. El hombre cogió una caja de un estante, la abrió y colocó su contenido a la vista de los dos.

—El último grito: ezcopeta Ztealth Airrow. Con ezto tumbaría al toro aunque fuese debajo del agua. Ziztema de dizparo high-tech; cualquier arco a zu lado parece de juguete. Funciona con aire comprimido, ez decir, CO². Laz flechaz zalen dizparadaz al doble de velocidad que en una ballezta normal, entre cien y ciento veinte metros por zegundo, pero hay que quitar el regulador. Bola flotante para afinar la puntería hazta trezcientos metros. Gatillos manuales de primera, totalmente ajuztables en tenzión, dezplazamiento y número de dizparos. Zumergible, como le he dicho, muy práctica sobre todo debajo del agua. Todo en aluminio y acero inoxidable con mira globular y acabado en negro anodizado. Mira telezcópica con *zoom* de uno como cincuenta y cinco por veinte milímetros, dioptrías, cilindro con

válvula recargable de ziete onzas, zeis flechas de aluminio de cuarenta centímetros, eztuche impermeable de dieciocho y medio por catorce por cinco y medio. Pezo de todo el paquete, un kilo novecientos gramos. Puntas de cabeza ancha aparte.

—¿Cuánto vale?

—¿Con las puntas extra o zin?

—Sin. Me bastan seis.

—Mil quinientos.

—Me la quedo.

—¿Tarjeta?

—En efectivo.

—La felicito. Ha hecho una buena elección.

Elvis Steck empaquetó la escopeta Stealth Airrow en su caja y Beatífica dejó quince billetes nuevos de cien dólares sobre el mostrador. Al levantar la vista, leyó un letrero que había en la pared:

SI SE MUEVEN,
DISPARA.

MAGNOLIAS

—¿Puedo servirla en algo, señorita?

Beatífica estaba en la barra del Choctaw Café de Iberville Street, mirando la carta. Al levantar los ojos se topó con la cara más fea que había visto jamás y se estremeció violentamente, como si en sueños la hubiera abrazado de pronto un cadáver y ella no hubiese podido apartar sus rígidos y glaciales brazos.

—Le pregunto si puedo traerle alguna cosa, ¿o necesita más tiempo para pensarlo?

Beatífica hizo un esfuerzo por mirar de nuevo al hombre. Tenía la cara completamente morada, cubierta la piel por una marca de nacimiento que le bajaba hasta el cuello. Dentro de la máscara epidérmica, sus ojos rielaban cual farolas de gas en una noche sin luna.

—Sólo café —dijo Beatífica, resistiendo el impulso de salir pitando de allí.

Varios taburetes más allá, un hombre bajo, mofletudo y totalmente calvo, vestido con una mugrienta camiseta blanca, tirantes rojos y bermudas amarillas, que podía tener entre setenta y noventa años, estaba hablando con el dependiente con rápidos y roncós gruñidos.

—Puse a Kid Magnolia contra Basilio. Le hizo picadillo. Tendrías que haberlo visto. Basilio estuvo semanas sin poder leer ni las mayúsculas. Y entonces, Kid se casó. Esa furcia del demonio le sacó las tripas como no pudieron hacerlo Tiger Flowers, Sandy Saddler, Gavilán, Pep ni Griffith en su mejor época, cuando no se dedicaba a hacer sombreros. Nadie. Ella cogió toda la pasta que yo había ahorrado para él y se la pateó desde Canal Street hasta Michigan Avenue. Y cuando le pareció bien, le obligó a pelear contra Sugar en el Madison Square.

»Yo quería asociarle con LaMotta, porque podría haberle liquidado en doce asaltos. LaMotta era una bestia, no había forma de tumbarle, y mucho mejor boxeador de lo que se dice, pero Kid le habría hecho pedazos. Como no pudimos conseguir la pasta que la santa de su compañera exigía de LaMotta, hubo que arreglar un combate con Sugar. Duró cinco asaltos. Pero antes, Ray tumbó a Kid tres veces. Él no estaba preparado, no estaba a la altura. La tía se valió de ese coño que tiene para que Kid no nos escuchara ni a mí, ni a Joey Falco ni a nadie.

»Ella le dejó, claro. Se largó con un chulo de Camden o no sé dónde. Pero Kid ya estaba acabado. No tenía confianza en sí mismo o modo de recuperarla. Ni con dinero. Yo lo asocié con Dynamite Daley cuando Daley iba de heroína, y Kid duró seis asaltos, ¡seis! ¡Contra un yonqui! Luego combatió contra Virgil Akins, y duró dos. La última pelea fue contra Giardello en Jersey y la cosa terminó antes de que Falco pudiera sacar el taburete del cuadrilátero.

»Acabó quién sabe dónde, como ese King Levinsky, que al final se dedicaba a vender corbatas decoradas a mano en las piscinas de Miami. Esa mujer que tenía le hizo creer que era la hostia, y eso no es bueno. Así es como las cosas se te suelen escapar de las manos.

Beatífica dejó un dólar sobre el mostrador y se fue sin probar el café.

VÍCTIMAS DE LA INFORMACIÓN RECIBIDA

La hermana Dilys Salt se subió al estrado de la iglesia de La Otra Parte y contempló a sus fieles. Los 401 asientos estaban todos ocupados y había un centenar de personas apretujadas en las esquinas y la parte de atrás. En el exterior habían instalado altavoces para que el sermón de la hermana Dilys llegara a quienes el departamento de Bomberos del condado de Orleans había ordenado permanecer en los escalones del templo, al pie de los cuales se había reunido una cincuentena de manifestantes, activistas antiaborto que acudían siempre que Dilys hablaba. Una fila de fornidas Hermanas de Clitemnestra garantizaba que los manifestantes no invadieran el local, cosa que habían hecho con anterioridad.

—¡Hermanas unidas! —empezó Dilys como hacía siempre—. Y vosotros, tan escasos hermanos de armas, sed bienvenidos a la Iglesia de La Otra Parte. Una advertencia a vosotros, los que estáis ahí afuera y os oponéis a nosotras: no confundáis la mano con la mejilla. ¡No cambiaremos ni nos harán cambiar! La interminable plaga de ignorancia la soportan las víctimas de la información recibida, pobres desdichados que han caído presas de los Batallones del Miedo. Que quede claro: ¡los bien informados partidarios de la Iglesia de La Otra Parte no serán pisoteados!

Nos mantendremos firmes en la libre elección. Nadie nos obligará a batirnos en retirada. ¡Nuestra sangre no volverá a bañar la espada! ¡Mientras Esta Parte se hunde La Otra Parte crece sin parar! Así pues, digámosles a los de esa parte, apartaos de mí, malditos, y pereced en el fuego eterno destinado al diablo y a sus ángeles.

Mientras el rebaño de Dilys se estremecía con sus proclamas, Dallas Salt estaba en su camerino del otro lado de la calle, con los ojos cerrados, mientras Fátima Verdad, una prostituta de quince años a quien Sabine Yama había sacado de Algiers, masajeaba desde detrás las orejas y el cuello del predicador con sus pechos de chocolate con leche en tanto él se masturbaba. Fátima Verdad era flaquísima, a tenor de los gustos de Dallas, de modo que sus relativamente grandes tetas eran, para él, un aliciente extra. Dallas, completamente relajado, tironeaba perezosamente de su semierecto cipote escuchando cómo tarareaba Fátima.

—¿Qué canción es ésa, cielo? —preguntó.

—¿Quieres que me calle?

—No, no, nena. Me gusta. ¿Sabes el título?

—Creo que *Las cosas que te hacen decir mmmm*, de C & C Music Fact'ry.

—Tú sí me haces decir mmmm. Inclínate otra vez, preciosa, quiero notar tus tetitas en mis mejillas.

—Yo también voy a ser cantante —dijo Fátima Verdad mientras se ponía de puntillas, se levantaba los pechos con las manos y frotaba los pezones contra la cara de Dallas—. Pero de verdad, no como esas chicas que bailan y hacen ver que cantan.

El predicador avivó el ritmo de sus propias caricias.

—Sé bailar tan bien como Paula Abdul. ¿Te gusta Paula Abdul? Es mona, pero no tiene tetas.

—Da la vuelta, nena —dijo Dallas— ¡Vamos, muévete!

Fátima, completamente desnuda excepto la gargantilla de terciopelo negro con una cruz de perlas que Sabine Yama le había hecho poner antes de hacerla entrar, se arrodilló frente a Dallas Salt, como Sabine le había aconsejado al explicarle las necesidades del pastor, y empezó a chuparle el glande a medida que éste se ponía gordo y colorado. La prostituta mantuvo la cara quieta mientras el semen de Dallas Salt la rociaba, y ni siquiera pestañeó cuando un poco de esperma le alcanzó el ojo izquierdo. Cuando hubo terminado, el pastor descansó unos momentos con los ojos cerrados sin soltarse la polla en vías de encogimiento.

—Lo has hecho muy bien, muchacha —dijo finalmente, mirando a Fátima Verdad—. ¡Sabine! —gritó.

Entró Sabine, que estaba esperando junto a la puerta.

—Dile dónde puede limpiarse y dale dinero extra para un taxi. ¿Cuánto tiempo tengo hasta salir en antena?

—Un cuarto de hora, más o menos.

Sabine le tendió una toalla y Dallas se secó manos y piernas.

—¡Uf! Yo antes no tardaba tanto rato en ponerme cachondo —dijo Dallas poniéndose de pie. Miró cómo Fátima Verdad se ponía las bragas y añadió—: Dios te bendiga, encanto. A ver si un día de éstos te oigo cantar por la radio.

Fátima sonrió, enseñando sus grandes dientes blancos:

—Seguro que sí, con ayuda de Dios.

Dallas asintió y dijo:

—Nena, de peores cosas es capaz el Señor.

ÚLTIMA COPA EN EL RUBY'S CARIBBEAN

—¡Sabine, querido, otra como ésta y soy capaz de acostarme contigo!

Jimmy Sermo y Sabine Yama habían ido al Ruby's Caribbean de Poland Avenue y estaban bebiendo Bombay y poniendo discos en la máquina. Little Johnny Taylor acababa de gemir su *Love Bones* y Fabrice Dos Veces, el transexual cubano que atendía la barra, ofreció una copa gratis a quien pusiera *Lookin' for a Love* de Los Valentinos. Sabine se bajó del taburete, se acercó cojeando a la rockola, puso unas monedas y pulsó el disco solicitado de Fabrice, así como *The Things That I Use To Do* de Guitar Slim y *Nite Owl* de Tony Alien y los Champs. Cuando Sabine consiguió encaramarse de nuevo al taburete, tenía ya delante un nuevo Bombay con hielo y una rodaja de lima.

—*Gracias*, Sabine —dijo Fabrice, mientras Bobby Womack inundaba el bar con su voz sudorosa.

Jimmy Sermo se deslizó del taburete al suelo y allí se quedó hecho un ovillo, en posición fetal sobre las baldosas blancas y marrones. Era un hombre menudo y delgado de treinta y un años, con el pelo rubio ondulado y unos ojos avellanados que, debido a su afición al alcohol, estaban casi siempre inyectados en sangre. Jimmy y Sabine se conocían desde que ambos empezaran como chaperos, y se veían de vez en cuando en el Caribbean o en el Saturn para tomar unas copas. Jimmy trabajaba actualmente en una lavandería, pues su aspecto antaño angelical se había deteriorado muchísimo con los años. Su apariencia desgredada y disoluta preocupaba a Sabine, quien había intentado sin éxito que Jimmy solicitara el consejo de Dallas Salt.

La última vez que Sabine se lo había sugerido, Jimmy Sermo le dijo:

—Ese maricón será tu salvador, pero no el mío.

—El hermano Dallas no es ningún maricón —replicó Sabine.

—Razón de más para no perder el tiempo con sus rollos —dijo Jimmy.

Fabrice Dos Veces, que medía metro cincuenta y cinco con tacones altos y apenas si veía más allá de la barra, le preguntó a Sabine dónde se había metido Jimmy.

—Está durmiendo en el suelo, como un buen chico.

—Cada vez es más jodido encontrar un poco de paz —dijo Fabrice, humedeciéndose las yemas de sus índices con la lengua para alisarse las espesas cejas negras antes de retorcer las puntas hacia arriba.

En el momento en que Guitar Slim daba paso a Tony Alien, la puerta se abrió y entraron Terry Pérez y Dogstyle Lou, otra Hermana de Clitemnestra. El Ruby's Caribbean no era un lugar frecuentado por las Hermanas, de ahí que Sabine y Fabrice se sorprendieran al verlas.

—¿Se sirve a mujeres de verdad en este antro? —preguntó Dogstyle a Fabrice.

—Servimos bebidas de verdad a gente de verdad que pueda pagarlas —dijo Fabrice— Pero creo que tú no reconocerías a una mujer de verdad ni que se pusiera en cuclillas encima de la barra y meara en tu vaso.

Dogstyle Lou, un metro noventa y dos de mujer (cualquier cosa menos esbelta), rió con estrépito y meneó su cabeza con corte de pelo al rape.

—Sabes, Terry —dijo—, esto es lo que me gusta de Nueva Orleans, el candor de sus ciudadanos. No hay otra ciudad en todo el país donde se digan las cosas por su nombre, como Aaron Neville no deja de recordarnos.

Dogstyle Lou miró a Sabine Yama y reparó entonces en Jimmy Sermo, tumbado en el suelo.

—Vaya, en menuda pocilga hemos venido a caer. El barman no se sabe si es Charo o Bela Lugosi, y tienen un cadáver y un enano canijo a disposición de los clientes.

Terry Pérez se acercó a Jimmy Sermo y con su bota derecha le dio un puntapié en la cabeza.

—Me parece que respira —dijo.

Fabrice fue tan rápido que la corpulenta Dogstyle Lou ni siquiera vio venir la porra. Sabine agarró a Terry Pérez por la garganta con su poderosa mano buena y apretó hasta que Terry perdió el conocimiento, y luego la dejó caer al suelo junto a Jimmy Sermo y Dogstyle Lou. Giró en su taburete para encararse a la barra y apuró la copa.

—¿Te apetece otra, Sabine? Paga la casa.

—No gracias, Fabrice. He de conducir.

Sabine bajó del taburete y pasó con cuidado por encima de los cuerpos.

—Te echaré una mano encantado —dijo.

—Gracias, no hace falta, Sabine. Puedo arreglármelas. Pero hazme un favor, ¿quieres? Cuando salgas.

—¿El qué?

—*Pon otra vez Lookin' for a Love.*

—Eso está hecho, Fabrice.

Sabine introdujo una moneda de veinticinco centavos, pulsó la letra *H* y el número 8 y salió a la calle.

EL VISITANTE

No era una rata y Beatífica lo sabía. Una rata podía volcar la lámpara y escurrirse en medio del alboroto. Este ruido lo hacía un animal más grande, de eso estaba segura. Beatífica abrió los ojos y permaneció completamente inmóvil en la oscuridad. Algo se movió, produciendo a continuación un aleteo o un arrastrar de pies. Al principio parecía un batir de alas, pero después fue como si alguien empujara cajas por el suelo.

Beatífica se incorporó y vio una silueta alta y cimbreña que se desplazaba lentamente por el fondo de la habitación. La forma se puso de lado, y al hilillo de luz que se colaba de Decatur Street Beatífica distinguió con claridad el perfil de una barba y una nariz aguileña. Llevaba una levita negra, como la que siempre usaba.

—¡John! —exclamó ella, y la figura se paralizó—. Eres tú, John, no puede ser otro. Acércate.

La silueta se volvió hacia la cama, dio un paso al frente y se detuvo.

—Sabía que vendrías a mí, John. Estaba segura de que tarde o temprano me ofrecerías algo más que tu voz en sueños. Haré lo que me pidas, John. Ya tengo el arma. Sólo falta escoger el momento propicio.

Beatífica se bajó los tirantes del camisón y descubrió sus pechos. Acto seguido extendió los brazos e hizo señas con sus dedos a la paralizada silueta.

—Hazme tuya, John —le suplicó—. Te he estado esperando tanto tiempo... Hazme el amor, rápido, mientras haya luna en el cielo.

Beatífica se levantó y fue hacia él, le cogió la levita y tiró del hombre hacia la cama para que se le echara encima.

—¡El cuerpo de John Brown yace conmigo! —gritó ella mientras su visitante empezaba a moverse acompasadamente.

SEDUCIDA

«La serpiente me sedujo y yo comí», dijo Eva. Son palabras del Génesis. Pero ¿fue realmente así? Es decir, ¿la mujer fue realmente seducida?, ¿fue *engañada* en todos los sentidos? Yo creo que no, señores. Cuando Eva comió de la manzana, se llevó un pedazo más grande del que podía masticar, ¿no es cierto? Y les diré algo, amigos (y no porque no lo sepan, sino sólo para que comprueben que no son los únicos que piensan así): no existe engaño sin mácula. ¡Imposible! Toda mujer sabe lo que hace cuando lo hace, igual que el hombre. No hay diferencia alguna. Cuando una mujer copula con un hombre sabe, es decir, tiene conocimiento *previo*, de que entre las consecuencias de la comisión del acto podría haber la concepción de un hijo. Y una vez existe la vida, ésta tiene derechos como ustedes o como yo, el primero de los cuales es el derecho fundamental a la vida. El que mata a ese hijo es un asesino. Y punto.

«Ahora bien, sé que esos que se llaman a sí mismos defensores de la libre elección dicen: ¿Y si el embarazo es el resultado de una violación? ¿Y si uno sabe que el hijo es deforme? ¿Y si el parto pone en peligro la vida de la madre? ¿Y si los padres son demasiado pobres para mantenerlo? Pues bien, les diré una cosa (una vez más, no porque a ustedes les haga falta saberlo), matar es matar. Lo dice bien claro al principio del decálogo, junto a “No robarás” y el resto de la lista. “No matarás”. Uno va a ver películas de policías y ladrones, o ve esos estúpidos programas de televisión, o lee cómics como *The Punisher*, ya lo sé. Yo también lo hago. ¿Y por qué nos parecen divertidos? ¡Porque sabemos que se trata de ficción! ¡Ahí radica la diferencia! Y eso tiene mucho que ver con lo que estamos diciendo esta noche.

»Soy consciente de que al hablarles de todo esto estoy predicando para los conversos, sólo que a la mayoría de ustedes no ha habido que convertirla. No señor, la mayoría de ustedes tuvo la sensatez de verlo claro desde el principio. Y esto es todo lo que pienso decir acerca de este tema. Aquí la cuestión es cómo hacer que los ciegos vean y los lisiados caminen sin muletas. Bienaventurada sea la mano que limpia la otra mano. ¿Cómo puede una mano hacer las cosas bien sin saber lo que está haciendo la otra? No se puede

preparar bien la comida si *ésta* parte sabe lo que hay que hacer y *la otra* no. Señoras y caballeros, para llevar a cabo esta tarea no basta con orar. ¡Todos ustedes necesitan un montón de horas de ardua meditación!».

Beatífica Brown apagó la radio. Dispuestas en círculo sobre el suelo, delante de donde ella estaba arrodillada mirándolas, estaban las seis flechas de aluminio de cuarenta centímetros que había comprado a Elvis Steck junto con la escopeta de aire comprimido. En mitad del círculo de flechas reposaba la propia Stealth con el *zoom* acoplado.

En su piso de Pauger Street, Dilys Salt escuchaba el final de la emisión del programa nocturno de su hermano.

«Han escuchado —dijo el locutor— la voz de Dios en Nueva Orleans».

Dilys echaba de menos a Terry Pérez, que estaba en el hospital con la tráquea magullada. Cogió el libro de Terry que había sobre la mesita de noche, *Las flores del mal* de Baudelaire, lo abrió al azar y leyó: «*De Satan ou de Dieu, qu'importe?*».

GENTILEZA DE *MISS BROWN*

Easy Earl se apeó de su Mercury Monarch y se quedó junto al coche, estirando la espalda. Los años de cargar y descargar sacas de correo estaban cobrándose su precio en su región sacroilíaca. Earl se daba cuenta de que había llegado la hora de buscar una forma más tranquila de ganarse la vida. Sabía que si conseguía un juicio por lesiones a través de algún médico sancionado por el Servicio Postal, obtendría una pensión por invalidez para el resto de su vida, y tiempo de sobra para complementar sus ingresos. En cuanto hubo relajado la musculatura lumbar, Earl Blakey entró en el High Heaven y se subió a un taburete.

—¿Crown Royal con leche? —preguntó el barman, un hombre al que Earl nunca había visto.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo ha chivado Buford. Dijo que usted venía bastante por aquí; un hermano de pelo tieso con bigote a lo Ray Robinson. Me llamo Maceo.

—Que sea un CR con leche, Maceo. ¿Qué le ha pasado a Buford?

—Le están sacando una muela.

Maceo dejó el combinado de Earl sobre la barra.

—¿Ha visto entrar a una mujer menuda, morena y no demasiado fea, más o menos de mi edad?

Maceo negó con su pelada cabeza.

—Bien. Entonces no llego tarde.

Maceo fue a atender a otro cliente y Earl miró al televisor que había encima de la barra. El pelo castaño claro del presentador, perfectamente peinado, parecía pintado a pistola en su cabeza. Por la raya que llevaba, se dijo Earl, parecía un hoyo de arena en una calle muy curvada de un cuatro o cinco bajo par.

«Un tribunal federal de apelación ha denegado hoy el procedimiento de urgencia para que el Tribunal Supremo de Estados Unidos estudie la ley antiaborto más estricta del país. El tribunal de apelación de Nueva Orleans rechazó la moción presentada por el fiscal general del estado a fin de acelerar una audiencia sobre el particular y certificar los resultados para su inmediato

análisis por parte del Tribunal Supremo. El equipo formado por tres jueces no dio explicaciones sobre su decisión.

«Según la ley aprobada este verano por la cámara legislativa de Louisiana, los médicos que practiquen abortos podrán ir a la cárcel por un período de hasta diez años con multas de hasta cien mil dólares. Los abortos serían permitidos únicamente en caso de peligrar la vida de la madre, o bien, bajo pautas muy estrictas, en los casos en que el embarazo sea resultado de violación o incesto».

Earl sorbió su Crown Royal con leche, se sacó un Kool de la cajetilla que llevaba en el bolsillo de la americana y se lo llevó a los labios. Esperó a que el presentador del telediario terminara la información sobre el tema del aborto antes de molestarse en encender el cigarrillo.

«A primeros de este mes, un juez de distrito dispuso que la ley de Louisiana es anticonstitucional. La decisión del juez ha logrado congelar su aplicación en tanto un tribunal superior no revoque su sentencia. El fiscal general ha declarado hoy: “La posición de Louisiana es que el estado no sólo tiene una base racional sino también un apremiante interés en proteger la vida de los nonatos”».

Earl cogió unas cerillas que había sobre la barra, encendió una, la acercó al extremo de su Kool y aspiró hondo. Al mirar el sobre de fósforos vio unas palabras escritas en la tapa: «¡Gánese UN BUEN PELLIZCO ESCRIBIENDO POESÍA! LLAME AL 1-800-Rimbaud». Earl había quedado con Beatífica en el High Heaven para pagarle la última parte de lo que debía por el aborto de Rita. Aquella mujer se había portado muy bien, se dijo Earl, y había sido más que paciente en lo concerniente a sus honorarios.

—No le importa que apague a ese pico de oro, ¿verdad? —le dijo Maceo al alargar el brazo y silenciar las noticias—. Por hoy ya tengo bastante de problemas de mujeres.

Como la frase de Maceo era obviamente retórica, Earl se contuvo de hacer comentarios. El barman se dirigió a la máquina de discos, introdujo un puñado de monedas y seleccionó varios números. El lamento fantasmal de la *Steel guitar* de Stevie Ray Vaughan en *Hillbillies from Outer Space* cambió por completo el ambiente del lugar.

—Seguro que ahora la copa le sabe mejor —dijo Maceo, volviendo a su puesto tras el mostrador— ¿Le pongo otro?

Easy Earl sonrió dejando al descubierto los siete dientes de oro por los que había pagado dos mil dólares para sustituir a los que un hombre llamado DeSoto Sturgis le había hecho saltar con su bastón con empuñadura de cabeza

de perro durante un altercado en Wig Hat Tippos, un local *after-hours* de Itawamba, Misisipí, hacía veinte años. Poco después Earl había sabido que DeSoto Sturgis residía en la cárcel de Angola a la espera de ser ejecutado por haberle saltado los ojos a tiros a una blanca en un hotel de Bossier City. Earl no sabía con certeza si a DeSoto Sturgis lo habían llegado a electrocutar, pero suponía que la sentencia habría sido ejecutada teniendo en cuenta que Louisiana casi nunca vacilaba a la hora de freír a un blanco pobre, y mucho menos a negros del calibre de DeSoto Sturgis.

—Póngame uno más —le dijo a Maceo—. Ya no tengo nada que decirle a la mujer que estaba esperando.

Maceo rió, exhibiendo a su vez una ristra de repuestos metálicos. Al observarlos, Earl pensó que en la vida de Maceo también había habido algún que otro DeSoto Sturgis.

—Esa chica hace de usted lo que quiere, ¿no? —dijo el barman.

Easy Earl volvió a sonreír y terminó su primer CR con leche. En sus hemisferios cerebrales rebotaban las notas de la *Steel guitar* tejana.

—Si fuera otra, le daría la razón. Pero ésta, no. Tiene ideales más elevados.

—Uy, *Mr.* Earl. Entonces le apuesto un dólar de negro a que oímos hablar de ella en el telediario:

Earl asintió y dijo:

—Mayores sorpresas he tenido, Maceo, pero acepto la apuesta.

EL DESPERTAR

Cuando Beatífica tenía siete años, ocurrió un incidente cuyo recuerdo la perseguiría durante el resto de su vida. Su padre tenía algún asunto que resolver con un hombre en Okaloosa Street, cerca de Nebraska Avenue, y llevó consigo a su hija. Era un domingo por la tarde de finales de agosto y hacía muchísimo calor, y mientras iban en el Ford Galaxy azul pálido de Germán Moreno atravesando Tampa en dirección al norte desde Ybor City, el barrio en que vivían, le pareció a Beatífica que toda la ciudad estaban en llamas. Había una calina amarillenta de partículas pardas que flotaban en el aire, y la chiquilla creyó imaginar lo que *Bandido*, su pez de colores, debía sentir cuando tocaba cambiar el agua de su pecera.

En el cruce de Buffalo y Nebraska, un hombre desnudo irrumpió en la calzada delante del coche de Germán Moreno. Éste pisó el freno a fondo, lo cual hizo que Beatífica, que iba en el asiento del acompañante y no llevaba cinturón, fuera despedida contra el salpicadero. Aparte de un corte en la frente y un cardenal en la nariz, Beatífica resultó ilesa. Entonces se apoyó en el respaldo y vio que el hombre desnudo, de cabello castaño, fibroso y largo, barba y tan flaco que le asomaban los huesos bajo la piel, estaba sentado en la capota del Ford de su padre. El hombre la miraba de hito en hito con sus imperturbables ojos encendidos, sacándole una gruesa lengua negra que meneaba de un lado al otro.

«¡Papá, papá!», gritó Beatífica, lanzándose en brazos de su padre y hundiéndose en su pecho la cabeza ensangrentada.

A continuación, el hombre desnudo se subió a la capota y orinó contra el parabrisas. Germán Moreno contemplaba traspuesto la escena desde el volante, sin creer lo que estaba pasando. Beatífica se movió para mirar al demente subido al automóvil, y vio cómo con una mano dirigía el chorro del pene hacia el vidrio inastillable pero no tintado. Ella notó que el sabor de las lágrimas se le mezclaba con el de la sangre, pero no apartó la vista. Germán conectó el limpiaparabrisas y al momento se produjo una serie de ruidos secos, como pistoletazos. El insensato perdió el equilibrio y, con la polla aún en la mano, cayó en la calzada junto al neumático izquierdo del Galaxy. Beatífica se quedó mirando las franjas verdosas que iban cuajando en el parabrisas.

Para cuando ella y su padre llegaron a la casa de Okaloosa Street, Beatífica se había quedado dormida con la cabeza apoyada en el regazo de su padre. Él la despertó suavemente y las primeras palabras que dijo su hija tras abrir los ojos fueron: «Papá, papá, ¿por qué Jesús se nos ha meado encima?».

LA VIDA SECRETA DE LOS INSECTOS

—No te lo vas a creer, hermano Dallas.

—¿El qué? ¿Quién chantre llama por teléfono a esta hora del demonio, Sabine?

—Es tu hermana Dilys.

Dallas Salí cogió el teléfono inalámbrico que le tendía Sabine Yama y se lo puso sobre las iniciales bordadas en oro del bolsillo de su pijama de seda púrpura. Luego se sentó en la cama y Sabine le puso sendos almohadones detrás de la espalda y la cabeza. Antes de llevarse el aparato a la oreja, Dallas se aclaró la voz.

—¿Dilys? ¿A qué debo este placer? ¿Sabes que son las tres y media de la madrugada?

—Sé la hora que es, Dallas, y el placer no es recíproco. Tengo malas noticias, Pillara ha muerto.

—¿Cómo?

—Mamá me dijo que los de la Residencia Thelma Cates Palestine de Plain Dealin, donde la niña ha estado todos estos años, le contaron que Pillara salió de excursión al río Rojo y que una avispa tarántula se le metió en la oreja izquierda y le picó. Cuando por fin llegó un médico, Pillara estaba tan hinchada a reventar que parecía un toro de lidia. Ha muerto esta tarde a las cuatro.

—¿Por qué has esperado tanto para llamarme?

—Ni siquiera sabía si telefonar, visto el poco caso que le has hecho a nuestra hija desde que nació. Pero como sabía que si no lo hacía yo lo haría mamá, le dije que ya te llamaría yo. Y eso he hecho.

—¿Dónde es el funeral?

—No habrá funeral. Pedí a los Palestine que le permitieran a mamá llevarse el cuerpo para enterrarlo en el campo entre Ida y Mira. De esa manera mamá podrá ocuparse de la tumba.

—¿De qué religión son?

—¿De cuál va a ser? Baptistas del Pozo sin Fondo, como todos los parientes de mamá.

—Deberíamos ir, Dilys, y decir unas palabras.

—Oh, sí, y cogernos de la mano mientras bajan la caja de pino. Que te zurzan, Dallas.

Dilys colgó. Un rayo hendió el cielo al otro lado de la ventana del dormitorio de Dallas, pero no fue seguido de lluvia.

—Sabine... —dijo Dallas, pasándole el teléfono al lisiado cajun-paquistaní—. ¿Te acuerdas de aquella cuarterona imitadora de Lake Charles que medía un metro ochenta y que se mudó el año pasado a Nueva Orleans? Se llamaba Mumbo Jumbo o algo parecido...

Sabine asintió:

—Mumbo Degolas, de Lake Arthur. Trabaja en el Quarter, en el Chataignier's Monkey House.

—Llámalas de mi parte, Sabine, haz el favor. A ver si puede pasarse por aquí. Le dices que si me he dormido cuando ella llegue, que vaya empezando a sacarle lustre al bálano con esos gruesos labios que tiene.

—Pero ¿y Dilys?

—Nunca ha sabido mamarla como Dios manda, Sabine. Dientes demasiado grandes. Vamos, muévete y llama a *Miss Mumbo*.

Dallas se volvió hacia la izquierda y cerró los ojos. Recordó a un tipo con el que había estado en el ejército, un tal Larry Lucca, italiano nacido en Brooklyn, quien aseguraba tener un tío, allá en el viejo continente, afectado por una enfermedad llamada tarantismo, un estado nervioso que se caracteriza por la melancolía, el estupor y un incontrolado deseo de bailar. Dallas se preguntó si el tío de Larry Lucca habría contraído esa enfermedad a raíz de la picadura de una avispa tarántula y no de la mordedura de una araña tarántula, que, según la familia Lucca, era la causante del mal.

Mientras Dallas se dejaba vencer por el sueño, tuvo la visión de una muchacha de ojos almendrados y cráneo ancho y corto que le sacaba una lengua larguísima mientras bailaba torpemente una tarantela.

MEDIODÍA ROJO SANGRE

Desde la visita de John Brown, Beatífica no hacía otra cosa que esperar su regreso. Noche tras noche aguardaba despierta hasta que le vencía el cansancio y caía en un breve y turbulento sopor. Imaginaba que el gran hombre de su vida podía haber sido atacado por agentes del gobierno temerosos de que el abolicionista cumpliera su juramento de crear «un sinfín de Ossawatimies», acciones violentas dirigidas contra zonas obstinadamente reacias a la igualdad y las ideas progresistas. Desde su reclutamiento vía comunicación telepática para las renacientes huestes de la ilustración, Beatífica había meditado sobre el significado de haber sido contagiada por el espíritu de John Brown, y se daba cuenta de que los deseos de él se encarnaban ahora en ella y en otras como ella. Tanto si volvía a verle como si no, Beatífica sabía que siempre estaría dispuesta a colmar las esperanzas de John Brown.

Todos los sábados al mediodía, Dallas Salt tenía una cita en la barbería Dutz's Dancing Comb de Felicity Street. Beatífica había espiado los movimientos del predicador durante semanas, y decidió que sería en el sillón de Dutz Sanglant del Dancing Comb donde al hermano Dallas le sería cortado el hilo de la vida.

Tras una noche de viernes particularmente inquieta, Beatífica se levantó de sus solitarias sábanas poco después del alba. Era un frío y nublado 2 de diciembre, aniversario de la muerte de John Brown en la horca. La asesina recogió su armamento y ocultó sus pertrechos en una gran bolsa de lona de Canal Place. Beatífica se vistió con esmero: una camiseta de algodón teñida a mano con la leyenda «CUANDO FALLA LA DIPLOMACIA» estampada en la parte delantera, debajo del forro de una cazadora color canela. Encima se puso un uniforme de camuflaje nocturno con un estampado de manchas dispersas color amarillo verdoso y rayas cuadrículadas de un amarillo verdoso ligeramente más claro. Sobre las caderas se ciñó un cinturón de aviador de nylon negro, y en la cabeza una media de poliéster de francotirador. Luego se puso unos calcetines negros Coolmax, unos calentadores Sta-Dri y un par de botas de loneta color amarillo verdoso con respiraderos y apliques de piel, provistas de suelas Panamá antifango y tirillas reforzadas. De pie junto a la

ventana, Beatífica examinó el cielo sin ver ninguna cara entre las nubes. Continuó en su habitación hasta las once de la mañana, hora en que cogió su bolsa y emprendió camino hacia Felicity Street.

Aquella mañana Dallas Salt estaba de un humor bastante avinagrado. Su sueño se había visto turbado por una pesadilla en que aparecía Dilys vestida con harapos, acercándose a Dallas mientras éste hablaba a sus fieles desde el estrado de la Iglesia de Esta Parte, y al abrir ella la boca para empezar a hablar, le salía con la cabeza por delante un niño deforme que iba a caer a los pies de él. El bebé no emitía sonido alguno, pero se retorció sobre el estrado, aparentemente de dolor, en tanto el rebaño de Dallas se encaraba a éste y le reprendía por haber cometido un acto impío con su hermana. En ese momento, Dilys desaparecía tragada por la jauría. Dallas despertó empapado en sudor y con los brazos rígidos a los costados.

—Hoy sólo afeitar, Dutz —dijo Dallas, mientras se sentaba en la silla del barbero— No me apetece estarme mucho rato.

—Lo que usted diga, pastor —dijo Dutz Sanglant, un hombre de cincuenta y cinco años, lampiño y delgado como el alambre, cuya piel ocre revelaba una adicción de cinco lustros al Pernod. De niño le habían apodado Chihuahua.

Mientras Dutz inclinaba el sillón hacia atrás, Dallas Salt miró su leal Sabine Yama, sentado frente a él bajo el espejo que ocupaba toda la pared. Sabine leía un ejemplar atrasado de la revista *Soldier of Fortune* y pasaba las páginas con su único juego de dedos normales. Dallas sintió un vahído en el estómago y unas náuseas repentinas, pero venció las ganas de vomitar y cerró los ojos mientras el barbero le envolvía la cara en una toalla caliente.

Fue Sabine el primero en reparar en la persona que entraba por la puerta con el rostro cubierto por una tela diáfana. Dutz dejó lo que estaba haciendo en cuanto oyó el tintineo de la bolsa y miró hacia la entrada en el preciso instante en que el primer destello metálico desaparecía dentro del páncreas del predicador. El siguiente misil penetró en la boca de Dutz Sanglant y le atravesó la parte posterior del cráneo para incrustarse en la pared. Una tercera flecha le arrancó parte de la cara a Sabine Yama, haciéndole caer de hinojos. El cuarto y último proyectil horadó el rezumante corazón del pastor, asomando su punta por el respaldo del sillón y estabilizando así el cuerpo de su ocupante.

Mientras el amortajado personaje se daba la vuelta, un Yama medio ciego consiguió extraer del cinturón su Beretta automática del calibre 25, el mortífero extremo de la cual apuntó hacia el delincuente, y disparó tantas

veces como le fue posible antes de desplomarse de dolor y perder el conocimiento, dando con su desgarrada carne sobre el frío y gastado linóleo.

LA VERDAD

Las Hermanas de Clitemnestra no pusieron objeción al trato especial que Dilys deparó a Sabine Yama. Desde que Dilys lo acogiera, el tullido y muy desfigurado Sabine se había convertido en miembro indispensable de la Iglesia de La Otra Parte. Era capaz de hacer cualquier cosa por la hermana Dilys, ya fuera de día o de noche, y le había dado por dormir en el suelo a los pies de su cama. Sabine era a la vez factótum, guardaespaldas y confidente de Dilys Salt. Según sus palabras, ella era toda la familia que le quedaba en este mundo.

El día en que Terry Pérez le llamó Quasimodo después de ver a Charles Laughton en *El jorobado de Notre Dame*, hasta Sabine rió; claro que resultaba francamente difícil saber si estaba riendo, porque la boca que los médicos le habían improvisado era un pequeño orificio practicado en el lugar donde antaño había estado su barbilla. No obstante, Dilys aseguró a las demás que Sabine no se había molestado por la observación de Terry y que, de hecho, no había juzgado inapropiada la alusión.

Fenecida de inmediato la Iglesia de Esta Parte, los predicadores rivales se lanzaron como buitres sobre los partidarios del hermano Dallas tan pronto se enteraron de su caída. «¡Perturbada asesina a Dallas!», proclamaba el titular del *Times-Picayune* del domingo 3 de diciembre. Había matado también a Dutz Sanglant, por supuesto; a Sabine Yama se le había otorgado el estatus de héroe por haber despachado a tiros a la loca de Beatífica Brown. La noticia de la milagrosa recuperación de Sabine (la flecha Stealh de quince centímetros le había penetrado por un lado de la cara saliéndole por el otro) había despertado la curiosidad de la prensa local durante una temporada, pero, tan pronto se tuvo noticia de que se había ido a vivir con Dilys Salt recién salido del hospital, toda mención de Sabine cesó por completo.

Entre las más recientes devotas de la hermana Dilys estaba Fátima Verdad, quien había sido traída al redil de la Iglesia de La Otra Parte por Sabine Yama. El día de su dieciséis aniversario, Fátima había sabido que era seropositiva y había abandonado la prostitución. Sabedora de que ya no podía malgastar el tiempo en llevar a cabo su sueño de convertirse en una popular cantante, Fátima formó un grupo musical llamado Fátima Verdad y la Banda

Sida, compuesto exclusivamente por músicos que padecían la enfermedad. El grupo empezó a tocar en los servicios de la hermana Dilys, y rápidamente se convirtió en una atracción de primera línea en Nueva Orleans. Considerada por los medios informativos como un fenómeno de monstruosa extravagancia, la banda extendió su celebridad de costa a costa, apareciendo en programas de televisión pública y privada tanto en Nueva York como en Los Angeles. Tras firmar contrato con una importante discográfica, su primer álbum, titulado *Fátima Verdad y la Banda Sida se lo toman con calma*, consiguió llegar al número uno de las listas en sólo dos semanas. Los miembros de la banda demasiado enfermos como para tocar, eran sustituidos por otros igualmente contagiados del virus de la inmunodeficiencia. Fátima Verdad pasaba la mayor parte del tiempo visitando a pacientes de sida en hospitales y hospicios; tanto ella como los demás miembros del grupo donaban prácticamente la totalidad de sus ingresos a la investigación sobre el sida y a la Iglesia de La Otra Parte.

Sabine Yama estuvo velando a Fátima a la cabecera de su cama cuando ésta sucumbió finalmente al virus. Antes de morir, Fátima, que no había cumplido aún los dieciocho, le dijo que no podía haber esperado de la vida más placeres o satisfacciones de los que había tenido, pero que no quería decir con ello que estuviera preparada para morir. Mientras tenía en su mano derecha la marchita mano de Sabine, Fátima notó que los pulmones se le llenaban súbitamente de algún fluido y empezó a sofocarse.

—Oh, mierda —dijo jadeando—, ¿conque es esto?

3

LA BALADA DE EASY EARL

Todo el mundo habla, pero nadie lo sabe.

SONNY BOY WILLIAMSON

EN EL MEXICALI

Easy Earl Blakey iba por Louisiana Avenue en su Mercury Monarch de 1978 con las cuatro ventanillas bajadas, el brazo izquierdo colgando para atrapar un poco de aire y la mano derecha en el volante. Acababan de dar las diez de un sábado por la noche, y Earl había decidido ir al Mexicali Club de Alfonzo para ver qué ambiente había. Tras cruzar La Salle Street, Earl acercó el coche al bordillo y aparcó. Hacía un calor atípico para un mes de enero en Nueva Orleans; la temperatura no bajaba de los veinticuatro grados y la humedad era del ochenta por ciento. Frente a la licorería Port in a Storm de Porky Muette haraganeaban unas dos docenas de negros de distintas edades, que bebían (o aguantaban con una mano) de sendos botellines en su bolsa de papel marrón. Casi todos se quedaron mirando a Earl cuando éste salió del coche sin molestarse en cerrarlo con llave y dejando las ventanillas bajadas.

—Buenas noches —les dijo Easy Earl mientras caminaba hacia el Mexicali, situado dos puertas más allá.

Los hombres allí presentes vivían en la urbanización del otro lado de la calle o en los diversos hoteles tronados de la manzana. Había algunos gamberros entre ellos, pero la mayoría era gente pobre que trataba de pasar el tiempo lo mejor posible con ayuda de un anestésico barato.

—¿Te sobra algún dolar, papi? —le preguntó a Earl un joven de unos dieciocho años.

Earl se detuvo y le tendió un billete de cinco.

—Últimamente ya no sobra nada, muchacho —dijo— Pero cuando salga me gustaría encontrar el coche tal como lo he dejado.

El joven esbozó una sonrisa y cogió el dinero.

—Que se divierta, jefe. Tranquilo, que no se lo toca nadie.

Earl entró en el Mexicali y se sentó en un taburete de la barra. Había unas cuantas personas bailando, varias más sentadas en las distintas mesas alineadas junto a la pared, y dos o tres sentadas en otros taburetes. Siendo sábado, era pronto todavía. Earl sabía que a la una el local estaría a tope.

—¿Qué tal, forastero?

—Yo bien, Miz Alfonzo —le dijo Earl a la corpulenta mujer de mediana edad que atendía la barra y que le había saludado del mismo modo que

saludaba a todos los clientes.

—¿Jim Beam con agua? —preguntó ella.

—Un Crown Royal con leche y hielo, por favor, señora.

—La copa de Jim va a un dólar esta noche.

—Seré fiel a mi CR con leche, gracias.

Miz Alfonzo se echó a reír:

—No todo el mundo puede pagar cincuenta centavos más.

Dejó a Earl con su bebida, cogió los dos dólares que él había depositado en la barra y le devolvió dos monedas de veinticinco, que Earl desechó. Miz Alfonzo asintió con una sonrisa, se dio la vuelta y los lanzó a un vaso que había junto a la caja; después se dirigió al otro extremo de la barra.

Earl sorbió su Crown Royal con leche mientras escuchaba la música. El pinchadiscos estaba poniendo cosas antiguas; en aquel momento sonaba // *You Loose Me, You'll Lose a Good Thing*, de la famosa cantante local Barbara Lynn. Al oír la canción, Earl pensó en Rita, su ex. Habían roto a raíz del reciente aborto, y ella se había ido con sus hijos a vivir a casa de su hermana en Baton Rouge. Earl no hablaba con Rita desde entonces.

Se abrió la puerta del local y entró un latino grueso de unos treinta años, vestido con un traje color helado de nata, camisa granate y corbata *beige*, y una joven negra colgada de su brazo izquierdo. Pasaron por delante de Earl y se dirigieron al otro extremo, deteniéndose delante de Miz Alfonzo. Earl no pudo oír las primeras palabras que cruzaron, pero luego Miz Alfonzo alzó la voz y la chica también.

—¡No me da la gana de que vengas aquí vestida de putón con este macarra asqueroso! —gritó Miz Alfonzo—. ¡Vamos, a la calle!

—Luis y yo tenemos problemas. ¡A ver si lo entiendes!

—¡A ver si tú entiendes esto! —dijo Miz Alfonzo, sacando de detrás de la barra un revólver del 38.

—¡Llévate a tu fulana! —le chilló a Big Luis mientras le apuntaba al pecho con el arma— ¡Yo ya no la considero hija mía!

Lo que sucedió después pasó tan rápido que Earl apenas si pudo seguir el hilo de los acontecimientos. Varias personas rodearon a Big Luis, cuyo traje blanquísimo aparecía y desaparecía en breves destellos mientras el corpulento latino forcejeaba. La hija de Miz Alfonzo consiguió finalmente hacerse con el revólver y lo arrojó por la superficie del mostrador en dirección a Earl, el cual cometió un gran error: cogerlo.

Earl oyó detrás de él un ruido extraño, como un fuerte rechinamiento. Al darse la vuelta para investigar su procedencia, todo empezó a moverse a

cámara lenta. Earl vio lucecitas blancas estallar como *flashes* disparados en serie. Luego notó que el suelo se inclinaba y perdió el equilibrio. Lo primero que pensó fue que alguien le había quitado el taburete de una patada, pero no llegó a caerse. Después vinieron los gemidos; largos, pausados y sobrenaturales lamentos como jamás había oído. El aire se llenó de plumas multicolores que todo lo cubrían.

Easy Earl no tenía idea de cómo había llegado al coche, cuando comprobó que estaba conduciendo por Palmetto Street hacia Metairie. Le ardía la mejilla izquierda, y al tocársela vio sangre en sus dedos. El 38 estaba en el asiento, a su lado.

El policía que había sido herido en el abdomen en el Mexicali Club de Alfonso le preguntó a la mujer que estaba arrodillada junto a su cabeza si su compañero estaba bien. Ella le dijo que el otro agente parecía bastante muerto y que se quedara quieto, que la ambulancia estaba de camino.

—¿Quién nos ha disparado? —preguntó el herido—. Y ¿por qué?

La mujer meneó la cabeza y dijo:

—No lo sé, encanto.

¡HOLA, WILLIE!

—Earl, tío, es cojonudo que tengas una polla tan grande —dijo Easy Earl Blakey, sentado a solas en su coche en el arcén de la carretera que pasaba por Irish Bayou—, porque no cabe duda de que tienes un maldito cerebro de mosquito.

No tenía la menor idea de la hora, pero se figuró que pasaría de las doce de la noche. Había conducido sin rumbo fijo por la ciudad desde que abandonara el Mexicali, y al final había parado de puro agotamiento. ¿Qué coño había pasado?, se preguntó. Sólo recordaba una especie de discusión en la otra punta de la barra, y luego la pistola resbalando por la caoba hasta llegar a él. Había oído a alguien aproximarse por detrás, y al darse la vuelta había visto dos pistolas que le apuntaban. A partir de entonces su mente estaba en blanco. Sabía que había disparado, eso sí, aunque no recordaba con claridad haberlo hecho. Algo se le había roto en el cerebro al ver aquellas pistolas delante de sus narices.

Respiró hondo y encendió un Kool. Por allí pasaban muy pocos coches, pensó mirando el cuarto creciente. Si se pegaba un tiro, podían transcurrir dos o tres días, una semana, antes de que alguien descubriera su cadáver. Cuando se cansó del cigarrillo, arrojó la colilla por la ventana, luego cogió el revólver y salió del coche. Fue andando hacia el bayou y lanzó la pistola al agua. Permaneció allí un minuto, a la escucha. Sólo se oían motores de avión zumbando por encima de su cabeza. Earl regresó al Mercury, subió y puso el motor en marcha. ¿Hacia adónde?, se preguntó al arrancar.

Por alguna razón, le vino a la memoria la imagen de Willie Wong. Willie y Earl habían sido amigos de jovencitos. Habían crecido juntos en el distrito Ocho y siguieron siendo amigos hasta la muerte de Willie a sus veintiún años. Willie era un muchacho chino-americano muy normal; buen estudiante, había trabajado con regularidad en distintos empleos para ayudar a mantenerse a sí mismo y a sus padres, que tenían un colmado en St. Claude Avenue. Cuando Willie tenía dieciocho años vio la película *\Salvaje*, protagonizada por Marión Brando en su papel de temerario y correoso líder de una banda de motoristas. Willie se enamoró de la imagen personificada por Brando, tanto es así que compró una Triumph Bonneville de tercera mano y se dejó crecer su

lacio pelo negro; llevaba cazadora de cuero, botas de maquinista y unos Levi's grasientos. También se dio a fumar, otra cosa que nunca había hecho, y era raro verle montado en su motocicleta sin que le colgara de los labios un Lucky Strike sin filtro. Willie se inventó incluso un apodo, «the Wild Wong^[5]», y pretendía que todos sus conocidos lo llamasen así. Sus padres fueron los únicos que rehusaron hacerle los honores, y siguieron llamándole por su nombre chino, Zhao, como siempre habían hecho.

The Wild Wong resultó muerto una lluviosa tarde de jueves cuando el conductor borracho de un flamante Saab paró demasiado cerca de la Triumph de Willie en la Chef Menteur Highway y golpeó su rueda delantera; Wild Wong salió disparado con la cabeza por delante y cayó en una cuneta, donde se partió la espalda y el cuello. El día del funeral, a Earl le sorprendió que la familia Wong hubiese vestido a su hijo con la ropa de motorista para que pudiera ser contemplado así en su ataúd abierto. Earl también reparó en el paquete de Lucky Strike que le habían puesto en la mano izquierda.

Earl no sabía por qué le había dado por pensar en Wild Wong en aquel momento de apuro. Algo le había pasado a Willie viendo aquella película, algo que había cambiado irrevocablemente su vida. Easy Earl sabía que a partir de ahora las cosas tampoco volverían a ser iguales para él. Se acabó, se dijo. Algo impensable sucede de pronto y el mundo se ve completamente distinto.

Como no conseguía apartar la imagen de Willie Wong en su féretro veinticinco años atrás, Earl condujo deprisa por la desolada carretera con los faros del Monarch apagados.

—¡Eeeeh! ¡Willie Wild Wong, tonto del culo! —gritó Earl—. ¡Voy en busca de ti, hermano, sea o no sea mi hora!

EL MOCHUELO

Eran poco más de las cuatro de la madrugada cuando Earl Blakey llegó a una gasolinera Red Devil de las afueras de Tornado, Misisipí. Había conducido rumbo norte-nordeste desde Irish Bayou por la vieja U.S. 11 de dos carriles, cruzando el lago Pontchartrain y el río Pearl y pasando por Picayune y Carriere hasta llegar a Poplarville, donde había torcido hacia el oeste por la estatal 43 de Misisipí, con la idea de repostar gasolina antes de cruzar de nuevo a Louisiana.

En la caseta de la estación de servicio ardía una bombilla. Earl confiaba en que hubiera alguien y poder seguir camino. Apagó el motor, desconectó las luces y bajó del coche. La oscuridad se llenó de un enjambre de insectos agresivos, y Earl los fue espantando con las manos mientras caminaba hacia la caseta. A través del cristal de la puerta vio a un blanco sentado en el suelo apoyado contra la pared, con un nudo corredizo alrededor del cuello. De un gancho grande atornillado al techo pendía una gruesa cuerda. El hombre, que tenía unas gafas de culo de botella torcidas y llevaba una gorra de béisbol blanca y negra manchada de aceite, estaba o dormido o muerto. Earl no lo sabía con seguridad, aunque no pudo percibir movimiento alguno; el pecho del hombre no subía ni bajaba.

Earl intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Para entrar habría tenido que romper el cristal, y ya tenía bastantes líos por esa noche. Volvió a mirar al hombre, que aparentaba unos cuarenta y cinco años, preguntándose cómo podía estar muerto si en lugar de pender en el aire estaba sentado en el suelo. La cuerda estaba anudada en torno al gancho, y había un buen trozo sin tensar desde arriba hasta el nudo corredizo. Entonces reparó en las letras negras que había en el suelo al final de las piernas estiradas del hombre, y en que a éste le faltaban los dos pies. Se acercó más al cristal y leyó el mensaje que alguien había pintado allí a pistola: «el mochuelo^[6]».

—Mierda —dijo Earl—. Me parece que tengo bastante gasolina para llegar a Bogalusa.

Volvió apresuradamente al coche, subió y se alejó de allí.

CORRECAMINOS

—Muy interesante, esa matrícula que lleva —dijo el encargado de una gasolinera 76 de Bogalusa—. EZY EARL, ¿es usted?

Earl Blakey le dio al chico un billete de diez y otro de cinco.

—Lo fui, y puede que ni siquiera eso^[7] —dijo Earl.

El chico rió:

—¡Me hago cargo!

Earl sabía ya adonde se dirigía y tomó la 21 Sur para salir de la ciudad. En Covington, tomaría la 190 Oeste para desviarse de la interestatal. Al pasar por Sun, Louisiana, atravesando el río Bogue Chitto, Earl consideró la posibilidad de que las últimas doce horas de su vida hubieran sido un sueño; de que no hubiera disparado contra dos policías en el Mexicali Club de Alfonzo en Nueva Orleans, y que no hubiera visto a un blanco sin pies con un nudo corredizo al cuello sentado en el suelo de una gasolinera Red Devil de las afueras de Tornado, Misisipí. Tal vez estaba padeciendo algún tipo de enfermedad que un médico sabría explicarle. Suponía que Rita y su hermana, Zenoria Rapides, le ayudarían, y por eso se dirigía a Baton Rouge.

Earl aún no comprendía del todo por qué Rita había actuado de un modo tan extraño a raíz de su aborto. Habían hablado del asunto con antelación y ambos habían estado de acuerdo en que era la mejor solución, ya que Rita tenía treinta y seis años y cuatro hijos. Earl había pagado la intervención y había sido bueno con ella, pero luego Rita se mostró rencorosa y no tardó en irse a casa de Zenoria. Su marcha desconcertó a Earl, pero ahora era él quien necesitaba ayuda, y esperaba que Rita sabría respaldarle.

Earl encendió la radio.

«El arma relacionada con el asesinato, hace cincuenta y seis años, del exgobernador de Louisiana Huey P. Long ha sido por fin encontrada. James Starrs, patólogo forense que tiene la intención de exhumar el cadáver del presunto asesino, Cari Austin Weiss, Sr., dijo ayer en Washington D.C., donde enseña en la Universidad George Washington, que la pistola del calibre 32 supuestamente utilizada para matar a Long en el Capitolio del estado de Louisiana, en 1935, está en posesión de Mabel Guerre Binnings, de setenta y

cinco años, hija del policía que investigó el caso. Binnings reside en Nueva Orleans.

»El profesor Starrs asegura que el descubrimiento de la supuesta arma homicida será una “mina de pruebas”. Sin embargo, la revelación ha desatado una verdadera batalla legal sobre quién debe quedarse con el arma y con los archivos policiales del caso, desaparecidos asimismo en 1940, cuando el padre de Mabel Binnings, Louis Guerre, se jubiló.

»La policía estatal de Louisiana insiste en que tanto la pistola como los expedientes pertenecen al pueblo de Louisiana, y ha distribuido una carta solicitando a Mabel Binnings que se los devuelva. Ella ha rehusado dicha petición, negándose también a hablar con la prensa. Desde el tiroteo de Baton Rouge se ha especulado con que Long, quien contaba cuarenta y dos años por aquel entonces, murió en realidad a manos de sus propios guardaespaldas. Fueron éstos quienes mataron a tiros a Weiss, de veintinueve años de edad, en la escalinata del Capitolio».

Easy Earl encendió un Kool, buscó unas gafas de sol en la guantera y se las probó. Eran de Rita. Earl recordaba el día en que se las había comprado en el Walgreen's de Royal.

«En Nueva Orleans —prosiguió la radio— sigue en pie la persecución del asesino de un agente de la policía metropolitana. Un segundo agente resultó herido en el incidente, que tuvo lugar anoche en el Alfonso's Mexicali Club de Louisiana Avenue. Se desconocen aún las circunstancias exactas del tiroteo, ha dicho el comisario de policía en funciones DuMont *Du Du* Dupre. Se sospecha de un negro de mediana edad que lleva bigote y que podría estar conduciendo un coche Mercury rojo de finales de los setenta. En estos momentos no se dispone de más información.

«Tenemos a punto una canción muy apropiada, amigos. Se trata de *I Am a Lonesome Fugitive*, cantada por el chico más malo de Ferriday, Louisiana: Jerry Lee Lewis. Pero antes oigamos unos cuantos anuncios».

Earl apagó la radio. Condujo sin detenerse hasta Baptist y una vez allí paró en un 7-Eleven para comprar una maquinilla de afeitar Bic, una chocolatina Snickers y una gorra de béisbol de pana negra *Playboy* con conejitos. Earl se afeitó en seco dentro del coche usando el espejo retrovisor, y luego se comió la chocolatina.

Era la primera vez que no llevaba bigote desde que tenía dieciséis años. Se colocó la gorra *Playboy*, se ajustó las gafas de sol y confió en llegar a casa de Zenoria en Mohican Street de Baton Rouge antes de que la poli le cogiera.

UNA MUJER ES UNA MUJER, PERO UN HOMBRE ES ALGO MÁS

Zenoria Rapides no había llegado a casarse. A sus cuarenta y siete años vivía sola, hasta la llegada de Rita y los niños, en una casita de dos habitaciones que había comprado y casi pagado con su sueldo de maestra de escuela primaria y lo que ganaba como costurera. Su reputación de buena modista era inmejorable, y las mujeres blancas de clase media de Baton Rouge le encargaban más trabajo del que ella podía abarcar. Por tanto, Zenoria se alegró de que su hermana pequeña, Rita Hayworth Rapides, hubiera ido a vivir con ella, pues Rita cosía casi tan bien como Zenoria y tenía ganas de ayudar en el negocio.

Althea Yancey y Zelmo Baptiste Rapides habían tenido seis hijos: Zenoria, Zelma y Zoroaster se llamaban así por su padre, y Althea había puesto nombre a Lana Turner, Pocahantas y Rita Hayworth. Althea y Zelmo habían perecido dieciséis años atrás cuando su casa de Evangeline Street, en la que habían crecido todos sus hijos, se incendió debido a un cortocircuito eléctrico, quedando reducida a cenizas en plena noche con ellos dentro. Zelma y Zoroaster, gemelos idénticos, murieron juntos en accidente automovilístico volviendo de Port Alien, donde trabajaban en un Popeye's; tenían dieciséis años. Lana Turner vivía actualmente en Memphis, casada con un abogado radical blanco, Lucius Lamar Bilbo, sobrino-nieto del antiguo senador por Misisipí que había defendido la deportación de todos los negros del Sur a África. Zenoria y Rita apenas tenían noticias de Lana Turner. Pocahantas se había esfumado a los diecisiete años en compañía de un lavaplatos del Poteat, una céntrica cafetería de Baton Rouge, a quien llamaban Leopard Johnny debido a su característico cutis negro y amarillo, consecuencia de una hepatitis crónica. Lo único que Zenoria, Rita o Lana habían sabido de Pocahantas en los últimos quince años era por una postal del río Monongahela que envió a Zenoria con matasellos de Pittsburgh, Pennsylvania, y en la que decía: «Querida hermana. El Leopardo ha perdido sus manchas. Un saludo a todos. Besos, Pokey».

Los cuatro hijos de Rita Hayworth Rapides eran la prole de cuatro padres diferentes, ninguno de los cuales se había casado con Rita, aunque dos al menos se lo habían propuesto. Rita, que valoraba en mucho su independencia, insistió en que todos los niños llevaran su apellido. Les había puesto los nombres de cuatro estados —Montana, Wyoming, Idaho y Colorado— que no había visitado nunca ni tenía especial interés en visitar. A Zenoria le contó simplemente que los nombres le sonaban bien.

Rita creía que por regla general sólo necesitaba a los hombres como compañeros ocasionales. Prefería, asimismo, que nadie tuviese que mantenerla; no es que siempre hubiese rechazado la ayuda económica de alguno de los padres de sus hijos, pero nunca había llegado a depender de ella. Hasta que apareció Easy Earl Blakey, Rita no se había sentido tentada de mantener una amistad íntima con ningún hombre. En su opinión, Blakey era un hombre poco complicado; no es que fuera simple, sino que estar con él resultaba fácil y agradable. La conclusión de aquel reciente embarazo y su primer aborto habían deprimido a Rita mucho más de lo que habría podido prever. Si se había mudado a Baton Rouge era por buscar el consuelo de su hermana mayor, y no para huir de Earl o de Nueva Orleans. Rita echaba de menos a Earl, cosa que le sorprendía, así que cuando él apareció aquel domingo por la mañana en casa de Zenoria, totalmente afeitado y con aquella estúpida gorra de *Playboy* encasquetada, Rita le estrechó entre sus brazos sin decir palabra y sintió que toda ella se relajaba.

—Me buscan, Rita —dijo Earl una vez dentro de la casa—. ¿Dónde están Zenoria y los chicos?

—En la iglesia. Yo no tenía ganas de ir. Últimamente no tengo ganas de ir casi a ningún lado. Oh, Earl, cuánto me alegro de verte. ¿Cómo es que te has afeitado el bigote? ¿Y qué es eso de que te buscan? ¿Quién te busca?

—La policía. He matado a un poli, Rita. A uno lo maté y a otro lo dejé herido.

—No te hagas el loco, Earl. Easy Earl Blakey nunca iría por ahí matando gente, y menos a un policía.

—Lo sé, cielo, pero ha pasado. Estaba tomando un CR con leche en el Mexicali, más solo que la una, pensando en ti y en lo mucho que te he echado de menos, cuando ocurrió el incidente. Así, de sopetón. Sólo sé que después me di a la fuga. Primero fui a Misisipí, y vi algo tan horripilante que ni siquiera estoy seguro de haber estado allí.

—Espera, amor. Hablas demasiado deprisa. ¿Cómo sabes que mataste a alguien?

—Tenía el arma en el coche después de que pasó todo.

—Pero si tú no tienes revólver, Earl. ¿Dónde está el arma?

—La tiré al Irish Bayou. Es de Miz Alfonzo.

—Mal hecho. No pasarán muchos días sin que la pesque algún camboyano.

—Da igual, Rita. Probablemente tampoco haya sido buena idea venir a verte, pero es que te echo tanto de menos... Imaginarán que estoy aquí. Conocen el coche, según ha dicho la radio. Maldita sea, Rita, todo fue un desgraciado accidente, y ahora mi vida toca a su fin.

—Calla, Earl. Verás como todo se arregla.

—Te quiero, Rita. —Earl la besó dulcemente en los labios—. Pero no hay más salida que huir. ¿Tienes algo de dinero?

—Noventa dólares, más o menos. Puedes quedártelos.

Rita fue a otro cuarto por el dinero y al volver se lo entregó a Earl. Él la besó de nuevo, ahora con pasión.

—Pensaré en nuestro hijo —dijo él.

—Pensar ¿qué?

—Que deberíamos haberlo tenido. Voy a morir un día de éstos sin tener un hijo que me recuerde cuando yo no esté. Y también que si de no haberte mudado a Baton Rouge, cosa que no habrías hecho si no hubiésemos matado al niño, yo nunca habría ido al Mexicali Club.

—Oye, Earl, si crees que huir es la única solución, adelante. Yo no voy a impedirte a ti ni a nadie, ni siquiera a mis hijos, que ya les tocará, que hagan lo que estimen conveniente. Pero de ahí a sacar esas conclusiones hay un gran paso. Mira, Earl, sé que eres un hombre bueno. Yo habría tenido ese hijo, si tú me lo hubieras pedido.

—Podrías venir conmigo, Rita. Los chicos estarán a salvo con Zenoria, ya vendremos por ellos más adelante.

—Ve tú, Earl. No quiero que nadie tenga que mentir por mí diciendo a la policía que no te ha visto.

Rita le dio un beso y posó la yema de su índice derecho sobre el labio superior de él.

—Cuando llegues allá adónde vayas —dijo ella—, déjate otra vez el bigote.

Earl sonrió:

—Lo prometo, nena.

Rita le vio alejarse en el coche, regresó al dormitorio que compartía con Idaho y Colorado (Montana, su hijo mayor, dormía en la habitación

delantera, y Wyoming con Zenoria) y se acostó. Se sentía repentinamente cansada. Se acordó de su madre, Althea, el día en que le dijo, cuando Rita no tendría más de ocho años, que precisamente cuando las cosas empezaban a tener sentido venía la mosca y había que rascarse. «¿La mosca de quién, mamá?», había preguntado Rita. Y ahora, tumbada en la cama, Rita se echó a reír como había hecho Althea veintiocho años atrás en respuesta a la pregunta de Rita, la única contestación que su madre había podido darle.

MARBLE

Earl había oído o leído que cuando la Mafia secuestra a alguien y lo asesina, suele dejar el coche de la víctima en el aparcamiento de un aeropuerto. De modo que eso hizo Easy Earl con su Mercury Monarch, abandonarlo en el aeropuerto de Baton Rouge y subir a un autobús que lo llevó a la terminal de autocares Greyhound. Allí compró un billete a Tampa, Florida, ciudad en la que jamás había estado pero que suponía lo bastante grande como para encontrar un trabajo. Como su autobús no salía hasta al cabo de tres cuartos de hora, Earl compró una salchicha y un Delaware Punch en un quiosco y tomó asiento en la sala de espera.

Una chica blanca, delgada, de unos trece o catorce años, vestida con unos tejanos y una sudadera azul pálido, entró con su pequeña bolsa de lona y fue a sentarse en un banco enfrente al de Earl. La muchacha tenía el pelo rubio, casi blanco, llevaba gafas y examinó la sala de espera con detenimiento y sin que su cara inmaculada reflejase emoción alguna. Earl reparó en ella, pero sus pensamientos estaban relacionados con su propia situación. Earl terminó la salchicha, bebió el ponche y fue a los lavabos. Cuando salió, tras haberse lavado las manos y la cara, la gente ya estaba subiendo al autobús. Él escogió un asiento de pasillo, hacia el fondo del vehículo, al lado de la muchacha blanca.

Hacía cinco minutos que habían salido de Baton Rouge por la interestatal 12 cuando la chica le dijo a Earl:

—Me llamo Marble Lesson y soy de Bayou Goula, aunque mi papá vive ahora en New Roads, y voy a ver a mi mamá y a su nuevo marido que viven en Jacksonville, Florida. Yo nací en Miami County, Kansas, donde la familia de mi padre tenía una granja a las afueras de Osawatomie, pero al perderla nosotros vinimos a Louisiana porque Webb, un primo de mi padre, le consiguió a papá un empleo en una refinería. Mamá se fue de la casa de Bayou Goula hace unos meses, pero yo quería terminar mi semestre puesto que ya lo había empezado, por eso me he quedado con papá de momento. Él no podía vivir en una casa tan grande, de modo que se buscó un sitio en New Roads, bueno, de hecho es en Labarre, en el condado de Pointe Coupée, como le digo, y hace un rato me ha dejado en la parada de autobuses.

»Mi aspiración es llegar a ser escritora. No he sacado otra cosa que sobresaliente en inglés desde cuarto. Soy lo que se llama vulgarmente un observador minucioso, lo cual naturalmente significa que me fijo en detalles que la gente no suele ver. Llevar gafas no me importa. Me las pusieron hace cinco años, cuando tenía nueve, para reanimarme el ojo izquierdo, que lo tengo cansado. Pero yo creo que ése es el que ve las cosas más importantes, mientras que el derecho lo uso básicamente para que me lleve de aquí para allá. El ojo es un fotorreceptor, lo que equivale a tener una cámara si uno puede captar lo que ve y almacenar su imagen en el córtex, que es la capa externa de los hemisferios anteriores del cerebro. Yo tengo un córtex rebosante de cosas captadas, tales como el vómito negro, uno de los síntomas más graves de la fiebre amarilla, como tuve ocasión de ver en una película sobre el tema que pasaron cuando cursaba octavo y que nunca olvidaré. Estoy segura de que me será útil para escribir algún cuento o alguna novela. ¿Y usted adónde va?

—A Tampa —dijo Earl.

—Tendrá que hacer transbordo, porque éste va directo hasta Jacksonville. ¿No se lo han dicho en la terminal? A veces la gente no está muy dispuesta a ofrecer información.

Earl asintió:

—Ya. Me bajo en Lake City.

—¿Le he dicho que me llamo Marble Lesson? Sí, claro que sí. Mi papá se llama Wesson, pero la gente le llama Wes. El nombre de pila de mi mamá es Bird. Su primer apellido de casada era Arden. Después, como ya sabe, fue Lesson. Y ahora es Doig, pero ella dice que nadie lo pronuncia correctamente al verlo escrito, de modo que en Jacksonville la llaman muchas veces Bird Dog. ¿Cómo se llama usted?

—Earl.

—«Oh mis amigos me llaman Speedo pero yo me llamo *Mr.* Earl...».

—¿Cómo dice?

—Es una canción que me cantaba mamá de pequeña.

—Ah, ya. Me parece recordarla.

Earl cerró los ojos.

—Se le ve cansado, *Mr.* Earl.

—Creo que lo estoy, *Miss* Lesson.

—Llámeme Marble, por favor.

—Verá, *Miss* Marble, si no le importa, voy a evadirme un poquitín, a ver si descanso.

—Le despertaré si aún está dormido cuando lleguemos a Lake City, aunque lo dudo porque aún faltan horas.

Earl se puso la gorra de pana negra con conejitos sobre los ojos y fue deslizándose hacia un paisaje onírico en el que Rita, con ropa interior de encaje negro, aparecía de pie sobre un foso en llamas hurgando algo con un bastón largo. Earl trataba de ver lo que había en el foso, pero no conseguía levantarse lo suficiente. Rita seguía pinchando con el bastón, y entonces ensartaba un objeto y lo sacaba del pozo, sujetando el bastón con ambas manos. Lo que sacaba era un bebé carbonizado, con las extremidades extendidas pero inerte. El fuerte viento iba arrancando pedacitos del cadáver hasta que no quedaba nada. Entonces Rita arrojaba el bastón al fuego.

TAREA ESPECIAL

AUTOBÚS SINIESTRADO EN PLENA TORMENTA

Gulfport, 21 de enero (SNS). Un autobús Greyhound que cubría la ruta de Baton Rouge, Louisiana, a Jacksonville, Florida, fue alcanzado ayer por un rayo durante una tormenta alrededor de las cuatro de la tarde mientras circulaba por la interestatal 10 al norte de Bay St. Louis, Misisipí. El autobús chocó contra una cuneta, y resultaron muertos doce pasajeros y el conductor, que fue identificado como Dio Bolívar, de 42 años, natural de Phoenix City, Alabama.

Según testigos presenciales, el autobús fue alcanzado al parecer por la rama secundaria de la descarga de un rayo, a varios kilómetros de la rama principal, que destruyó la caseta de un vigilante de puente al oeste de Waveland, Misisipí.

Diez de los once supervivientes resultaron heridos, algunos de gravedad, y fueron llevados a hospitales cercanos. El único pasajero que resultó ileso fue Marble Lesson, de 14 años, natural de Bayou Goula, Louisiana.

Entrevistada en el lugar del accidente, *Miss Lesson*, que viajaba sola, dijo a sus rescatadores: «Una llama violácea del infierno se coló en el autobús y dejó a todo el mundo frito. Un negro muy simpático que iba a mi lado se encendió de repente como un árbol de Navidad. Fue bastante espectacular. Ignoro por qué me he salvado, a no ser que el Señor me tenga deparada alguna tarea especial en esta vida».

JESÚS NOS VE

Querido Jesús:

No albergo ninguna duda de que ha sido voluntad divina el que yo esté viva y de hecho saliera ilesa y sin ningún rasguño del accidente de autobús en que murieron tantos inocentes y otros muchos resultaron heridos. Que ahora esté sana y salva en casa de mi mamá Bird Arden y de su segundo marido Fernando Doig en Trout River Boulevard Jacksonville Florida una ciudad de la que no sé prácticamente nada porque acabo de llegar es sin duda alguna un milagro. La Tierra ya puede girar más o menos deprisa que yo por el momento no veo que nada pueda alterarme.

Por si Tú no sabes gran cosa de mí aunque sé que a todos nos observas déjame decirte quién es la que te escribe esta carta. Me llamo Marble Lesson (a secas) tengo 14 años. Hasta ahora vivía en Bayou Goula Louisiana el estado en que vive todavía mi papá. Ahora he venido a vivir con mi madre y fue de camino hacia aquí en el Greyhound cuando pasó el accidente que me convenció de que he sido investida por Ti. He escogido la escritura como medio de justificar Tu fe en mí. Te preguntarás qué interés puede tener para Ti lo que diga o piense una chica de 14 años del Sur. Yo creo que escribir es un proceso de conocimiento de uno mismo y que los pensamientos son sólo míos. Sigue conmigo Jesús ten un poco de paciencia y puede que oigas cosas que nunca habrías pensado por Ti mismo.

Me preocupa el estado del mundo no sólo por cómo están las cosas en mi país los Estados Unidos de América sino en todo el globo. Una cosa que me gustaría saber es si Tú ves lo que pasa en otros planetas o solamente en la Tierra. Unos días antes de marcharme de Bayou Goula en ese fatídico viaje escribí una canción que me gustaría pudieras oírme cantar aunque quizá puedas de todos modos ahí va la letra:

*Jesús nos ve cuando nos portamos mal
Y cada vez que lo pienso
Me da una alegría tal
Pues Jesús es nuestra sal
Y yo contenta me siento
Oh Jesús nos ve cuando nos portamos mal*

Tengo pensado añadir más versos pero he creído que tal como está ahora y ya que te estoy escribiendo tal vez te interesaba.

Estos días está en casa un hombre negro amigo de Fernando Doig. Se llama Rollo Lamar y él y Fernando son abogados. Trabajan juntos para una asociación de mujeres del estado de Florida que son es decir partidarios de que las mujeres decidan como individuos que son si desean o no tener un hijo. Yo sólo tengo 14 años pero no entiendo cómo nadie puede decirle a otro qué ha de hacer con su cuerpo. Personalmente no sé qué haría si estuviera embarazada y no quisiera el niño si tener un aborto o dar a luz y entregarlo para que lo adoptara alguien como hizo Lástima Denuedo allá en Bayou Goula a los 15 años pero creo que me gustaría decidir por mí misma cosa que me parece justa. Hay gente que no está de acuerdo claro.

Anoche durante la cena Mr. Lamar nos habló a Fernando a mamá y a mí de un juicio que hubo en Georgia. Un hombre llevaba puesto su vestido del Ku Klux Klan que consta de una túnica blanca como esa que llevabas Tú cuando estabas en la Tierra y un capirote y una máscara. Pues bien el hombre llevaba la vestimenta del Klan que son una gente que odia a los judíos (ya sé que Tú lo eres) a los negros y a otras gentes de color y creencias católicas y están contra el aborto y estoy segura que lo hacía para poner a prueba una ley diciendo que es ilegal llevar máscara en público. Claro que el martes de carnaval en Nueva Orleans donde he estado muchas veces la gente lleva máscaras o sea que no me sorprende que el hombre del Ku Klux Klan ganara el caso. Se alegaba en su contra que si llevaba la túnica y la máscara era para infundir temor y pánico en las mentes de los judíos católicos y negros de la ciudad en donde lo hizo. Mi opinión sobre las máscaras es que si todo el mundo llevase el mismo tipo de máscara y todos parecieran iguales la gente tendría que ocuparse en saber cómo es la otra persona interiormente y tal vez no sería tan terrible probarlo algún día. De ese modo uno nunca sabría si la otra persona es negra o blanca debajo de la máscara sino solamente una persona. ¿Tú qué opinas?

Es muy tarde y me caigo de sueño o sea que lo dejo aquí. Mi idea es seguir escribiéndote cartas hasta que sepa adónde puedo mandarlas o si puedo entregarlas en mano. De momento esto es todo.

Atentamente, tu amiga
MARBLE LESSON

4

EL CRIMEN DE MARBLE LESSON

Desgarrado estoy por el destino,
hundido y arrastrado por la tempestad. Vosotros,
pobres gentes, pagaréis el precio con vuestra sangre sacrílega.
Esta iniquidad os acosará para siempre, y una severa
condena... caerá sobre vosotros,
pero será demasiado tarde para implorar a los dioses.

La Eneida, *Virgilio*

EL BUEN SAMARITANO

Wesson Lesson salió tambaleándose del Saturn Bar. Tras perder su empleo en New Roads, Wes había ido a Nueva Orleans para ver a su hermano Webb, y se había encontrado con que Webb había sido detenido y encarcelado por defraudar al fisco mediante facturas falsas de venta de automóviles. La estafa le reportó a Webb una buena temporada en el Correccional de Atchafalaya, adonde había sido enviado una semana después de que Wes llegara a la ciudad.

Wes se mudó a la casa que su hermano tenía en Rocheblave Street e inmediatamente después se subió al carro de los bebedores que, por poco tiempo, había abandonado. Sus borracheras y su conducta ofensiva le habían costado la esposa —Bird— y la hija —Marble— además de numerosos empleos en los yacimientos de petróleo. Tenía treinta y nueve años pero aparentaba cincuenta, y decididamente iba de mal en peor.

Bamboleándose en la esquina de St. Claude Avenue y Clouet Street a las dos de la madrugada, Wesson Lesson se sintió repentinamente culpable de haberle fallado a su familia, y aquel sentimiento le hizo caer de hinojos y llorar. Marble, que ya tenía catorce años, se había ido a vivir con Bird y su nuevo marido, un abogado llamado Fernando Doig, a Jacksonville, Florida, y Wes no tenía esperanzas de volver a ver a su única hija. Sabía que no era bueno, que había maltratado a la única mujer que había amado de verdad hasta obligarla a separarse de él, y ahora había perdido también contacto con su hija del alma. Desplomado sobre la agrietada acera, sollozando, Wes era totalmente ajeno a los peligros a que le enfrentaba su posición.

—Será mejor que se vaya levantando —dijo un individuo grande y mofletudo mientras ayudaba a Wes Lesson a ponerse en pie—. No debe estar muy fuerte en geografía local. Aquí los nativos le pueden desplumar o rajar en menos de un cuarto de hora, si le dejo donde está.

El hombre, que aparentaba algo más de cincuenta años pero estaba tan en forma como un jugador de *rugby*, levantó a Wes con un solo brazo y se quedó mirándole la cara hinchada y los ojos inyectados en sangre.

—Tiene muy mal aspecto, hombre. Le llevo a su casa, si es que tiene.

—Roche... blave... Street —balbuceó Wes, pugnando por levantarse sin ayuda.

El hombretón acompañó a Wes hasta un Buick Roadmaster azul eléctrico y lo subió al asiento del acompañante. Luego cerró la puerta, rodeó el coche y se sentó al volante.

—No sé cómo se puede llegar tan bajo —dijo el conductor mientras incorporaba el Buick al escaso tráfico de St. Claude— Huele mal, chico. Es el hedor del fracaso.

Wes Lesson sólo pudo gemir. Apenas oía lo que su actual salvador le decía.

—Me llamo Defillo Humble. A lo mejor me conoce de oídas. Hace unos años escribí un libro con cierto éxito. Estuvo veinte semanas en la lista de *bestsellers* del *Picayune*. Se titulaba *Negros en coche*. Sobre cómo el acceso de los afroamericanos al automóvil puso el último remache al ataúd del Viejo Sur. Ahora estoy trabajando en un nuevo libro, *La desaparición de la mujer sureña*. Ya puede imaginarse de qué trata.

Wes Lesson era incapaz de dar una respuesta inteligente o inteligible. Tenía sólo una vaga conciencia de lo que estaba sucediendo, y cuando el coche se detuvo delante de la casa de su hermano, Wes no pudo hacer nada mejor que abrir la portezuela y caer de bruces a la calle. Defillo Humble se bajó, rodeó el coche, lo recogió del suelo, lo llevó medio a rastras hasta el porche y lo depositó en el escalón superior.

—Yo intento hacer todo lo que puedo, socio —dijo Defillo Humble—. Sea lo que sea lo que le atemoriza, hay cosas peores. Mire, a menos que le hayan obligado a comer *sushi* de rata en el cráneo vaciado de un soldado rebelde liberiano, como a mí, o que se le haya subido una anaconda de seis metros a la piragua y se le haya engullido medio hijo de cinco años antes de que pueda usted meterle un nueve milímetros por el ganglio, como me pasó a mí, no tiene usted motivo para andar a la greña con nadie, creo yo. Bueno, me pasaré otro día, a ver cómo sigue.

Defillo Humble fue hasta su Roadmaster, subió al coche y se alejó. Antes de que el hombretón llegase a la esquina, Wes Lesson se había dormido en el mismo sitio donde Defillo le había dejado.

LA MISIÓN

Querido Jesús:

Anoche telefoneó papá desde N. O. adonde se ha ido a vivir después que las cosas no le salieran en New Roads como él había pensado pero como mamá no me dejó hablar con él fui corriendo arriba y descolgué con cuidado el supletorio para escuchar lo que decían. ¡Fue horroroso Jesús! Papá lloraba y le imploraba a mamá que me mandara otra vez con él que él no tenía a nadie y daba igual si se moría o no. Luego dijo que a tío Webb le habían caído diez años de cárcel y mamá dijo que a ver si alguno de los que están encerrados lo mataba de una vez y le ahorraba el problema al estado.

Me eché a llorar y las lágrimas me corrían por las mejillas y se colaban en los agujeritos del auricular. Yo estoy segura de que incluso Tú te habrías inquietado oyendo llorar de aquel modo a papá. Mamá le gritó que siempre había sido un cero a la izquierda y que si yo volvía con él lo más probable es que una noche me pegara una paliza estando borracho y entonces mamá le juró que si podía evitarlo no dejaría que él me viera nunca más. Pero papá no me pegaría Jesús eso lo sé.

Jesús cuando yo estaba con papá él no probaba ni una gota y nos entendíamos la mar de bien. Me di cuenta de que había vuelto a la bebida y sé que no sería así si yo estuviera con él de modo que ya lo has adivinado me voy a N. O. Él está viviendo en casa de tío Webb y como sé la dirección no será problema encontrarla. El problema está en cómo ir. Puesto que no tengo suficiente dinero para el autobús he decidido hacer autostop una decisión arriesgada supongo pero soy yo la que elige y no mamá digo yo. Todavía no tengo amigos en Jacksonville con quienes hablar de modo que nadie me va a echar de menos. Mañana en vez de ir al colegio me iré a dar una vuelta.

Jesús te ruego que me protejas en la carretera para que pueda cumplir mi misión. Papá no es malo y me necesita más que mamá o sea que debo ir él no tiene a nadie que le ayude. Jesús cuida de mí para que no lo lamente.

*Tu amiga
MARBLE*

HERMANAS

—Gracias, señora. Pensaba que nadie iba a cogerme.

Marble se apartó el rubísimo flequillo y sonrió a la conductora que acababa de recogerla. Era una mujer negra, entrada en años (sesentona, calculaba Marble); llevaba un traje pantalón rosa fucsia, gafas oscuras decoradas con diamantes de imitación y una especie de sombrero mexicano con plumas verdes y amarillas. Conducía un flamante Cadillac Eldorado negro con tapizado de piel color crema.

—¿Cuánto hace que esperas, niña? —preguntó la mujer.

A Marble le pareció que tenía una voz muy poco femenina.

—Algo más de una hora, creo.

Marble vestía unos vaqueros rojos, una sudadera roja, unas botas de deporte rojas y su cazadora reversible por el lado de color naranja. Se había vestido de esta guisa no sólo para ir cómoda sino para que los conductores pudieran distinguirla con mayor facilidad. No llevaba más equipaje que su mochila de ir al colegio, atiborrada de ropa de recambio, artículos de aseo, libretas y lápices.

—Realmente es inusual ver a una señorita como tú haciendo autostop a la entrada de una autopista. Me extraña que no te haya recogido la policía.

—Yo no he visto a ninguno. ¿Hasta dónde va?

—Mi destino es Chattahoochee. Voy a visitar a mi hijo, que reside en una institución de la localidad. ¿Y tú?

—Yo voy a Nueva Orleans a ver a mi papá.

—¡Válgame Dios, Nueva Orleans, Louisiana! Es un buen trecho para hacerlo a dedo. No es que quiera entrometerme, pero ¿tus padres saben lo que estás haciendo?

—No, señora. Es que mi papá está en un aprieto y yo debo reunirme con él. En realidad sólo me tiene a mí. Mamá vive con otro, y ella y papá no se llevan bien.

—Sé muy bien de qué hablas —dijo la conductora, asintiendo con la cabeza— Soy la señora Arapaho White. ¿Cómo te llamas?

—Marble Lesson.

—¿Cuántos años tienes, Marble?

—Catorce.

—Pues mira, Marble, yo tengo cincuenta años más que tú, pero recuerdo muy bien cómo era a tu edad. De hecho, cumplir los catorce fue uno de los momentos más importantes de mi vida.

—¿Qué le ocurrió?

—¡Válgame Dios! Fue la primera vez que me di cuenta de que era una chica atrapada en un cuerpo de chico.

—¿Cómo que atrapada?

—Exteriormente era hombre, pero dentro era mujer. Hasta que me di cuenta de que Dios había cometido un error, y las cosas empezaron a ir mucho mejor.

—¿Se refiere a que antes los chicos le hacían bromas?

—Eso era lo de menos, querida. No; me refiero a que estaba muy confusa. Me atraían los chicos como a cualquier otra chica, sólo que yo parecía un chico.

—Imagino que eso le causó ciertos problemas.

—¡Por supuesto! ¡A mí me lo vas a decir!

—¿Y qué pasó entonces? Quiero decir, a sus catorce años.

—Pues que decidí vivir mi vida como mujer. Tampoco quería someterme a ninguna operación para parecer del todo una mujer. Estaba satisfecha con mi cuerpo y no tenía ganas de que ningún médico me empezara a cortar aquí y allá. No había motivo, pensé, para no seguir siendo como era.

«Recuerdo que estaba en el templo —prosiguió Arapaho White— cuando me vino a la cabeza la idea de que tanto Jesús como María Magdalena y Juan el Bautista eran equivocaciones, igual que yo. Bichos raros, la verdad. Y que hicieron lo que tenían que hacer en cuanto se dieron cuenta de ello. Desde aquel día he vivido como mujer.

—¿Qué pensaron sus padres?

—Cuando le conté a mi madre lo que había decidido, le dio un patatús. Se desmayó en el acto. Mi padre se había marchado años atrás. A mí me decían que se había largado poco después de nacer yo y que estaba en Chicago. Mi madre y yo vivíamos con los padres de ella en Egypt City, Florida. Mi madre aún sigue allí, y ya tiene ochenta y cuatro años.

—¿Qué hizo entonces?

—Escaparme, claro. Fui a Miami y encontré trabajo para limpiar habitaciones en un hotel. También hacía otras cosas, para sobrevivir. Cosas no muy agradables. Pero me conocía a mí misma y sabía que al final las cosas saldrían bien. Y así ha sido, excepción hecha de Frenesí, mi hijo. Es a él a

quien voy a ver a Chattahoochee. Nunca ha estado bien de la cabeza, ya desde que nació.

—Perdone, pero ¿usted es la madre o el padre?

Arapaho se echó a reír:

—Buena pregunta, niña. La madre de Frenesí era una cubana llamada Esquerita Álvarez. Era cantante, tenía una voz extraordinaria, pero mentalmente no estaba a la altura. Creo que era por una afección familiar que venía de muy lejos. Me refiero a la locura. Esquerita y yo vivimos juntos cerca de dos años, en Belle Glade. Luego, cuando nació Frenesí y Esquerita vio que no era normal, se largó y me dejó el niño. La relación entre Esquerita y yo tenía además ciertas zonas conflictivas que la inquietaban. El caso es que me hice cargo de Frenesí hasta que fue lo bastante mayor para meterse en líos.

»Fue por entonces cuando me casé con un hombre maravilloso que comprendía mi situación y sabía que el amor implica a la persona, no sólo al cuerpo y sus avíos. Mi marido hizo cuanto pudo por Frenesí, pero aquélla era ya una causa perdida. Una noche, Frenesí se lió a tiros con un Uzi y asesinó a dieciséis personas en un Winn-Dixie, en Tampa. Dijo a la policía que estaba defendiendo la Tierra contra unos alienígenas que utilizaban el supermercado Winn-Dixie como cuartel general.

—Debió de sentirse usted muy desilusionada, cuando su hijo mató a toda esa gente. Pero yo no creo que los padres sean en absoluto responsables de lo que hacen sus hijos. Quiero decir que si robo un banco, por ejemplo, la que lo ha hecho soy yo, no Bird o Wes. La responsable soy yo, no ellos.

—Eres muy lista, Marble. Llegarás lejos.

—Qué pena que no vaya usted hasta Nueva Orleans, *Mrs. White*. Me encanta hablar y viajar con usted.

—Caramba, gracias, Marble. Yo también lo siento. Pero haré que te resulte más fácil llegar a Nueva Orleans. Te acompañaré al aeropuerto de Tallahassee y te compraré un billete. De ese modo, te reunirás con tu padre mucho antes de lo que pensabas.

—¡Oh, *Mrs. White*, no sé cómo ni cuándo podré pagarle!

—No te preocupes, querida. Tengo muchísimo dinero. Además, las hermanas deben ayudarse mutuamente siempre que puedan. Recuérdalo.

LA LLAMADA

—¿Diga?

—¡Por fin! Wesson, ¿está ahí Marble?

—Ah, eres tú, Bird. Sí, está aquí. Íbamos a preparar la cena.

—¡Santo Dios, Wesson! ¡Estábamos desesperados pensando que a Marble la habían secuestrado o asesinado camino del colegio ayer por la mañana!

—Anoche se presentó aquí. Yo fui el primer sorprendido, Bird. Pensé que a lo mejor habías cambiado de parecer.

—Wesson, di a Marble que se ponga.

—¡Es increíble! —le dijo Bird a Fernando Doig mientras esperaba a que su hija se pusiera al teléfono—. ¡Marble lleva allí desde anoche!

—Hóla, mamá. Estoy bien.

—Pero Marble, ¿cómo has llegado tan rápido a Nueva Orleans?

—Una señora muy simpática me recogió cuando estaba haciendo autostop y me llevó al aeropuerto de Tallahassee. Me compró el billete.

—No me creo una palabra. Esto lo ha tramado tu padre, ¿verdad?

—No, mamá. Como te decía, esa persona me compró un pasaje cuando le expliqué que papá me necesitaba y que yo pensaba reunirme con él fuera como fuese.

—¿Está borracho?

—No. Vamos a preparar la cena. Acabamos de llegar del súper.

—Marble, me alegro de que estés sana y salva, pero ¿por qué no me dejaste una nota? ¡O al menos llamar por teléfono!

—Habrías venido a buscarme, por eso. Pensaba escribirte una carta mañana mismo.

—Déjame hablar otra vez con tu padre.

—Sí, Bird —dijo Wes al ponerse.

—Mete a esa chica en un autobús o un avión mañana por la tarde o te juro, Wesson Lesson, que Fernando hará que pases la noche en chirona.

—Bird...

—¿Qué?

—Déjala quedarse una temporadita. Te prometo que volverá pronto.

—Wesson, ella tiene que seguir yendo al colegio. Y tus promesas no valen una mierda.

—Una semana, Bird. Juro que Marble volverá en una semana. Una semana sin colegio no es tan grave. Marble no habría venido si no fuera importante para ella.

—Si le pones la mano encima, te juro que te mato. ¿Me oyes?

—Ahora no bebo, estando Marble aquí no me atrevo. Gracias, Bird. Esto significa mucho tanto para ella como para mí.

—Dile que se ponga otra vez.

—Mamá, me quedo aquí.

—Sólo una semana, Marble.

La niña no respondió.

—¡Marble! ¿Estás ahí?

—Sí, mamá.

—¿Lo has oído? Una semana.

—Lo he oído, mamá. Mira, tengo que cosas que solucionar aquí. Siento haberte preocupado.

—Con sentirlo no basta.

—Adiós, mamá —dijo Marble, y colgó.

La muchacha se volvió hacia su padre, que estaba de pie junto al fregadero, mirando al patio de atrás desde la ventana de la cocina.

—Papá...

—¿Sí, Marble?

—¿Por qué le pegabas tanto a mamá?

—Porque era un enfermo. Un enfermo y un ignorante. Nada de lo que yo pueda hacer o decir podrá cambiar nada. Tu madre me ha abandonado, cariño, y es lo mejor que podía hacer. Tengo suerte de que no me pegara un tiro, o al menos que no me dejara ahogarme en mi propio vómito, como podría haber hecho muchas veces.

Wes se inclinó hacia Marble y la estrechó entre sus brazos.

—Tu madre tiene razón cuando dice que mis promesas no valen una mierda, pero estoy decidido a enderezar mi vida. Me alegro mucho de tenerte aquí para que des testimonio de mi determinación.

Sonó el timbre de la puerta.

—Yo iré, papi.

Marble abrió y vio a un hombre gigantesco y mofletudo que llevaba una camisa hawaiana rosa con loros amarillos.

—Buenas noches, señorita. Me llamo Defillo Humble y estoy buscando al hombre de la casa. ¿Está?

—¡Papá! —chilló Marble.

Wes Lesson se dirigió hacia la puerta.

—Tiene usted mejor aspecto que la otra noche —dijo Defillo Humble.

—¿Usted es el que me trajo a casa?

Humble asintió:

—Sólo venía a ver qué tal estaba, tal como le dije.

—Pase, *Mr...*

—Humble. Defillo Humble. Llámeme Humble, aunque yo no lo sea mucho^[8].

Se rió y entró en el piso. Ambos hombres se dieron la mano.

—Yo soy Wes Lesson. Gracias por su misericordiosa acción. Espero no necesitarle más por ese motivo. Ésta es mi hija Marble.

Defillo Humble sonrió. Tenía unos enormes dientes amarillos.

—Es usted muy grande, *Mr. Humble* —dijo Marble.

—En muchos sentidos, sí —dijo él— En otros, hay quien piensa que no lo soy en absoluto.

—¿Quiere quedarse a cenar? —preguntó Wes—. Íbamos a preparar alguna cosa.

—Se lo agradezco, pero no puedo. Resérveme la invitación para otro día. Por cierto, Wes, ¿no estará usted buscando trabajo?

—Pues ya que lo dice, sí.

—Un viejo amigo mío necesita un ayudante. Aquí tiene su tarjeta.

Humble sacó del bolsillo una tarjeta de visita y se la entregó a Wes, quien leyó en voz alta:

—«Academia Bunk Colby. Navegación en Globo y Dirigible. Cuba, Alabama. Teléfono 205-Volando».

—Amigo mío de toda la vida, como le decía. Eso está cruzada la frontera con Misisipí, a la altura de Meridian. Necesita a alguien con aptitudes de mecánico.

—He trabajado en yacimientos de petróleo y sé cambiar una rueda —dijo Wes—, pero no tengo conocimientos de aeronáutica.

—Ni falta que hace. De eso se ocupa Bunk. Oiga, mañana pensaba ir a ver a Bunk. ¿Por qué no viene conmigo en el coche y echa un vistazo? Tráigase a Marble.

—¿Por qué no, papá? Un cambio te vendría muy bien.

Defillo Humble le dedicó a Marble otra xántica sonrisa de excavadora.

—Pasaré sobre las diez de la mañana —dijo Humble, y se marchó.
—A lo mejor resulta, papá. Los designios del Señor son inescrutables.
Wes examinó nuevamente la tarjeta y luego miró a su hija.
—Tienes razón, Marble. Pero esperemos que sea realmente el Señor quien nos ofrece este trabajo.

BUENA PERSONA

—Y ese Bunk, ¿qué? —preguntó Wes mientras Defillo Humóle torcía hacia el nordeste por la 59 en su Roadmaster. Acababan de entrar en Misisipí tras cruzar el río Pearl. Wes iba delante con Humóle, y Marble dormía en el asiento trasero.

—¿Cómo que qué? —dijo Humble—. ¿Te refieres a qué clase de individuo es?

—Sí. ¿Cuánto hace que tiene esa escuela? ¿Cómo es la gente que va? No es que Cuba, Alabama, tenga una situación muy privilegiada...

—Bueno, verás, Wes. Bunk ha hecho un poco de todo en sus casi setenta y cinco años. El caso es que antes de este negocio, el pobre no había visto lo que se dice dinero.

—¿Tanta gente hay que quiera aprender a volar en globo?

Humble se echó a reír:

—¿Duerme tu hija?

Wes miró a Marble:

—Sí.

—Lo de Bunk es un campo de aviación, una pista de aterrizaje. La academia es sólo una tapadera para el verdadero negocio, que consiste en traer droga de Centroamérica por vía aérea, sobre todo hierba y cocaína de la península de Guajira, en Colombia. El ochenta por ciento de la marihuana que entra de contrabando en Estados Unidos procede de allí. Los *marimberos*^[9] la traen hasta aquí, pagan a Bunk por usar su pista, que es donde descargan la mierda, y luego se marchan. Bunk no tiene nada que ver con la distribución propiamente dicha. Necesita a alguien que cuide de que todo marche bien. Bunk sabe todo lo que hay que saber sobre aviones. Fue piloto durante la Segunda Guerra Mundial y en Corea, y luego estuvo en la TWA durante quince años, más otros dos pilotando reactores privados para el jeque Majeed de Abu Dhabi.

—Perdona que te lo pregunte, pero ¿cómo es que te da igual no saber apenas nada de mí? Quiero decir, me explicas toda la operación, me traes hasta aquí... ¿Cómo sabes que no voy a ir a la policía con esta información?

Humble enseñó su amarillenta dentadura hasta las encías:

—Si se te ocurre siquiera pensar en esa posibilidad, Wes, corres el riesgo de que Marble se convierta en un recuerdo. Yo prefiero creer que sé calar muy bien a las personas. No me parece que seas de los que hablan mucho.

Wes contempló el cielo gris desde la ventanilla del acompañante. La temperatura en el exterior debía rondar los cinco grados y se esperaban fuertes chubascos para la noche.

—¿Cómo encajas tú en el negocio, Humble?

—Digamos que soy una especie de inversor, un accionista de la academia. Ayudé al viejo Bunk a organizado todo con parte de los ingresos de mi primer libro, *Negros en coche*. Probablemente no te acordarás en absoluto de que te dije que fue un *bestseller*, la verdad es que en ese momento estabas completamente ebrio. Yo me dedico básicamente a escribir, pero uno no puede descuidar sus inversiones. El truco es diversificar, Wes. Yo siempre estoy a punto, si Bunk me necesita.

El viaje hasta Cuba duró unas cuatro horas. Marble estuvo durmiendo casi todo el trayecto, y Wes, tras enterarse de la verdad sobre el negocio de Bunk Colby, redujo al mínimo la conversación con Humble, fingiendo más o menos que iba dormido. Un par de kilómetros pasado Cuba, que no era más que un pequeño pueblecito, Humble enfiló un camino de tierra que atravesaba campos de labranza.

—Aquí se cultiva el maíz Silver Queen —dijo—, el mejor. No hay maíz como el Silver Queen de Alabama. ¡Mmmmm! Mira al frente, Wes. ¿Lo ves ahí al fondo?

Formando un arco sobre el camino de tierra había un letrero blanco que anunciaba: «Academia Bunk Colby. Navegación en globo Y dirigible», pintado en grandes letras negras de molde. Debajo de la inscripción se leía: «Que la maldición de Dios caiga sobre esos malvados enanos».

Mientras el gran Buick azul pasaba bajo el arco de entrada y traqueteaba en dirección a la casita prefabricada contigua a la pista de despegue, Wes preguntó:

—¿De quién es la cita?

—Bunk lo puso durante la guerra del Golfo —dijo Humble soltando una risita—. Es lo que dijo Saddam Hussein recién empezada «la madre de todas las batallas». Hay gente que opina que Bunk tiene un sentido del humor más que peculiar, pero conmigo siempre ha sido buena persona.

BUNK

Lo primero que Wes Lesson advirtió en Bunk Colby fue que se parecía a un gato. Este hombre no hace cara de tener setenta y cinco años, pensó Wes mientras él y Marble seguían a Defillo Humble en dirección a Bunk. El expiloto de caza, líneas aéreas y potentados árabes pasado a traficante estaba ajustando un nudo en el aparejo de un globo de aire caliente situado entre la casita prefabricada y la pista. Era el único globo en toda la finca; Wes no pudo ver ningún dirigible, sólo un Piper Club totalmente pintado de negro que estaba aparcado en el lado opuesto de la pista. Bunk terminó el nudo y fue a saludar al tercero.

—Humble, eres un hombre de palabra —dijo, estrechando la mano del hombretón.

—Eso intento —dijo Defillo Humble—. Éstos son Wes Lesson y su hija Marble. Amigos, os presento al legendario Bunk Colby, el terror de no sé cuántos continentes.

—Sólo cuatro —dijo Bunk—. Me alegro de conocerles. —Tendió la mano a Wes y a Marble.

—Bunk, te juro que cada vez que te veo pareces más joven —dijo Humble.

Bunk sonrió, luciendo una hilera de resplandecientes fundas blancas.

—Pues sí, ese nuevo cirujano facial que tengo allá en Bogotá sabe lo que es un cuchillo de mondar. Puede que esta vez me haya estirado la piel más de la cuenta, aquí, detrás de las orejas. Parezco un gato. ¿Tú qué crees? ¿Parezco un gato o no?

—Ya se te aflojará, Bunk —dijo Humble—. Se te irá cayendo. Además, los egipcios veneraban a los gatos.

—Por mí, puedes meterte a los egipcios donde te quepan —dijo Bunk—. Usted perdone, señorita, no pretendía ofenderla. Es que con los egipcios no puede uno hacer tratos. Y, encima, son gente muy sucia. Mis primeros dientes postizos los perdí en un hotel de El Cairo. El edificio ardió en plena noche y tuve que dejarlos en la habitación. Tú lo recordarás, Humble. Mi tercera esposa, Nazli, perdió la vida en aquel incendio. Sólo llevábamos trece días de casados. Yo ya estaba al pie de la escalera cuando recordé que ella aún tenía las

manos atadas a los pilares de la cama, y entonces había ya demasiado humo para volver a rescatarla. Qué manera más horrible de morir, ¿no les parece? No era mucho mayor que esta muchacha. ¿Cuántos años tienes, bonita?

—Catorce —dijo Marble— ¿Y usted?

—Cincuenta y seis —dijo Bunk con un guiño— Hice que me quitaran también unos años en Bogotá.

Humble rió y dijo:

—Pronto vas a ser más joven que yo, Bunk.

Los ojos de Bunk desaparecieron al ponerse serio:

—¿Le has puesto al corriente?

Humble asintió y los dos hombres miraron a Wes.

—Necesito a alguien que esté aquí doce o quince días al mes —dijo Bunk—. Es de Nueva Orleans, ¿no?

—Ahora vivo allí.

—Pago bien, le proporcionaré un vehículo para que pueda ir y volver de Nueva Orleans entre una entrega y otra. Lo único que ha de hacer es tener la llave inglesa a punto y dar la impresión de que es lo bastante rudo para saber por qué lado se dispara el Kalashnikov. Bien, supongo que estarán hambrientos. Vamos adentro. Tengo un *menudo* cociéndose en el hornillo.

Después de comer, Humble y Bunk tenían asuntos que tratar, de modo que Wes y Marble fueron a dar una vuelta por los terrenos de la academia.

—Papá, ¿piensas trabajar para ese hombre?

—Aún no estoy seguro, Marble. En Nueva Orleans no hay mucho movimiento en cuanto a ofertas de empleo. El dinero de Bunk no es de despreciar, eso está claro.

—Creo que no me cae bien, papá. Y Defillo Humble tampoco. Son dos hombres muy extraños.

Wes rió a medias.

—Desde luego que sí.

Aquella misma tarde fueron los cuatro a Meridian en el Buick Roadmaster de Humble a ver una película y luego cenar. No había mucho donde elegir en cuanto a cine; la enésima reposición de *101 dálmatas* de Disney, o *Showdown in Little Tokio*, la última película de karatekas. Los hombres dejaron que decidiera Marble y ésta dijo que había visto *101 dálmatas* tres veces. Así pues, fueron a ver la otra película, que resultó bastante mala.

Mientras cenaban costillas en una barbacoa, Bunk coincidió con Humble en que la película no era muy profunda.

—Tiros, tetas y decapitaciones no bastan para sostener una película —dijo Bunk—. Mi favorita sigue siendo *Hail the Conquerng Hero*^[10], ésa en la que a Eddie Bracken lo confunden en su pueblo por un héroe de guerra y se arma un cristo de narices. Es absurdo, es disparatado, pero es humano, ¿me explico? Una película como la que acabamos de ver está desprovista de humanidad.

—El mundo es así, Bunk —dijo Humble— La humanidad ya tuvo su época. Para nosotros han terminado los buenos momentos.

—Marble, en cambio, los tiene al alcance de la mano —dijo Bunk, sonriendo a la muchacha—. De hecho, le empiezan ahora. ¿No es así, papá de Marble?

—Eso espero, Bunk —dijo Wes—. Con toda mi alma.
Marble guardó silencio.

EL PARPADEO

Humble, Wes y Marble aceptaron la invitación de Bunk a pasar la noche en la escuela y regresar a Nueva Orleans a la mañana siguiente. Volviendo de Meridian a Cuba, Wes le dijo a Bunk que aceptaba el empleo pero que no podría empezar hasta que Marble se marchara a Jacksonville la semana siguiente, y Buck dijo que le parecía bien. Había una especie de dormitorio en la parte de atrás de la casita de cuarenta y cinco metros cuadrados, el resto de la cual estaba dividida en despacho y almacén, de modo que no había problema para alojar a los invitados.

Una vez dentro, Bunk reparó en la lucecita roja del contestador y pulsó *play*.

«Negro cero, negro cero. Rápido. Pez martillo, pez martillo. Responda, Cuba, responda».

Bunk marcó inmediatamente un número de teléfono y, en cuanto logró comunicación, dijo:

—Cuba grande, Cuba grande. Túmbese, negro cero. Túmbese, negro cero. Adelante, cero.

Bunk colgó y le dijo a Defillo Humble:

—Tenemos una visita imprevista a eso de las doce. Será mejor que le digas a Lesson que acueste a la niña. Tengo que encender las luces.

Un minuto después de la medianoche, Humble, Wes y Bunk contemplaron cerca de la pista de aterrizaje la llegada de un aparato Learjet. El avión se detuvo dejando el motor en marcha mientras se abría la puerta del acompañante y alguien arriaba hasta el suelo una escalera doble de aluminio. Un hombre con ligera pero recia ropa deportiva, vestido como para salir a navegar y llevando en la mano una bolsa verde de lona, descendió por la escalera, dejó la bolsa en el suelo y volvió a subir al avión. El hombre recogió la bolsa y se aproximó al comité de recepción mientras el reactor se deslizaba hacia el fondo de la pista. Bunk se acercó a saludar al visitante.

—*Bienvenido*, señor de Estoques —dijo—. Cuánto tiempo sin verle.

No se dieron la mano, pero el hombre, un apuesto y bien afeitado latino de unos veinticinco años, sonrió a Bunk y luego se volvió para ver cómo el

Learjet se alejaba rugiendo, ascendía por el norte y describía un perfecto arco de 180 grados hasta desaparecer en el cielo subtropical que la luna iluminaba.

—Mozo, le presento a Defillo Humble, colega de muchos años —dijo Bunk—, y a Wes Lesson, mi nuevo ayudante. Caballeros, éste es Mozo de Estoques, de Medellín, uno de los miembros más reputados del Club de los Colombianos.

Mozo de Estoques volvió a sonreír y habló en un inglés casi perfecto:

—Señor Bunk, ¿cómo es posible que parezca usted más joven que la primera vez que le vi? ¿Cuándo fue, once años atrás? Yo tenía catorce.

—Lo recuerdo. Fue en Cali y usted acababa de concluir su primera misión para el club.

—Me desvirgué. Me rompí la cereza, como dicen ustedes los *norteamericanos*.

Bunk asintió con la cabeza:

—Cierto. Mozo no era mucho mayor que esa chica que duerme ahí dentro, Wes, cuando inició su ilustre carrera. No era más que un chaval.

—¿Qué chica? —preguntó Mozo de Estoques.

—La hija de Wes —dijo Bunk—. Está durmiendo ahí atrás.

—¿Cuántos años tiene?

—Pues no lo sé —dijo Bunk—. Doce o trece.

—Catorce —dijo Wes—. ¿Qué importa eso?

Mozo se quedó mirando a Wes Lesson con sus imperturbables ojos negros, en los que las luces de la pista se reflejaban cual hogueras diminutas. El colombiano sonrió con las comisuras de la boca.

—Mucho —dijo De Estoques— Importa mucho.

—Vamos, señores, entremos —dijo Bunk—. Llévalos dentro, Humble, mientras me ocupo de las luces. Vuelvo enseguida.

Humble y Wes caminaban detrás de Mozo, quien evidentemente no era la primera vez que estaba allí. Al entrar arrojó al suelo su bolsa de lona y se metió en el lavabo.

—¿Quién es ése? —le preguntó Wes a Humble.

—El asesino predilecto de Jorge Muleta. Apuesto a que ha venido a cargarse algún pez gordo. Mozo de Estoques no viaja así porque sí. Se dice que fue él quien liquidó a los dos últimos candidatos de la oposición a la presidencia de Colombia. Dirige una escuela para asesinos financiada por el cártel de Muleta.

Bunk entró en el momento en que Mozo salía del váter.

—¿Cuánto tiempo tienes, muchacho? —le preguntó Bunk.

—Vendrá a buscarme un coche antes de tres horas. Estoy cansado, señor Bunk. —Mozo bostezó y estiró los brazos y la espalda. Luego examinó su formidable Rolex— Si a las tres menos cuarto aún estoy dormido, me despiertas.

—Descuida.

El asesino recogió su bolsa y se dirigió al dormitorio.

—¿Hace una copa, Bunk? —dijo Humble—. ¿Aún te queda algo de aquel Glenmorangie?

Estaban los tres subidos a sendos taburetes en torno a la mesa de acero inoxidable que había en la cocina. Bunk y Humble tomaban *whisky* escocés de malta y Wes una lata de Dr. Pepper.

—La única vez que estuve en Colombia —dijo Bunk—, Estrago Muleta (el hermano pequeño de Jorge, ejecutado por un pelotón de fusilamiento hace dos años en Venezuela, creo que en Maracaibo), bien, pues él y yo estábamos en plena selva cuando nos tropezamos con la serpiente más enorme que he visto jamás, dormida en el centro mismo del sendero. Estrago me dijo que era una laquesis, un *serpiente muy peligroso*. Luego me pasó su Uzi, se acercó al reptil a hurtadillas y le cortó la cabeza de un tajo con su machete. El bicho ni se movió. Estrago enarboló la cabeza de la serpiente sobre la punta de su largo cuchillo y así la llevó hasta el campamento, como un sioux con la cabellera de Custer. No le tenía miedo a nada, el muy hijoputa. Ahora no es más que una nota a pie de página.

El disparo se oyó antes que el grito. Primero hubo una detonación que sonó como si alguien sacar un corcho de una botella con cuello de ganso, y luego el prolongado y tremuloso aullido de Marble. Wes fue el primero en llegar. Marble estaba sentada en el suelo cerca del jergón en que había dormido, y apretaba con las manos un Colt Python apuntando al cuerpo inerte de Mozo de Estoques, el cual yacía sobre la cama, desnudo de cintura para abajo a excepción de sus calcetines blancos de algodón.

Wes le cogió la pistola a su hija, que estaba completamente inmóvil, rígida y con los ojos abiertos como platos. Luego se arrodilló al lado de Marble y la estrechó entre sus brazos. Humble le apartó a Mozo el mechón de pelo negro que le tapaba la frente; de donde había estado su ojo derecho manaba un fluido rojizo. Después llegó Bunk, echó una ojeada, empezó a decir algo y luego se calló. Wes siguió acariciando la cabeza de su hija hasta que, al cabo de un par de minutos, ella parpadeó.

JESÚS, NO VAYAS

Querido Jesús:

Hace mucho que no te escribo lo sé pero es que han ocurrido muchas cosas. Empezaré por el gran acontecimiento e iré retrocediendo. Maté a un hombre que intentó violarme en Alabama. Ya sabes que tengo catorce años y todavía soy virgen y así pienso seguir hasta que me decida a hacerlo aunque he de decirte que no necesariamente será en el lecho conyugal. En fin ésa es la gran noticia ahora te contaré cómo ocurrió.

Papá y yo fuimos con un hombre llamado Defillo Humble a ver si papá conseguía un empleo en un campo de aviación de Alabama junto a la frontera de Misisipí. Creo que el hombre había ayudado a papá una noche que éste estaba borracho y cuando se presentó en casa y dijo que tal vez sabía de un trabajo papá pensó por qué no ir a verlo pues estaba sin trabajo y la situación laboral en Louisiana su estado natal no era muy buena en aquel momento. A mí me daba mala espina ese Humble que es una persona extraordinariamente grande aunque dice que es escritor cosa que me interesó. Como bien sabes tengo ciertas ambiciones en ese terreno.

Fuimos con Defillo Humble en su Buick hasta Meridian y luego al campo de aviación que es una escuela llamada Academia Bunk Colby de Navegación en Globo y Dirigible. El director Bunk Colby es un hombre muy raro que dice tener 75 años pero parece tan joven como papá. Allí había un globo pero no pude ver ninguna otra cosa de naturaleza aérea. La escuela estaba en el quinto infierno y yo pensé que papá no aceptaría trabajar allí pero lo hizo porque estaba desesperado y ya no bebe aunque ahora ya no trabajará allí por supuesto.

Todo ocurrió la noche que pasamos en la escuela. Mr. Humble, Mr. Colby y papá y yo fuimos a cenar a Meridian y a ver una película titulada Showdown in Little Tokyo. La cena en una barbacoa estuvo muy bien pero la peli era aburrida y malísima las peleas eran de pacotilla, armas automáticas a porrillo y montones de mujeres desnudas casi siempre con criminales japoneses. Lo peor es cuando el jefe de los criminales japoneses le corta la cabeza a una rubia con la espada que sostiene en una mano mientras con la otra le frota los pechos. Lo hace desde detrás y sin camisa para que el espectador pueda ver que lleva el tórax los hombros los brazos y el vientre

tatuados. Después lo matan a él pero no te imaginas lo mala que es esta película Jesús no voy a verla.

En cuanto llegamos a casa de Mr. Colby yo fui a acostarme a una habitación llena de camas pequeñas porque era demasiado tarde para volver en coche a Nueva Orleans. Me desperté con un hombre encima de mí alguien que no conocía de nada. El hombre me tapó la boca con una mano y apartó la sábana con la otra a fin de tocarme. Yo volví la cabeza y vi que en el suelo junto a la cama había una pistola y mientras él se toqueteaba yo alargué el brazo cogí la pistola apoyé el cañón en su mejilla y apreté el gatillo.

El hombre se desplomó encima de mí y allí había de todo no sólo sangre sino esa cosa que tenía dentro de la cabeza. Supongo que grité y me salí de debajo y le habría disparado otra vez si se hubiera movido pero como estaba completamente muerto no se movió. Entonces llegó papá y me abrazó. Yo sabía que era él pero de veras Jesús que no pude hablar ni moverme hasta pasado un buen rato. Mr. Humble y Mr. Colby entraron en la habitación y vieron el estropicio pero no dijeron una palabra.

Papá me tuvo abrazada en el asiento de atrás del coche de Humble durante todo el camino hasta Nueva Orleans que hicimos de noche. Supongo que Mr. Colby debió enterrar el cadáver del violador que según me contó después papá era un asesino sudamericano de cuya muerte se alegraría el gobierno de Estados Unidos que le iba detrás. Pero nosotros no pensamos decírselo a nadie ni siquiera al gobierno. Le prometí a papá que no le contaría nada de esto a mamá porque entonces ella no me dejaría volver nunca más y no es que ella quiera dejarme como ya sabes. Aunque tenía que decirte Jesús que tú eres el único para mí.

Te escribo ésta en el autobús de vuelta a Florida. Recuerdo que la última vez que subí nos cayó un horrible rayo y todos los pasajeros menos yo resultaron muertos o heridos. Ahora sé con seguridad que no salí ilesa en vano sino para un fin concreto o puede que para más de uno. El primero fue acabar con la vida del asesino y violador sudamericano que no me cabe la menor duda era un enviado del diablo. Sé que hay muchos más Jesús y por mí ya pueden venir. Dijeron en un programa de televisión que 25 millones de personas aseguran haber hablado con el demonio y yo lo creo. También creo que en este planeta hay otros como yo que pueden salvar al mundo del diablo y sus enviados. No te alejes de mí Jesús que yo estaré siempre de tu lado.

Tu amiga
MARBLE LESSON

LEVÁNTATE Y ANDA

Para Vinnie Deserio

Y Jesús, viendo sus pensamientos, dijo ¿Por qué pensáis con malicia en vuestros corazones? Pues ¿qué es más fácil, decir: «Tus pecados te son perdonados», o decir: «Levántate y anda»?

MATEO 9:4-5

La desesperación es el único pecado imperdonable, y siempre nos está acechando.

SAM PECKINPAH

SUPERREPTIL

El reverendo Cleon Tone, antiguamente pastor de la Iglesia de la Vida Nueva en Daytime, Arkansas, estaba en la esquina de Burgundy con Orleans en el French Quarter de la ciudad de Nueva Orleans, sosteniendo del revés un maltrecho sombrero de fieltro negro. Colgado del cuello con un trozo de cordel llevaba un letrero escrito a mano que rezaba: «AYUDE AL PRÓGIMO Y EMPIEZE UNA VIDA NUEVA».

—El Señor le querrá mucho más —decía a los transeúntes que depositaban una moneda en su sombrero.

Cleon Tone, que actualmente dormía en un hotel sin nombre nutrido principalmente de gente que pasaba por North Rampart Street, tenía cincuenta y ocho años. Su cabeza era como una gran telaraña de hebras grises; tenía el cutis a manchas rojas y rosadas, y las manos graneadas de manchas de la edad. Unos tiznones negros le surcaban la garganta, recuerdo indeleble de cuando Prentiss Temoign, marido de Viridiana Legend Temoign y miembro de la Iglesia de la Vida Nueva a quien Tone había puesto los cuernos diez años atrás, intentó asesinarle. Debido a aquel vergonzoso incidente, el reverendo había caído en desgracia, siendo expulsado por vía férrea de Daytime, Arkansas, por sus airados exfeligreses. Desde entonces el reverendo había recorrido el Deep South sin rumbo fijo, trabajando en lo primero que se presentaba hasta que su alcoholismo acabó reduciéndole a su estado actual.

La víspera, Cleon Tone se había encerrado en el retrete y, sentado en la taza, había recogido del suelo unas páginas del *Times-Picayune* del día anterior. Había un artículo sobre los hábitos amatorios de crotálidos tales como la serpiente de cascabel y la víbora cobriza. Leyó que la hembra de esta última copulaba una única vez cada tres o cinco años. Cuando una de estas víboras sale de su madriguera después de la hibernación, es recibida por una verdadera falange de pretendientes. Los machos se disputan el privilegio de gozar de los favores de la víbora hembra, no a mordiscos sino luchando cuerpo a cuerpo, intentando dejar al contrincante en una postura de sumisión, práctica que puede durar horas cuando no días, prácticamente lo mismo que suele durar el proceso de la cópula en las víboras cobrizas. Las hembras de esta

especie rehúyen a los más débiles, e incluso los machos jóvenes hacen valer sus derechos ante los adultos derrotados, cuya confianza en sí mismos se ha visto gravemente mermada. Una vez concluida la competición, siguió leyendo Cleon, el reptil ganador va en busca de la complaciente hembra e inmediatamente la obsequia con su bífido requerimiento.

—¡No te jode! —dijo Cleon en voz alta después de haber terminado el artículo— ¡Pero si ése soy yo, el reptil ganador! Vamos, hombre.

Alguien intentó abrir nerviosamente la puerta del retrete.

—¡A ver cuándo acabamos de cagar! —dijo una voz.

—¡Voy enseguida! —repuso Cleon.

Rasgó en dos mitades la página que había estado leyendo y utilizó una para limpiarse. La otra mitad la dobló para una nueva ocasión. El reverendo se subió los pantalones, se los abrochó y tiró de la cadena antes de descorrer el cerrojo y abrir la puerta. Para su sorpresa, el pasillo estaba desierto cuando salió.

—Un superreptil no pasa mucho tiempo tumbado —masculló, dirigiéndose hacia su cuarto—, y a éste aún le quedan un buen par de golpes que dar. Faltaría más.

CALOR HÚMEDO

Wilbur *Damfino* Nougat y Gaspar DeBlieux se apoltronaron en sus respectivos sillones de cuero rojo en la *suite* del DeSalvo Hotel en Gravier Street, bebiendo ron con zumo de naranja y esperando que llegaran las dos putas que habían encargado al Servicio de Acompañantes Congo Square. Nougat y DeBlieux, ambos blancos y con los cuarenta cumplidos, se hallaban en Nueva Orleans con motivo de la convención anual de vendedores de prótesis dentales de todo el país, profesión a la que ambos habían dedicado casi veinte años de sus vidas. Nougat vivía en Nashville, Tennessee; DeBlieux, en Monroe, Louisiana. Se habían hecho amigos quince años atrás, a raíz de haber compartido habitación por primera vez en el Pontchartrain de Detroit. Desde entonces habían quedado en estar juntos cuando y dondequiera que hubiese un congreso de vendedores de prótesis dentales norteamericanos.

—Cada vez me gusta más la carne —dijo Gaspar—. Antes sólo me la ponía firmes una rubia. Por eso me casé con Dolly Fay, por su melena rubia, aunque ahora no hay manera de saber de qué color la tiene. Cada mes o cada dos se la tiñe. Y tú qué, Wilbur. ¿Qué me dices de tus preferencias?

—A Damfino le da lo mismo, Debliu. Mientras tengan tetas y abajo esté húmedo y caliente, me la suda que sea azul con topes blancos de la cabeza hasta el chocho. Lo que importa es comérselo y luego meterla.

DeBlieux rió y dijo:

—Si te oyera tu señora, se sacaba la magnum, y encima cargada.

—A falta de polla, qué otra cosa va a sacar —dijo Damfino— La tía está como una foca ahora. Tú no la ves desde hace casi dos años. No sabes cómo se ha puesto.

—Lo siento por ti. Antes decías que era guapa.

—Dice que se le estropeó el tipo al tener el cuarto hijo, pero es por el chocolate. Es que no puede pasar una hora sin comer chocolate.

Llamaron a la puerta.

—Serán las chicas, Deb.

Damfino se levantó de un salto, fue a la puerta y abrió. Entraron dos larguiruchas fulanas negras. Se quedaron de pie, muy serias, delante de la

ventana panorámica que había enfrente de Gaspar DeBlieux.

—¿Qué tomáis? —preguntó Damfino.

Las fulanas tenían facciones duras y el cutis cubierto de una gruesa pátina de maquillaje. No obstante, ambas eran muy guapas; las dos tenían pómulos salientes y labios carnosos, y aparentemente un tipo soberbio que apenas cabía en el prieto vestido de piel de leopardo. Sobre el pelo negro planchado llevaban sendas boinas.

—¡Bendito sea Dios! —gorjeó Gaspar, saltando de su sillón—. ¡Hoy sí hemos acertado el número!

Dio una vuelta alrededor de las mercenarias entre sonrisas y cabriolas, salpicando el contenido del vaso que sostenía en la mano sobre la alfombra color vino tinto.

—Nosotras, de alcohol nada —dijo la más baja de las dos prostitutas. Tenía la voz muy grave.

—Si no os importa —dijo la otra con tono más femenino—, antes de nada nos gustaría dejar solucionada la parte comercial. Son doscientos cada una, caballeros.

Nougat y DeBlieux sacaron sendos billetes de cien de sus respectivas carteras y se los tendieron. Las prostitutas cogieron el dinero y lo depositaron en sus respectivos bolsos, de los que acto seguido sacaron cada cual un revólver Smith & Wesson calibre 32 con silenciador. Los hombres, al ser apuntados, se quedaron de piedra.

—Quitaos la ropa —dijo la más alta.

—Pero bueno —dijo DeBlieux—. ¿Qué coño es esto?

—Si no lo hacéis, os dejamos secos —dijo la otra furcia—. Vamos a apuntar bajo.

Los dos hombres se desvistieron y se quedaron totalmente desnudos en mitad de la habitación.

—Chúpale la polla —ordenó la más baja a DeBlieux—. Arrodíllate delante de tu compinche y chúpasela.

—Es como jugar por parejas —dijo la más alta.

Gaspar se puso de rodillas, posó sus labios sobre el glande del pene de Damfino y cerró los ojos.

—¡Mámasela ya! —exclamó la más alta.

Gaspar DeBlieux hizo lo que pudo, pero Nougat continuaba con el pene flácido. Ambos lloraban a raudales.

—A lo mejor tú lo haces mejor —dijo la torturadora más alta— Cambio de papeles. De aquí no nos vamos hasta que el grifo empiece a chorrear.

Obedecieron, y esta vez Nougat obtuvo resultados. A Gaspar se le puso dura a pesar del miedo.

—Tócasela —dijo una furcia (Damfino no supo cuál). A los pocos minutos DeBlieux se había corrido.

—¡Trágatelo! —ordenó la más alta.

Damfino bajó la cabeza hasta el suelo y sollozó. Gaspar permaneció de pie, temblando y viendo a su mermado pene encogerse rápidamente.

—Agáchate —le dijo la más baja a DeBlieux, y éste obedeció.

Se inclinaron los dos hacia adelante, los ojos bien cerrados. Las fulanas se recogieron el vestido con la mano libre, se sacaron los respectivos penes y orinaron sobre Nougat y DeBlieux.

—¡Sorpresa! —gritaron exultantes las prostitutas, con risitas de colegial.

Al terminar, las fulanas se arreglaron la falda, devolvieron las armas a sus respectivos bolsos y salieron de la habitación, dejando a los dos vendedores mojados y tiritando en el suelo de la habitación del hotel.

Cleon Tone estaba a unos tres metros de la entrada del DeSalvo, con su letrero de «AYUDE AL PRÓGIMO Y EMPIEZE UNA VIDA NUEVA» y el sombrero de leopardo, la más alta arrojó un billete de cien dólares al sombrero del desacreditado pastor. Pero antes de que Cleon hubiera registrado el acontecimiento en su cerebro, sus dos benefactoras habían desaparecido en un taxi.

El reverendo Tone se quedó contemplando el resplandeciente billete, meneó la cabeza y dijo en voz alta:

—La verdad es que el buen Dios se busca unos mensajeros de lo más heterogéneo.

LA BELLA Y LOS VALIENTES

Cleon Tone se regaló con una sustanciosa cena cubana a base de *ropa vieja*, *frijoles negros*, *arroz amarillo*, *plátanos maduros*, *flan* y *café con leche*^[11] en el Country Flame de Iberville Street, y luego decidió rematarlo con una película. Hacía varios años que el reverendo Tone no iba al cine. Fue paseando por Canal Street hasta el Choctaw Theater y se horrorizó al descubrir que la entrada costaba seis dólares. Pero tratándose de una ocasión especial, Cleon decidió pagar la entrada para ver *La bella y los valientes*, protagonizada por Martine Mustique.

Martine Mustique, nacida Rima Dot Duguid, era oriunda de Bay St. Clement, Carolina del Norte, lugar del que huyó a muy temprana edad. Tras dos frustrados matrimonios adolescentes y media docena de abortos, Rima Dot Duguid, que a los veinte años se hacía llamar Sarita Touché, abandonó Atlanta, donde había residido durante cuatro años, para trasladarse a Francia en compañía del marchante iraní Darwish Noof. En Cannes fue descubierta tomando el sol en *topless* por Tora Tora-Tora, el rey de los cosméticos tahitiano, quien la contrató como modelo para el nuevo perfume de su empresa, Paroxysme. Fue Tora-Tora quien la bautizó Martine Mustique una paradisíaca tarde en la veranda de su finca en la isla caribeña cuyo nombre llevaba ahora ella como suyo propio. El paso de supermodelo de revista a estrella de cine fue muy rápido para la antaño pobre blanca fugitiva de Carolina.

Los traficantes de carne en celuloide habían presentado a Martine Mustique como la nueva Rita Hayworth o Ava Gardner, anunciándola a bombo y platillo como una vuelta a los tiempos del *glamour*. Martine había protagonizado un éxito de taquilla tras otro, siempre formando pareja con los galanes más valorados del momento. Incluso los títulos de sus películas (*Siempre implacable*, *Perdida entre los vivos*, *El supremo dolor*. ¡*Dómame!*, *Estoy desolada*) hacían pensar en una época anterior y aparentemente más pura, por más errónea que pudiera ser aquella teoría. Engañadas o no, las multitudes acudían fervorosamente a ver los filmes de Martine Mustique como en peregrinación religiosa.

Cuando la actriz fue hallada muerta —decapitada— en la bañera de su casa en las colinas de Hollywood, la efusión de dolor de su público fue titánica. Su asesino, un pretendiente rechazado de nombre Edgard Veloso Shtup-Louche, joven heredero de Industrias Louche (fabricantes de cuarenta y cinco variedades de condones), remitió una confesión escrita al Departamento de Policía de Los Angeles antes de ahorcarse de un balcón en la finca que los Shtup-Louche poseían en Bel Air. En su carta, Edgard decía que Martine había rehusado su propuesta matrimonial tras haber estado cuarenta y ocho horas prácticamente seguidas haciendo el amor. Según Shtup-Louche, ella había sido la única mujer con la que había conseguido tener una erección. Al negarle ella su mano, le negaba también la única posibilidad que tenía de alcanzar una felicidad duradera. En lugar de asesinar a todos los psiquiatras que le habían tratado desde su infancia, decía Edgard (aunque añadía que eso también habría tenido que hacerlo), le resultó más sencillo eliminar el objeto de su deseo y eliminarse, por supuesto, a sí mismo.

La bella y los valientes había acabado de rodarse dos días antes de morir Martine, a una semana justa de lo que habría sido su trigésimo aniversario. Desde el estreno, aquella última prueba de su extraordinaria habilidad para seducir incluso al cinéfilo más reacio o cínico había batido récords de taquilla en todo el mundo. Si en vida Martine Mustique había fascinado, muerta provocaba pasmos. Igualmente hechizado quedó Cleon Tone al ver su último papel, el de una croata domadora de leones llamada La Gran Vukovara, desgarrada entre el amor a su país y su familia y el de un soldado serbio en el marco de la guerra civil yugoslava.

Cleon lloró como el resto de la sala cuando La Gran Vukovara se entera de que los partisanos croatas han matado a su amor justo antes de salir a actuar para la reina de Inglaterra. La domadora hace su número acostumbrado y después, como gran escena final, arroja el látigo y la silla y ordena a los leones que la ataquen. Mientras los grandes felinos destrozan a la Vukovara, desgarrándola en medio de un espectacular frenesí devorador, aparece sobrepresionada en la pantalla una fotografía de Martine Mustique guapísima, tal como salía en su primer anuncio de Paroxysme. Aquello produjo en Cleon Tone un efecto devastador.

Cuando por fin consiguió despegarse de la butaca y salir trastabillando del cine, el desacreditado reverendo y varios parroquianos se vieron enfrentados en la calle a un grupo de cabezas rapadas de chaquetas de cuero y con las perneras del pantalón remetidas en sus botas negras, portando pancartas que rezaban: «POR NUESTROS HIJOS: VOTA A KROTZ», y «ESTE PAÍS ES

DEPRIMENTE PERO KROTZ ES INOCENTE», además de unos pósters de Klarence Kosciusko Krotz, candidato a gobernador de Louisiana por el Real American Party (RAP). Cleon Tone sabía que antaño Klarence Krotz había sido la Gran Bestia Todopoderosa de la Sagrada Orden del Eterno Yahoo, un grupo de supremacistas blancos con sede en el condado de Tensas, en el nordeste de Louisiana.

Aquella misma noche, tumbado en el catre de su cuarto en North Rampart Street, a Tone se le ocurrió una manera de limpiar definitivamente su alma: eliminar del planeta a aquel xenófobo de Klarence Kosciusko Krotz. Mediante ese hecho consumado, Cleon podría conformarse con su propia caída en desgracia y redimirse a ojos del Señor y de quienes hubieran padecido su conducta egoísta. Podría entonces levantarse y andar en compañía de los ángeles. Tone decidió que al día siguiente compraría un instrumento de destrucción. Luego fijó su atención en su propio instrumento y se masturbó rememorando la imagen de Martine Mustique hasta que alcanzó un estado cercano al paroxismo.

HACIENDO HISTORIA

Dortorina Ridículo Krotz era hija de Torquemada Ridículo, contable de unos almacenes natural de Alexandria, Louisiana, e inmigrante procedente de Barcelona vía islas Azores, y de Sallie Gay Crews, nacida y criada en Alexandria. Cómo fue que Torque Ridículo llegó a Louisiana era algo que Dortorina, hija única, nunca supo con certeza. Por lo que pudo colegir, su padre había aterrizado inicialmente en Nueva York y la empresa en la que encontró trabajo fue posteriormente trasladada a Alexandria, y con ella Torque. Torque había muerto de la gripe Pyongyang B cuando Dortorina tenía seis años, de modo que ella sólo contaba con la versión que de la vida de Torque le había dado su madre.

Una vez, cuando Dortorina tenía catorce años y después de que su madre hubiera ingerido un cóctel de más a base de Absolut y Orange Crush durante una fiesta en la barbacoa de un vecino, Sally Gay le dijo que Torque era un extranjero ilegal al que la justicia perseguía por estafa allá en el norte cuando ella se había casado con él. Al día siguiente, cuando Dortorina intentó retomar el tema, *Mrs.* Ridículo negó toda la historia, diciendo que ella jamás habría dicho tales cosas.

Dortorina se casó con Thaddeus Kosciusko Krotz, viajante del ramo de la construcción oriundo de Grand Coteau, cuando ella tenía dieciocho años y él cuarenta y cuatro. La familia de Krotz era originaria de Polonia, de una zona que los alemanes se habían anexionado durante la Segunda Guerra Mundial. Poco después de la anexión, Thaddeus desertó del ejército nazi —en el que había sido alistado a la fuerza— y consiguió llegar a América viajando de polizón en un carguero que hacía el trayecto Liverpool-Baltimore. Aquel buque, el *Duke of Earls Court*, fue torpedeado y hundido en el Atlántico Norte seis semanas después.

A bordo del *Duke of Earls Court*, Krotz le robó los papeles y algo de dinero a un marinero de la tripulación, y al llegar al puerto de Baltimore logró pasar la aduana sin tropiezos. Por aquel entonces, Thaddeus no sabía prácticamente una palabra de inglés, pero rápidamente encontró diversos trabajos humildes;

primero en Baltimore, y después cada vez más al sur, a medida que huía del clima frío que tanto detestaba en Polonia.

Louisiana fue su última parada. El condado de Acadia, con su población mayoritariamente católica y su clima benigno, colmó los deseos de Thaddeus Krotz, quien encontró empleo como encargado de la hormigonera en la fábrica de cemento Acadia. Un año después, Krotz era ya vendedor de la compañía, y poco después de su boda con Dortorina Ridículo al exsoldado nazi se le permitió adquirir acciones del negocio. Transcurridos quince años, Krotz se convirtió en el principal accionista; cinco años después, cambió el nombre de la empresa, que pasó a llamarse Cementos Krotz, y pronto fue conocido como el mayor fabricante de cemento del Deep South. Thaddeus diversificó sus intereses y empezó a comprar periódicos y emisoras de radio en pequeñas ciudades desde Texas hasta Florida. Cuando el hijo único de Dortorina y Thaddeus, Klarence, fue confirmado, Industrias Krotz estaba ya firmemente atrincherada en el escalón inferior de los 500 de *Fortune*.

Thaddeus y Dortorina murieron juntos en un accidente de aviación durante una tormenta eléctrica mientras volaban desde Jackson, Misisipí, a Shreveport, cuando su hijo tenía veintitrés años. Klarence, que se había licenciado el año anterior por la Universidad de Louisiana y en el momento de morir sus padres estaba matriculado en la facultad de derecho de Duke, interrumpió sus estudios y asumió la dirección de Industrias Krotz.

No pasó mucho tiempo antes de que empezara a acariciar la idea de conseguir algún cargo político. Con veintiséis años, Klarence se presentó para un escaño en el Congreso de Estados Unidos y, valiéndose de las radios y los periódicos propiedad de la familia para hacer propaganda de sus atributos ganó de largo. Sin embargo, tras cinco legislaturas consecutivas Krotz, quien para entonces era una conspicua presencia reaccionaria en Washington, decidió regresar a Louisiana y presentarse a gobernador. De conseguirlo, presumían hasta los más inexpertos observadores políticos, el siguiente paso sería el salto a la Casa Blanca.

Klarence Krotz no había llegado a casarse pero solía vérselo en compañía de jóvenes atractivas. Conocido en Washington como uno de los solteros más cotizados de la ciudad, Krotz raramente salía más de un par de veces con la misma, hecho que a los así llamados «enterados» del Capitolio les hizo pensar que el gallardo sureño era una especie de *playboy*. No obstante esta conjetura, no podía estar más lejos de la verdad. Aquellas jóvenes eran una simple tapadera de la predilección de Krotz por los pederastas europeos, a ser posible entrados en años y que guardaran cierto parecido con Thaddeus, su padre.

Como es lógico, Washington era casi un paraíso para Klarence, habitado como está por una población fluctuante de diplomáticos extranjeros. De no haber sido por Zvatiff Thziz-Tczili, de sesenta y ocho años y miembro del *lobby* de la industria sardinera búlgara, que se había convertido en el compañero de Klarence durante su última etapa en el Congreso y estaba a punto de jubilarse, probablemente Krotz no habría decidido presentarse para gobernador de su estado natal. Fue a instancias de Zvatiff que Klarence tenía ahora los ojos puestos en Baton Rouge, estimulado por su compañero y mentor en diplomacia a mirar siempre hacia adelante, a utilizar el puesto de gobernador como un escalón necesario para acceder a la presidencia de Estados Unidos de América.

Thziz-Tczili llevaba viviendo y trabajando en Washington casi cuarenta años, y vio en Klarence Krotz la primera gran esperanza de un genuino nuevo orden mundial desde los días dorados de las potencias del Eje. Krotz era joven, guapo y proclive a un tipo de infantilismo intelectual que Zvatiff Thziz-Tczili confiaba poder manipular a su gusto. El poderoso agente sardinero natural de Sofía creía haber encontrado en Klarence a su *alter ego*, su instrumento ideal. Que éste llegara en forma de heredero de la fortuna de una fábrica de cemento era algo que Zvatiff no podía haber adivinado, aunque, eso sí, confiaba ciegamente en su intuición. Cuando Klarence se arrodillaba delante del viejo búlgaro y tomaba entre sus labios aquel pecoso, grueso y corto pero aún potente órgano europeo oriental, Thziz-Tczili sentía hervir en su sangre el destino de la humanidad. A su modo de ver, él y Klarence Kosciusko Krotz estaban a punto de hacer historia.

AHORA LE TOCA AL MULO

Croesus *Spit* Spackle, de treinta y dos años, miembro de la Sagrada Orden del Eterno Yahoo, y Demetrious *Ice D* Youngblood, de veintiocho, miembro de la Nación de El-Majik, una banda de presidiarios afroamericanos, serraron los barrotes de una celda de la prisión del condado de DeSoto en Mansfield, Louisiana, y recuperaron la libertad deslizándose por dos sábanas anudadas. El supremacista blanco y el separatista negro se habían fugado juntos después de ver la película *Fugitivos* (1958) en el televisor de la zona de esparcimiento de la cárcel. En la película, Tony Curtís y Sidney Poitier hacen el papel de dos convictos sureños, uno blanco y otro negro, que huyen de la justicia esposados el uno al otro. Aunque se odian mutuamente, los protagonistas se ven forzados a una existencia de hermanos siameses, acabando por respetar y querer a una persona a la cual habían sido educados a despreciar.

Fugitivos había inspirado a Spit y a Ice D, quienes se figuraban acertadamente que los guardias no contemplaban la posibilidad de que aquellos dos presos pudieran ayudarse mutuamente, pues ya de entrada los habían puesto en la misma celda por pura maldad, esperando que se infligieran el uno al otro graves heridas corporales. Sin embargo, Ice D había hecho una tosca sierra metálica con el muelle de una cama, y los supuestos enemigos trabajaron en comandita hasta que los centenarios barrotes de hierro acabaron cediendo. Los dos eran lo bastante inteligentes para darse cuenta de que sus carceleros los habían explotado, y su vínculo en cuanto desechos de la sociedad era lo bastante fuerte como para que decidieran actuar juntos una vez hubieran traspasado los muros de la cárcel.

—Spit —dijo Ice D mientras se dirigían a la autopista 49 cruzando el bosque situado al oeste de Ajax—, creo que podríamos cambiar las cosas si lo intentamos.

—Explícate, D.

—Pues que estoy harto de que te den siempre las migajas.

—Coño, es verdad. Me han pegado más que a un mulo de alquiler, tú eres testigo. Ya es hora de que las cosas cambien.

—No tiene nada que ver con blancos y negros, Spit. ¿Entiendes? El hombre es capaz de echar la mierda por la ventana sin pararse a mirar quién hay debajo.

—Verás, D. El otro día oí en las noticias que en Gainesville, Georgia, los del KKK pretendían inscribir en el desfile local navideño una carroza titulada *Sueño con unas navidades blancas*.

—Perdona si no me río.

—Tampoco a mí me hizo gracia. El ayuntamiento buscó una excusa para suspender el desfile. No querían tener problemas.

—¿Aún votas por ese mamón de Todopoderosa Bestia del Eterno Yahoo?

—Se llama Klarence Kosciusko Krotz. No, ya no. Ahora no tengo líder.

—Voy a matar a ese imbécil, Spit. ¿Por qué no me ayudas?

—¿Y qué hay de tu El-Majik? Yo no veo la diferencia.

—De acuerdo, Spit. Él será el próximo. Primero matamos a Krotz y luego a El-Majik. ¿Qué me dices?

—Es lo menos que podemos hacer, D. Ya que no es posible mejorar el mundo, como mínimo arrancaremos un poco de cizaña.

EL SECRETO DEL UNIVERSO

De muchacho, Cleon Tone decidió que él descubriría el secreto del universo. Sus baptistas padres sureños le llevaban regularmente a la iglesia y él asistía a la escuela dominical, pero Cleon no se tragaba la idea del creacionismo. A los ocho años y medio, el futuro predicador se inclinaba más por las consideraciones científicas que por la adquisición a ciegas de la idea del jardín del Edén.

Un domingo a mediodía, durante una charla sobre Adán y Eva, el perspicaz Cleon anunció a sus compañeros de clase que sería él quien determinaría correctamente el origen del hombre. La profesora de estudios bíblicos, una solterona de casi cincuenta años llamada Myrtis Wyatt, cogió del cajón superior de su escritorio un pedazo de carbón bituminoso del tamaño de un disco de *hockey* sobre hielo, le separó los labios al blasfemo y se lo embutió en la boca.

«Y díjole el Señor —salmodió Myrtis Wyatt, sujetando con firmeza los hombros de pajarillo de Cleon—: “¿Quién ha hecho la boca del hombre?, ¿quién hace al sordo, al mudo, al que ve y al que no ve? ¿Acaso no soy yo, el Señor? Ahora ve, y yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que debes decir”».

A partir de aquel día, Cleon Tone jamás cuestionó la explicación del lugar del hombre en el universo ni expresó verbalmente sus pensamientos en relación con una génesis alternativa. Myrtis Wyatt no llegó a casarse, y a la edad de cincuenta y seis años, mientras podaba unas rosas en el jardín de su madre, inválida en una silla de ruedas, una avispa solitaria penetró en la membrana timpánica de su oído derecho, donde su picadura resultó mortal de necesidad. La madre inválida tuvo que contemplar cómo su hija se retorció de dolor en el suelo mientras el alado insecto penetraba más y más en la cavidad auditiva. La pobre madre no pudo hacer nada en presencia de la muerte.

DE POR AQUÍ

—¿Sabías que en la fecha de hoy, en 1916, la temperatura descendió veinte grados en veinticuatro horas en Browning, Montana, de siete grados a trece bajo cero?

—No me digas.

—Pues créetelo. En la fecha de ayer, en 1932, un tornado de cien metros de anchura arrasó el condado de Gibson, Tennessee, matando a diez miembros de una familia de trece y arrancando su casa de cuajo.

Cleon se hallaba acodado a la barra de la casa de comidas Plain Annie en Toulouse Street, desayunando un café y un donut de crema. Coco Navajoa, un boxeador profesional retirado, de cuarenta y pico de años, que en tiempos había llegado al número cinco de los pesos pluma en el *ránking* de la revista *Ring*, estaba sentado a la derecha de Cleon fumando un Pall Malí. A Coco le chiflaba la meteorología y el cuartucho de St. Philip Street en que vivía estaba repleto de libros, revistas y recortes de prensa alusivos a acontecimientos climatológicos.

—¿Qué hay de la fecha de mañana? —preguntó Cleon.

—En 1938, la gran aurora sobre el sudeste de Europa se caracterizó por un fantástico resplandor rojizo, creando la impresión de que podía tratarse del reflejo de un incendio gigantesco bajo el horizonte. Centenares de coches de bomberos acudieron desde diversos lugares del continente. El mismo día, en 1961, el peor temporal de lluvia helada en la historia de Georgia provocó el cierre de la mayoría de escuelas y de carreteras estatales. La cosa duró dos días.

Dos hombres, uno blanco y otro negro, entraron en el bar y se sentaron en sendos taburetes a la izquierda de Cleon Tone. Éste observó cómo Plain Annie les servía café solo. Los dos nuevos clientes llevaban ropa gastada y necesitaban un buen afeitado.

—¿Y de pasado mañana, qué?

Coco chasqueó con la lengua y sonrió.

—Ése sí fue un día especial —dijo—. Belouve, en la isla de la Reunión, al este de Madagascar y en pleno océano índico, puso el récord mundial de precipitaciones durante veinticuatro horas en 130,01 centímetros.

—Coco, tienes que buscarte alguna cadena que te contrate —dijo Plain Annie, una mujer rolliza de cara colorada e indeterminada edad madura, cuyas gruesas raíces capilares negras ponían en entredicho su cabellera rubio platino—. Prefiero un verdadero especialista en meteoros como tú a esos actores frustrados que ni siquiera saben dónde está el apuntador. ¿Más café, señores?

—No, gracias, Annie —dijo Coco.

—Sólo un poco —dijo Cleon.

—Menuda pinta tienen esos dos —susurró Annie mientras le servía café—. Parecen recién llegados de Angola.

El reverendo en el exilio los miró de soslayo y luego se llevó la taza a los labios.

—Dice Isaías: «El hombre malo se doblega y el gran hombre se humilla» —dijo.

—«Cierto, él desdeña a los desdeñosos, pero concede su gracia a los humildes», Proverbios —añadió Coco.

—Reconozco que la caridad nunca ha sido mi fuerte —dijo Plain Annie, siguiendo su recorrido por la barra.

—¿Les sirvo otro?

—Bueno —dijo Spit.

—Se agradece —dijo Ice D.

—¿Son de por aquí? —preguntó Annie.

—Depende de lo que se entienda por «aquí» —dijo Ice D.

—Acabamos de dejar la fuerza aérea —añadió Spit—. Estábamos destinados en Keesler, cerca de Biloxi.

—Apuesto a que se alegran de no estar encerrados.

Ice D fulminó a Annie con la mirada y enseguida se tranquilizó al oír a Spit decir:

—Sí, señora. Ahora esperamos ser prisioneros del amor.

—«El amor es fuerte como la muerte», cantaba Salomón —dijo Plain Annie, casi sonriendo.

—Creo que esos dos son de la bofia —le susurró Coco a Tone.

—«No seas descuidado cuando hospedes a desconocidos, pues algunos han hospedado a ángeles sin saberlo», Hebreos —dijo Cleon.

—En 1957, una soleada y cálida tarde de junio en Wiomington, Delaware, un torbellino de polvo surgió de repente y arrancó los tejados de varias casas.

—¿Y eso qué significa?

—No te fíes del tiempo —dijo Coco— aunque el sol brille.

PASAR POR ESO Y ENCIMA SENTIRSE MAL

«Oh, la poli andaba tras él, pero el diablo lo cazó primero», entonó Ray Bob Realito mientras abría y descomía la puerta plegadiza de seguridad en la fachada de la casa de empeños Rebel Ray Bob en la esquina de las avenidas St. Claude y Elysian Fields, Nueva Orleans. A continuación desconectó la alarma antirrobo y se introdujo por la entrada principal, cerrando tras él la puerta. Ray Bob dio la vuelta de *cerrado a abierto*^[12] al cartel que colgaba detrás del cristal y siguió tarareando su canción favorita. Encendió los fluorescentes del techo y pasó detrás del mostrador de empeños, donde pulsó los mandos de encendido y *play* del aparato de vídeo que había justo debajo de una pequeña plataforma presidida por un monitor de cincuenta pulgadas que se veía desde cualquier punto de la tienda.

Dos automóviles iban a todo gas en glorioso blanco y negro por una carretera rural en la pantalla que había sobre la cabeza de Ray Bob. Era por la noche y un coche perseguía al otro. Los coches eran antiguos, dos Ford de 1950, y la cara del conductor del que iba en cabeza permanecía oculta mientras conseguía con éxito zafarse de su perseguidor. Ray Bob estaba ocupado en el mostrador y no se volvió a ver la película hasta que aparecieron los créditos.

Thunder Road, una película sobre contrabandistas de licores protagonizada por Robert Mitchum, era la cinta favorita de Ray Bob Realito. Cada día la ponía en su pantalla de cincuenta pulgadas. Siempre bajaba el volumen al mínimo, pues se sabía de memoria todos los diálogos así como la letra y la música de la canción que daba título a la película y que había sido compuesta, en colaboración, por Robert Mitchum, quien también era coautor de la historia en que se basaba el guión. Mitchum había grabado el tema de la película en 1958, logrando un gran éxito. Ray Bob no concebía cómo habían escogido a otro para cantarla en la banda sonora.

Naturalmente, era Robert Mitchum el que conducía el Ford de cabeza en la primera secuencia, dando caña al del agente federal, el cual no estaba a la altura del más grande contrabandista de alcohol ilegal de todo el Sur. En la película, Robert Mitchum desafía tanto a los agentes del gobierno como a los

matones de la mafia que pretenden darle la patada; y ni ellos ni dos mujeres que lo intentan consiguen demandarlo antes de que Satanás se lleve consigo al legendario automovilista.

Ray Bob Realito tenía dieciséis años cuando vio por primera vez *Thunder Road* en el autocine La Sal de la Vida en Chicken Neck, Texas, de donde era oriundo, y la película le había afectado profundamente. El rudo y estoico personaje de Mitchum, el hombre que nunca se quejaba ni ponía excusas cuando las cosas salían mal, era el tipo de persona que Ray Bob aspiraba a ser. Estaba convencido de que Klarence Kosciusko Krotz, el candidato a gobernador por el Real American Party, era de esa clase de individuos. Ray Bob había pegado un póster azul y blanco de Vota kkk en la parte interior de la puerta de la tienda de modo que los clientes pudieran verlo al salir.

Los Realito habían sido pobres como ratas durante la infancia de Ray Bob. Sus padres trabajaban recogiendo algodón en el este de Texas, y lo mismo habían hecho él y su hermana mayor, Victoria China. Poco después de ver *Thunder Road*, Ray Bob se había marchado de Chicken Neck para alistarse en el ejército en Houston. Una vez licenciado, trabajó en los yacimientos petrolíferos de las cercanías de Morgan City, Louisiana, ahorró bastante y compró una parte de lo que entonces se llamaba Empeños y Préstamos Rebel Billy. Billy Shores, el propietario, enseñó el negocio a Ray Bob, quien a raíz de la muerte de Shores se hizo cargo de la tienda y le cambió el nombre. Ray Bob había perdido todo contacto con los suyos después de su alistamiento. Lo único que sabía de ellos era que habían abandonado Texas para trasladarse al Oeste, tal vez a California. Sus padres eran analfabetos, pero Victoria China, que al igual que Ray Bob había ido a la escuela hasta quinto, le escribió una vez cuando él estaba en el campamento, diciéndole que iba a dar a luz y que pensaba matar al bebé en cuanto naciera.

Ray Bob se sentó en un taburete giratorio con respaldo de mimbre y abrió su ejemplar de *Donde estaba el dinero*, la autobiografía de Willie Sutton, el famoso ladrón de bancos. Un periodista le preguntaba a Sutton por qué había robado bancos, a lo que Willie respondía: «Porque ahí es donde está el dinero». Ray Bob tenía por norma leer un libro por semana. La anterior había terminado *El Texas de Rip Ford*, de John Salmón Ford, una autobiografía del soldado y guerrero indio del siglo pasado. La semana próxima Ray Bob tenía pensado empezar *Tales of Angler's Eldorado*, la crónica de Zane Grey sobre sus proezas como pescador en Nueva Zelanda. Leer no sólo le ayudaba a pasar el rato mientras acudía algún cliente sino que además, a juicio de Ray Bob, la práctica de la lectura era un buen sustituto de los viajes. Por aquel entonces

Ray Bob no salía nunca de Nueva Orleans, pues tenía la sensación de que la incertidumbre psicológica inherente al hecho de viajar aumentaba la presión sanguínea, constituyendo por tanto un factor de riesgo. Ray Bob anhelaba llegar vivo al siglo XXI y durar lo suficiente para asistir a la restauración del orden en el país. Era de la opinión que Klarence Krotz podía significar el primer paso en firme en esa dirección.

Se abrió la puerta y entraron dos hombres: Cleon Tone y Coco Navajoa. Ray Bob estaba leyendo la explicación que Willie Sutton daba de un jaleo organizado en el salón de billar del manco Quigg en 1921. Happy Gleason estaba mirando con malos ojos a Willie Sutton y eso —Ray Bob lo sabía— quería decir que habría camorra, así que le fastidió interrumpir su lectura, pero la tienda mantenía la puerta abierta de nueve a nueve, horario durante el cual cualquiera podía entrar, algo que, tarde o temprano, como Ray Bob sabía, acababa pasando.

—Quiero una pistola —dijo el reverendo—. Una que no me falle a la hora de la verdad.

Ray Bob estudió a Cleon Tone con calma. Venderle a alguien un arma de destrucción letal no era sólo mercantilismo sino un problema de conciencia.

—¿Cuánto puede pagar?

—Veinticinco. Treinta, como mucho.

Ray Bob sacó una pistola de debajo del mostrador y la depositó sobre la deslucida caoba del mostrador.

—Éste es un ejemplar realmente raro: H&R de cinco disparos, calibre 32. Probada sobre el terreno en un extorsionista negro, bien engrasada. Veintisiete con cincuenta, llévesela y ya puede empezar a dar sustos con ella.

Cleon cogió el arma y la inspeccionó a fondo.

—¿Qué opinas, Coco? —preguntó al exboxeador.

—Los hispanos entendemos de navajas, hombre, no de pistolas.

Cleon sacó dos billetes de veinte, los arrojó sobre el mostrador y dijo:

—Trato hecho.

—Le pongo una docena de cartuchos —dijo Ray Bob— y lo dejamos en treinta ¿conforme? Lirme aquí en el registro y ponga su dirección.

Cleon asintió, cogió un bolígrafo que había cerca de un cuaderno abierto y firmó: «Rev. C. Tone, antes en Daytime, Ark., ahora en N.O.».

Ray Bob puso una caja de balas y un billete de diez donde habían estado los dos de veinte. Cleon se guardó el 32 en un bolsillo de la americana y el cambio y la caja en el otro.

—Tengan mucho cuidado, caballeros —dijo Ray Bob al salir los hombres de la tienda.

Luego abrió el libro y leyó: «Pese a que le habían amputado el brazo izquierdo, él se colocaba el taco de billar en el pliegue del codo, justo encima del muñón, y era capaz de ganar a cualquier jugador de Brooklin».

PRECIOUS

—¡Zvatiff! ¡Ven, corre! ¡Ya sale!

Zvatiff Thziz-Tczili se chupó los dedos manchados de sardina y salió disparado de la cocina hacia el estudio, donde Klarence Krotz estaba viendo la televisión. Klarence se había convertido recientemente en un adicto a los programas de una profetisa telepredicadora llamada Presciencia Espanto, y había hecho prometer a Zvatiff, que nunca había oído hablar de ella, que aquella noche verían el programa juntos.

—Siéntate aquí —dijo Klarence cuando Zvatiff entró en el cuarto— Todavía no ha dicho nada.

Presciencia *Precious* Espanto tenía treinta y seis años. Había nacido en una pequeña población cerca de Puerto Angel, México, a orillas del golfo de Tehuantepec, donde vivió hasta los seis años. Luego su familia se mudó al norte cruzando ilegalmente la frontera al oeste de McAllen, Texas. Fue en McAllen donde su padre, a quien conocían como el Profeta en su aldea natal, resultó muerto en una pelea de bar por mano y obra de un parroquiano que se molestó por su predicción de que el presidente de Estados Unidos moriría en Dallas durante su próxima visita a la ciudad.

Tras la muerte del Profeta, Presciencia y sus hermanas pequeñas, las mellizas Espléndida y Espiritosa, fueron llevadas por Despareja, su madre, a Houston, donde ella trabajaba de prostituta. Presciencia se fue de Houston a los dieciséis años en compañía de un viajante de herramientas mecánicas llamado Ed Ard, quien pagó quinientos dólares a Despareja por el privilegio. Presciencia viajó durante cuatro meses por el territorio de Ed Ard, el Sudoeste, hasta que una noche se escapó mientras él dormía la borrachera en el motel Brazo Negro de Gila Blend, Arizona. Nunca volvió a ver a Ed Ard, a su madre ni a sus hermanas.

Presciencia trabajó como camarera de hotel en distintas ciudades y pueblos hasta caer en la cuenta de que, al igual que su padre, tenía el don de la profecía. En Las Cruces, Nuevo México, Presciencia inició su ministerio en su Iglesia de los Ingratos, basada en la suposición de que los seres humanos son incapaces de apreciar el regalo que la vida significa hasta que la misma les es arrebatada, y deben por tanto seguir siendo ingratos hasta su subida a los

cielos o su bajada a los infiernos. Al principio, los seguidores de Prescencia eran mayoritariamente mexicanos, obreros agrícolas, peones de rancho y personal del servicio doméstico, pero a medida que se fue extendiendo el rumor de su talento para la profecía, una amplia variedad de personas, incluidos blancos e indios, empezó a engrosar su iglesia.

Dada su condición de extranjera ilegal, Prescencia cambiaba a menudo de residencia, comunicándose por carta y por teléfono con quienes no podían seguirla en su peregrinaje. Finalmente fue deportada, aunque poco después obtuvo un nuevo permiso de entrada por vía legal a instancias de la esposa de un senador de Louisiana que se había convertido en creyente. Fue gracias a Sally Blaine, cuyo marido, el senador Rantoul *Bingo* Blaine, había resultado muerto en un accidente aéreo en los cielos de Big Tuna, Texas, que Prescencia estableció la sede de la Iglesia de los Ingratos en Baton Rouge. Una vez las enseñanzas de Espanto accedieron a la televisión por cable, Klarence Krotz, entre otras decenas de millares, quedó fascinado por aquella predicadora, impaciente por no perderse ni una sola de sus emisiones y presenciar sus curaciones y profecías.

El viejo pederasta búlgaro y su protegido contemplaron traspuestos la imagen electrónica de Prescencia Espanto, su largo cabello rubio rizado en dramático contraste con su tez de color siena quemado. Prescencia usaba ahora unas envolventes gafas oscuras para proteger su armonía interior de los ladrones de imagen, y cubría su cuerpo con una discreta túnica de algodón blanco. Solamente Sally Blaine, viuda del exsenador y actual amante de Prescencia, sabía que bajo la túnica la profetisa iba desnuda. Sentados detrás de Precious aparecían siempre sus guardaespaldas, varios jóvenes hispanos salidos del clan No Chingues de Albuquerque.

«Oídmeme, ingratos —dijo Prescencia, inclinada su áurea cabeza hacia el micrófono—. Escuchad el constante batir de las alas negras. Escuchad las palabras de Jeremías: “Mirad, vendrá en forma de nube y sus carruajes serán como un remolino: sus caballos son más veloces que las águilas. ¡Ay de nosotros!, pues nos hemos malogrado... lava tu corazón de toda iniquidad, aún puedes ser salvado. ¿Por cuánto tiempo alojarás en ti esas vanas ideas?”. Oh, vosotros los ingratos. ¿Vuestras esperanzas? “¿Qué vas a hacer si te has malogrado, echado a perder? Aunque te vistas de carmesí, aunque te engalanes con dorados ornamentos, aunque tu cara rasgues con afeites, vana será tu hermosura; te despreciarán tus amantes, porque ellos buscarán tu vida. Pues he oído una voz como de mujer en el parto y los padecimientos de ella al dar a luz a su primer hijo; la voz de la hija de Sión que se lamenta, que extiende sus

manos, diciendo. ¡Ay de mí!, pues mi alma está cansada por culpa de los asesinos”».

—Ahí la tienes, Zvatiff, es la persona que necesitamos para dar el gran salto —dijo Klarence, quitando el sonido del televisor con el mando a distancia.

—¿Crees que su gente votará?

—Lo harán si Precious les dice que voten. Hacen todo lo que ella les dice. Si conseguimos que me apoye, demostraremos a los negros y a los amigos de los negros que una destacada persona de color cree en mí. Les hará cambiar de opinión sin enemistarnos con el Klan, que lo verá como algo políticamente necesario.

Yo no tengo que dar explicaciones, el Klan sabe cómo soy y cómo seré siempre. De los judíos olvídate; ya nos ocuparemos después.

El decano de la sardina asintió y tamborileó en su pelada cabeza con los dedos regordetes y aceitosos de su mano derecha.

—Hemos de entrevistarnos con ella —dijo Thziz-Tczili— Sería bueno que profetizara tu victoria...

Klarence sonrió, poniendo su mano derecha sobre el paquete del viejo búlgaro.

—«Aunque caven hasta el infierno», como dice Amos, «de allí los sacaré mi mano; aunque suban hasta el mismo cielo, de allí los haré bajar» —dijo el candidato—. Entre *Miss Precious* y yo tenemos el mundo cogido por las pelotas.

ELOHIM

Spit y Ice D necesitaban ropa nueva.

—El-Majik siempre dice que los hermanos necesitados pueden acudir a alguno de sus Hogares —dijo D-. Se supone que les proporcionan comida, ropa y alojamiento a cambio de algún trabajo, como vender su periódico, *Majik Speak* o algo así.

—Eso no me sirve de ninguna ayuda —dijo Spit.

—Tranquilo, cogeré ración extra para ti. Nadie notará la diferencia.

Los dos fugados estaban en un banco de un pequeño parque triangular en Magazine Street, fumando cigarrillos.

—¿Y sabes dónde tienen el Hogar aquí en Nueva Orleans? —preguntó Spit.

—Lo he mirado en el listín de ese bar. Napoleón Avenue. Creo que cae cerca. ¿Por qué no esperas aquí mientras voy a ver qué tal?

Spit esperó sentado en el banco y pensó en lo jodido que estaba todo. Él, un hombre adulto, un convicto fugado de la cárcel, sin un centavo aparte de lo que pudiera robar, necesitado de ropa y de cobijo, haciendo pareja con un negro, empeñados en asesinar a dos hombres por el delito de mentir en público.

El hecho de ser pobre no era algo con lo que Spit no estuviera familiarizado. Su único y espantoso recuerdo de la infancia era de una vez que llegó a su casa y encontró a su madre dormida en una silla mientras daba de mamar a su último retoño. El bebé se había dormido también y estaba inmóvil en su regazo mientras una rata pardogrisácea del tamaño del zapato del padre de Spit mordisqueaba el pezón izquierdo de su madre. Spit, que tenía siete años en la ocasión, había intentado arrancar la rata del pecho de su madre, pero el ávido roedor se había aferrado con sus dientes, haciendo que ella soltara un chillido y dejara caer la criatura al suelo.

Spit nunca olvidaría la imagen de su madre retorciéndose y gritando de dolor mientras trataba de desprenderse de la gigantesca rata. Su horripilante danza parecía interminable mientras Spit contemplaba la escena y su hermanita lloraba. Al final, la madre de Spackle consiguió arrancarse la rata del pecho, lanzando aquella cosa al otro extremo de la habitación al tiempo

que se desplomaba. Spit había visto flotar la rata en el aire como a cámara lenta y aterrizar de cuatro patas con el pezón izquierdo de su madre cogido entre sus dientes saltones para luego escabullirse con el tesoro.

La brisa acercó un trozo de periódico al tobillo derecho de Spit, que se agachó para recogerlo. Era un *Times-Picayune* de la semana anterior, y Spit leyó un suelto que aparecía en la última página:

«EXTRATERRESTRES EN BUSCA DE UNA EMBAJADA» rezaba el titular. La noticia procedía de la Deutsche Press-Agentur y estaba fechada en Ginebra. «Una secta que dice representar a seres extraterrestres exige una embajada en Suiza —leyó Spit— Claude Vorhilon, jefe de la secta, compuesta por 250 miembros, afirma estar en contacto con unos extraterrestres llamados “elohim”, quiere que se someta la propuesta a una votación a nivel nacional».

Spit arrugó el periódico y lo arrojó al suelo.

—Que me cuelguen dos veces si este planeta no está ya sobrado de hijos de puta por cada centímetro cuadrado —dijo en voz alta— Si dejan que vengan más del espacio exterior, es que el fin está cerca.

COMIDA RÁPIDA

—Estás preciosa, Sally, como de costumbre.

—Caray, Zvatiff, gracias. A mí tampoco me disgusta ver que sigues vivito y coleando.

Sally Blaine y Zvatiff Thziz-Tczili estaban sentados a una mesa junto a la pared en Galatoire's. Era su primer encuentro desde que ambos habían establecido su residencia en Nueva Orleans, en el caso de Zvatiff tras haber alquilado recientemente un apartamento en Garden District desde donde coordinar la campaña de Klarence Krotz en la parte sur del estado. Por supuesto, se habían conocido en Washington D.C., aunque no habían estado en contacto desde la muerte de Rantoul *Bingo* Blaine. A raíz del creciente interés de Klarence por Presciencia Espanto, las investigaciones de Zvatiff habían revelado la relación de esta última con Sally Blaine, y *a posteriori* Zvatiff había dispuesto una entrevista con la viuda del fallecido senador.

El antiguo cabildero de la industria sardinera europeo oriental pidió sopa de tortuga, chuletas de cerdo y palmitos. La querida de la telepredicadora pidió sólo una ensalada.

—Se te ve muy buen tipo —dijo Zvatiff—. ¿Por qué no pides algo más?

Sally rió.

—Recuerda lo que decía Jack Kerouac —contestó—: «Prefiero ser flaco que famoso».

—¿Quién es ese individuo que dice tales disparates?

—Un novelista.

—¡Bah! —dijo Thziz-Tczili ceñudo, mientras levantaba su copa de vino— Yo nunca leo novelas.

Mientras Zvatiff y Sally Blaine comían y acordaban un sitio y una hora adecuados para la cita de Precious y Klarence, Cleon Tone estaba en la lavandería María Callas Memorial de Conti Street, leyendo la propaganda del tablón de anuncios que había junto a la lavadora en que el reincidente reverendo había depositado su ropa sucia.

«¡Oye la voz de El-Majik! —leyó Cleon—. ¡No Dejes Que Esto Te Ocurra A Ti! ¿Dónde están los que han desaparecido? Todos los años

desaparece un sinfín de personas sin dejar rastro; nadie las vuelve a ver ni nadie habla más de ellas. ¿Por qué? Estoy convencido de que son víctimas de los Seguidores de Elohim, un malvado antihumano extraterrestre metido hasta el cuello en el crimen organizado y que practica asesinatos rituales a gran escala y luego vende la carne a cadenas de comida rápida para hacer hamburguesas con ella y de ese modo eliminar pruebas.

»Lo que hace esta gente es engañar a personas que buscan sexo y luego las mata con absoluto sadismo. Por regla general, esto tiene lugar en las proximidades de algún restaurante de comida rápida. Otro de los métodos empleados consiste en comprar niños a blancos pobres que los raptan de patios de colegio, guarderías e incluso de sus propios padres haciéndose pasar por asistentes sociales o de la agencia de protección infantil. Las víctimas suelen ser niños de raza negra. Esta gente acostumbra utilizar como blanco madres solteras con problemas o dudosos beneficiarios de la asistencia social, y estoy convencido de que ésa es la razón de que hayan creado artificialmente un alto índice de natalidad entre los beneficiarios de la beneficencia. Si nosotros no lo paramos, nadie lo hará.

»¿Por qué se le dan al criminal todas las oportunidades? ¿Por qué todos los programas de televisión tienen relación con el crimen? La respuesta es que quienes administran los medios de comunicación son los elohim, cuyo objetivo es la creación de un índice de delincuencia insólitamente alto que les proporcione la excusa perfecta para privarte de la libertad. Los elohim son parásitos extraplanetarios que se ocultan entre nosotros. Declaran con frecuencia ser judíos o cristianos pero no son ni lo uno ni lo otro. Manipulan a políticos como el KKK y adoptan ideas insensatas a través de falsos profetas.

»Estoy seguro de que los medios de comunicación tienen un archivo secreto donde los elohim guardan filmaciones de naturaleza antisemita y anticristiana y que chantajea al clero de esta nación y del Vaticano a cambio de no emitirlas ni publicarlas.

»Los elohim utilizaron a Saddam Hussein para matar kurdos y usar sus pellejos como cuero vender la carne a cadenas de comida rápida para hacer hamburguesas con ella. Los elohim gustan de ingerir esperma de humanos y vomitar caviar que incubaba unos gusanos que comen hojas de morera y hacen capullos de los que saldrán individuos adultos que hacen otro tanto.

»Los elohim tienen escuelas en Rusia y en Rumania en las que enseñan a manipular la mente humana; luego envían aquí a sus alumnos para que hagan que gente desequilibrada cometa actos de violencia que ellos utilizarán como excusa para esclavizar a los humanos. Están intentando formar una fuerza de

trabajo a base de yonquis a los que sólo tendrán que pagar con droga.
¿Adónde llevará todo esto?

»Salemm' Aleikoum. Paz. El-Majik».

—¿Es suyo esto?

Cleon Tone volvió la cabeza y vio a una vieja jorobada de un metro cuarenta de estatura y con un parche negro sobre el ojo derecho. Tenía la parte frontal del cráneo totalmente pelada y salpicada de costras.

—Acabo de mirar, ya está. Es que la máquina no se para, ¿ve?

Cleon abrió la tapa y extrajo sus pocas piezas de ropa de la lavadora.

—Se la regalo, señora —le dijo a la mujer, que lanzó una aguda risotada.

—Qué vida más perra —dijo ella, meneando la cabeza—. Procure que no venga otro perro y le muerda el culo, no sea que acabe estirando la pata, ¡ja!

BICHOS

Rebel Ray Bob no acostumbraba a volver a su tienda después de haber cerrado, pero aquella tarde había olvidado coger la radio de onda corta con la que tenía intención de jugar un rato. Estaba convencido de que ciertos lenguajes que había oído en aquel aparato tenían que proceder del espacio exterior. Era imposible, se decía, que un ser humano del planeta Tierra pudiera producir con su boca algunos de aquellos sonidos. Pasaban once minutos de la medianoche cuando Ray Bob abrió la cerradura, entró y luego cerró la puerta principal. Tres segundos más tarde, antes de que pudiera encender la luz, un objeto romo —un trozo de vidrio grueso con una pegatina en la que se leía MIZZOU^[13] en letras doradas sobre un dibujo en negro y oro de un tigre en actitud gruñona— arrugó definitivamente la sien derecha del desprevenido propietario, haciéndole caer redondo sobre el *parquet* de cedro teñido de marrón.

—¿Con qué les has dado?

—Con un cenicero.

Ice D se arrodilló junto al postrado prestamista y le inspeccionó detenidamente la cabeza.

—Está seco, Spit. Seco del todo. Será mejor que lo saquemos por donde hemos entrado.

—No —dijo Spit Spackle, guardando el arma homicida en la bolsa de lona que contenía ya unas cuantas armas que él y Ice D habían cogido de la tienda—. Enseguida vendrían bichos. Ahora la policía utiliza insectos para establecer la hora del crimen.

—Jo, insectos. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo leí en una revista de la biblioteca de la cárcel. Un cadáver al aire libre atrae suficiente número de moscardas y moscas de la carne que depositan millares de huevos en la boca, nariz y orejas menos de diez minutos después de la muerte. A las doce horas los huevos se convierten en gusanos que roen los tejidos. Cuando se hartan, los gusanos salen del cadáver y forman un capullo en el suelo, al lado del cuerpo. Entonces vienen más bichos, habitualmente escarabajos, que empiezan a mordisquear la piel a medida que

se va secando. Detrás vienen arañas, ácaros y cienpiés que se comen a los insectos. Es mejor dejarlo donde está.

—¡Maldición!

Ice D se puso en pie y los dos fugitivos salieron. Spit cerró dando un portazo que hizo caer de la pared contigua un rótulo enmarcado. El rótulo, que quedó boca arriba sobre la espalda de Rebel Ray Bob, rezaba: «SI LOS TONTOS VOLARAN, ESTO SERÍA UN AEROPUERTO».

TRAZAS DE VERDAD

—¿A qué hora hemos quedado con esos caballeros?

—A las seis. Una *suite* del Monteleone.

—Un poco más arriba, por favor, Sal. Siempre me pica ahí donde tenía las alas...

Presciencia Espanto estiró cuan larga era su morena figura. Estaba tendida boca abajo en la cama mientras Sally Blaine, subida a horcajadas sobre la telepredicadora más cojonuda desde Dilys Salt, le daba masaje en la espalda. Ambas estaban enteramente desnudas tras haber pasado casi toda la tarde haciendo el amor y dormitando.

—¿Todavía llueve?

Sally atisbo por la ventana cerrada.

—Claro, Precious. Si no lloviera no sería Nueva Orleans.

—Ese Krotz es un racista, Sally. Había sido el Gran Nosecuántos de la Sagrada Orden del Eterno Yahoo. ¿Qué pintamos nosotras ahí?

La viuda del senador fallecido masajeó los estrechos hombros de su amor color chocolate con leche y dijo:

—El que lleva su campaña es un viejo guerrero de D.C., sabes, cielo; se llama Zvatiff Thziz-Tczili y más de una vez le sacó a Bingo las castañas del fuego, sobre todo con el proyecto de ley de pesca con cebo. ¿Recuerdas el escándalo que se organizó cuando Buster Bustelo, el joven senador de Nuevo México, fue cogido in fraganti con una vietnamita de diez años en un hotel de Baltimore?

—Pues no.

—Todo fue un montaje de Zvatiff. Buster no era mal chico, pero pedía demasiado a cambio de convertir White Sands en un vertedero de residuos nucleares. Buster estaba dispuesto a cargarse el proyecto de ley de Bingo que la comisión estudiaba a menos que Bayou Enterprises depositara medio millón de dólares en una cuenta numerada en Suiza. Realmente se pasó. Quiero decir que una cosa es ser un guarro y la otra ser tan codicioso. Total, Bingo acudió a Zvatiff y el viejo búlgaro se encargó del asunto.

Presciencia se volvió y miró a Sally Blaine.

—Tienes unas tetas colosales, Sal. Ojalá las mías fueran más grandes.

Sally rió, se inclinó hacia Precious y la besó dulcemente en los labios.

—Pero tú tienes una mercancía más colosal aún, cariño; además, es una cosa que no se arruga ni se cae. Tu clarividencia es más grande que la de cualquiera.

—¿Qué favor le pidió el búlgaro a Bingo?

—Que procurara que Louisiana eximiera la importación de sardina del impuesto estatal.

—Desde luego, la política no es para los que tienen el estómago delicado. ¿Qué crees que espera de mí ese Klarence Krotz?

—Apuesto a que intenta conseguir el respaldo de la Iglesia de los Ingratos. Necesita algo más que el voto blanco para salir elegido. Querrá aparecer a tu lado en los programas.

—De eso nada —dijo Presciencia, sentándose y obligando a Sally a bajarse— Los No Chingues se lo impedirían. Le echarían a patadas.

Sally Blaine cogió un Belair mentolado de la cajetilla que había sobre la mesita de noche, encendió una cerilla e inspiró profundamente.

—No te calientes la cabeza, Precious —dijo, exhalando el humo— A lo mejor más adelante necesitamos que el genio de la sardina nos haga algún favor. La vida está llena de extrañas sorpresas, algunas no tan extrañas, y de esas unas cuantas son imposibles de prever. Demos tiempo al tiempo. ¿Qué dice Santiago sobre los amigos y los enemigos?

—«¿No sabes que ser amigo del mundo es estar enemistado con Dios? Por consiguiente, todo aquel que sea amigo del mundo es enemigo de Dios».

—Exacto. ¿Y no eran Juan y Mateo los que decían «Ganarás un amigo mejor»? Dales una oportunidad, cielo. A propósito, ¿tienes título ya para ese libro sobre tu padre?

—Pensaba llamarlo «A mí me supo a muerte». De Epístola a los romanos.

Sally dio una calada y asintió antes de decir:

—Me gusta, Presh. Tiene asquerosas trazas de verdad.

A las seis y diez, Sally y Presciencia se presentaron en la habitación 603 del hotel Monteleone en Royal Street. Fue el propio candidato quien recibió a las damas.

—*Mrs. Blaine, Mrs. Espanto*, entren por favor. Es un gran placer.

Sentado en un sillón junto a la ventana estaba Zvatiff Thziz-Tczili. El corpulento veterano de la política y la pederastia no se levantó sino que alzó un poco la mano izquierda mientras Klarence hacía sentar a las visitas en un canapé tapizado de seda roja. Krotz les ofreció una copa, que ellas denegaron, y después se aposentó en una lujosa butaca de orejas de cara a las dos mujeres.

—*Mrs.* Espanto, es un placer y un honor conocerla —dijo Klarence—. Soy un fervoroso seguidor de sus programas. Déjeme añadir también que es usted aún más atractiva en persona que por televisión.

Presciencia no le devolvió la sonrisa. Escrutó los hundidos ojos azul gualdo de Krotz y vio hileras de casas ardiendo y desmoronándose. Entonces se levantó.

—Excúseme, *Mr.* Krotz —dijo la profetisa—, pero no puedo quedarme.

Presciencia salió de la *suite* sin dirigir la palabra ni la mirada a Sally Blaine, quien permaneció en el canapé. Klarence seguía sentado en absoluta quietud, mirando cómo se iba Precious.

—No se preocupe —dijo Sally—, es que a veces se pone nerviosa.

—*Mrs.* Espanto es una persona muy especial —afirmó Klarence—. Y muy sensible. No se lo tendré en cuenta.

—Eso es asunto suyo, *Mr.* Krotz.

MÁS ALLÁ DE LA ONTOLOGÍA

Tyrone Atrevido había seguido a Presciencia Espanto desde Albuquerque hasta Baton Rouge. Tyrone era uno de los miembros de los No Chingues Con Nosotros^[14] adjuntos a la profetisa en calidad de guardaespaldas. Las había acompañado a ella y a Sally a la cita en el Monteleone y tras esperar en el pasillo del hotel siguió a Precious cuando ésta abandonó la habitación.

A veces Precious sentía ganas de deambular por las calles en completo anonimato. En cierto modo, sus dotes para la clarividencia se habían convertido también en una carga. De vez en cuando necesitaba despojarse del yo que había dejado crecer en sí misma, aquel ser de cuya creación la niña Presciencia Espanto se sentía desvinculada. En aquellos momentos se daba cuenta de que era como una aceptación íntima de la pérdida de su habilidad para actuar de forma espontánea. Salir sin más del hotel había sido necesario para conservar su cordura.

Mientras Tyrone seguía de cerca a La Preciosa^[15], su corpachón de metro setenta y ciento veinticinco kilos parecía reclamar el máximo espacio posible de acera. No tenía la menor idea de adonde se dirigía ella y tampoco lo preguntó. La misión de Tyrone consistía en asegurarse de que a la profetisa no le sucediera nada malo, y a tal efecto llevaba encima dos revólveres —un par de Colt Pythons con empuñadura de nácar—, tres granadas de mano y un cuchillo indio.

Las granadas eran su especialidad. En una ocasión, cuando trabajaba en la oficina de correos de Albuquerque, le llegó el soplo de que estaban a punto de despedirle. Al día siguiente Tyrone metió dos granadas en su fiambarrera, y una vez en la oficina del supervisor, la abrió sobre la mesa y dijo: «Despídame y le hago saltar por los aires». Tyrone no fue despedido, pero sí arrestado y acusado de intento de agresión corporal y/o homicidio y chantaje. Merced a un acuerdo entre acusación y defensa, Tyrone vio reducida la denuncia a posesión de arma mortal. Pasó once meses en la cárcel del condado de Bernalillo, de donde saldría convertido en una leyenda y con un nuevo apodo: El Detonador^[16]. Desde entonces Tyrone era considerado el elemento más

peligroso del clan de los No Chingues, y por ello fue escogido para proteger a La Preciosa.

Preciencia se detuvo en la esquina de Canal y Carondelet y compró el *Times-Picayune*. Se metió el periódico bajo el brazo y siguió calle arriba hasta la cafetería Palm-of-the-Hand, donde entró y se sentó a la barra. Tyrone llegó inmediatamente después y fue a sentarse en un reservado cerca de la puerta. Sobre la mesa había un letrero de plástico que advertía. «MESA RESERVADA SÓLO PARA DOS O MÁS CLIENTES». Se acercó una camarera y señaló el letrero.

—Lo siento, ricura —le dijo a Tyrone— A menos que esperes a alguien, tendrás que sentarte a la barra.

Tyrone sacó una granada y la dejó sobre la mesa. La camarera, que tenía unos cuarenta años y había disfrutado del dudoso privilegio de servir a la abigarrada ciudadanía de Nueva Orleans durante la mayor parte de dos décadas, chasqueó la lengua y suspiró con fuerza.

—Claro que siempre hay excepciones a la regla —dijo—. ¿Qué tomarás?

Precious, que seguía en la barra, pidió té y tostadas de centeno con poca mantequilla y desplegó el periódico. En la esquina inferior derecha de la primera página leyó un titular: «LOS ASTRÓNOMOS, EMPEÑADOS EN QUE LAS ESTRELLAS DEJEN DE CENTELLEAR». La noticia estaba fechada en Apache Point, Nuevo México, y procedía de la agencia SNS (Southern News Service). La profetisa sabía que para los creyentes, SNS quería decir Satanás Nunca Duerme^[17]. Los satanistas utilizaban los servicios cablegráficos de noticias contratados por periódicos y revistas de todo el mundo para divulgar comunicados en clave. Precious leyó la noticia.

«Un artefacto proyectado originalmente para la defensa antimisiles podría ser utilizado para eliminar el centelleo de las estrellas, verdadero quebradero de cabeza para los astrónomos de todos los tiempos. A diferencia de los telescopios convencionales, que emplean espejos fijos para recoger y concentrar la luz de los objetos celestes, este instrumento estará equipado con reflectores capaces de ser continuamente deformados por actuadores propulsados electrónicamente para compensar las distorsiones causadas por el centelleo.

»Inicialmente, la idea de este diseño era buscar el modo de enviar rayos láser a la atmósfera sin que la reflexión superflua disipara su energía. El doctor Alucard Norsk, que pretende instalar y probar este instrumento en un telescopio de 3,5 metros de diámetro que está siendo construido en Apache Point, N. M., ha declarado: “Podremos observar tormentas de polvo en Marte y analizar la estructura de las atmósferas exteriores de cualquier cuerpo estelar

brillante. En especial, confiamos desarrollar la óptica de adaptación como una de las herramientas más poderosas que la astronomía haya conocido jamás”».

Presciencia entresacó las palabras clave del artículo: eliminar deformar distorsión idear rayo herramienta poderosa. Llegaron el té y las tostadas y dejó de leer. La búsqueda del control de la maquinaria apocalíptica era inacabable, como lo era la lucha contra los partidarios de Satanás, que formaban legión. Precious lamió la mantequilla de una tostada. Sabía que el mal adoptaba todas las formas y penetraba por todas partes, y ahora los dardos del diablo eran más veloces y venían de más lejos. La Preciosa cerró los ojos y vio varios proyectiles de un lustroso tono plateado horadando un palpitante velo color lavándula. Separó ligeramente las piernas para facilitar el flujo de sus secreciones y luego dio un mordisco a la tostada.

EL EVANGELIO SEGÚN D

En la biblioteca de la cárcel, donde había trabajado varios meses, Ice D había leído el libro de S. W. Harman *Infierno en la frontera*, que hablaba de Rufus Buck, un forajido negro cuya banda de malhechores aterrorizó Oklahoma y Arkansas durante los últimos años del siglo XIX. Buck y cuatro miembros de la banda —Lewis y Lucky Davis, Sam Sampson y Maoma July— fueron apresados en agosto de 1895 y llevados a Fort Smith, Arkansas, donde se les acusó formalmente de violar a una mujer blanca llamada Rosetta Hassan. La banda de Buck había sido perseguida por un verdadero ejército de hombres, entre los cuales había blancos, indios y negros. La estela de terror de los forajidos abarcaba violaciones, allanamiento de morada, robo de caballos y salteamiento. En total fueron cuatro las mujeres violadas, entre ellas una muchacha india, que murió. Las blancas sobrevivieron y testificaron en el proceso.

Ice D, cuyas lecturas hasta ese momento se habían reducido a cómics y revistas de karate, había oído a El-Majik referirse en un discurso a la «encerrona» legal y subsiguiente ejecución sufrida por Rufus Buck como una acción injusta de los blancos contra los negros. Un día, estando en la biblioteca, Ice D vio caer de uno de los carritos un ejemplar de *Infierno en la frontera*, lo recogió del suelo y el nombre de Rufus Buck le saltó a la vista. Según el autor, leyó D, los crímenes de Buck habían tenido por víctimas a personas de todas las razas; en ese sentido, el hombre no discriminaba. El convicto empezó a sospechar que El-Majik también era capaz de manipular hechos históricos para su propia conveniencia.

Algo que a Ice D le pareció fascinante fue un extraño poema escrito por Rufus Buck, poco antes de su ejecución, en el reverso de una fotografía de su madre que siempre había llevado consigo. Adornado con una cruz y un dibujo de Jesucristo, el poema de despedida impresionó a Ice D de un modo que no acertaba a explicarse. Lo había copiado del libro y desde entonces lo llevaba siempre encima. Antes de quedarse dormido en una caja grande de cartón bajo el hueco de la escalera de un edificio abandonado en LaSalle Street la

noche en que él y Spit robaron las pistolas, Ice D encendió una cerilla y examinó la poesía quizá por quincuagésima vez.

MI, SUEÑO (1896).

Soñé, que, estaba, en, el, cielo,
Entre, ángeles, de, belleza;
yo, casi, no, había visto, ninguna, tan hermosa,
aquél, ensortijado, cabello, dorado;
eran, tan, pulcros, y cantaban, tan bien
y, tocaban, el, arpa, dorada;
iba, a escoger, una, de, ellas,
para, estrecharla, entre, mis, brazos;
pero, cuando, empecé, a, suplicar,
pensé, en, ti, amor mío,
yo, jamás, había, visto, otra, tan, bella,
ni, en, la, tierra, ni, en el, cielo,
adiós, mis, queridas, esposa, y, madre

y también, hermanas

RUFUS BUCK

Sinceramente. Vuestro

Primer. Día. de. Julio

Del, año

de

1896

E

S

P

Í

R

I

T

U

Padre Hijo

S

A

N

T O

virtud y resurrección
Recuérdame, Roca de los Tiempos

D se preguntaba cómo podía nadie, ya fuera blanco, negro o cobrizo, hacer cosas tan horribles como las que al parecer había hecho Rufus Buck y luego expresarse con semejante ternura. Ice D se acurrucó en la caja y cerró los ojos. Se oían los ronquidos y gruñidos de Spit Spackle, que dormía en otra caja de cartón al otro lado del hueco de escalera. El hedor a vómito rancio, basura putrefacta y orina invadía los conductos nasales de Ice D, quien trató de vencer las náuseas. En aquel momento ya no recordaba si a Rufus Buck lo habían colgado o fusilado. ¿Habría sido víctima, como aseguraba El-Majik, de una acusación fraudulenta, o había cometido realmente aquellas atrocidades? En mitad de la noche, acabó pensando el fugitivo, o nada tenía sentido o todo lo tenía. Era por el día cuando reinaba la confusión y se daban las más terribles conductas. Por eso la oscuridad cubría el planeta la mayor parte del tiempo y era su estado más natural. La luz se convertía en la frontera entre una noche y la siguiente, y, concluyó D, la frontera siempre era un infierno.

CASI PERFECTO

Spit y Ice D avanzaron lentamente entre el gentío que asistía al mitin de Krotz en el aparcamiento del Lions' Hall, en Jefferson. El candidato no había salido al estrado pero Spit divisó a El-Majik y a varios correligionarios suyos abriéndose paso hacia el escenario.

—Mira eso, D —le susurró Spackle a su socio— Tenemos dos pájaros y no un tiro sino dos...

—Me doy cuenta —respondió Ice, sin sonreír, al ver a su antiguo mentor—. Será más que suficiente, hermano.

La noche era húmeda y pegajosa pero los dos fugados se sentían frescos como lechugas. Cuando Klarence Kosciusko Krotz subió a la tribuna, la masa de blancos pobres prorrumpió en un frenesí de silbidos, gritos y aplausos. Aplastado entre la muchedumbre se encontraba Cleon Tone, el cual se había situado estratégicamente junto a la plataforma de los altavoces para llevar a cabo la misión que él mismo se había encomendado. Krotz saludó con el brazo a los allí reunidos, se inclinó hacia el micrófono y habló:

—«Júzgame, oh Señor, pues he andado con integridad; he confiado además en el Señor, para que él me guarde de resbalar».

—¡Resbalar, no sé, pero palmarla lo tienes claro! —gritó D al tiempo que disparaba al rostro del en tiempos Gran Bestia Todopoderosa, tatuándole con tres balas en la frente (una por el Padre, otra por el Hijo y otra por el Espíritu Santo).

En la gran confusión que siguió, y mientras la multitud se apiñaba, D aprovechó para confundirse entre la gente. Spit se escurrió detrás del repentinamente aislado El-Majik, cuyo séquito de separatistas negros pugnaba por hacerse un hueco para ver qué había pasado. Spit hizo fuego dos veces, una en el lambda y otro en el obelion. También él retrocedió rápidamente para dirigirse al punto de encuentro que había acordado con D antes de ir al mitin. Ninguno de los dos asesinos tuvo dificultad en su huida respectiva.

El reverendo Tone permaneció donde estaba, totalmente pasmado. No había podido ni sacar la pistola del bolsillo de su chaqueta. Al rato se vio andando por LaBarre Road, camino del río. Entró en un Quik Stop, compró una lata de fluido para encendedor Sterno, un Wonder Bread, una caja de

cerillas Blue Diamond y un vaso de plástico color naranja adornado con el logotipo del equipo de fútbol New Orleans Saints. Al llegar a River Road, Cleon se sentó, abrió la lata de Sterno, la calentó utilizando media docena de cerillas y luego vertió el líquido en el vaso de los Saints filtrándolo a través de tres rebanadas de pan blanco. Antes de beber el brebaje, el ministro en desgracia, frustrados sus planes de absolución personal, entonó en alto:

—«Señor, he amado la habitación de tu casa y el lugar donde mora tu honor. No pongas mi alma con los pecadores, ni mi vida con los sanguinarios en cuyas manos hay malicia, y cuya mano derecha cuenta sólo para sobornar. Mas por lo que respecta a mí, andaré con integridad: redímeme y sé misericordioso conmigo. Mi pie pisa un sitio llano: en los fieles bendeciré al Señor».

Aquella misma noche, mientras llevaba a Prescencia Espanto y Sally Blaine por River Road en dirección al puente Huey P. Long, Tyrone Atrevido vio la ovillada silueta negra del predicador caído y detuvo el coche. Luego bajó para examinar el cuerpo.

—¿Está vivo? —preguntó Precious, mirando por encima de sus Ray-Ban.

—Respira, pero muy poco —informó Tyrone.

—Mételo en el coche —ordenó la profetisa.

—Sí, La Preciosa.

A la altura de Violet, en un autobús que se dirigía al sudeste por la carretera de St. Bernard, un joven blanco que llevaba un *walkman* e iba sentado detrás mismo de Croesus Spackle y de Demetrious Youngblood, se inclinó hacia adelante y les dijo:

—Eh, oigan, ¿saben lo de la matanza?

—No —dijo Spit sin volverse—. ¿Qué matanza?

—Se han cargado a Krotz, el que iba para gobernador; a él y a El-Majik, en el mitin de Jefferson. También murió el que dirigía la campaña de Krotz, un tío de Sardinia o algo parecido. De un infarto. Acabo de oírlo por los cascos.

—Mundo violento, el nuestro —dijo Spit—. Nadie está a salvo, por lo que veo.

—«Los malvados andan por todas partes, cuando los infames están exaltados» —dijo el joven.

—Amén —dijo Spit—. ¿Qué dices tú, D? ¿Qué te parece el mundo?

Ice D miró por la ventanilla cómo pasaban los árboles que la luna convertía en espectros.

—¿A mí? —dijo—. ¡Jo! Casi perfecto.

CAMINANDO HACIA EL MAL

Los isleños^[18] llegaron a Louisiana de las Islas Canarias en 1778 y se establecieron en Delacroix Island, una lengua de tierra situada en la punta oriental del condado de St. Bernard. Los isleños perseveraron contra huracanes e inundaciones, y las familias que lograban sobrevivir acabaron ganándose la vida como tramperos —sobre todo de ratas almizcleras— a finales del otoño y principios del invierno, y el resto del año pescando peces y cangrejos. Es bien conocido el arraigado sentimiento tribal de los isleños; la práctica mayoría de los residentes en Delacroix están emparentados por sangre o por matrimonio. La población total de la isla —que en realidad no es una isla salvo, quizá, en términos culturales— nunca ha sobrepasado los cincuenta o sesenta habitantes desde los años treinta del presente siglo.

Así pues, fue muy extraño que Tombilena Gayoso, nacida y criada en Delacroix antes de escapar a Nueva Orleans cuando tenía diecisiete años, regresara a la isla cuatro años después con un marido, Pace Roscoe Ripley, y que reanudara con él su vida entre los isleños. Ripley, que tenía cuarenta y cinco años, se asoció con el padre de Tombilena, Rodrigue, y su hermano Campo en el negocio del cangrejo, y les ayudó también a llevar un pequeño bar de su propiedad que habían llamado Tommy's en honor de Tombilena.

Pace y Tombilena vivían en una casa flotante pintada de azul *haint*, un color muy popular en el sur de Louisiana por creerse que impide la entrada de los fantasmas. Aunque Pace había viajado bastante a lo largo de su vida (era nacido en Carolina del Norte, se había criado mayormente en el área de Nueva Orleans y había vivido en Nepal, Nueva York y Los Angeles), le encantó el hermetismo de la comunidad de isleños, aun sabiendo que éstos nunca llegarían a aceptarle del todo. Sin embargo, el padre y el hermano de Tombilena necesitaban otra persona, de modo que le dieron buena acogida. Feroza, la madre de los Gayoso, había muerto de un enfisema (durante veinte años estuvo fumando diariamente cuatro paquetes de Lucky Strike sin filtro) seis meses después de marchar Tombilena, y los hombres se alegraron de volver a tener entre ellos a una mujer.

Cuando una mañana aparecieron en el bar Ice D y Spit, Pace presintió que habría problemas. Recordaba que Campo llamaba «teclas de piano» a un blanco y un negro juntos.

—Lo siento, chicos —les dijo Pace desde la barra—, no abrimos hasta las cinco de la tarde.

De todos modos, los dos hombres entraron.

—Pues parece abierto —dijo D.

—Sólo estoy limpiando. Vengan más tarde, si quieren.

—¿Tiene algún barco? —preguntó Spit.

—Yo no, pero mi familia tiene uno.

Los convictos sacaron sus pistolas.

—Vamos a verlo —dijo Spit—. Necesitamos que nos lleven a un sitio.

—¿A cuál, si puede saberse?

—Belize.

—No llegaríamos. Sólo es para pescar cangrejos.

—Habrá que verlo. Andando —dijo Spit.

—No tan deprisa —dijo Tombilena Gayoso Ripley, que estaba en el umbral con una escopeta Savage de dos cañones cargada con cartuchos del 4. La mujer echó la cabeza hacia atrás para que su larga y sedosa cabellera negra no le obstruyera la visión. Estaba apuntando a los dos desconocidos.

—Jódete, zorra —dijo D.

Tombilena le disparó primero a él. La cabeza de Ice D estalló salpicando a Spit de sangre, sesos y hueso fragmentado. De hecho, Spit intentó devolver el disparo, pero el segundo cartucho le reventó el plano aurículo-infraorbital antes de que su dedo índice percibiera el retroceso del gatillo.

Pace asomó la cabeza por encima de la barra y vio que su esposa seguía en el umbral sosteniendo el cincuentenario Savage, de cuyos cañones de acero de Damasco salían volutas de humo.

—«Hacia el mal caminan sus pies, y tienen prisa por derramar sangre inocente» —dijo Tombilena.

—Yo en este caso estoy con aquel muchacho de Ferriday —dijo Pace.

—¿De quién hablas?

—De Jerry Lee Lewis, el que decía: «Soy demasiado blando para el gospel. Lo mío es el *rock'n'roll*».

Los dos rieron.

DESLENGUADO

«Buenas noches y bienvenidos a *Las prostitutas hablan con Cristo*. Me presentaré. Soy Roland Rocque, “el mayor deslenguado que el Profundo Sur ha dado”, y si escuchas regularmente nuestro programa ya sabrás que las opiniones expresadas aquí no reflejan necesariamente los puntos de vista de la emisora WJEW ni el de sus patrocinadores. Si es la primera vez que nos sintonizas, ahora ya estás avisado.

»Pasa un minuto de la medianoche aquí en Kenner, Louisiana, y estamos radiando desde los estudios de la WJEW en Airline Highway, a cuatrocientos metros del Aeropuerto Internacional de Nueva Orleans. Brindamos una oportunidad a los habitantes del lado jodido de la vida que trabajan en esta zona para que hagan una pausa entre dos clientes y den voz al Señor a través de las ondas hertzianas. *Las prostitutas hablan con Cristo* es estrictamente anticonfesional; el programa está abierto a las fulanas de todas las razas y sexos, si es que ambas cosas pueden ser satisfactoriamente determinadas y/o verificadas por la ciencia médica. Se invita a los oyentes a intervenir con sus comentarios llamando a nuestra línea de acceso directo. El número: 1-800-555-9539.

»Bueno, chicos, aquí tenemos a nuestra primera invitada de la noche. Adelante, siéntate. Eso es. Vaya, llevas un conjunto como para levantarle el ánimo a cualquiera. ¡Caramba! Color lavanda. Es de tafetán, ¿verdad?

»—Así es, Roland.

»—¿Tu nombre de pila es...? Nada de apellidos en el aire, por favor.

»—Rossetta, de Sicily Isle, Louisiana.

»—¿Qué quieres decirle a Jesús, Rossetta?

»—Verás, Roland. Antes que nada, quiero agradecerte lo que estás haciendo, darnos la oportunidad de hablar por la radio de nuestros sentimientos religiosos y tal.

»—Es un placer, Rossetta. El micro es todo tuyo.

»—Vale. No tengo nada ensayado, sabes.

»—No seas tímida, cariño. Adelante.

»—Señor, si me estás escuchando, que quede claro que yo no haría marranadas si no tuviera que alimentar a mis hijas, que son dos: Oprah Winfrey y Paula Abdul, gemelas. Tienen tres años.

»—¿Y cuántos tienes tú, Rossetta? Si no te importa decirlo...

»—Diecinueve, Roland.

»—¿Cuánto llevas ejerciendo de prostituta?

»—Cuatro años, casi.

»—Habla con Jesús, Rossetta.

»—No tomo drogas, Jesucristo. Nunca he querido que mis hijas se enganchen con eso. Pero hay mucha presión, sabes. Prince Egypt, que es mi chulo, quiere que sus chicas se droguen. Para controlarlas, ya sabes. Pero Jesús, yo intento ser muy seria en estas cosas. Te pido a ti y a tu papá que nos ayudéis a mí y a mis niñas a apartarnos de la droga. Dame fuerzas, Jesús. Es todo lo que pido, Roland. Que me dejen hacer mi trabajo sin engancharme.

»—Gracias, Rossetta. Estoy seguro de que Jesús te está oyendo. Y si alguno de vosotros, oyentes del Gran Nueva Orleans, nos está escuchando y quiere preguntar alguna cosa, que llame al 1-800-555-9539. Veo que ya tenemos a alguien al otro lado de la línea, Rossetta. Te han oído.

»—A lo mejor es Jesús, Roland.

»—No me extrañaría. Un día cogí el teléfono y era nada menos que el Hijo de Dios en persona. Vamos a ver. Hola, aquí Roland Rocque, “el mayor deslenguado que el Profundo Sur ha dado”, con Rossetta en el programa *Las prostitutas hablan con Cristo*. ¿Quién es?

»—¿Roland? Lo que deberías hacer con esa puta negra es pegarle un tiro, y a sus niñas también. Así se les terminarían todas las desgracias. Esas tías viven a costa de la gente decente, personas que de entrada están a bien con Dios y con su patria.

»—Mire usted, voy a cortar. Perdona, Rossetta, nuestros oyentes no suelen portarse así, me consta.

»—Está bien, Roland. Sé la clase de gente que anda por ahí. Me pegan para que les deje correrse en mis narices y luego se van a su casa con su mujercita.

»—Siguiente llamada; espero que seas un poco más culto que nuestro último comunicante.

»—Ha sido horrible, Roland. A los que habría que pegar un tiro es a la gente como ése y no a una víctima de la sociedad como Rossetta. Si por mí fuera, habría que deportar a todo aquel que no estuviera en la iglesia los domingos sin una buena razón. Enviarlos a China, por ejemplo, a que coman

arroz todo el día y no puedan vestirse más que con ropa fea. ¿Tú qué opinas, Roland?

»—Yo creo que es el momento de hacer una pausa publicitaria, Rosetta. Sé que has de volver a la calle, encanto, así que te doy las gracias por estar en el aire esta noche.

»—Ha sido un placer, Roland. ¿Puedo volver otro día?

»—Cómo no, Rossetta. Cuando gustes».

Pace Ripley estaba sentado en una silla de mimbre en la cubierta de su casa flotante en Delacroix, fumando un porro y escuchando la radio. Su esposa, Tombilena Gayoso, salió, miró cómo rielaba el agua a la luz de la luna, estiró los brazos por encima de la cabeza y bostezó.

—¿Vienes a acostarte, Pace?

—Dentro de un rato, Tommy. Estoy escuchando el programa *Las prostitutas hablan con Cristo*. Es increíble las chorradas que dice la gente.

—Es lo que suele decir la gente, chorradas. Teniendo casi el doble de años que yo, ya debes de haberlo notado.

Pace lanzó el canuto por encima de la barandilla.

—No tienes nada que envidiarle a ese deslenguado de Roland Rocque. Eso te lo concedo.

—Ven adentro. Puedes concederme lo que quieras. Por mí que no quede.

Tombilena apagó la radio. Pace se puso en pie y la tomó en sus brazos.

—Será mejor que entre antes de que saques tu vieja escopeta.

Pace besó dulcemente a Tombilena en los labios. Ella le puso la mano derecha en el paquete y rió al notar que se le ponía dura.

—¿Le he asustado, señor?

—¿Es que no lo notas, cielo? Estoy petrificado.

FRANJAS DE SOMBRA

La larguísima limusina blanca describió una semicircunferencia en torno a las canoas que había en frente del Tommy's Bar y se detuvo. Tyrone apagó el motor y bajó del coche. Echó un vistazo y no registro otro movimiento que el de un pequeño y azulado chucho sin cola que correteaba a duras penas por el lado del canal del edificio de madera blanca, bruscamente interrumpida su siesta por la intromisión del largo vehículo. Tyrone abrió la portezuela posterior izquierda y Prescencia Espanto salió a la débil luz grisácea. Una cadena de cúmulos se extendía sobre la zona amenazando lluvia pero sin producir ni una gota desde hacía varios días. Era mediados de agosto y el sur de Louisiana disfrutaba de un tiempo inusualmente fresco y seco.

—Cleon —dijo Precious—, sal y ve a investigar.

Ella, desde sus gafas de sol, veía el cielo casi de color marrón. El reverendo Tone, sintiéndose como no se había sentido en los últimos diez años tras varios meses de tiernos, amorosos cuidados en las manos y el cuerpo de La Preciosa, y exhibiendo un correcto traje azul, descendió de la limusina y se puso al lado de ella. Cleon no probaba alcohol desde que Precious le salvara de su colocón con la lata de fluido para encendedor. Luego había insistido en llevárselo a su casa de Baton Rouge, y al cabo de dos semanas ya eran amantes. Naturalmente, Sally Blaine tuvo un ataque de celos y le exigió a Precious que eligiera entre ella y el pastor venido a menos. Al negarse Precious a expulsar a Cleon, Sally se tomó unas largas vacaciones, diciendo que sólo volvería cuando la profetisa entrara en razón.

Precious veía en Cleon Tone algo especial. Tenía la impresión de que aquella aparente piltrafa humana, un hombre que había llegado al extremo de mendigar y cosas peores, tenía por fuerza que realizar algo grande antes de que se extinguiera el tiempo que tenía adjudicado en este planeta. Era únicamente por esta razón, por esta certeza intuitiva, que Precious estaba dispuesta a arriesgar su propia vida, de la que Sally Blaine se había convertido en componente esencial. Cleon Tone le venía caído del cielo, y La Preciosa estaba decidida a curarle y a facilitarle la búsqueda de ese momento especial. Bien podía ser aquélla, reflexionaba Precious, la razón por la que ella misma

había sido escogida. La importancia del gesto quitaba importancia a lo que pudieran pensar los demás, incluyendo a Sally Blaine.

Habían ido a Delacroix Island para alquilar un barco que les llevara a L'île des Lantômes, una isla del Caribe de la que Precious había oído hablar a un seguidor suyo de nombre Colt Bisley. Bisley había muerto de cáncer de próstata seis meses atrás a los ochenta y ocho años en Cuernavaca, México, donde había residido los diez últimos años de su vida. Habiendo quedado casi inválido a causa de una rotura de cadera y múltiples fracturas en ambas piernas tras resbalar de una escalera mientras intentaba cambiar una bombilla que fallaba en la copa de su árbol navideño cuando tenía ochenta y dos años, Colt Bisley pasaba la mayor parte del tiempo encerrado mirando la televisión vía su antena parabólica. Durante medio siglo Bisley había trabajado como agente de bolsa en Nueva York, ganando muchos millones tanto para él como para su clientela, y se había retirado a Cuernavaca, confiando en que sus ahorros le bastarían para vivir allí holgadamente el resto de su vida. El exagente de bolsa se enamoró perdidamente de Presciencia Espanto la primera vez que la vio y oyó (reconstruida electrónicamente desde Baton Rouge y transmitida a su hacienda) e inmediatamente decidió mandarle dinero.

Bisley no sólo enviaba contribuciones económicas sino que también escribía a La Preciosa con regularidad. Ella le telefoneó tan pronto empezaron a llegar sus generosas ayudas, y hasta la muerte de él no dejaron de mantener aquella relación. Colt le decía a Presciencia que el lugar más tranquilo y más hermoso del mundo era la isla de los Fantasma, en las Antillas francesas, así llamada, según Bisley, debido a la presencia de zombis. Bisley decía que en muchas de aquellas islas (Haití, Martinica, Dominica) había zombis entre la población, pero que la de los Fantasma era la que se llevaba la palma. Era allí donde crecía la datura en estado silvestre y donde el alcaloide hipnótico-narcoléptico derivado de la planta se usaba desde hacía siglos. Actualmente vivían en la isla unos pocos centenares de personas y el único modo de llegar era en embarcación privada. Bisley había estado en la isla de los Fantasma una única vez, en el yate de un francés cliente suyo, y lamentaba no haber podido volver.

La ayuda económica de Bisley a la Iglesia de los Ingratos ascendía a dos millones de dólares; Precious se juró a sí misma que algún día vería con sus propios ojos aquel lugar misterioso. Y le pareció que el momento idóneo había llegado cuando emprendió la resurrección del reverendo Cleon Tone. Tyrone había solucionado el asunto del transporte hablando con Pace Ripley, a quien había conocido en Nueva Orleans. Quinientos dólares era mucho dinero

como para que Ripley pudiera desdeñar la oferta, y más en temporada baja. Pace se reunió con Tyrone, Presciencia y Cleon en el Tommy's Bar, donde Tyrone le entregó el dinero a Tombilena con mucha parsimonia.

Como sabía que la barca de Campo y Rodrigue no iba a sobrevivir a una excursión tan larga, Pace había llegado a un acuerdo con el amigo de Campo Axel Heyst para utilizar la Hatteras de dieciséis metros de eslora propiedad de este último. Heyst era un pescador sueco que vivía en Yscloskey y que debido a un grave lumbago permanecía postrado en cama. El sueco creía que aquel achaque era consecuencia de una maldición que le había echado a través de una *bruxa* su exmujer brasileña, Furagao, quien seguía enviándole amenazas de muerte desde su casa en Recife trece años después de divorciarse. La única hija de Axel y Furagao, de nombre Ferida, había muerto al cumplir los dos años mientras Furagao estaba en la iglesia. Axel se había quedado dormido y Ferida se ahogó en su piscina de plástico con menos de quince centímetros de agua.

Puesto que el lumbago crónico le había impedido pescar en los últimos dos meses, Heyst se alegró de poder alquilar su barca. Le explicó a Campo que sólo veía una posible vía de curación: ir a Recife y asesinar a Furagao. Y eso es lo que pensaba hacer, les juró a Campo y a Pace cuando fueron en busca de la Hatteras, en cuanto cesaran los dolores de espalda. Con el alquiler del bote se pagaría el billete de ida y vuelta en avión de Nueva Orleans a Brasil.

El barco se llamaba *White Dwarf* [La Enana Blanca]. Axel Heyst era aficionado a la astronomía y lo había bautizado por las pequeñas estrellas de gran densidad y luminosidad baja.

—Pronto habrá un eclipse de sol —dijo Heyst desde su cama, una vez hizo entrega de la llave de contacto—. No se les ocurra pasar con el barco por las franjas de sombra.

—¿Y eso qué es? —preguntó Pace.

—Son como olas de oscuridad que van de una punta a otra de la tierra justo antes y justo después del eclipse. El *Dwarf* quedaría marcado para el mal.

Después de salir de casa de Heyst, Pace le preguntó a Campo qué pensaba de la advertencia del sueco.

—A ese pobre la brujería le tiene comido el seso —dijo Campo— La muerte de un hijo siempre trae malas consecuencias.

—¿Tú crees que matará a Furagao?

—Eso no lo sé, pero me huelo que si va a Sudamérica será para no volver más. Allá se toman muy en serio el mal de ojo y esas cosas. Pero no hay mal

que por bien no venga, a lo mejor podemos quedarnos el barco. Oye, ¿qué me dices de esa gente que quiere ir a la isla? La mujer esa de las gafas de sol y los dos tipos raros...

Pace meneó la cabeza:

—Pues no sé qué decirte. Creo que fue Joseph Conrad el que escribió: «Nadie se lleva una mujer a la selva sin lamentarlo tarde o temprano».

Campo se santiguó, escupió en su mano derecha y lanzó la saliva sobre el hombro contrario.

—Boa sorte, irmao —*dijo*.

—Igualmente, hermano —dijo Pace.

PRESTIDIGITACIÓN

—¿Crees que todo irá bien con esa gente, cariño?

Tombilena Gayoso contempló intensamente a su marido, Pace Ripley, la noche anterior a que éste llevara a Presciencia Espanto, Tyrone Atrevido y Cleon Tone, a través del Golfo, hasta la isla de los Fantasma.

—Buena pregunta, sí señor —dijo Pace—. Que yo sepa, Tyrone es un tío de fiar. Del otro no sé nada, sólo que es una especie de predicador. Y luego está la Espanto, una mujer muy especial. La hemos visto en la tele.

—Es ella la que me preocupa. ¿Cuánto tiempo vas a estar con ellos?

—En total, ocho días. Uno y pico para bajar, cinco en la isla y uno y pico más para volver. Me llevo mucho material de lectura.

—¿Por ejemplo?

—He pensado que volveré a Conrad, a las novelas que aún no he leído. *Victoria*, quizá, o *Nostromo*.

—¿Conrad qué más?

—Joseph Conrad. El que escribió *El corazón de las tinieblas*, esa que luego hicieron una gran película sobre Vietnam titulada *Apocalypse Now*.

—¿La del guaperas al que le da el telele cuando está en la habitación del hotel?

—La misma. Y también escribió *Lord Jim*. De ese libro también hicieron una película.

—Sería antes de mi época.

—Fue Conrad el que dijo: «Las palabras, como es bien sabido, son el gran adversario de la realidad».

—No sólo las palabras, cielo. ¿Qué hay del alojamiento?

—Estarán todos en una especie de hotel. La Chute Céleste, creo que se llama. Yo me quedaré en el barco.

—¡Santo Dios! ¿Los ocho días?

—Bueno, Tyrone vendrá a pasar el rato. Estaré bien. Como te digo, tengo pensado leer mucho.

Tombilena cerró la puerta del dormitorio. Se recogió el vestido, se bajó las bragas y las arrojó al suelo.

—Entonces te voy a dar algo para que enseñes a estas isleñas; intercambio cultural, ¿entiendes?

Pace sonrió:

—¿Significa que aún tienes algún truco que no hayas ensayado conmigo?

Tombilena bajó sus pobladas cejas negras y avanzó hacia su marido cual Carmen enardecida. Tiró del cinturón de Pace, levantó la rodilla derecha y le frotó con ella la entrepierna.

—Jamás he necesitado de trucos para convencerte de mi sinceridad —dijo Tombilena— Es sólo un poco de magia para el corazón.

—«El corazón es lo más tortuoso que existe, y su mal, ¿quién puede diagnosticarlo?». Jeremías, 17:9.

—¿Y eso qué significa, si se puede saber?

—Que sólo es verdad lo que sucede. No hay otro criterio seguro.

—Corta el rollo, amigo, y bésame ya. La verdad es relativa: yo soy lo más cercano a ella que tienes a tu disposición.

LA TEMPESTAD

CUATRO POSIBLES AHOGADOS AL ZOZOBRAR UNA EMBARCACIÓN EN PLENO TEMPORAL

Miami, 6 de agosto (SNS) — El huracán *Juana*, con sus ráfagas de 300 kilómetros por hora, parece haber sido el responsable de la muerte de cuatro personas que habrían caído al agua durante la peor tempestad tropical registrada desde 1935, cuando vientos de fuerza similar y olas gigantes de hasta nueve metros alcanzaron los Cayos de Florida causando cuatrocientas víctimas mortales. La rápida formación del huracán no tiene parangón en la historia del servicio meteorológico de Estados Unidos.

El servicio de guardacostas ha informado que encontró el *White Dwarf*, una Hatteras de 16 metros de eslora, en el golfo de México, aproximadamente a cien millas al norte-nordeste de Pinar del Río, Cuba. El barco había emitido una señal de peligro pero no pudo escapar del huracán hasta que llegaron los guardacostas.

Según informaciones aún no confirmadas por esta agencia, entre las cuatro personas supuestamente a bordo del *White Dwarf* —que al parecer había zarpado de Yscloskey, Louisiana, rumbo a L'Ile des Fantômes en las Antillas francesas— se encontraba Presciencia Espanto, famosa telepredicadora conocida por sus discípulos como «La Preciosa».

Mrs. Espanto, la sede de cuyo ministerio estaba en Baton Rouge, Louisiana, fue procesada en una ocasión por el gobierno federal en la localidad de El Paso, Texas, por nigromancia criminal, pero posteriormente fueron retirados los cargos.

INTERLUDIO
EL VENDEDOR DE BIBLIAS

Helga Grandeza, sentada al volante de su Chevrolet Blazer, observó cómo su marido Cyril *Big* Grandeza abría la puerta del acompañante de su nuevo Thunderbird rojo rubí para que subiese Bitsy Tune. Bitsy tenía dieciocho años, dieciséis menos que Big. «Pues no parece que tenga más de quince», pensó Helga, al presenciar cómo su cónyuge de los últimos catorce años le sonreía a Bitsy como un perro inútil al que acabaran de dar en la cabeza con un martillo, cerraba la puerta con cuidado después que la escuálida tía guarra hubiera depositado cómodamente su nada celulítico trasero sobre la tapicería de cuero color crema, daba rápidamente la vuelta y subía al coche. Cuando Big dio un acelerón a su Thunderbird, Helga puso en marcha el Blazer y lo siguió mientras se juraba que no iba a permitir que aquel hijoputa se largara con una jovenzuela, y menos teniendo aún a sus dos descendientes en la escuela primaria.

Big Grandeza era un vendedor de Biblias, igual que lo habían sido su padre y el padre de su padre. Helga y Big habían sido novios en el instituto de Santa María Luisa de San Francisco, en Bayou Cobra, Louisiana, y se habían ido a vivir juntos a Nueva Orleans. Ella no había conocido a ningún otro hombre en el sentido bíblico de la expresión, y la posibilidad del orgasmo femenino era para ella un simple rumor sin confirmación. El deseo sexual no era algo que preocupara especialmente a Helga. Que su Big hubiera resultado un ligón, sin embargo, sí la inquietaba, y estaba decidida a cantarle las cuarenta.

El reluciente T-Bird avanzaba por Canal con Helga siguiéndolo cuatro coches por detrás. Al llegar a Telemachus, Big torció a la izquierda, siguió un par de manzanas hasta Palmyra y aparcó. Helga coló su Blazer detrás de una furgoneta Dodge y vio a su marido, el cual llevaba la chaqueta a cuadros verdes y rojos que ella le había regalado las anteriores navidades, y su miniatura de ramera entrar en un *bungalow* color azul Puerto Rico.

Helga descendió de su vehículo, fue andando lentamente hasta el *bungalow* y llamó con firmeza a la puerta. Abrió Bitsy, y Helga, una mujer bastante corpulenta y que superaba a la niñata en sus buenos dieciocho o veinte kilos, agarró un puñado de los suaves y rubios cabellos infantiles de

Bitsy y la hizo a un lado. Big Grandeza estaba junto a la puerta del dormitorio con la chaqueta deportiva quitada, pasmado de ver a su mujer cargar sobre él en aquél supuestamente secreto templo del vicio.

—«El matrimonio es loable en principio —chilló Helga, a medida que avanzaba—, y la cama inmaculada; pero Dios juzgará a putañeros y adúlteros».

Helga levantó la mano izquierda sobre la cabeza y Big, al ver que sus dedos empuñaban un Ginsu de hoja serrada y veintidós centímetros de largo, reculó hacia la habitación.

—¡Maldita sea, Helga! —gritó—. ¡Baja ese puñetero cuchillo!

—«Tú, hijo del diablo; tú, enemigo de toda virtud, ¿cuándo dejarás de corromper los rectos caminos del Señor?».

Bitsy consiguió levantarse de la alfombra de pelo rosa y salió disparada hacia el exterior, atragantándose con su vómito mientras corría.

Big cogió una lámpara antigua de una mesita auxiliar, una Tiffany de imitación por la que Hubert Tune había pagado demasiado después que su esposa, Floyd, le hubiera chinchado para que pujara por ella en una subasta de muebles en Nashville cinco años atrás. Big le lanzó la lámpara a la encolerizada Helga, pero falló, y el costoso proyectil estalló al chocar contra una cómoda, reducido a nada su dudoso valor. Helga se abalanzó sobre Big, el cual, temblando de miedo, se hizo un ovillo en el suelo como una cochinilla.

El arma de su furibunda esposa penetró en su cerviz cual estoque limpiamente colocado. El vendedor de Biblias gimió y cayó hacia un lado meneando su lengua azulada. Hilillos de sangre le salían de la boca y la nariz. Helga se dejó caer sobre la cama, sudando como no lo había hecho en su vida, salvo el día en que dio a luz.

—«Para el uno somos el sabor de la muerte hacia la muerte —dijo, jadeando al hablar—, y para el otro somos el sabor de la vida hasta la vida». ¿Y quién —preguntó la asesina— tiene competencia para estas cosas?

MADRE DE DIOS

A raíz de la muerte de su marido, Pace Ripley, perdido en alta mar y probablemente ahogado durante un huracán, Tombilena Gayoso, de veintiocho años, sin hijos, se había mudado de Delacroix Island, Louisiana, a Nueva Orleans. Aunque sólo estaba a tres cuartos de hora en coche de su familia (el padre de Tombilena, Rodrigue, y su hermano Campo eran pescadores en Delacroix), Nueva Orleans estaba, por utilizar el título de una canción de los Rolling Stones, a dos mil años luz de casa... de Tombilena. Ella había sentido la necesidad de cambiar de vida al faltar Pace, y trasladarse a Crescent City, donde ya había vivido una breve temporada —de hecho Pace y ella se habían conocido allí— le pareció tan obvio como oportuno. Muerta su madre varios años atrás, Tombilena era la única mujer de los Gayoso y deseaba seguir al habla con su padre y su hermano, a los cuales quería muchísimo.

Sin demora, Tombilena encontró un apartamento en los suburbios del Quarter encima de una librería sita en la esquina de Barracks y Dauphine, y también un empleo por horas atendiendo el teléfono en el Centro de Ayuda a Mujeres Violadas Madre de Dios en Terpsichore Street. Creado por mujeres unidas en la creencia de que la madre de Jesucristo, la llamada Virgen María, había sido en realidad víctima de una violación, la organización Madre de Dios funcionaba como un servicio de asistencia de todo uso para mujeres acuciadas por dificultades. Tombilena trataba con la rama femenina de los maltratados, los sin hogar, los acosados y los psicológicamente desorientados del área del Gran Nueva Orleans, cuyo número, para horror suyo, ascendía a cifras escalofrantes.

En el centro había una chica de dieciséis años de nombre Marble Lesson. Verdadera leyenda entre las feministas radicales del mundo, su fama provenía de haber matado a tiros al infame Mozo de Estoques, un asesino y terrorista internacional que había intentado violar a Marble cuando ésta tenía catorce años. A raíz de aquel incidente, ocurrido en un campo de aviación cerca de Cuba, Alabama, la adolescente había sido orientada por algunas de las mujeres que estaban aglutinando el grupo Madre de Dios. Después de una frustrada tentativa de vivir en armonía con su madre y su padrastro en Florida, Marble

Lesson se había ido a vivir con su padre, un obrero de la construcción llamado Wesson Lesson, a Nueva Orleans, donde reanudó sus contactos con Madre de Dios.

Fue en compañía y bajo la tutela de aquellas mujeres como Marble fue desarrollando su ideario social y político. Devoraba los textos de historia y filosofía que le proporcionaban sus compañeras, incluidos los escritos de Hilda Brausen, una alemana que llegó a disfrazarse de hombre para luchar en el frente durante la Primera Guerra Mundial. Muerta en Francia durante un incendio (creen algunos que a manos de miembros de su propia unidad que habían descubierto su secreto) *fräulein* Brausen propugnaba la teoría fundamental de que todos los hombres son proclives a una enfermedad mental que se manifiesta en forma de violencia hacia las mujeres. «El macho humano —escribió Hilda Brausen— suele ser tarde o temprano afectado por esta dolencia, y debe por tanto ser inspeccionado de cerca para que, al menor síntoma de desequilibrio, pueda ser *necesariamente* eliminado. En la medida en que crece su próstata, crece también su tendencia a un comportamiento peligroso para la hembra humana».

Pese a su inconsistencia médica, esta teoría de Hilda Brausen fue adoptada por un número siempre en aumento de pensadoras feministas. Basándose en el «principio Brausen», Marble Lesson había creado una facción extremista dentro de Madre de Dios dedicada a la erradicación de todo aquel que, según su asociación, fuese culpable de abusos excepcionales. Dicha facción, llamada informalmente *Die Brausenkriegers*, propinaba verdaderos golpes mortales a los hombres que consideraban enfermos; cualquier posibilidad de rehabilitación estaba descartada.

Tombilena advirtió que, pese a su juventud, Marble Lesson era tratada con respeto inusual y máxima deferencia por parte de los otros miembros de Madre de Dios. La historia de Tombilena no carecía de violencia —había matado a tiros a dos hombres que amenazaban con asesinar a su marido— y, por la información que pudo reunir entonces acerca de Marble, dedujo que ellas dos podían llevarse bastante bien.

MALA SORPRESA^[19]

Un día, Tombilena acudió a trabajar al Centro de Ayuda a Mujeres Violadas Madre de Dios y encontró la siguiente noticia, recortada del periódico de aquella mañana, en el tablón de anuncios central:

PESCADORES ACUSADOS DE VIOLACIÓN

Nueva Orleans, 21 de junio (SNS) — Seis hombres fueron arrestados la noche del sábado en Delacroix por la policía estatal de Louisiana y acusados de agresión física, simulacro de encarcelamiento, atraco con arma mortal y violación con objeto extraño.

Los seis hombres, todos ellos pescadores y residentes en la comunidad *isleña* de Delacroix Island, fueron detenidos en el Tommy's Bar a raíz de una denuncia interpuesta aquella misma noche por una mujer cuyo nombre no ha sido revelado.

Según la denuncia, se supone que los pescadores torturaron y abusaron sexualmente por turnos de la mujer, utilizando tacos de billar. Todos los implicados han negado los cargos.

Los supuestos autores, Poco Herida, de 26 años, Naufragio Yema, de 18, Campo Gayoso, de 24, Valer La Pena, de 22, Gallo Viudo, de 46, y Sapo Feo, de 28, se encuentran actualmente en la penitenciaría del condado de St. Bernard pendientes de fianza.

Al leer el nombre de su hermano, a Tombilena el corazón le dio un vuelco. Sintió un mareo, lo cual nunca le había ocurrido, y se sentó en una de las sillas de plástico amarillo de la sala de espera, directamente delante del tablón de anuncios. Marble Lesson, que venía de un despacho interior, se sentó a su lado y tomó la mano izquierda de Tombilena —la que tenía más cerca— entre las suyas.

—Hemos de hablar —dijo Marble.

MARBLE PONE LAS COSAS SOBRE EL TAPETE

Una vez Tombilena terminó de hablar por teléfono con su padre Rodrigue, y supo que la fianza de Campo había sido fijada en cincuenta mil dólares, igual que para el resto de los acusados, y que Rodrigue pensaba ofrecer la casa familiar como garantía subsidiaria, Tombilena fue con Marble Lesson a Tallulah's, una cafetería de Religious. Tombilena estaba aún aturdida por la noticia de la presunta implicación de su hermano en la agresión, y apenas reparó en que la camarera les servía los cafés que Marble había pedido para las dos.

—¿A tu hermano se le conoce por ir por ahí follándose mujeres? —preguntó Marble mientras removía una cucharadita de azúcar moreno.

Marble era menuda, aproximadamente un metro cincuenta y tres, de pelo castaño claro corto y mechones que le tapaban los ojos. Llevaba unas gafas de colegial que hacían parecer sus ojos azul verdoso mucho más pequeños de lo que ya eran. Tenía los labios color rosa pálido, igual que las mejillas. Tombilena miró cómo Marble se llevaba la taza a la boca y le chocó comprobar lo pequeños que tenía los dedos. Eso le trajo a la memoria una vieja película que ella y Pace había visto en la tele: *El increíble hombre menguante*, la escena en que el tipo que se va encogiendo debido a una enfermedad desconocida está tomando café con una enana y ambos sostienen en sus manos de niño unos enormes platillos y unas tazas como palanganas. Poco después de eso, el hombre, convencido de que el proceso de encogimiento ha terminado, descubre con horror que sigue menguando; de repente, se ha vuelto más pequeño que la enana. En aquel momento Tombilena se sentía mucho, muchísimo más pequeña de lo que jamás se había sentido de adulta.

—La verdad es que no lo sé —dijo—. Campo es cinco años menor que yo y últimamente no he estado muy al tanto de sus actividades. Yo vivía aquí en Nueva Orleans antes de casarme, y Pace y yo (Pace es mi marido, que ya ha muerto) estábamos sobre todo el uno por el otro. Cuando estuve en Delacroix

sí tuve oportunidad de ver a Campo, por supuesto, pero nunca me enteré de nada raro respecto a su conducta.

Marble sacó un paquete de cigarrillos Delicado y se llevó uno a los labios.

—¿Te importa si fumo? —preguntó, y antes de que la otra pudiera responder lo encendió con los casi cuatro centímetros de llama de un Zippo recién pulido y en una de cuyas caras había dos caracteres orientales grabados.

—¿Qué son esos garabatos de tu encendedor?

Marble exhaló un chorro azulado de humo mexicano, echó un rápido vistazo a sus lanzallamas, sonrió y lo dejó caer en el bolsillo izquierdo de su camisa de *cowboy* de satén rojo. Como tenía los pechos muy pequeños, Marble nunca llevaba sostén y le gustaba sentir el peso fresco y liso de su encendedor plateado contra su cuerpo.

—Es el nombre de una japonesa, Take Ahike. Ella me lo envió desde Japón. Es un tipo de escritura llamado *kanji*, según me dijo la chica. Se presentó en Madre de Dios porque un hombre mucho mayor que ella (Take tenía entonces dieciocho años), de unos cuarenta o así y además primo suyo, la tenía prisionera en casa de él en Gentilly Terrace. Ella había venido a Nueva Orleans para asistir al Instituto de Estudios Bíblicos Memorial Pillara Salt, y sus padres allá en Osaka pensaron que habían hecho bien alojándola con su pariente. El tipo tenía un taller de reparación de porcelana en Melpomene esquina South Tonti.

—Imagino que la dejó preñada.

—Ni siquiera llegó a matricularla en el instituto. La tuvo encerrada en un dormitorio insonorizado durante catorce meses. Le hacía escribir cartas a su casa contando lo bien que le iban los estudios y lo afable que era su primo.

—¿Cómo hizo ella para huir?

—Una noche, cuando su primo fue a llevarle la cena le clavó un palillo chino en el ojo derecho. El hombre solía verla comer y luego, antes de que ella terminara, la violaba. Por lo visto le excitaba mucho verla masticar. Take nos contó que el primo era como un conejo, mete saca y listo, pero que se lo hizo seis o siete veces diarias, en ocasiones más, y todos los días, incluso cuando tenía la regla, durante catorce meses. Take recordaba que en su primera noche en este país se despertó con la polla de él en la boca.

—¿Lo mató?

Marble dio varias caladas y luego aplastó el cigarrillo en un cenicero.

—No. Lo dejó ciego de un ojo y luego echó a correr casi desnuda y, lógicamente, sin dinero. No sabía dónde estaba. Coincidió que Helga Grandeza pasaba en aquel preciso momento por allí en su coche (Helga vive

en ese barrio) y se detuvo a recoger a Take y la trajo sin más a Madre de Dios. Nosotras nos hicimos cargo de todo y ella volvió a Japón.

—¿Sus padres saben lo que pasó? Me refiero al aborto.

—Lo dudo. Take dijo que a sus padres les afectaría muchísimo y que probablemente cometerían *seppuku* por no poder soportar la humillación.

—Podían haberse vengado del primo.

—De eso se ocuparon las Brausenkrieger, pero primero esperamos a que Take estuviera de vuelta en su país. El primo no hizo ningún intento de dar con ella, que sepamos. Le dijimos a Take que les contara a sus padres que el primo había muerto de un ataque al corazón.

—¿Qué pasó en realidad?

—La noche que ella se fue, fuimos a ver al hombre. Lo atamos a la cama en que había abusado de ella e introdujimos en sus orificios corporales un catálogo de utensilios eléctricos. Después, antes de que Take Ahike pudiera decir *sayonara*, le servimos su última cena. A ver si adivinas el menú...

—*Sushi* de pene.

Marble sonrió:

—*Mrs.* Gayoso, veo que tienes futuro en esta empresa, pero antes hay que ponerse de acuerdo en lo que respecta a tu hermano.

—Marble, deja que hable con Campo antes de que Die Brausenkrieger entren en acción, para ver si de hecho llegó a participar.

—Si no hizo nada por impedirlo, da igual que sólo estuviera mirando.

—Me enteraré bien. Campo no me dirá una mentira.

—Está bien, Tombilena. En cualquier caso esos chicos no escaparán a nuestra atención.

—¿Y la mujer? ¿Sabes cómo se llama?

—Victoria China Realito, cuarenta y cinco años, de Port Arthur, Texas. Estaba en Nueva Orleans liquidando los bienes de su hermano, un prestamista que fue asesinado hace unas semanas. Se encontró con uno de ellos, Gallo Viudo, en el Phil's Lounge de St. Roch y luego le acompañó a Delacroix. Es todo cuanto sabemos. *Mrs.* Realito se encuentra en el Hotel Dieu bajo el efecto de tranquilizantes. Madonna Kim y Junebug han ido a verla para consolarla.

De pronto, a Tombilena se le llenaron los ojos de lágrimas y dijo:

—Marble, sé que eres bastante más joven que yo, pero en cierto modo es como si fueras mayor. Este mundo es espantoso, pero parece que le tienes bien cogida la medida.

Marble alargó el brazo sobre la mesa y tomó las temblorosas manos de Tombilena entre las suyas.

—Como decía Jeremías cuando estuvo en el *juzgado*^[20]: «El Señor está conmigo y es terrible y poderoso: así pues, mis perseguidores tropezarán y no verán el triunfo: grande será su vergüenza, ya que no prosperarán: su perpetua confusión jamás será olvidada. Pero, oh, Señor de multitudes, tú que pones a prueba a los justos y ves las riendas del corazón: permite que asista a tu venganza. Pues a ti te ofrezco mi causa y en ello encuentro solaz».

—Oh, Marble, querida Marble, qué difícil es no sufrir.

—Bien lo sé, Tombilena. Una de las razones de que esté en este planeta es para distribuir el sufrimiento de un modo más equitativo.

PRUEBA DE PANTALLA

Tombilena siguió al guardia hasta una habitación de dos metros y medio por cuatro. El suelo estaba cubierto por un mugriento linóleo gris y las paredes de hormigón, pintadas de un azul pálido. No había ningún mueble. El guardia le dijo a Tombilena que se pusiera delante de una puerta metálica gris de dos metros y medio de alto con una angosta ventana practicada en ella entre un metro setenta y un metro noventa del suelo. Una tela metálica verde tapaba la ventana.

—Menudos canallas hay ahí dentro —dijo el guardia, un sujeto obeso de cutis color arcilla al que Tombilena calculaba poco más de treinta años. Candidato a muerte prematura por infarto, pensó.

El guardia exhibía un bigotito rubio que acariciaba constantemente como si fuera un gato amodorrado. Tombilena apartó la mirada y contempló la rejilla verde.

—Cuando salga el preso, hable directamente a la ventana.

Tombilena se secó la palma de las manos en los costados del vestido. Una sombra apareció del otro lado de la rejilla.

—Hola, hermanita —dijo Campo.

Tombilena quiso decir algo pero las lágrimas se lo impidieron.

—Venga, Tommy, no hay para tanto. Papá me sacará de aquí mañana por la tarde, como mucho.

—Casi no puedo verte —dijo ella.

Campo se echó a reír:

—Últimamente no estoy de buen ver, o sea que no te pierdes nada.

—Campo, eres mi hermano y te quiero. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro que sí, hermanita. Yo también te quiero.

—Sólo necesito saber si lo hiciste tú.

—Vamos, Tommy, aquí no podemos hablar. Espera a que papá me saque. Te lo contaré todo en casa.

Tombilena hizo un esfuerzo por distinguir la silueta de la cara de Campo, pero le fue imposible. Quería mirarle a los ojos.

—Dime sin rodeos si estuviste directamente implicado o no.

Campo movió la cabeza de derecha a izquierda y de arriba abajo. Luego apoyó sobre el pecho la barbilla sin afeitarse.

—No es tan sencillo, Tommy. De momento no puedo decirte más.

—Se acabó el tiempo —dijo el guardia.

Campo levantó la cabeza y apretó la nariz contra la rejilla.

—Mañana estaré fuera, hermanita. Ve a casa de papá.

Antes de que Tombilena pudiese responder, Campo desapareció. El gordo abrió la puerta que daba al exterior y ella pasó sin mirarle.

Mientras bajaba en el ascensor, Tombilena tuvo una súbita imagen de Campo a los seis años, sentado al último sol de la mañana en un malecón de Delacroix con sus escuálidas piernas de chiquillo colgando sobre el agua. Sobre el regazo tenía una serpiente muerta, un grueso mocasín de agua negro de casi un metro de longitud. Campo lo estaba cortando a rodajas con una navaja oxidada, sudando en silencio mientras trataba de cercenar la vampírica cabeza colmada de veneno. Tombilena, por entonces de diez años, se había quedado junto a él y lo contemplaba en plena concentración. Campo tenía los ojos como retraídos en algún compartimento secreto de su cara. No alzó la vista mientras su hermana estuvo allí. El chico trabajaba febrilmente a medida que la víbora vomitaba sangre y vísceras, que le habían salpicado la frente, las mejillas, el pecho y las piernas. En el momento en que el banco de memoria de Tombilena evocaba la cabeza del mocasín cayendo al malecón, relucientes sus descoloridos colmillos al sol de mediodía, la puerta del ascensor se abrió en la planta baja del edificio y ella avanzó con los demás ocupantes hacia el vestíbulo.

Tombilena permaneció absolutamente inmóvil durante todo un minuto, sudando igual que su hermano aquel día en el malecón, y esperando a que le pasara la horrible sensación que la invadía. Era como si el menor movimiento por su parte pudiera provocar que un monstruo sanguinario hundiese sus venenosos dientes en lo más hondo de su desvalido cerebro.

CUANDO LA VIDA ES COMO UN HOTELUCHO

Querido Jesús:

Bueno pues ya está. Ésta es la carta número 666 que te escribo después de varios años. 666 es el número del diablo como Tú bien sabes y tenía pánico de llegar a ella pero no puede hacerse más que mostrarle que su nombre y su número no significan nada para quien cree en la Virtud o sea que considérala simplemente una carta más de mí para Ti. Aquí en Madre de Dios tenemos un buen lío. Hay un problema que he pensado era mejor compartir contigo antes de decidir nada. Una de las chicas que ha venido últimamente a trabajar con nosotras se llama Tombilena Gayoso es isleña como su hermano que participó en una agresión sexual contra una chica en Delacroix. A la chica la violaron seis hombres con tacos de billar era un puñado de pescadores parecidos supongo a aquéllos con los que Tú ibas en aquel entonces. La dificultad estriba en que esta mujer que forma parte de nuestra organización desea salvar a su hermano de la ira de los Justos que como ella sabe caerá sobre cada uno de esos hombres que han obrado por mano del diablo. Hoy Jesús ha caído un rayo cerca del tejado de nuestro edificio y venía de una nube en forma de yunque las chispas duraron más de veinte minutos. Yo no estaba tan asustada como sorprendida e impresionada por el despliegue de fuerza de tu Papá. Observando todo aquel cielo eléctrico me vino no sé por qué a la cabeza cuando yo era mucho más pequeña y mi papá estaba todo el día borracho cuando se caía por la calle en cualquier sitio incluso en medio de la calzada y se quedaba dormido. Siempre le rescataba alguien y luego él no recordaba qué había pasado. Se recuperaba y me decía que estaba hecho un lío desde su divorcio de mi madre Bird que ahora vive en Florida y que no le importaba lo que pudiera ocurrirle. Pero la difícil decisión que te decía es si debemos dejar que Tombilena se ocupe ella sola de lo de su hermano. Estoy tentada de dejarla como modo de poner a prueba su compromiso con nuestra causa en Madre de Dios. Como te he dicho Die Brausenkrieger ya están a punto para ocuparse de los otros cinco y de hecho antes de ir a los tribunales. A saber si no escaparían en barco del país y se saltarían el juicio. En el telediario de ayer hablaban de una niña de seis años que se escapó de su casa en mitad de la noche. Encontraron al hombre que lo había hecho cuando fue a dejarla a su casa después de haber abusado de ella de todas las formas

posibles y haberla atiborrado de drogas y quemado el cuerpo con la brasa de un cigarrillo. Este hombre llevaba tatuajes de un lagarto en un brazo y en el otro creo una calavera pero este último se lo cortó después que la niña le contara a la policía lo de ellos dos y la información salió en un periódico que él debió de leer. El hombre había raptado y se había acostado con niñas de hasta nueve meses de edad Jesús a veces no puedo ni creer que pueda existir tanta enfermedad suelta por ahí. Si es para probarnos la verdad es que es una prueba muy dura Tú sabrás por qué. Doy gracias de ser una joven tan fuerte pero a veces me siento mayor que casi todo el mundo es raro ¿verdad? La otra mala noticia es que Wes mi papá ha vuelto a las andadas. La otra noche le descubrí hinchado de cerveza en el porche y lo arrastré adentro y una vez en casa se despertó diciendo No quiero morir en un hotelucho No quiero morir en un hotelucho. Odio decir esto Jesús pero la vida es más espantosa cuanto más sabe una de ella.

Tu leal servidora
MARBLE

LOBOS DE LA NOCHE

—A ver qué os parece esta idea —dijo Madonna Kim ante la comisión directiva de Madre de Dios reunida el martes por la noche— Ya sabéis cómo funciona hoy día con los programas tipo que emite la televisión por cable; *La noche de la comedia*, *La noche de los dibujos animados*... en fin. Pues yo creo que debería existir un canal especial para ejecuciones. En estados como Utah, Texas, Florida y nosotros que tenemos la pena capital, serían emitidos en toda la nación. Para que todo el mundo se entere de qué va la cosa.

—Decididamente es una de tus mejores ocurrencias, M. K. —dijo Saramel Meridian—. Lo digo en serio. Sería mejor aún coger a esos mierdas de las inmobiliarias que le roban los ahorros a la gente, y a esos bandidos de agentes de bolsa, delincuentes de guante blanco que han timado a todo el mundo por cientos de millones, y colgarlos en la televisión pública, dejar que se retuerzan hasta que no queden más que las vísceras ondeando al viento. Así, la gente podría sintonizar a cualquier hora del día o la noche, durante meses, y ver lo que les pasa a los responsables de que millares de personas pobres e incapacitadas se mueran de hambre.

—Vaya, me gusta —dijo Madonna Kim, asintiendo con entusiasmo—. De hecho, creo que deberíamos ampliar nuestras actividades para incluir en ellas a hombres como los que has descrito. A éstos habría que masacrarlos en vez de que pasen un año o dos en un club de campo de mínima seguridad y paguen lo que para ellos es una filfa de fianza.

—Lo que me revienta —dijo Saramel— es lo rápido que descubren la religión, y estoy segura de que en eso son sinceros.

—Ayer recorté una noticia del *Times-Picayune* —dijo Madonna Kim mientras sacaba un trozo de papel del bolsillo—, que fue lo que me hizo empezar a cavilar todo esto. Es la necrológica de Albert Pierrepont, muerto en Londres a los ochenta y siete años de edad.

—¿Quién era? —preguntó Junebug Gilliam, arrimando un fósforo a su colilla de Prince Edward.

—El verdugo nacional de Inglaterra en los últimos veinticinco años. Su padre y su tío también habían ejercido de lo mismo. Dice que mandó al

descanso eterno a cuatrocientos treinta y tres hombres y diecisiete mujeres. En un trabajo que escribió en la escuela cuando tenía doce años, Pierrepont decía: «Me gustaría ser verdugo como mi papá, porque para eso hace falta firmeza y habilidad manual».

—Falta saber si lo decía honradamente —observó Saramel—. Probablemente no.

—El artículo dice que una vez jubilado cambió de parecer sobre el poder disuasorio de la pena de muerte. Es lo que hacen muchos antes de palmarla. Pero lo mejor es esto: «Su pasado nunca le gastó una jugarreta a su conciencia», dijo Patricia Wynne, propietaria del asilo donde murió Albert Pierrepont. «Él no se comía el coco».

—Ni nosotras tampoco —dijo Junebug, disfrutando de su puro—. Yo no, al menos.

Marble Lesson se puso de pie y en la sala se hizo el silencio.

—He decidido que Tombilena Gayoso se ocupe del caso de su hermano —anunció— Estoy segura de que sabrá llevar las cosas a nuestra entera satisfacción. De los demás nos ocuparemos nosotras.

—Lo que tú digas —dijo Saramel, y las otras la apoyaron.

Espontáneamente, las mujeres se pusieron de pie y formaron un círculo cogidas de las manos, entornando los ojos al hacerlo. Junebug mordió tiernamente su Prince Albert.

Habló Marble:

—«Pues he oído una voz como de mujer en el parto, y los sufrimientos de ella al dar a luz a su primer hijo; la voz de la hija de Sión, que se lamenta, que extiende sus manos, diciendo: “¡Ay de mí!, pues mi alma está cansada por culpa de los asesinos”.

»Así hablaba Jeremías, quien también dijo: “Y por tanto un león de la selva los asesinará, y un lobo de la noche los destruirá, un leopardo vigilará sus ciudades: todo aquel que salga será despedazado...”. Alabado sea Dios, benditas sean las fieras que nosotras encarnamos para cumplir los designios del Señor. Amén».

—Amén —corearon todas.

BESO FATAL

La noche antes de que Tombilena partiera para Delacroix, Marble le había hecho entrega de una pistola Glock de 9 mm y diecisiete disparos y un ejemplar de *Mujeres magníficas: Biografía íntima de Hilda Brausen*, por Eva von Blutvergiftung, traducido del alemán por Irma Zunge.

Ambas cosas descansaban ahora junto a Tombilena Gayoso en el asiento delantero de su Toyota 4-Runner mientras se dirigía hacia el este por la estatal 46 de Louisiana. La víspera, demasiado nerviosa para conciliar el sueño, Tombilena había leído varios capítulos de *Mujeres magníficas* antes de quedarse roque durante un par de horas. Eva von Blutvergiftung había sido institutriz de Hilda desde los cuatro años hasta que Hilda cumplió trece, momento en que Eva, que contaba entonces treinta años, introdujo a su precoz pupila en las delicias carnales de la cultura sáfica. Este vínculo sexual se prolongó durante cuatro años, siempre en secreto, hasta que la pareja fue encontrada por el padre de Hilda, Bruno, en pleno acto de lo que ellas denominaban «liberar la pitonisa» en la despensa de la casa de veraneo que la familia Brausen tenía en Blindheit. Horrorizado y fuera de sí, *herr* Brausen golpeó a ambas con el mango de una fregona, de tal forma que hubo que hospitalizarlas enseguida. Bruno Brausen, magnate de la cerveza cuyo imperio se extendía de Munich a Ciudad de México y Shangai, desheredó a su hija de diecisiete años, arrojándola al mundo con un estipendio de pura subsistencia que sus abogados debían entregarle con cuentagotas a partir de que cumpliera los veintiún años. Los mismos abogados presentaron cargos contra la mujer a quien su cliente había columbrado como nefanda corruptora de menores, y consiguieron que le cayeran —tras un juicio que tuvo mucha publicidad— seis años de condena por comportamiento degenerado con una menor.

Fue durante su estadía en la colonia penal para mujeres de la isla de Schwips cuando Eva von Blutvergiftung escribió la primera parte de su biografía. Luego dejó de escribir hasta la muerte de Hilda. Dada la notoriedad de Hilda Brausen como polemista en los años anteriores a la Gran Guerra y la controversia suscitada en torno a las circunstancias de su muerte, Eva —que no se había visto ni carteadado con su antigua amante desde que los pormenores

de su relación fueron presentados por la prensa europea a la opinión pública del modo más escandaloso posible— terminó su libro incluyendo en él no sólo material de carácter privado sino también un extravagante análisis del instinto sexual femenino y de sus reacciones que, más adelante, resultó extremadamente útil a Wilhelm Reich en su investigación para *La función del orgasmo*, como él mismo reconoció.

Prohibido por los gobiernos de Alemania y Austria durante más de una década a raíz de su publicación inicial en Zurich en 1920, *Mujeres Magníficas* se convirtió en un *bestseller* internacional, y en vida de su autora no dejaron de hacerse nuevas ediciones en alemán, francés, italiano e inglés. Eva von Blutvergiftung murió en 1960 en Nueva York, donde había sido propietaria de un vivero en la Segunda Avenida especializado en serpientes pitón. Se estimó que debía de tener al menos noventa años.

A Tombilena el libro le pareció difícil —en parte debido a la afectada y obsoleta traducción de Irma Zunge— pero fascinante. Además de la historia de amor entre la mujer y la chica, lo que desconcertó a Tombilena fueron las copiosas clasificaciones que la autora hacía de la dinámica sexual. Tombilena nunca había imaginado que follar diera para llenar tantas páginas. De lo que a su entender no había ninguna duda era de que la lectura de aquella exégesis había servido para reprimir en ella cualquier forma de deseo sexual. De todos modos no iba muy lanzada últimamente, pero la vieja Eva, se decía Tombilena, podía ser tan fantásticamente asquerosa como la que más.

Tombilena echó un vistazo a la Glock, admiró sus líneas y levantó la pistola con la mano derecha. Sopesó el arma en la palma mientras volvía a mirar la calle y, de pronto, la sensación letal implícita en el peso de la pistola la sobresaltó. Una especie de negrura le subió por el brazo y Tombilena dejó caer el arma al asiento. Luego apretó la cara interna de su muñeca derecha sobre sus labios, besó su calor, y finalmente consiguió acercar el 4-Runner al bordillo y parar el motor antes de desmayarse.

SOUVENIRS

—¿Le asustan los relámpagos, *Miss Marble*?

Marble Lesson había ido a visitar a Victoria China Realito a casa de Junebug Gilliam, donde la víctima de una violación se recuperaba en el anonimato.

—Nunca me han hecho mucha gracia —dijo Marble—, desde que un día que iba en un Greyhound por Misisipí nos cayó un rayo encima. El autobús se estrelló y todos los pasajeros murieron menos yo. Entonces tenía catorce años.

—Después de que mi hijo pereciera ahogado —dijo Victoria China— estuve vagando durante años. Iba de un sitio a otro sin importarme demasiado lo que pudiera ser de mí. Bebía mucho, sobre todo vino barato. Un día conocí a un hombre por la calle en West Memphis, Arkansas, y él me enderezó. El hombre había sido agrónomo antes de dedicarse a la botella. Nos fuimos a vivir juntos. Cierta ocasión en que nos habíamos cobijado en un edificio abandonado durante una tormenta horrible, él me contó que los relámpagos son buenos para las cosechas.

Marble, sentada en una silla de mimbre de respaldo recto cerca del columpio de porche donde estaba tendida Victoria China, estudió detenidamente la cara de la mujer. Su topografía, decorada por líneas negras, azules, grises y rojas, recordaba a un mapa de carreteras del centro del estado de Illinois.

—Yo pensaba que eso eran cuentos chinos —dijo Marble.

—Pues no. Cuando el relámpago atraviesa la atmósfera, transforma el nitrógeno en amoníaco, y el amoníaco ayuda a las plantas a crecer. Las acacias y las habas de soja también transforman el nitrógeno en amoníaco, igual que las algas. Naturalmente, toda materia orgánica que se descomponga en el suelo cumple la misma función. Es uno de los procesos básicos que crea un entorno capaz de mantener por igual a las plantas y los animales.

—¿Y todo eso lo aprendió de ese borracho con el que se fugó en West Memphis?

—Él fue quien despertó mi interés por los relámpagos. Después leí algunas cosas por mi cuenta. Emil (que así se llamaba) y yo habíamos dado clases en un instituto del Este. Creo que era profesor de agronomía. De

plantas sabía un rato, eso sí. Al final nos separamos estando en Helena, Arkansas, y nunca le he vuelto a ver.

—*Mrs.* Realito, quiero que sepa que el equipo de Madre de Dios va a ocuparse de este problema a su manera.

Los ríos y carreteras de la cara de Victoria China se agitaron furiosamente, como sacudidos por un terremoto de considerable magnitud.

—Las primeras cabelleras se cortaron durante la guerra entre indios y franceses —dijo—. Los franchutes obligaron a los salvajes a hacerlo para llevar una cuenta exacta de los muertos. ¿Qué prueba han pensado ustedes traerme?

CÓDIGO DE INDUMENTARIA

Campo Gayoso se sirvió una tercera taza de café Community, la dejó reposar y se sentó a la mesa de su cocina. Dejó sonar por segunda vez la cinta de Patsy Cline. Una de sus amigas, Billy Kate Kimbrough, la había llevado hacía más de un mes y no había vuelto a pasar. *I've got these things, she's got yon*, cantó Patsy. El *country* antiguo no era la clase de música que Campo solía escuchar, pero reconocía que aquella mujer tenía un talento innato para provocar tu interés. A Campo le gustaban las cosas claras, entendiendo por eso qué, cuándo y dónde lo quería, sin importarle el porqué. Dado que aquél era su primer día en libertad desde que su padre, Rodrigue, había pagado la fianza por el asunto de la violación y las agresiones físicas, Campo meditó sobre sus naturales deseos de contacto humano, cogió el teléfono y marcó el número de Billy Kate.

—Diga.

—Oiga, ¿*miss* Billy Kate Kimbrough? Si responde correctamente a esta pregunta, gana usted un viaje a Las Vegas, Nevada. TGP.

—¿Qué significa la sigla?

—Todos los gastos pagados. Bien, ¿por qué se enfadó tanto la rubia cuando encontró en el buzón su nuevo carnet de conducir?

—Déjeme pensar...

—¡Tiempo! Se enfadó porque en la casilla del sexo ponía *hembra*.

—¡Santa Rosa de Lima, Campo! ¿Ya te han soltado?

—Los barrotes de mi celda no han podido detenerme, pero tus brazos sí podrían.

—¿Eso que suena de fondo es mi cinta de Patsy Cline?

—La he puesto esta mañana pensando en ti. ¿Quieres venir a buscarla?

—Me encantaría, Campo, pero no puedo. Esta madrugada, a las cinco, han detenido a mi tío Rex en Violet por conducta lasciva y obscena. He de ir a cuidar a los críos de mi prima Connie mientras ella le saca de comisaría.

—¿Qué ha hecho su padre esta vez?

—Exhibirse delante de un oficinista moro en el Kwik-Way. Tío Rex llevaba su vestido azul.

—Parece que últimamente es su prenda favorita.

—Tío Rex ya tiene cuarenta y seis años y me temo que ahora le van a llevar a Oriental.

—Estará bien si le dejan llevarse su guardarropa. Rex nunca ha hecho daño a nadie, ¿verdad?

—No, sin contar las toneladas de escombros mentales que ha engendrado en su hija.

—Connie se las va arreglando. ¿Siguen juntos ella y Edgar Zarzoso?

—Más o menos. Últimamente, menos.

—Haría mejor en poner a ese soplapollas de patitas en la calle.

—Edgar tampoco ve con buenos ojos los hábitos de tío Rex.

—La verdad es que tienen gustos distintos para indumentaria.

—Campo, cielo, hoy no es muy buen día para mí. Encima tengo la regla, me acaba de empezar.

—Nunca me ha molestado la vista de la sangre femenina. Tú ya lo sabes, Billy Kate.

—Me gustaría que me contaras tu versión de la historia. A lo mejor paso más tarde.

—Lláname. Si no, estaré en el bar.

—Bien, cariño. Adiós.

Campo colgó. Patsy gemía su *Sweet Dreams*. Tomó un sorbo de café y decidió añadirle un toque de Wild Turkey.

Tombilena entró en el cuarto, vio la botella y le dijo a su hermano:

—Espero que sepas que estás en un buen lío.

Campo rió, enseñó buena parte de su deteriorada dentadura y se sirvió.

—*¡Bem-vindo, irmã!* —dijo— Nunca he llevado un vestido azul, si te refieres a eso.

EL FUTURO DEL JAZZ

Junebug Gilliam y Marble Lesson estaban una al lado de la otra en la lavandería de Madre de Dios, doblando la ropa que acababan de sacar de la secadora. Todas las mujeres que trabajaban en el centro se turnaban regularmente para hacer las faenas domésticas. A Junebug le encantaba doblar ropa, según le dijo a Marble, porque repetir una y otra vez los mismos movimientos le recordaba quién era y por qué estaba en este planeta.

—El gran defecto de la mujer es querer ser como el hombre.

—¿Qué has dicho?

—Me salió ayer en un *fortune cookie*^[21] —dijo Junebug— En el Tu Luong. Por poco no pago la cuenta.

—Sin embargo, Junie, el hecho es que no hay ninguna buena razón para que la mujer desee ser como el hombre. No es que los chinos que se inventan esos aforismos tengan ni zorra idea, pero es así.

—Esta mañana al levantarme puse un disco antiguo que era de Elton Esto, mi segundo marido. Tocaba la batería con King Wiggly y sus Jazz Rabbits. Seguramente no te sonarán, eres demasiado joven.

—¿Qué disco era?

—Thelonious Monk y Johnny Griffin en el Five Spot; el segundo tema, *Comin' on the Hudson*, ése en que parece que se van deslizando y te meten por el oído un sueño de azul antes de que sepas qué ha pasado. Elton Esto solía poner esa canción o bien *Bolívar Bines* cuando se levantaba, hacia las dos o las tres de la tarde. Encendía un Kool, se preparaba un bloody mary doble y cuando se disponía a tomar el café ya estaba sonando Monk en *Functional*. A Elton Esto le chiflaba Monk por las mañanas; decía que su música evitaba que la Tierra diese la vuelta de campana.

—¿Qué ha sido de él?

—¿De Monk o de Esto?

—De Esto.

—Tuvo un ataque al corazón cuando estaba fumando cocaína con la mujer de King Wiggly, Phaedra. Hacía meses que estaban liados sin que nadie lo supiera. Wig y yo nos enteramos y hubo unas cuantas escenas desagradables,

pero cuando Phaedra y Esto acabaron destrozados por la coca yo me largué. Wig obligó a Phaedra a ir a un centro de rehabilitación, pero no dio resultado. A Phaedra le rajaron el cuello, un año después, en Miami, mientras hacía de puta para comprar droga. Los polis la encontraron ahogada en su propia sangre a las cuatro de la madrugada, frente al hotel Casablanca.

—Guárdame de las trampas que me han puesto... —dijo Marble—. Que los inicuos caigan en sus propias redes mientras yo escapo.

—Guárdame, oh Señor —añadió Junebug—, de las manos de los inicuos; presérvame de los violentos, que se han propuesto enturbiar mi proceder.

Marble y Junebug dejaron de doblar ropa y se abrazaron.

—No temas al miedo súbito —susurró Marble— ni a la desolación de los inicuos, cuando ésta llegue.

—¿Cuándo haremos algo contra los que violaron a Victoria China?

—En cuanto Tombilena acabe con su hermano.

—¿Crees que será capaz?

—La prueba es muy dura, Junie, pero creo que sabrá ver la verdad y actuar en consecuencia.

Junebug sujetó por los hombros a Marble y la miró a los ojos.

—Eres increíble, chica. No me importa decir que de la gente que he conocido eres la que se lleva el primer premio.

Marble sonrió:

—He andado delante de ti con verdad y un corazón perfecto.

—Oye, ¿tú crees que el diablo sabe con quién tiene que habérselas aquí en Madre de Dios?

—Si lo supiera —dijo Marble—, nuestro trabajo no sería ni de lejos tan complicado.

CUATRO VERDADES

—Está bien, Tommy, te diré lo que pasó. Esa tal Vicky, como se hace llamar, estaba con Gallo Viudo, a quien había conocido esa misma noche en Nueva Orleans. Estaban los dos tomando una copa en Phil's Lounge en St. Roch cuando él va y le cuenta que es de Delacroix, y ella le contesta que nunca ha estado allí. Pues a qué esperamos, dice él.

Tombilena y Campo estaban sentados en el porche de la casa de él, bebiendo ron Mount Gray con zumo de naranja. Tommy veía con claridad que su hermano no consideraba la situación como de máxima gravedad. La buena disposición de Campo a contarle toda la historia la interpretaba más como una especie de favor o cortés gratificación que como prueba de que el asunto era de vida o muerte, como así se lo parecía a ella.

—Yo creo que Gallo se imaginó que tenía el campo libre, ya me entiendes. Hasta aquí, todo de lo más normal.

—¿Se fue ella con Gallo en el coche de él?

—Era un camión. Un Ford Ranger color marrón al que siempre le patina el embrague. ¿Un poco más de ron, *irmá*?

—No gracias, Campo. Así está bien.

Campo bebió un poco de su vaso.

—Bueno, pues llegan al bar. Nosotros estamos jugando al billar: Poco, Lucky Yema, Valer La Pena, Sapo Feo y yo.

—¿Qué hora es entonces?

—Más o menos, las diez. Quizá un poco más. Gallo no se separa de esa Vicky. Todos la miramos, debe de tener la misma edad que él. No es nada del otro mundo.

—¿Estaba borracha?

—Todavía no, creo.

—¿Bebió con vosotros?

—Uy, como una esponja. Fiada las doce o doce y media, cuando las cosas empezaron a torcerse.

—¿A torcerse cómo?

—Verás, Tommy, esa Vicky contaba con hacer negocio.

—¿Quieres decir que Gallo era su chulo?

Campo asintió y dio otro sorbo.

—Tal vez se le ocurrió estando allí. Le dijo a Lucky que la mujer estaba dispuesta si había alguien con pasta suficiente y ganas de mojarla.

—¿Y tú?

Campo rió.

—Bueno, de acuerdo, te lo contaré. Estoy en la barra y de pronto veo que esa Vicky está despatarrada sobre la mesa de billar, con Sapo subido encima. Parece que a nadie le importa lo que está pasando, y a ella menos.

—¿Gallo le cobró algo a Sapo?

—Puede. No lo sé. En fin, toda la gente se acerca a la mesa de billar, aconsejando a Sapo y chorradas así.

Tombilena estudió detenidamente la cara de su hermano. No distinguía señal alguna de arrepentimiento.

—Continúa —dijo.

Campo se encogió de hombros y bebió un poco más.

—Eso es casi todo, Tommy. Verás, los hombres fueron depositando por turnos un billete de veinte dólares en la tronera de la esquina izquierda, junto a su cabeza. A lo mejor es que luego ella y Gallo se lo iban a repartir. El ambiente se enrareció. Se trataba de follársela o nada.

—¿Cuánto duró la cosa?

—Valer, que estaba como una cuba y tenía dificultades, agarró un taco y se lo metió.

—¿Estás diciendo que como no se le levantaba violó a la mujer con un taco de billar?

—Yo no me enteré de lo que estaba pasando hasta que la oí gritar. Valer le dijo que se callara, que lo hacía con la punta gruesa y que había pagado sus veinte, que lo comprobase en la tronera.

—¿Intentaste detenerle?

—Pero Tommy, yo también estaba borracho. En ese momento no me pareció tan grave.

Tombilena se levantó y volvió la espalda a su hermano. Sacó de su bolso la pistola Glock de 9 mm, aspiró una buena cantidad de aire bochornoso, se dio la vuelta y apuntó a Campo.

—¡Eh, Tommy! ¡*Irma!* —dijo él, sonriendo un poco— ¿Qué es esto?

—«Y yo traeré la desgracia a los hombres —anunció Tombilena Gayoso —, porque ellos han pecado contra el Señor: y su sangre será vertida como polvo, y su carne como estiércol».

Antes de que Campo pudiera borrar su sonrisa, su hermana hizo cuatro disparos. Dos balas penetraron en la frente de Campo unos centímetros más arriba del ojo izquierdo. Una tercera bala le chamuscó los espesos rizos negros y horadó la madera justo a su espalda para penetrar en la salita, rebotando allí en una lámpara metálica de mesa y alojándose en el techo. La cuarta le entró a Campo por la boca abierta y le salió por la parte posterior del cráneo en un ángulo de cuarenta grados, produciendo un profundo orificio en una tabla medio carcomida del piso del porche.

Inmóvil, aunque temblorosa, Tombilena contempló el cuerpo destrozado de su único hermano, el brazo armado en posición de reposo.

—«¿No se alzaré de pronto el que te ha de devorar?» —dijo la vengadora número uno de Victoria China Realito.

En aquel momento, la camioneta Dodge Ram de Rodrigue Gayoso aparcaba delante de la casa de su hijo. Tombilena se volvió y vio la cara de su padre detrás del parabrisas. Entonces levantó el arma de nuevo, apoyó la punta del cañón en su labio inferior y acabó definitivamente con la prole de Rodrigue Gayoso.

DOLOROSA PÉRDIDA

Querido Jesús:

La verdad es que aún tengo muchísimo que aprender en esta vida. Tombilena Gayoso de la que ya te había hablado disparó y mató a su hermano y luego disparó y se mató ella. Eso no era lo que yo pensaba cuando le entregué la pistola alemana que la cosa terminaría con el suicidio de una mujer buena. Su hermano Campo merecía la muerte de eso no hay duda en opinión de Madre de Dios pero ahora hemos perdido a una persona muy valiosa.

Imagino que Tomhilena no pudo aguantar el enorme peso de ser juez jurado y verdugo de su hermano. El error fue dejarla ir sola y de eso tengo yo la culpa pero de no ser por la horrorosa conducta de esos hombres depravados no habría tenido lugar esta dolorosa pérdida.

Jesús empiezo a ver clara una cosa y es que me temo que hagamos lo que hagamos en Madre de Dios el horror sigue y sigue. Yo y las demás que tenemos como guía Tu Santa Palabra y las enseñanzas de Hilda Brausen estamos resueltas a combatir ese creciente terror. Personalmente estoy convencida de que se avecinan maldades como nadie en este mundo ha imaginado jamás.

Como Isaías nos advirtió yo instruyo a mis hermanas y les digo a las timoratas que sean fuertes y que no teman puesto que Dios vendrá con su venganza pero Jesús ¿es suficiente la venganza?

*Tuya
MARBLE*

WHISKY DEL MALO

Rodrigue Gayoso permaneció desplomado como un águila ratonera sobre su taburete hasta que Wesson Lesson tropezó con él y volcó el vaso vacío que el casi catatónico pescador sujetaba en su mano cerrada.

—Lo siento, hombre —dijo el perpetrador, agarrándolo de su hombro izquierdo para recuperar el equilibrio—. Soy torpe de la hostia, sobre todo cuando estoy borracho. Le invito a otro trago. ¿Qué bebe?

Rodrigue Gayoso, deshecho por la pérdida de sus dos hijos, llevaba cuatro horas envenenándose sin prisa pero sin pausa en el Saturn Bar de St. Claude Avenue, Nueva Orleans. En los tres días inmediatamente posteriores a la doble y espantosa muerte, Rodrigue se había quedado como entumecido. Se había ocupado del funeral y presenciado la sepultura de sus hijos, y no había probado gota de alcohol hasta aquella tarde, para lo cual había ido en coche a la ciudad pues no quería permanecer por más tiempo en las cercanías de la mayor tragedia de su vida.

—Oiga, amigo, ¿usted respira? —preguntó Wes—. Dígame su marca.

El barman, un hombre menudo, achaparrado y casi completamente calvo con un tic en el ojo izquierdo, de nombre Bosco Brouillard, dejó una nueva copa sobre la barra delante de Rodrigue y le dijo a Wes:

—Early Times.

Wes sacó un par de billetes arrugados del bolsillo izquierdo de su pantalón y se los lanzó a Bosco.

—Yo pago —dijo—. Si este tío está muerto, ya me lo beberé.

—Mis hijos —dijo Rodrigue—. Mis hijos están muertos.

Wes Lesson tenía cerca de cuarenta años, cabello rubio, complexión media y empezaba a echar tripa. El hombre se tambaleó hacia el oeste y aterrizó en el taburete contiguo al adusto isleño.

—¿Cómo dice? ¿Qué se le han muerto los chavales?

Rodrigue asintió con la cabeza:

—Mi mujer, Feroza, descansa en paz. Y ahora mis hijos también, Campo y Tombilena.

El cangrejero de cincuenta y dos años, arrugado por la intemperie y quemado por el sol, acometió un giro de ciento ochenta grados, cogió el recién

servido vaso y lo vació de una sacudida. Acarició el recipiente con sus chatos y callosos dedos y lo depositó nuevamente sobre el mostrador de caoba.

—Qué putada, hombre —dijo Wes Lesson— A mí me sabría muy mal perder a mi hija Marble, tan rara y tan bonita ella. Un padre no puede hacer nada una vez son lo bastante mayores para hacer girar un picaporte. Y luego, o son de los que cazan o son de los cazados, ¿verdad?

Rodrigue Gay oso gruñó. Luego abrió y alzó sus ojos color carmesí sólo lo suficiente para comprobar con quién estaba hablando.

—Me llamo Lesson. Wes Lesson. Deje que le invite a otra copa.

—*Obrigado*. Yo soy Rodrigue Gayoso.

Wes hizo señas al barman y éste les sirvió dos copas más.

—¿Es de Delacroix? —preguntó Bosco—. El otro día oí en las noticias que había habido un doble asesinato.

—Sí. Eran mi hijo y mi hija.

—Caramba, sí que lo siento, *Mr. Gayoso* —dijo Wes— Creo que el mundo ya no puede estar más podrido.

—Foi um ato muito bruto. Custa-me trabalho cré-lo.

—No sé lo que ha dicho pero no le llevaré la contraria.

Wes bebió la mitad de su Crown Royal con agua, meneó la cabeza y dijo:

—«Y el Señor le dijo a Satanás: ¿De dónde vienes?».

—«De andar de acá para allá —respondió Bosco—, y de andar arriba y abajo».

—¿Qué se puede hacer? —dijo Wes.

—*Lamentar* —dijo Rodrigue.

—¿Cómo? —preguntó Wes.

—Afligirse —dijo Bosco— El destino de los vivos es afligirse.

—Jesús —dijo Wes.

Bosco sonrió y le guiñó el ojo del tic.

—Exactamente —dijo.

EL REGALO

El día de su diecisiete aniversario, en una fiesta celebrada en su honor en los locales de Madre de Dios, Marble Lesson anunció algo que sorprendió y encantó a sus compañeras de cruzada. Un ovario extraído a Helga Grandeza había sido inseminado *in vitro* con el semen de un donante anónimo, y el óvulo fecundado había sido introducido en la matriz de Marble. Así pues, Marble estaba embarazada del hijo de Helga, que la más joven pariría en pro de todo el colectivo. Marble informó a sus camaradas que la amniocentesis no podía ser practicada hasta la catorce semana de embarazo, pero que si el bebé era niña —de lo que estaban convencidas—, ella y Helga habían decidido llamarla Hilda Brausen Grandeza-Lesson. La noticia fue recibida con sofocados gritos de asombro, seguidos de una ovación y un arrebató de febriles abrazos.

—Se trata de un regalo para todas nosotras —dijo Marble—. Una ofrenda para las mujeres del mundo entero. Así, Hilda podrá llevar nuestro mensaje hasta el umbral del siglo veintidós.

Terminados los festejos en el centro, Marble regresó a su casa y se encontró con su padre y un compinche sentados en el salón de la casa que ella compartía con su progenitor en Upper Line, bebiendo *whisky*. Los dos hombres estaban en avanzado estado de embriaguez.

—Hola, preciosa. Feliz cumpleaños —dijo Wes Lesson—. Te presento a Rodrigue, un amigo. Rodrigue, ésta es mi hija Marble. Mi única, rara y bonita hija del alma. Rodrigue es de Delacroix, se dedica a pescar. Sus dos hijos han muerto hace poco. Una historia terrible, cariño. La peor que he oído en mi vida.

Marble se acercó hacia donde el último de los Gayoso estaba medio inconsciente, sentado en una apolillada butaca marrón con los ojos cerrados en sus siete octavas partes. Marble se detuvo junto a la butaca y miró a Rodrigue. Éste llevaba sobre el pecho una gran cruz plateada colgando de una fina cadena, y la figura del Cristo esculpido subía y bajaba al ritmo de su respiración.

—«Pues considero —dijo Marble— que los sufrimientos del tiempo presente no son dignos de ser comparados con la gloria que nos será revelada».

—Tienes razón, mi vida —dijo Wes—. Tú lo has dicho.

Marble miró a aquel grandullón borracho, su padre, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Levántate, papá —le dijo—, y anda a todo lo largo y lo ancho de la tierra, pues yo te la entregaré a ti.

Wesson Lesson levantó la cabeza y sonrió a su hija.

—Sé que lo harías, nena, como que hay Dios —dijo—. Lo que pasa es que yo no estoy a la altura.

LOS ÚLTIMOS JUSTOS

ASOCIACIÓN DE AUTODEFENSA CAMUFLADA EN UNA ESCUELA PARA SEÑORITAS

Nueva Orleans, 28 de agosto (SNS) — La policía de Nueva Orleans, con ayuda de agentes del Departamento Federal de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego, realizó a última hora de la noche de ayer una redada en la Escuela de Señoritas Hilda Brausen de Venus Street, en el barrio de Gentilly Terrace de esta ciudad.

Un portavoz del departamento reveló que la academia de modelos y buenas maneras, patrocinada por las más eminentes familias de la ciudad, estaba impulsando un servicio clandestino de señoritas de compañía, muchos de cuyos clientes masculinos eran asesinados por mujeres de las que esperaban favores sexuales a cambio de una cuota.

En la redada fueron arrestadas quince mujeres, incluidas cuatro menores. La propietaria de la escuela, Hilda Brausen Grandeza-Lesson, consiguió escapar y se cree que está refugiada en algún punto del área de Nueva Orleans.

En el lugar de los hechos fueron incautadas numerosas armas automáticas y semiautomáticas, un extenso surtido de ballestas, estoques, navajas de resorte y pistolas, así como una gran cantidad de heroína *china white* que, según fuentes oficiales, alcanzaría en la calle un valor de más de dos millones de dólares.

Según el agente federal Lance Boyle Jr., que ha estado investigando el movimiento clandestino feminista radical de estos últimos años, un grupo de autodefensa conocido como Die Brausenkrieger (las Guerreras de Brausen), cuya filosofía se basa en los escritos y la leyenda de la pensadora feminista alemana Hilda Brausen, se dedica a «limpiar la tierra de machos dominantes. Su objetivo es reducir el papel de los hombres en la sociedad al de los zánganos en una colmena». Y Boyle añade: «Las Brausen creen que la única función del macho es servir a la reina».

Hilda Brausen murió en circunstancias extrañas durante la Primera Guerra Mundial, al parecer mientras se hacía pasar por un hombre en el ejército alemán. Su homónima, Hilda Brausen Grandeza-Lesson, cuya edad rondaría los treinta y cinco años, es hija de la hermana Marble Lesson, fundadora de la Cruzada de Liberación Madre de Dios, una organización internacional dedicada al bienestar de la mujer en el mundo.

La hermana Lesson, que ha recibido el reconocimiento de organizaciones humanitarias y gobiernos de todo el mundo por sus desinteresadas obras, y de la que se habló en vida numerosas veces como candidata al Premio Nobel, fue decapitada hace diez años por miembros de una tribu rebelde en las afueras de Kismayu, Somalia. La hermana Lesson estaba en Somalia como miembro de la comisión planificadora de la Compañía Panafricana de Condones Madre de Dios.

CARTA NOCTURNA

Querido Jesús:

Desde la muerte de mi madre he vivido temiendo este momento la hora en que debería tomar una decisión muy importante sin tener a nadie en especial a quien acudir pidiendo consejo. Por eso he pensado en escribirte a Ti consciente de que mi madre mantuvo constante correspondencia contigo desde su niñez hasta su fallecimiento en la jungla.

Te escribo a medianoche desde la buhardilla de una casa de Ptolemy Street en Algiers Louisiana donde me he refugiado aunque voy a tener que irme mañana por la noche. La pregunta que me hago es de qué forma continuar la lucha. A diferencia de mi madre yo no soy una persona religiosa y no me considero cristiana o sea que ya sé que es realmente extraño verme escribiendo una carta a Jesús. Lo que pasa es que me siento acorralada y necesito saber adónde voy. Recuerdo que de niña mi madre me contaba que Tú eres el único hombre que haya existido nunca que ni vivo ni muerto decepcionó jamás a ninguna mujer. Ella solía cantarme para dormir aquel himno que dice En Jesús tengo mi mejor amigo. A medida que pasa el tiempo Jesús la echó más a faltar. Marble Lesson fue una santa donde las haya seguro que estarás de acuerdo.

Conozco a una mujer que se llama Viridiana Temoign Crosby y ha fundado la Iglesia de la Idea Renovada de la Vida Nueva en una pequeña localidad de Arkansas llamada Daytime que es adonde tengo pensado ir. No es que esté precisamente en el ombligo del mundo pero Virdy cree que allí encontraré un remanso de paz al menos por una temporada. Si tienes alguna respuesta para mis dudas Jesús Tú ya sabes cómo buscarme. Si estás en contacto con mi madre por favor dile que la echo de menos y que la quiero y que estoy haciendo lo posible por llevar adelante el trabajo aquí en lo que ella solía llamar el Gran Planeta Airado.

Te saluda cordialmente

HILDA BRAUSEN GRANDEZA-LESSON

NARIZ POR NARIZ

—No es que no esté contigo, H. B., pero que el Señor hiciera a los hombres debió de ser con alguna finalidad, aparte de la de aparearse, claro.

—Pues yo, Virdy, creo que el Señor, suponiendo que exista y que tenga algo que ver con todo esto, les hizo una injusticia a las mujeres al no dotarlas de la capacidad de autorreproducción. Otras especies bien que pueden. ¿Por qué no nosotras?

Viridiana Temoign Crosby, pastora de la Iglesia de la Idea Renovada de la Vida Nueva, y Hilda Brausen Grandeza-Lesson, fugitiva de la justicia, buscada en el estado de Louisiana por asesinato y tráfico de drogas, paseaban por el bosque de abedules que había detrás del templo de la Idea Renovada en Daytime, Arkansas. Hacía bastante calor para finales de octubre y las dos mujeres se encontraban a gusto sin chaqueta a media mañana. Hilda había encontrado refugio, al menos provisional, en Daytime; la hermana Crosby siempre había simpatizado con el feminismo radical de H. B. Por añadidura, la famosa madre de Hilda, la difunta Marble Lesson, era toda una leyenda entre las feministas progresistas del mundo entero, hecho que acreditaba notablemente a su hija.

—Lo que les puso a parir fue lo de las narices —dijo Hilda—. La prensa alucinó con la noticia.

—¿Has dicho narices?

—Sí. Verás, en los primeros tiempos de Madre de Dios, cuando mi madre estaba en la organización, había un grupo de misiones secretas llamado Die Brausenkrieger que se ocupaba de vengar a las víctimas de abusos especialmente repugnantes.

—Me parece recordar que mi tía Mamie Eisenhower Temoign comentó algo al respecto. ¿No habían asesinado a unos pescadores acusados de violar a una mujer?

—Cierto. Ella se llamaba Victoria China Realito. Insistió en que Die Brausenkrieger le trajeran las narices de los hombres que la habían maltratado, como prueba de su ejecución y como mensaje para todos los hombres.

—¿Y por qué narices?

—Cuando los japoneses invadieron Corea en 1597, amputaron la nariz a más de veinte mil coreanos como prueba de que los habían matado. Los soldados se llevaron aquellos testimonios a Japón y los enterraron en lo que pasó a llamarse la Tumba de las Mil Narices. Parece que Victoria Realito había leído algo de esto, y así fue como empezó la moda de las narices. En la Escuela de Señoritas Hilda Brausen de Nueva Orleans reimplantamos aquella tradición durante nuestras actividades extracurriculares.

—¿Y qué hacíais con tantas narices?

—Si eran de hombres casados, las mandábamos por correo a sus respectivas esposas. Si no, las echábamos al montón de abono para nuestro huerto biológico. Ay, Virdy, cultivábamos las mejores calabazas y los mejores tomates que hayas comido en tu vida. No me cabe duda de que es el uso indiscriminado de pesticidas lo que ha originado lesiones cerebrales a tantos y tantos americanos. Sabes, si una se para a pensarlo, el mundo está tan mal, y peor que va a estar, que quizá ya no tenga remedio.

LA PASIÓN DE HYPOLITE CORTÉZ

PASIÓN

Parshal Lee partió el cráneo de mono con un martillo de punta, lo cogió y bebió los fluidos del hipotálamo del simio muerto. Era un individuo decidido. Si había que hacer eso para recuperar el cariño exclusivo de Hypolite Cortéz, maldita sea que lo haría. Eso y cualquier otra cosa que le pareciese lógica a *Miss* Consuelo Yesso, consejera de Parshal en asuntos relativos al amor y las finanzas.

Parshal Lee era artista, pintor de retratos, y cada día montaba su tenderete cerca del seto norte de Jackson Square, en Nueva Orleans. Tenía treinta y ocho años y era nativo de Meridian, Misisipí, un lugar al que no tenía deseo alguno de volver. Parshal no había estado en Meridian desde que su madre, Zolia Versailles Lee, recibiera sepultura cuatro años atrás justo enfrente del campo de los Dixie Boys. No tenía parientes vivos que él supiera, aparte de un tío bastardo de ochenta y cuatro años llamado Get-Down Lucky, que era medio gitano y vendía biblias a domicilio en Dothan, Alabama. Fue precisamente este tío quien comunicó a Parshal en el funeral de Zolia Lee que el significado de la vida estaba basado en una idea muy simple. «Lo importante no es lo que se come —le dijo Get-Down Lucky—, sino el modo de masticarlo».

Roy L Lee, el padre de Parshal, había desaparecido un día antes de que su hijo cumpliera catorce años. Roy L (carecía de apellido materno y él mismo había adoptado aquella letra para poder escribir algo en los formularios que así lo requerían) había huido supuestamente de Meridian con el fin de evitar ser procesado por un grave caso de robo. Él y un refugiado salvadoreño manco de nombre Arturo Trope, el cual había trabajado como ayudante en una funeraria de Meridian, habían sido detenidos mientras exhumaban unos cadáveres recién sepultados para robarles los anillos, collares y otros artículos de valor con que estaban adornados. Ambos habían escapado tras ser puestos en libertad bajo fianza, y dos meses después Arturo Trope había muerto durante la perpetración del atraco a mano armada en una joyería de Capitol Street, en Jackson. No se había vuelto a saber de Roy L desde el vilipendio del cementerio. Parshal consideraba a su padre un hombre muerto, y a sí mismo una persona independiente. Para salir adelante sólo contaba con el talento que

Dios le había dado, pues Roy L se figuraba que su padre no había tenido nada que ver en ello.

Parshal estaba sentado en el porche de su *bungalow* de alquiler en Spain Street, Marigny, asimilando el amargo sabor del fluido glandular de mono con un lingotazo de Rebel Yell. Estaba obsesionado pensando en su novia de antaño, Hypolite Cortéz, y en el hecho de que le hubiera abandonado por una mujer. Hypolite vivía ahora con una bailarina exótica llamada Irma Soon, una chino-panameña que simulaba copular con una pitón seis noches por semana en el club Big Nig's Gauchos'n 'Gals de Pelican Avenue, Algiers. Parshal confiaba en que la receta de Miss Yesso conseguiría hacer volver a Hypolite a sus cabales y a él. Sin dar ninguna explicación, ella se había limitado a dejar una nota sobre su almohada de satén rojo bordada en amarillo con las iniciales P y H entrecruzadas: «Parshal, tú me has cuidado mejor que nadie pero me he enamorado de Irma Soon y creo que ése es mi destino. Hemos pasado dos buenos años juntos, sin embargo el amor ha de ser algo más que bueno y sólo con Irma Soon he llegado a sentir lo que normalmente se entiende por éxtasis. Espero que algún día conozcas por ti mismo con otra persona lo que es sentir lo que yo siento con Irma. Con todo mi amor y va en serio. Hypolite».

Parshal Lee había entregado la nota a Consuelo Yesso, quien hizo una bola con el papel, la sumergió en unos polvos a base de alas de mosca y lenguas de lagarto y le dijo a Parshal que se la tragara, cosa que éste hizo. Ingiriendo la nota de Hypolite aderezada con aquellos intencionados ingredientes, le explicó Miss Yesso, Parshal conseguiría que su amada soñara con él y obligaría a Hypolite a reconsiderar su situación. Miss Yesso le había dado el cráneo de mono envuelto en papel de plata, prometiéndole que continuaría sus esfuerzos tendentes a lograr su reconciliación con Hypolite. Parshal pagó a la *bruja*^[22] lo que le pedía e intentó dar un giro de esperanza a sus pensamientos, pero sabía que para recuperar el amor de Hypolite Cortéz se necesitaría algo más que los poderes de Miss Yesso.

—¡Eh, Parshal! ¡Parshal Lee!

Parshal salió de su trance y vio a Avenue Al, un vecino suyo, de pie en la acera. Al llevaba un traje de mohair teñido de morado al que llamaba su «piel de cabra», e iba apoyado en unas muletas a consecuencia de una grave caída que le había costado ambas rodillas, al salir un día del Teresa's Tite Spot Lounge, en el barrio de Baywater, dos meses atrás. Avenue Al, exluchador profesional de sesenta años cuya máxima gesta había sido arrancar de un mordisco una de las orejas de Dick the Bruiser, había demandado a Teresa por daños y perjuicios. Le contaba a todo el mundo que su plan era cobrar el

dinero y retirarse a Cebú City, en las Filipinas, donde en una ocasión había tenido a un mono por contrincante. «En menos de una semana me enamoré una docena de veces —aseguraba— y ni una sola vez cogí ladillas».

—¡Vamos, Parshal! —gritó Avenue Al—. ¡Venga, hombre! Trumpet Shorty organiza un funeral por *Louis Armstrong*, su fiero pitbull, que ha muerto hace poco. Será el primer perro que tenga un velatorio tan concurrido desde que hubo que sacrificar a *Dagoo*, aquel airedale que tenía la rabia.

GRANDES ESPERANZAS

—En Nueva Orleans nadie se interesa por lo que haces, pero todos quieren saber de qué se trata.

—A mí me gusta que la gente sepa lo que me traigo entre manos, así saben a qué *atenerse*.

Parshal Lee estaba en la barra del Tite Spot con un Bombay con hielo entre las manos, escuchando a medias la conversación entre Beverly Waverly y Caspiana Plesant, dos mulatos travestidos. Pero sobre todo meditaba sobre su actual desdicha.

—Parshal. Eh, Parshal —dijo Caspiana— ¿Por qué estás tan taciturno, querido?

—¿Qué significa taciturno? —preguntó Beverly.

—Inusualmente callado y meditabundo —respondió Caspiana—. ¿Qué pasa, Parshal? A nosotras puedes contárnoslo.

—Hypolite me ha dejado.

—Oh, cielos —dijo Beverly, poniendo un peludo y carnoso brazo sobre el cuello de Parshal—, será zorra. Las hay que no tienen dos dedos de frente. Qué hombre puede haber encontrado ella mejor que tú.

—No me ha dejado por un hombre. Se largó con una bailarina exótica que trabaja en Algiers. Se llama Irma Soon.

Caspiana se quedó boquiabierta:

—¿Te refieres a la china que hacía marranadas con una serpiente?, ¿una que trabajaba en el Crawl Inn de Tickfaw Fouquet?

—China sólo a medias. La otra mitad panameña.

—Mierda, tío —dijo Caspiana—, qué putada. Si quieres, yo y Beverly podemos pasarte unas anfetás.

—No es como un chocho —dijo Beverly—, pero poco le falta.

—Gracias por preocuparos, chicas, pero esto lo solucionaré a mi manera.

—De acuerdo, tesoro —dijo Caspiano—. Que conste que estamos contigo.

—Hoy me he enterado de una cosa terrible —dijo Beverly—. Lo han dicho en la tele.

—¿El qué?

—Han condenado a muerte a un ruso por matar a más de cincuenta personas. Hombres, chicos, mujeres y muchachas. Se los comía a pedazos, básicamente la punta de la lengua y los genitales.

—¡Santa Rosa de Lima! —exclamó Caspiana, santiguándose.

—El tío tenía cincuenta y seis años y estaba impotente. La única forma de que consumara un acto sexual era torturando y matado a alguien. La prensa rusa le llamaba «el maníaco del bosque», por el sitio donde arrojaba los cadáveres.

—¡Ten piedad, Señor! ¿Y dices que los cortaba a trocitos?

—Eso han dicho en las noticias.

—¡Y todavía hay quien nos encuentra *raras*!

—Si todo el mundo estuviera tan bien adaptado como vosotras dos —dijo Parshal—, no habría más guerras.

Caspiana sonrió y se inclinó para darle un beso en la mejilla izquierda.

—Dios te bendiga, encanto —dijo ella—. Pero tú sólo nos has conocido de formalitas. A veces podemos llegar a ser unos zorros.

—Si quieres que vuelva Hypolite —dijo Beverly—, lo mejor es que le digas a la cara que vas detrás de ella.

Caspiana meneó los rizos de su peluca dorada:

—No creo, querida. Así es probable que la pierda para siempre. Además, ella y esa encantadora de serpientes están en plena aventura amorosa. Contra eso no hay nada que hacer. Mi consejo, cariño, es que esperes a que se les pase. Después de todo, Parshal, eres un buen *hombre*. Hypolite acabará volviendo. Y si no, ya saldrá algo.

Parshal terminó su Bombay, agradeció a Caspiana y a Beverly su conmiseración y salió del local. Hacía calor; el aire nocturno era más bochornoso de lo habitual en julio. Fue hasta su coche, un Thunderbird rojo de dos años de antigüedad, abrió la puerta del lado del conductor y se disponía a entrar con la idea de conducir hasta Algiers para ver con sus propios ojos el número coreográfico de su rival Irma Soon con la serpiente, cuando notó que por la parte externa de la oreja izquierda le entraba un objeto duro y frío.

—Espero que no le importe —dijo una voz aguda— Me llamo Carjack Jack y acabo de ser nombrado su chófer para esta noche.

Por el rabillo del ojo izquierdo, Parshal vio a un blanco enjuto, medio calvo, de unos treinta y cinco años, con una camisa hawaiana azul con loros amarillos y flores rojas. Una cicatriz color púrpura intenso ancha como una cremallera de pantalón le corría por el centro de la nariz, desde el puente hasta la punta. Parshal empezó a volverse hacia el hombre, pero en ese momento el

flaco le hundió el cañón de la pistola en la oreja, obligándole a apartar la cabeza, y a continuación retiró brevemente el arma para descargar con fuerza la culata sobre el punto débil de la nuca de Parshal, que se desplomó sobre el coche. El hombre abrió la portezuela, empujó el cuerpo inerte de Parshal hacia el asiento trasero, cogió la llave de la cerradura, se sentó al volante y cerró la puerta. Luego arrancó con una sonrisa que dejó al descubierto una hilera de dientes devastados.

—¡Fuego del infierno! —graznó Carjack Jack, poniendo la primera y lanzándose a toda pastilla por la calzada—. Nos quedan aún bastantes *kilómetros* que hacer antes de irnos a dormir. Claro que tú ya estás dormido, ¿verdad? Bueno, como dicen las titis allá en California, esto es igual que volver a nacer, y la vida no es cosa como para desperdiciar. ¿O era la inteligencia no es cosa de derrochar? ¡Qué más da, coño! Quien guarda, halla. Llámale hache. No hay *business* como el *show business*. Abróchese el cinturón, amigo, éste va a ser un viaje con la hostia de baches.

LA GRAN MORDEDURA

Hypolite Cortéz estaba sentada a una mesa de primera fila en el Big Nig's Gauchos'n' Gals, bebiendo un agua con gas con pajita. Tenía veintidós años, medía un metro cincuenta y cinco, no había pasado en su vida de los cuarenta y cinco kilos, tenía unos ojos negros enormes, cejas muy arqueadas como los chinos y dejaba que su pelo negro azabache le colgara ligeramente más abajo de su cintura de cuarenta y dos centímetros. Más arriba del pezón izquierdo lucía un lunar azul oscuro en forma de estrella de dos centímetros escasos de diámetro al que Hypolite se refería como «el sitio donde me mordió el árabe». Este lunar lo había heredado de su abuela materna, Ephémère Plaire, quien le contaba a Hypolite que su propia abuela paterna, Pilar Lala, había tenido una señal idéntica. La primera vez que Irma Soon vio el lunar, experimentó un orgasmo espontáneo.

Las luces se fueron apagando, redobló un tambor y de entre bastidores una voz femenina, la de Bruma *Big Nig* Goma, la propietaria en persona, anunció:

—¡Damas y caballeros, aposenten sus traseros! ¡No existe un chocho igual de aquí a Guadalcanal! Ahí la tienen ustedes, directamente de las islas Filipinas, la reina de Cebú City, la princesa de la serpiente, a punto de iniciar su interpretación exclusiva de *La Gran Mordedura*^[23]... una danza especialísima creada por ella misma y que ha sido prohibida en muchos países de Oriente. ¡Con ustedes, la señorita... Irma... Soooooonnn!

Se abrió el telón color lavanda y apareció una mujer diminuta con el cuerpo surcado de correas de cuero negro adornadas con remaches. La parte más íntima de *Miss Soon*, sin embargo, quedaba totalmente a la vista en tanto que una criatura reticular del color del barro del río Delaware aparecía sobre sus minúsculos pechos y rodeándole flojamente el cuello. Los clientes del semivací club prorrumpieron en gritos y aplausos al ver a la bailarina. Del foso de la orquesta empezó a surgir una versión lenta de *Little Egypt*, a cuyos sonos la ágil filipina inició sus movimientos, consistentes principalmente en un agitar de brazos y un menear de caderas. La sosa demostración de danza duró unos minutos, durante los cuales el reptil permaneció sosegado, apacible

e impertérrito... hasta que Irma Soon lo agarró, suave pero firmemente, por la cabeza con la mano derecha y se la colocó directamente entre las piernas.

En ese momento los parroquianos, algunos de los cuales lanzaron audibles respingos, se quedaron petrificados en sus sillas. La bailarina entornó los ojos, adelantó bruscamente la pelvis y empezó a doblarse hacia atrás, lenta, tortuosamente —o así les pareció a quienes la contemplaban extasiados—, hasta tocar el suelo con la cabeza. Según todos los indicios, la cabeza de la pitón había desaparecido en el interior de Irma Soon. Hypolite Cortéz se estremeció al ver cómo su amante manipulaba el reptil. Con la misma facilidad con que se lo había acomodado, *Miss* Soon retiró el lubricado cráneo de la pitón y con una angustiosa lentitud recuperó sinuosamente la posición vertical. Sosteniendo la pitón con la mano derecha justo por detrás de la cabeza, Irma la puso frente a sus ojos y accionó su puntiaguda lengua hacia la serpiente. La música llegó al clímax e Irma ejecutó unas rápidas piruetas mientras ambas criaturas se lanzaban mutuamente la lengua, hasta que la bailarina y su pitón abandonaron el escenario sin parar de dar vueltas.

El público silbó y batió palmas sin creer apenas lo que acababa de presenciar. Hypolite sonrió con recato y permaneció inmóvil, ufana y profundamente enamorada, absolutamente hechizada.

—Esto es todo, gauchos y gauchas —bramó Bruma Goma—. ¡No hay otra artista como Irma Soon a este lado de Subic Bay! ¡Háganle saber que aprecian su arte sin igual! ¡Un aplauso para la filipina!

Los parroquianos siguieron gritando, silbando y aplaudiendo hasta que el telón se cerró. Irma Soon no tenía costumbre de hacer venias de despedida. Le había explicado a Hypolite que una vez establecido el contacto con su público prefería conservarlo sin mácula, sin romper el hechizo ni modificar las emociones por ella engendradas. Para sus admiradores, Irma era siempre el personaje que interpretaba.

La orquesta acometió una versión valsística de *The Fat Man* y varias parejas, algunas de las cuales del mismo sexo, se levantaron para bailar. Hypolite se metió una mano entre sus viscosos muslos y cerró los ojos mientras se acariciaba pensando en la imagen increíblemente bella de Irma Soon y su pitón fundidas en un abrazo prohibido.

DOS EN LA CARRETERA

—¿Va a hacerme daño?

Carjack Jack se volvió para mirar a Parshal por encima del hombro derecho, frunció los labios hacia su nariz-cremallera y rió.

—Joder, socio —dijo, fijándose otra vez en la carretera—. Que no soy el demonio. Me abstendré de hacer salvajadas a menos que sea imprescindible. Siento haber tenido que subirle al coche de un tortazo, pero un hombre ha de saber lo que debe hacer y cuándo debe hacerlo. Así me lo dijo ni más ni menos que el Gran Jefe allá en la cárcel hace diez años, en Montgomery, Alabama. El tipo se llamaba Copperhead Kane. Muy famoso, él. Tenía una cadena de señoritas de compañía desde Alabama hasta Illinois. Vaya con Copperhead Kane. El inventor del sexo por teléfono. No es broma.

Parshal iba tumbado en el asiento trasero, aturdido todavía por el golpe en la cabeza. Advirtió que no le habían atado las manos ni los pies. Carjack Jack pisó a fondo el acelerador del Thunderbird por la Chef Menteur Highway.

—¿Qué piensa hacer conmigo? —preguntó Parshal.

—Todavía no lo sé. ¿Quiere que le deje en algún sitio en especial? Yo pensaba seguir hacia el norte. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Lee, Parshal Lee.

—Llámeme C. J. Es mejor que no sepa mi apellido.

Parshal pensó en Hypolite Cortéz. Se preguntaba si los años que había estado trabajando como prostituta adolescente en la Escuela de Señoritas Hilda Brausen habrían influido indebidamente en sus preferencias de género. Tenía que admitir que, pese a los abnegados esfuerzos que él como hombre había llevado a cabo en materia sexual, Hypolite nunca le había respondido como otras mujeres. Su relación había estado marcada por la ausencia de algo. Parshal vio pasar el nubarrón ante sus ojos antes de abrir la boca.

—Si no le importa, C. J., creo que iré con usted. Al fin y al cabo, necesito dejar atrás una situación un tanto enfermiza.

—Bueno, Parshal, no me vendrá mal un poco de compañía. Diez a uno a que es por culpa de una mujer traidora.

—¿Cómo lo ha sabido?

C. J. rió.

—Hay una epidemia. Está pasando en todo el llamado mundo civilizado. Copperhead Kane lo pronosticó ya entonces. La gente no se muere de hambre de comida sino de respuestas. Las cosas se han puesto demasiado complicadas para expresarlas con palabras, ¿o es que no se ha fijado?

—Supongo que no mucho.

—Por ejemplo, una noche en la trena vi un programa de televisión que se llama *Como la vida misma*, o algo así. ¿Lo ha visto alguna vez?

—No —dijo Parshal—. ¿De qué va?

—Pues verás, son parejas que salen juntas por primera vez, y uno de los dos piensa que es fantástico. Normalmente esa cita incluye algún tipo de relación sexual. Entonces llevan al programa al que piensa que ha sido fantástico y tal. Y luego sale el otro y se carga la cita, que ha sido horripilante, la cama fatal, el aliento horrible, los modales lo mismo, al tío se le cayó el peluquín mientras le estaba haciendo un cunilingus a ella. En fin, ahí sale todo.

—Debe de estar en el guión. Dicen lo que le han escrito que digan y nada de ello ha ocurrido realmente.

—Se equivoca, *Mr. Lee*. No hay quien invente cosas como ésas. Un tipo con unas cejas que le tapaban media cara fue el que se llevó el premio.

—¿Qué contó?

—No se lo va a creer. Dijo que él y la chica fueron a cenar a un buen restaurante; ella pide chuletas de cordero y se come el perrito; total que él imagina que la chica tiene clase y salud, las dos cosas, ¿se imagina?

—No me diga.

—Lo que oye. Luego van al cine.

—¿A ver qué?

—Una película española, una de esas cosas europeas donde todas las mujeres tienen la nariz larga y hacia el final los hombres llevan tacones de aguja y los labios pintados y se quejan de no tener suficiente sexo.

—¡Jo!

—Después van al piso de la chica y él explica que ella se le echa encima como una manta eléctrica. Oído al parche, fíjese lo que dijo el tío: «¡Yo tenía la anguila fuera y a ella le gustaba el chupa-chup!». ¡Se imagina! ¡El público se tronchaba!

—Tenía la anguila fuera...

—Eso, la anguila. Y ahora viene.

—¿Quién viene, la anguila?

—No, no. Lo mejor de la historia.

—Ah. Lo mejor.

—Él le coge la entrepierna, y ¿sabe qué?

—Que la chica es un tío.

—¡Exacto! ¡Acertó! ¡Desde luego que es un tío!

—¿El que en el programa aparecía como una chica?

—Sí, sí. Y ahora viene lo bueno. Sale él después de que el Cejas ha dado su versión y lo niega todo. ¡Todo! Increíble, ¿no, *Mr. Lee*? ¡Dice que el Cejas está total y absolutamente pirado!

—Y ahora la traca final.

—No me diga que aún hay más. —Coño, Parshal, ¿no lo adivina? ¿No?

—Vaya.

—Ella se ofrece a demostrar que es toda una mujer.

—¡Correcto! ¡Eso es! ¡Y en directo! ¡Ella se sube la falda y enseña el pellejo! El público se descojona. El presentador está tumbado en el diván desternillándose de risa. La mariconona empieza a pasearse arriba y abajo del plato como si estuviera en la pasarela, y lleva los huevos metidos hacia dentro para que no se vea nada. ¡Tío, nunca había visto una cosa igual!

—¿Y qué hace el Cejas?

—Ah, sí, no se lo pierda: el Cejas ataca a la mariconona.

—¡¿Que la ataca, dice?!

—Intenta cogerle la polla.

—La hostia.

—La mariconona le atiza un golpe de karate en la nuca y el Cejas se da de narices contra el suelo y empieza a sangrar.

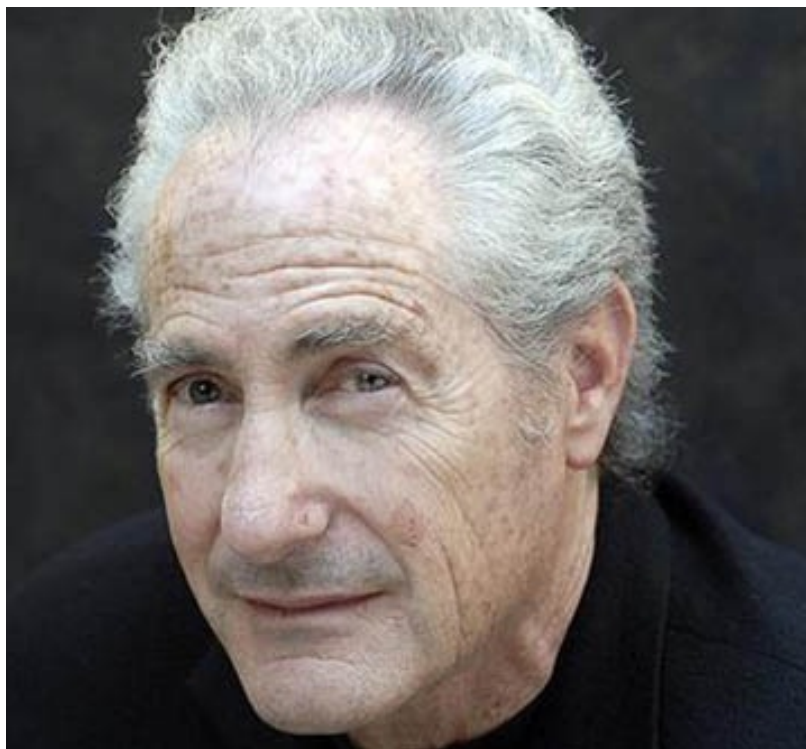
—Coño.

—Entonces salen los de seguridad y los separan. La mariconona, con las manos en el paquete, se lo está pasando en grande. No para de sonreír y de lanzar besos al público.

—Hay que reconocer, C. J., que sólo en un país muy especial dejarían emitir un programa como éste.

Carjack Jack asintió varias veces con su pelada cabeza pelirroja y dijo riendo:

—*Mr. Lee*, no me cabe la menor duda de que no existe ni existirá jamás otro país como éste en la historia del planeta Tierra.



BARRY GIFFORD (1946) es escritor, ensayista, poeta, dramaturgo, guionista de cine y uno de los más certeros, feroces y reconocidos narradores de ese extraño experimento que llamamos «América». Su obra ha sido traducida a veintitrés idiomas y algunas de sus novelas, como *Corazón salvaje*, *La vida desenfrenada de Saylor y Lula*, *Perdita Durango* o *Gente nocturna*, así como su colaboración con el cineasta David Lynch para la escritura del guión de *Carretera perdida*, lo han convertido en un verdadero autor de culto. Otras de sus obras más destacadas son: *El asunto de Sinaloa*, *Puerto Trópico*, *El padre fantasma*, *Una puerta al río*, *Las cuatro reinas*, *El libro de Jack*.

Notas

[1] Uno de los cuatro husos en que está dividida la hora oficial en Estados Unidos. (*N. del T.*) <<

[2] El apellido de la dama locuaz está compuesto por *weather* (tiempo atmosférico) y *by* (pronunciado como el infinitivo *to be*). Los anglosajones no se preguntan qué tiempo «hará» sino qué tiempo «será». (N. del T.) <<

[3] En castellano en el original. <<

[4] «Tíos con suerte» es traducción de *Lucky Dogs*, pero *dog* es, cómo no, «perro». (N. del T.) <<

[5] «Wong, el salvaje», por la similitud fonética con el título de la película en inglés, *The Wild. One.* (N. del T.) <<

[6] En castellano en el original. <<

[7] Ezy (que suena como *Easy*) *Earl* se puede traducir por «Earl, el tranqui», para emplear la jerga callejera. (*N. del T.*) <<

[8] *Humble* significa «humilde». {*N. del T.*} <<

[9] En castellano en el original. <<

[10] Dirigida por Preston Sturges en 1943, es una sátira sobre el patriotismo. (*N. del T.*) <<

[11] Todo el menú en castellano en el original (TV. *del T.*) <<

[12] En castellano en el original. <<

[13] Corrupción, y también abreviatura de Missouri. (*N. del T.*) <<

[14] En castellano en el original. <<

[15] En castellano en el original. <<

[16] En castellano en el original. <<

[17] Satan Never Sleeps. (*N. del T.*) <<

[18] En castellano en el original. <<

[19] En castellano en el original. <<

[20] En castellano en el original. <<

[21] Galleta que esconde en su centro una predicción o máxima impresa en un trozo de papel. Se sirve en los restaurantes chinos de Estados Unidos. (*N. del T.*) <<

[22] En castellano en el original. <<

[23] En castellano en el original. <<